

rías, ya que según esto, “dar consuelo” de ninguna manera significa hartar a uno de bienes, honores y dinero. Pero ¿de qué te serviría todo esto? En cambio sí te servirá si tomas un pasaje de las Escrituras y te atienes firmemente a él, como está escrito: “Esforzaos todos vosotros los que esperáis en el Señor, y tome aliento vuestro corazón” (Salmo 31:24).

Resumen final: nuestra esperanza no será defraudada

Pablo refiere nuestro texto en primer lugar a ese vicio de que queremos agradarnos a nosotros mismos; en lugar de esto, uno debe sobrellevar al otro, como ya lo dije al comienzo de nuestro sermón de hoy. Nos cuesta tener que soportar tantas cosas; es grande la maldad que se practica en todos los sectores de la sociedad, y mucho de ello nos afecta personalmente. Más fácil sería defendernos contra los que nos molestan. Pero no; lo que nos cuadra es ser sufridos y pacientes. La paciencia engendrará en nosotros la esperanza¹⁴. Jamás aprenderemos a tener esperanza si no estamos agobiados y cansados. Así me pasa particularmente a mí: a menudo me pareció que casi no podía aguantar más; sin embargo, la esperanza me mantuvo en pie. A esta esperanza nos impelen nuestros adversarios al enseñarnos paciencia en las tribulaciones; y esta esperanza viene por la paciencia y por la Escritura. Y la esperanza que tenemos ahora, no será defraudada; de esto estoy completamente seguro. Pues en Romanos 5 (v. 5) leemos: “Lo que hemos predicado y creído, no nos hará pasar vergüenza”.

¹⁴ Comp. Ro. 5:3, 4, y el final de Ro. 6:4, donde el apóstol habla del “andar en vida nueva”.

ES CONSOLADOR PARA EL CRISTIANO QUE SUFRE, SABER QUE OTROS SUFREN CON ÉL

Sermón para el sexto Domingo después de Trinidad.
Fecha: 13 de julio de 1539.

Texto: 1 Pedro 5:9 b. Sabed que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.

1. *Satanás somete a la iglesia a las más duras pruebas. Por su propia experiencia adquirida en las tribulaciones, Pedro puede brindar eficaz consuelo.*

El domingo pasado oísteis que el diablo es nuestro adversario que “anda alrededor” sin darse tregua, siempre pronto para el ataque¹. Y las acechanzas que nos arma no son ninguna broma; antes bien, lo que está en juego es nuestra vida eterna — o nuestra muerte eterna. El blanco de sus ataques son ante todo los cristianos que han sido llamados al reino de Cristo y que se aferran a la Simiente prometida a nuestros primeros padres². Es que el diablo quiere desplazar a Cristo por todos los medios a su alcance. Es evidente, pues, que los cristianos han sido llamados no a un estado en que pudieran sentirse tranquilos y seguros, sino a un estado en que importa ser sobrio y velar para que no decrezca jamás la fervorosa dedicación a la palabra de Dios, tanto escrita como predicada, y a la oración.

Y ahora, el apóstol prosigue: “Sabed que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el

¹ 1 P. 5:8. Desde el tercer hasta el sexto Domingo después de Trinidad del año 1539, Lutero predicó sobre la Epístola para el tercer Domingo después de Trinidad, 1 P. 5:6-11. Los cuatro sermones, fundidos en uno solo, fueron incluidos en la *Kirchenpostille*, Ed. Erlangen 2, 9, 54-94.

² Cristo, el descendiente (‘Simiente’) de la mujer, el cual según Gn. 3:15 aplastaría la cabeza a Satanás.

mundo". Por cierto, una verdad muy consoladora. Y no sólo una verdad que Pedro extrajo de las Sagradas Escrituras por vía de la reflexión, sino que él mismo experimentó personalmente. Esta experiencia la hizo en casa de Caifás, después de haber negado al Señor tres veces³. Tan grande fue en aquellos momentos la desesperación de Pedro, que con toda seguridad habría seguido el ejemplo de Judas si Cristo no hubiera dirigido hacia él su mirada. Por eso, una vez resucitado, Cristo ordena a María Magdalena dar aviso en primer lugar a Pedro, para consolarle⁴. Y ya antes, al instituir la Santa Cena, le advierte personalmente: "Pedro, tú sufrirás una horrorosa caída; pero cuando esto suceda, no des lugar a la desesperación, porque yo he rogado por ti, que tu fe no falte. Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22:32). Y esto es lo que el apóstol está haciendo de una manera muy especial en este pasaje de su carta: está confirmando a sus hermanos.

Las tribulaciones más duras son las de índole espiritual

"No quedaréis sin padecimientos", se dice aquí a los cristianos. En las tribulaciones relacionadas con la primera tabla de la ley, el padecimiento es en extremo grave; en cambio, en las que tienen que ver con la segunda tabla, el padecimiento es de menor intensidad⁵. Tribulaciones de este segundo tipo son p. ej. cuando le quitan a uno sus haberes, su casa, sus campos — sin embargo, esto solo ya es suficiente para hacerle perder el juicio a más de uno. Otro se ve en tribulaciones a causa de vehementes apetencias carnales. Satanás "busca devorar" a cada cual mediante una tribulación adecuada al caso: a los jóvenes mediante la voluptuosidad, a los viejos mediante la avaricia, etc. Pero todas estas tribulaciones encuadradas dentro del marco de la segunda tabla no son nada en comparación con la que menciona aquí el apóstol, que tiene que ver con la primera tabla. De aquellas otras tribulaciones los hombres se dan perfecta cuenta; saben muy bien de qué se trata. Por ejemplo: si una persona tiene una irresistible inclinación hacia la avaricia, la raíz de su mal es el excesivo amor al dinero. Todas éstas son tribulaciones y tentaciones concretas y palpables. Según las fuerzas que uno tenga, Dios le impone una cruz de mayor o menor peso. Un niño no puede manejar una espada; por lo tanto, tampoco lo enviarán a la guerra. Idéntico criterio se aplica también aquí:

³ Lc. 22:54 y sigtes.

⁴ Mr. 16:7; Jn. 20:17. El consuelo radicaba no sólo en el hecho de la resurrección en sí, sino también en el hecho de que Jesús llamó 'hermanos' a sus discípulos, a pesar del abandono y de la negación de que le habían hecho objeto.

⁵ Véase Sermón 11, Nota 6.

cuales las personas, tales las tentaciones. Las tentaciones verdaderamente graves empero que le pueden sobrevenir a un cristiano son de tal magnitud que nadie las puede entender a menos que las haya experimentado en carne propia. Son las que le hacen a uno atentar contra el Primer Mandamiento. He oído hablar de ciertos monjes que deploraban el hecho de que en su convento no se sentían expuestos a tentaciones, motivo por el cual se pusieron a pedir a Dios que les enviara alguna. A uno de ellos realmente le fue concedido lo que había pedido: soñó con que estaba en Roma, en medio de un corro de bailarinas que excitaban su pasión. Horrorizado, deseó ser librado de esta tentación, y Dios se la cambió por otra contra la primera tabla, con el resultado de que el pobre monje hubiera preferido volver a la tentación anterior. Las tentaciones contra la primera tabla son de suma peligrosidad; a ellas pertenece el dudar de Dios, desconfiar de él y blasfemar contra él. Por consideración con los que carecen aún de experiencia, ni me atrevo a mencionarlas todas. El hombre así tentado cae en confusión, desfallece y se marchita. Aquellos de entre vosotros que algún día serán guías espirituales⁶ observen cuidadosamente este texto; pues es muy común que ellos tengan que sufrir tales tentaciones. Pero tampoco las mujeres y las jóvenes están exentas de ellas; he visto a más de una mujer atormentada por tribulaciones de esta índole.

El mal se agrava por la creencia de que uno mismo es el único que lo padece.

“Sabed que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.” ¿Por qué mencionará el apóstol a los hermanos en todo el mundo? Con esto quiere decirnos: “Aquí hay una enseñanza que debéis aprender. Acabo de hablaros del diablo, y de cómo éste anda alrededor buscando devorar a los cristianos. Esto mismo lo experimentaréis también vosotros. Mas cuando os aconteciere, no penséis que estáis solos en tan difícil trance, ni que sois los primeros que tienen que sufrir tales tormentos. Alegría es para los míseros hallar compañeros en la desgracia⁷. El apóstol nos consuela de una manera extraordinaria al recordarnos que no es uno solo el que tiene que sufrir los ataques del diablo, sino que este sufrimiento abarca a la cristiandad entera. Ya antes, en el capítulo 4 (v. 12), había escrito: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña

⁶ Entre quienes escuchaban los sermones de Lutero había numerosos estudiantes de teología, o sea, futuros pastores, venidos a Wittenberg desde todas las regiones de Alemania y aun del exterior.

⁷ Cita de una fábula de Esopo.

os aconteciese". No digas, por lo tanto: "La cruz que yo tengo que llevar es una cruz peculiar, única, diferente de la que tienen que llevar otras personas". No es así, sino que vuestros hermanos experimentan tribulaciones similares; tanto en la India como en Francia⁸ padecen lo mismo. A algunos, el diablo los ataca en una forma especial. No es que se vean afectados por la sensualidad u otras tentaciones carnales — a pesar de que también cosas como éstas les dan bastante que hacer. Pienso p. ej. en los jóvenes y en los hombres que son enviados al exilio, viéndose así separados violentamente de su patria y de su familia⁹. Pero esto no es lo peor; peor es cuando el diablo viene y te escoge a ti de entre muchos otros y te sugiere pensamientos blasfemos, y tú te imaginas entonces ser el único que tiene que sufrir semejante infortunio. En cambio, si eres consciente de no estar solo, el diablo no te puede atacar tan desvergonzadamente. No es bueno ni tolerable que un adolescente ya tenga sobre sus hombros y sea capaz de llevar la cruz de un Pedro o un Pablo. Mas cuando le toque sufrir las tentaciones que podríamos llamar grandes, no diga entonces ni piense que él solo es víctima de tentaciones que le llevan al borde de la desesperación y le hacen odiar a Dios, juzgar y condenar el proceder del Señor, y creer que el gobierno de Dios es en realidad el gobierno de Satanás. En tales circunstancias, el hombre fácilmente llega a pensar: "Padecimientos como los míos, ni Pedro ni Pablo los han tenido que soportar". Vi una vez a una muchacha que experimentó una terrible tentación nada menos que estando en la iglesia: al ser elevado el Sacramento, la joven pensó: "¡Qué embustero más grande es el que el sacerdote está elevando allí!", pensamiento sacrílego que la aterró de tal modo que se desplomó al suelo. Esta joven sí podría haber dicho en este momento: "Yo sola sufro tamaña tribulación". Ahí tenemos pues el motivo por qué Pedro ofrece consuelo a los así atribulados, fiel al encargo que recibiera de Cristo según Lucas 22 (v. 32). El papa aplica dicho pasaje a sí mismo para confirmar con él su potestad y dominio, convirtiéndose así en tirano de sus hermanos. Pedro en cambio consuela a sus hermanos, tal como Cristo se lo ordena; pues "Confirma a tus hermanos" no quiere decir "Ejerce el dominio sobre el orbe".

⁸ Desde 1524 hubo también en Francia un movimiento "luterano", que en poco tiempo alcanzó considerable difusión. De 1538, en adelante, el rey Francisco I se esforzó decididamente en exterminarlo, procediendo con suma crueldad. A esto se referirá Lutero; a lo que apunta con su alusión a la "India", es imposible determinarlo con exactitud.

⁹ Destino desgraciado bastante frecuente en la época de la Reforma. También en Wittenberg había tales exiliados y refugiados.

2. *Al que está en tribulación le fortalece el saberse unido y apoyado por la iglesia sufriente.*

Desde los tiempos de Adán, la iglesia entera sufre junto con el atribulado.

Nadie piense: “¡Qué tentaciones más grandes y horribles son las que me tocan justamente a mí!” Ni tampoco piense que lo suyo es algo especial, nuevo e inusitado. Antes bien diga así: “¡Alabado sea Dios! Yo no soy el único que tiene que afrontar tales padecimientos. El mismo Señor Jesucristo padeció siendo tentado, para socorrer a sus hermanos que son tentados, según Hebreos 2 (v. 18)”. No os quepa la menor duda: los padecimientos les han de servir a los cristianos para hacerlos progresar en el perfeccionamiento. Los mártires fueron sometidos a pruebas no menos inauditas de lo que puedan ser las pruebas vuestras. Ningún corazón humano podrá imaginar ni explicar jamás lo que padeció Adán cuando el Señor le dijo: “Adán: ¿dónde estás?” Hasta el día de hoy, este padecimiento no ha sido descrito, ni lo será en lo futuro; ni jamás habrá quien pueda medirlo o comentarlo en todo su alcance. Te lo demuestra bien a las claras el hecho de que después de la caída, Adán y Eva no volvieron a hacer vida en común por espacio de por lo menos treinta años, ni tampoco habrían retornado a ella si no hubiera sido por la amonestación de un ángel¹⁰. Cuando en el postrer día Adán entre en discusión con nosotros, tendremos que confesar que nosotros no somos más que simples aprendices, él en cambio es el padre de cuantos atribulados existen en el mundo. Y lo mismo tendremos que confesar si nos comparamos con otros, con los profetas y patriarcas, etc. Sin embargo, el caso de Adán y Eva fue el más desconcertante de todos, porque ellos no contaron con ningún ejemplo anterior con que pudieran haberse consolado. Nadie diga por lo tanto: “¡Dios mío, lo que yo tengo que sufrir es demasiado horrible! ¡Jamás hombre alguno ha tenido que soportar una carga tan pesada como la que tengo que soportar yo!” No, amigo mío; si eres un cristiano, has de saber que no te encuentras en una situación tan fuera de lo común, sino que todos los hermanos tuyos padecen lo mismo; y no solamente los que murieron en la India (aunque también el de ellos es un ejemplo luminoso), sino todos los que aún están en vida contigo, puesto que todos ellos tienen como adversario al mismo diablo que persigue y odia a nuestro Señor Jesucristo por causa del cual aquéllos padecen tentaciones y otros males. Por lo tanto dí: “No soy yo solo el que sufre, sino que conmigo sufre la iglesia entera, que vive y vivirá hasta el fin de los siglos”. En nuestros días actuales hay personas que

¹⁰ Así lo relata un escrito judío del siglo 11 d.C. titulado “Los jubileos”.

padecen las mismas cosas o cosas peores aún que tú y yo. Éste es nuestro más grande consuelo: que la iglesia entera sufre junto con nosotros. El diablo no me busca solamente a mí; así como me busca a mí, así busca también a los demás cristianos. Por eso hay que orar por todos los cristianos de la tierra, y brindarles consuelo. Y por eso es que el Señor le dice a Pedro: "Confirma a tus hermanos".

Quien permanece libre de tentaciones, ya ha sido derrotado por el diablo

En años pasados pensé que algún día, yo me pondría a discutir con San Pedro y San Pablo para ver cuál de nosotros tuvo que enfrentar las tentaciones más fuertes. Muchas veces me vi incapaz de refutarle al diablo sus argumentos; pero en tales casos le remití a Cristo y las palabras de éste. Si Cristo nos abandona, el diablo se hace demasiado fuerte para nosotros como para que podamos resistirle. Es tan poderoso y tan inteligente que a ningún cristiano le es posible desvirtuar sus objeciones, a menos que nos asista el Espíritu Santo y nos sugiera, para fortalecernos, este texto de Pedro o algún otro texto similar. El diablo desbarata todo mi saber, me arrebató la espada de la mano, y nos combate con nuestras propias armas.

Por esto, los sectarios y la gente que se siente tan segura de sí misma, son en realidad unos pobres idiotas. Habiendo leído algunos pensamientos de la Biblia, ya están convencidos de que entienden a Dios perfectamente. Y por no tener ninguna experiencia en materia de tentaciones, terminan por causar divisiones en la iglesia. Yo sé que no soy menos erudito que cualquier otro doctor en teología; sin embargo, tengo que darle a Satanás el testimonio de que si nos ponemos a discutir el uno con el otro, él sale vencedor. Y con aún mayor facilidad los vence a aquellos sectarios, a quienes no tarda en enturbiarles la vista, de modo que ya no son capaces de ver claramente y creen hallar confirmados en las Escrituras sus propios errores. Y entonces juran con imperturbable convicción: "Esto es palabra de Dios", y no quieren darse cuenta de que tienen un vidrio coloreado delante de sus ojos. Y el diablo, astuto como es, los hace sentirse muy cómodos, no les destruye sus falsas creencias, sino que se las confirma, para que se aferren a ellas con tanto mayor ahínco. Esto es una señal de que no conocen en absoluto al diablo. Müntzer¹¹ estaba tan firmemente convencido de sus propias ideas que hasta llegó a declarar: "Cristo no significaría nada para mí, si no hablara conmigo en espíritu". La firmeza de personas como Müntzer se debe a que el diablo los deja en paz.

¹¹ Véase Serm. 23 Nota 7.

Los cristianos verdaderos, por su parte, al ser acosados por tentaciones, se ven en las mayores dificultades, y los tortura el temor de no poder retener en sus manos la espada de la palabra. Hay quienes se glorían diciendo: “Ni el propio Dios me quitará la palabra de las Escrituras”. Pero la realidad es muy distinta. Por esto, los que ostentan tal firmeza y se creen capaces de tragarse al diablo, son los primeros en caer. Si no te asiste el Espíritu Santo con su ayuda, el diablo te devorará infaliblemente. Los fieles de verdad, por lo tanto, son débiles, y confiesan con tristeza, como el apóstol Pablo, que “no hacen el bien que quieren” (Romanos 7:19). Los otros en cambio, los presuntos fuertes, creen haber hecho el bien ya hace mucho. Aprende pues el significado de esta exhortación, para que seas capaz de consolar a los que se sienten sin fuerzas.

Los confiados de sí mismos incluso se sienten unos mártires

Por supuesto: los que se tienen por iluminados directamente por el Espíritu, creen haber devorado al diablo ya hace tiempo, cuando en realidad ellos mismos ya han sido devorados siete veces por Satanás. Arrio¹² quien con su herejía produjo una confusión tal que apenas dos obispos permanecieron fieles a la doctrina correcta, se quejaba diciendo: “Yo tengo que sufrir, y tengo que compartir la suerte de los mártires, a causa de la verdad divina que todo lo vence”. ¿Y por qué esta queja? Porque su obispo en Alejandría¹³ había censurado el error de Arrio y había defendido en contra de él la tesis de que Cristo es no sólo una creación de Dios, sino el Creador mismo. Esto fue todo el padecimiento y martirio de Arrio: que no se le concedió el derecho de blasfemar contra Cristo. En efecto, el obispo no hizo más que decirle: “Haces mal en difundir entre la gente aquella blasfemia”. Del mismo modo se creyó mártir Tomás Müntzer, porque nosotros rechazamos su falsa enseñanza, si bien ninguno de los nuestros le infligió el menor daño. Y así, un buen día llamarán mártires también a nuestros amigos los antinomistas¹⁴ porque no les dejamos enseñar como ellos quisieran. También ellos han oído decir que la iglesia tiene que sufrir; pero ¿por qué tienen que sufrir ellos? Porque blasfeman de la palabra de Dios. El padecimiento de la iglesia

¹² Véase Serm. 13 Nota 1.

¹³ En un sínodo celebrado en Alejandría, 320 después de Cristo, el obispo Alejandro condenó y destituyó a Arrio por motivo de su enseñanza herética respecto de la persona de Cristo.

¹⁴ Del griego *anti* = contra, y *nomos* = ley: los que, como Juan Agrícola, sostenían que la predicación de la ley era cosa de las autoridades seculares, no de la iglesia, ya que Cristo había abolido para los cristianos la vigencia de la ley.

cristiana es algo muy distinto del padecimiento de aquellos “mártires”. La iglesia no sufre por difundir enseñanzas blasfemas, sino por defender la doctrina sana. Y los cristianos verdaderos tampoco son tan orgullosos y jactanciosos como los que se denominan a sí mismos “mártires”; pues conocen muy bien las artimañas del diablo. Aquellos sectarios en cambio no sienten las tentaciones del Maligno; por eso se muestran tan seguros. En una laudatoria para el duque Jorge¹⁵ se afirma que éste padeció dura persecución por parte nuestra, a pesar de haber sido un príncipe tan cristiano y piadoso. ¿Cristiano y piadoso? ¡Justamente lo contrario! ¿Por qué llaman “mártires” a tales personas? Sólo porque no se les quiere permitir que maten a Cristo y sofoquen nuestra enseñanza. Con el mismo derecho se podría llamar a una mujer de mala vida una gran “mártir” porque no se le permite seducir libremente a otras jóvenes. También se puede decir que Kohlhaas¹⁶ es un eximio mártir porque el príncipe elector le persigue y le quiere aplicar la pena capital. ¿No es una verdadera vergüenza que los que causan daño y seducen las almas, aún quieran llamarse mártires? ¡A los cristianos que a causa de los ataques de Satanás sufren un martirio verdadero, no se les ocurre gloriarse de ello!

Los cristianos en cambio necesitan el consuelo de sus compañeros en el sufrimiento.

Hace mucha falta, pues, que Pedro consuele a los que se ven atacados por tan grandes tentaciones. Hace falta que se les diga que tienen razón; porque ellos están en dudas acerca de si la tienen o no. No tienen esa terquedad de los sectarios que dicen: “Lo que yo afirmo es correcto, aunque vengan mil diablos a discutirlo”. Esta seguridad los piadosos no la conocen, sino que en las grandes tentaciones pierden a Dios y a Cristo y al Padrenuestro. En este caso, Cristo tiene que decir a Pedro: “Confirma a tus hermanos”. Y Pedro por su parte tiene que decirte: “No eres un caso único por lo que te está sucediendo ahora. Si no lo quieres creer, echa un vistazo a la casa de Caifás¹⁷. Yo le había jurado a Cristo en aquel día¹⁸:

¹⁵ El duque Jorge de Sajonia, partidario declarado de la iglesia romana y adversario igualmente declarado de la Reforma, murió en el mismo año 1539 en que Lutero predicó este sermón. Véase también Serm. 5. Nota 17.

¹⁶ Hans (Juan) Kohlhaas o Kohlhase, comerciante berlinés, tuvo un pleito con un noble de Sajonia. Como el juzgado se pronunció injustamente en su contra, K. declaró y libró una especie de guerra privada contra el noble aquel y toda la Sajonia electoral, cometiendo una serie de desmanes. Capturado al fin, fue conducido a Berlín y condenado al suplicio de la rueda en marzo de 1540.

¹⁷ Jn. 18:15 y sigtes.

¹⁸ Mt. 26:30 y sigtes.

‘Iré contigo a la cárcel y a la muerte misma’. Pero cuando se me acercó la criada y me dijo: ‘Tú también eres uno de los discípulos de Jesús’, yo le contesté: ‘No conozco a este hombre’. Ya ves cuán fuerte era yo en estos momentos.” Así, pues, los cristianos no son vanagloriosos ni orgullosos ni tercos, y no obstante permanecen firmemente en pie en estas tentaciones. Me refiero a las tentaciones de especial gravedad, y lo menciono pensando en los que algún día habrán de ser predicadores, y en varios otros de los que estáis sentados aquí, para que se le pueda decir a un alma atribulada: “¡No desesperes! ¡Aguanta y ten paciencia!” Tú dirás: “Nadie sufrió torturas como yo”. Es que no has visto lo que tuvieron que sufrir nuestros primeros padres, y lo que tuvieron que sufrir todos los santos. San Pedro te llama la atención al hecho de que tú no eres el único que sufre, y que tus padecimientos no son nada nuevo; mas si te parecen nuevos y extraordinarios, ten presente que hay muchos otros que pasan angustias similares a las tuyas. Por algún tiempo, yo también pensaba que los apóstoles no estaban agobiados por tantos pensamientos torturantes como yo; pero la realidad es que Pedro pasó por una escuela mucho más severa que yo, y los demás cristianos tampoco ignoran tales tentaciones. Pablo dice que él ha venido a ser como la escoria del mundo (1 Corintios 4:13). Y en cuanto a Cristo, tal vez se me ocurriría afirmar que los padecimientos suyos no fueron de la misma intensidad que los de otros, pero en el 2º capítulo de la carta a los Hebreos leemos (v. 17) que él “debía ser en todo semejante a sus hermanos”. Más aún: nadie sudó gotas de sangre como Cristo en el huerto de Getsemaní¹⁹, ni siquiera un Pedro o un Pablo. Por esto, cuando vienen las grandes tentaciones y Satanás te quiere amedrentar, dile: “En lugar mío te responderá aquel que por mí sudó gotas de sangre”. Claro: los que se creen iluminados, no sienten tales tentaciones: mientras se tenga delante de los ojos un vidrio coloreado, se ve todo color de rosa. Con todo, las tentaciones nuestras no pueden ser tan terribles como las que sufrieron los apóstoles, y ni remotamente se acercan a las que sufrió Cristo cuyo co-mártir eres. No dudes, pues, y dí a ti mismo: “Yo también soy de la misma compañía, por lo tanto yo también quiero poseer ese título de ‘mártir’. Pero además quiero ser también una ayuda a mis hermanos en la obtención de la salud venidera”. Así que, por grandes que sean los males que tengamos que padecer: tenemos por compañeros en el sufrimiento a Pedro, a Pablo, a todos los profetas y patriarcas, y ante todo a Cristo. Ellos nos consuelan y confirman y nos enseñan a esperar en la resurrección y en la gloria que ha de venir.

¹⁹ Lc. 22:44.

LA LUCHA QUE LA IGLESIA TIENE QUE LIBRAR POR ORDEN DE DIOS

La iglesia es tentada por Satanás
Mateo 4:1-11

La lucha y la victoria de la fe cristiana
Mateo 8:23-26

El cristiano se aferra a la palabra de Dios
Mateo 15:21-28

La oración de los cristianos en el nombre de Jesús
Juan 16:23-30

LA IGLESIA ES TENTADA POR SATANÁS

Sermón para el Domingo de Invocavit¹

Fecha: 18 de febrero de 1537

Texto: Mateo 4:1-11. Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios. Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.

¹ Este sermón fue pronunciado en la ciudad de Esmalcalda (Turin-gia), donde desde comienzos de 1537 se hallaban reunidos Lutero y varios de sus colaboradores para discutir, entre otras cosas, los 21 "Artículos de Esmalcalda" (véase Sermón 12, Nota 16).

El sermón se conservó en forma de un breve resumen en latín, con observaciones marginales de Röer, quien a su vez lo publicó en alemán, considerablemente ampliado, como "Dos sermones". Nuestra traducción sigue el resumen en latín, al que para completarlo, le hemos incorporado ciertos pasajes del sermón ampliado colocados entre paréntesis.

Introducción: Lo que se tratará en este sermón no es el ayunar de Cristo.

Este Evangelio es leído hoy a causa del ayuno cuadragésimo que se suele observar². Sin embargo, aquí no se trata de ese ayuno de propia elección, que en nuestro medio era realmente un ayuno bastante ridículo, ya que no estaba motivado por ninguna necesidad, ninguna tentación en particular, ningún mandato de Dios, y en cambio, estaba ligado estrechamente con una falsa confianza en la validez de nuestros propios actos de penitencia, y con un distanciamiento farisaico frente a otras personas, etcétera. Antes bien, aquí se trata de un ayuno que nos es impuesto como una necesidad. A este respecto escribe el apóstol Pablo (en 2 Corintios 6:4, 5): “Nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos, etcétera”; y Cristo a su vez interpreta tal ayuno como un “tener luto” al decir en cierta oportunidad (Mateo 9:14, 15): “¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán”. Cristo ayuna estando en el desierto —forzosamente, porque allí no hay nada que le pudiera servir de comida. Pero este paraje solitario no se lo eligió él mismo, ni tampoco fue al desierto por obedecer a alguna regla monástica³, sino que fue el Espíritu Santo en persona el que le condujo a aquel lugar.

Tema del Evangelio y del sermón son las tentaciones de Cristo y de la iglesia.

No hay, pues, ninguna necesidad de usar este texto para un sermón sobre el ayuno. Lo que sí es necesario es usarlo para hablar de las tres tentaciones que Cristo rechazó con la palabra de Dios en bien nuestro para que también nosotros las rechacemos de igual manera. No nos referiremos sin embargo a las tentaciones a que están expuestos los cristianos individuales, sino a las tentaciones de la iglesia misma que se describen aquí con las características que les son propias.

² En el siglo V la iglesia introdujo el “ayuno cuadragésimo” desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Pascua. Lutero lo abolió por considerarlo una tradición con que se confunde al pueblo cristiano.

³ Las reglas monásticas contenían prescripciones muy rigurosas y detalladas en cuanto al ayuno.

1. *La tentación de la iglesia por parte del diablo "tenebroso". Las hostigaciones exteriores inducen a la iglesia a apartarse de la palabra de Dios.*

En el comienzo⁴, la iglesia fue atormentada por el diablo en forma humana⁵ por medio del "ayuno", es decir, por medio de persecuciones y toda clase de vejámenes físicos que le infligieron tanto los judíos como los gentiles. En esta persecución primera, el diablo no esgrime contra la iglesia ninguna palabra de Dios. Solamente la lleva a una situación en que se ve apremiada por necesidades inmediatas, y donde el único medio para mejorar su suerte parece ser la apostasía. Con esta intención, el diablo le dice a Cristo, que sentía hambre después de 40 días de ayuno: "Dí que estas piedras se conviertan en pan". (Éste es el diablo que sometió a tentaciones físicas a casi cada cristiano en particular, y luego también a toda la santa cristiandad en general, con hambre, sed y toda suerte de males, con aflicciones, miedo y penurias. Y con este ataque, el diablo obtuvo un éxito bastante amplio. Pues muchos cristianos, al verse hostigados a causa de su fe, y puestos ante la alternativa de apostatar de ella o de sufrir el martirio, dieron pasos atrás, renegando de su bautismo y de su fe. No obstante hubo también muchos que permanecieron firmes: antes que apostatar de su fe, prefirieron correr todos los riesgos y padecer todas las torturas, de modo que esta primera era de la cristiandad se llama con justa razón la "era de los santos mártires", ya que fueron muertos a millares con indecible crueldad.

La iglesia se defiende contra esta tentación aferrándose a la palabra divina.

El medio, empero, con que los santos mártires se defendieron contra los tiranos nos lo muestra nuestro texto, donde Cristo le responde a Satanás: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". De esta respuesta se puede desprender que el ataque del diablo estuvo dirigido contra la vida misma de Cristo primero y de la iglesia cristiana después. No obstante, ellos no se empeñaron en conservar esta vida pasajera del presente. Antes bien, hicieron frente al diablo y a su séquito. Se opusieron a su tiranía, y dieron a entender con toda claridad que les importaba mucho

⁴ Lutero tiene en vista los primeros tres siglos de la historia de la iglesia cristiana.

⁵ Tentación en que Satanás se vale de violencia y tiranía humanas, siendo por lo tanto fácilmente identificable como "diablo tenebroso" (la expresión "diablo tenebroso", en alemán *schwarzer Teufel*, aparece en la edición ampliada de este sermón mencionada en la Nota 1).

más conservar la preciosísima palabra de Dios que conservar la vida temporal aquí en la tierra. Esta palabra no la querían perder y no querían renegar de ella por nada en el mundo. Tras largos años de sufrimientos, esta tentación desapareció; ello ocurrió cuando Constantino, después de su victoria sobre Licinio, prohibió las persecuciones contra la iglesia cristiana ⁶.

2. *La tentación de la iglesia por parte del diablo "luminoso". La doctrina falsa seduce a la iglesia a apostatar de la fe.*

Mas a la tentación física se agrega ahora la tentación espiritual: el diablo se presenta en forma de ángel y hace como si concordara plenamente con la palabra divina, pues cita las Escrituras para engañar a los cristianos. El que así habla, no es aquel diablo tenebroso, sino el diablo luminoso de los herejes. Éstos, en verdad, se habían dedicado ya antes a mancillar a la iglesia por medio del pobre Ebión ⁷, de Marción ⁸ y otros. Pero ahora obtienen el gobierno de la iglesia el heresiarca Arrio ⁹ y hombres semejantes. Al principio se intentó reprimirlos. Pero gracias al apoyo que les prestó Constancio, el hijo de Constantino, alcanzaron tal predominio que en toda la iglesia oriental apenas dos obispos permanecieron firmes en la doctrina verdadera ¹⁰. Finalmente, Mahoma y su secta hicieron suyos los errores de esta herejía ¹¹, convirtiendo a Cristo en un ser comprensible para la razón humana, y constituyéndose así en una horrenda amenaza para el cristianismo hasta nuestros días ¹².

⁶ Con esta victoria en el año 324 desp. de Cr., Constantino se convirtió en dueño único del imperio romano, lo que le permitió ejercer una influencia decisiva a favor de la iglesia.

⁷ Lutero es de la errónea opinión de que la designación "ebionitas" deriva de un personaje de nombre Ebión. La secta judeo-cristiana de los ebionitas (del hebreo *ebion* - pobre) veía en Jesús a un profeta judío, y en el cristianismo, un judaísmo depurado.

⁸ Marción, heresiarca del siglo II desp. de Cr., malinterpretó la antítesis paulina entre ley y evangelio como un dualismo al estilo gnóstico: el "demiurgo" judío del AT, a juicio de Marción, no podía ser el mismo que el Dios bondadoso revelado modalísticamente en el Jesús del NT. Consecuentemente, Marción rechazaba todo el AT y trató de "purgar" el NT de todo elemento judaizante.

⁹ Véase Sermón 13, Nota 1.

¹⁰ Bajo el emperador pro-arriano Constancio, el arrianismo condenado en Nicea (325 desp. de Cr.) se expandió con renovado vigor en el este del imperio romano, hasta que en el concilio de Constantinopla (381) fue eliminado definitivamente.

¹¹ Si bien no hay una relación directa entre el arrianismo y el mahometismo, ambos tienen en común la negación de la divinidad de Cristo. Jesús es equiparado por ellos con los profetas del AT.

¹² Respecto del peligro que significaba el avance del Islam para la Europa de aquel entonces véase Sermón 19, Nota 6; Sermón 34, Nota 3.

El pensamiento del diablo en este caso fue el siguiente: "Por muchos que sean los cristianos que a causa de las persecuciones reniegan de su fe, sin embargo, con esto mis planes no prosperan. La iglesia sigue creciendo. Tomaré pues por otro camino. Vosotros los cristianos lo sufrís todo por amor a la palabra. Muy bien, aquí está la palabra, escrita y todo: "A sus ángeles mandará acerca de ti", y "En sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra" (Salmo 91:11, 12). Yo no soy un diablo como aquel anterior; yo os llevo no a un lugar profano, sino a la santa ciudad, y al pináculo del templo"—al pináculo del templo sí, pero no al templo mismo. Y en este punto, el falsario e impostor omite las palabras: "*que te guarden en todos tus caminos*", es decir, en los caminos de tu vocación a la que Dios te ha llamado¹³. El diablo quiere llevarnos a un modo de pensar que en apariencia concuerda con la palabra divina, pero que en realidad es opuesto a lo que esta palabra dice en verdad; quiere enseñarnos a "tentar a Dios", como lo expresa nuestro texto. Pues el volar por los aires, y el echarse a tierra desde el pináculo del templo, son caminos para palomas y gorriones, no para seres humanos.

La iglesia se defiende contra esta tentación examinando cuidadosamente la doctrina.

(Para defenderse contra esta tentación sutil de Satanás se necesita un arte que nuestra carne y sangre no domina, pues es el arte del Espíritu Santo: hay que examinar la palabra de Dios certera y adecuadamente, y ver si el que la emplea, la emplea en forma correcta o incorrecta. Pues también el diablo es ducho en el arte de hacer hablar a las Escrituras en favor suyo, y lo demuestra ante el Maestro supremo, ante Cristo en persona. Por esto, no te dejes aplastar tan rápidamente por el miedo si los espíritus facciosos y los herejes se te lanzan encima vociferando: "Aquí está la Escritura, aquí está la palabra de Dios, etcétera"; antes bien, enfrenta a la Escritura con la Escritura, como lo hace Cristo al ser tentado por Satanás. Pues precisamente los herejes, los más encarnizados enemigos de la palabra y sus más tenaces perseguidores, hacen como si quisieran ayudar a impulsar su propagación y protegerla. A éstos, cuando recurren a las Escrituras y tratan de corroborar y exornar con ellas sus mentiras, hay que responderles: "No, señor; no me basta con que me digas que tienes la palabra de Dios a tu favor; porque es preciso también que no tentemos al Señor nuestro Dios. Y aunque fuese en realidad

¹³ Conforme a las palabras del Salmo, la promesa vale sólo para aquellos que permanecen obedientes en el camino que el Señor les ha señalado.

la palabra de Dios lo que tú aduces en tu apoyo, habría que ver también si no le quitaste o agregaste algo. Por esto, demuéstranos ante todo si lo que opinas tú concuerda con lo que quiere decir el Espíritu Santo, y si aplicas la palabra divina en forma válida. Por cierto, nuestro Señor no se enojará conmigo si yo me rehúso a aceptar su palabra sin más ni más tal como tú la citas e interpretas; pues si bien el diablo y todos los herejes usan la palabra con gran frecuencia, no obstante la usan incorrectamente.

Esto en cuanto al segundo período¹⁴ cuando Satanás, disfrazado de ángel de luz, atacó a la cristiandad mediante diversas herejías, turbando y confundiendo bárbaramente a las pobres conciencias — lo cual, por otra parte, no ha de extrañarnos. Pues: ¿cómo habría de defenderse el hombre sencillo, que posee una instrucción sólo superficial en cosas referentes a la palabra de Dios, si oye expresiones tan elevadas como “palabra de Dios”, “nombre de Dios”, “honor de Dios”, etcétera? En este caso, Dios tiene que prestarnos su ayuda especial por medio de predicadores piadosos y conscientes de su responsabilidad, o tiene que preservar a los suyos mediante una inspiración especial del Espíritu Santo. De lo contrario, no hay remedio que valga, y todo está perdido. Y sin embargo, la cristiandad aguantó y superó también este período lleno de perjuicios y peligros, de modo que subsiste hasta el día de hoy. Gracias a la palabra de Dios y al esfuerzo de predicadores fieles a ella, se conservó nuestra fe y confesión de que Jesucristo es verdadero Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre, nacido de la Virgen María en el tiempo de este mundo.)

3. *La tentación de la iglesia por parte del diablo “divino”. El poder y la gloria seducen a la iglesia a la desobediencia.*

Al fin, cuando el diablo ya no podía ocultarse detrás de esta máscara por resultar demasiado reconocible, apela en estos últimos tiempos a un medio extremo, robusteciendo, desde hace algunos siglos¹⁵, la posición del anticristo y del imperio anticristiano. Así es como tenemos que interpretar sus palabras: “Todo esto te daré, si postrado me adorares”. Con esto, Satanás llega al colmo de la presunción, arrogándose plenipotencia divina. Ya no se viene con palabras de Dios, las Escrituras ya no le interesan, sólo se dedica a echar mentiras como ésta: “Toda la gloria que ves, a mí me ha sido entregada” (Lucas 4:6). Lanza una promesa inaudita: “Todo esto te daré”,

¹⁴ Ese “segundo período” abarca más o menos los siglos IV a VI después de Cristo.

¹⁵ A partir del siglo VII desp. de Cr.

pero con una condición: “si postrado me adorares”. Sobre esto se basa ahora el gran prestigio y la paz de la iglesia con que tanto alardean. Aquí, el que habla ya no es el diablo en forma humana ni el diablo en forma de ángel de luz, sino lisa y llanamente el diablo divino, que quiere ser adorado. Se levanta por encima de Dios, es decir, contra la palabra de Dios y lo que es objeto de culto, como leemos en los escritos de Daniel y de Pablo ¹⁶.

La iglesia papal sucumbió completamente ante esta tentación.

Así, el diablo dispuso que se invocara a la Virgen María y a los santos, y los hizo nuestros intercesores. Niega por una parte que Cristo es el Único que nos justifica, y por otra parte hace del Cristo Mediador un Cristo Juez. Enseña a los hombres a confiar en una presunta justicia humana, en reglas monacales, en obras e indulgencias. Pervierte el evangelio y el uso de los sacramentos. Al perdón de los pecados lo hace un objeto de burlas, hasta el extremo de atreverse a afirmar que el mero hacerse sepultar envuelto en un hábito monacal, le asegura a uno la remisión de los pecados. Igualmente quiere hacer creer a la gente que la contrición, confesión y satisfacción que ellos deben hacer, es ya de por sí el perdón de los pecados, etcétera, ¡Y qué abominación más grande son las misas, etcétera! ¹⁷ Todo esto no sólo lo practican, cual si fuera lo más importante en materia de religión, en oposición a los preceptos de Dios y el evangelio de Cristo, sino que incluso lo enseñan al pueblo cristiano, sin respeto alguno hacia la santidad de Dios y lo que nos dice nuestra fe. ¿Cómo es posible todo esto? Es posible a causa de la promesa: “Todo esto te daré”. Esto significa: Yo, Satanás, el señor del mundo, estaré también contigo y te daré el dominio sobre todos los bienes que el mundo puede ofrecer. La única condición que te pongo es: Enseña hipócritamente lo que es mentira, y deja a un lado la fe. Tu dios sea el vientre ¹⁸, y seas objeto de la más esplendorosa gloria. Haz decretos y estatutos y reglas monásticas que atentan contra los mandamientos de Dios, contra el evangelio y la fe, y di: “¡Esto es palabra de Dios y obediencia a la iglesia!”. Afirma sin ningún escrúpulo: “Aquí está la iglesia”, por más evidente que sea la condenación y persecución de que se hace objeto a la palabra e iglesia de Dios. Haz el intento de arrebatarle a Cristo su reino y su sacerdocio, y de arrogártelos tú mismo, para que bajo su

¹⁶ Dn. 11:36; 2 Ts. 2:4.

¹⁷ Comp. los *Artículos de Esmalcalda*, presentados en los días en que Lutero pronunció este sermón; en especial: II. Parte, Artículo 2 (Obras de Lutero, Ed. Paidós, Bs. As., tomo V, págs. 166 y sigtes.).

¹⁸ Fil. 3:19.

nombre puedas seducir y oprimir a los cristianos. En esta forma me adorarás a mí, y yo te daré una magnífica recompensa: honores y riquezas, y supremacía sobre emperadores, reyes y toda otra potestad en la tierra, y además la fama de ser una iglesia llena de justicia y santidad, de modo que aun el último de tus monjes será temido por los personajes más sabios y poderosos. Aquellos a quienes tú les concedas el privilegio de admitirlos, habrán de prosperar, gozar de abundancia y ser tenidos por santos; en cambio habrán de perecer aquellos a quienes tú condenes. Escudado por tales baluartes me adorarás como al “dios de las fortalezas”¹⁹, es decir, como a aquel que te protegerá contra todas las fortalezas que te ofrecen resistencia. Me rendirás empero piadoso culto adorando el oro y la plata, el poder y la magnificencia. Pues yo soy el dios de los bienes de esta índole, y estoy dispuesto a dártelos. Y una vez que yo sea el dios tuyo, ya no necesitarás la palabra de Dios, a no ser que quieras abusar de ella a favor del “dios de las fortalezas”. ¡Ah, qué bien suena todo esto!

La iglesia se defiende contra esta tentación por medio del evangelio.

¡Hemos sufrido una caída verdaderamente espantosa! ¿O acaso no significa adorar a Satanás y apostatar de Dios si los hombres tienen al diablo por santo, si ensalzan y defienden las enseñanzas de los demonios, si atribuyen a estas enseñanzas el carácter de doctrinas concordantes con la doctrina de las Escrituras, si tratan de imponerlas con manejos hipócritas y por la fuerza de las armas, cuando estos mismos hombres en realidad corrompen la palabra de Dios, blasfeman de ella, la niegan y la persiguen? ¿No significa esto derribar a Dios de su trono y colocar a Satanás en su lugar? Pablo dice que “en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, por la hipocresía de mentirosos que tienen cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4: 1, 2). Este horror, nuestra madre la iglesia ha tenido que soportarlo; pero tenemos la esperanza de que lo dicho en nuestro Evangelio de hoy pondrá fin a este estado de cosas. Pues lo que Cristo dice al diablo: “Vete, Satanás”, lo dice hoy también la iglesia por medio del evangelio, ahora que el carácter del reino de Satanás ha quedado al descubierto. En las reuniones donde se predica la palabra de Cristo es herido de muerte aquel “inicuo”²⁰ que se sienta no en las afueras del templo, sino “en el mismo templo de Dios”; lo mata el

¹⁹ Dn. 11:38.

²⁰ 2 Ts. 2:3-8.

Señor “con el espíritu de la boca de Cristo”, de modo que muy pronto será destruido del todo “con el resplandor de su venida”. Mas ya ahora mismo, este evangelio lucha contra la adoración falsa y la falsa obediencia o culto de Dios; pues repite lo que dijo Cristo: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”. En este sentido profetiza también el Salmo (72:11) acerca de Cristo: “Todos los reyes le adorarán, todas las naciones le servirán”. “Adoras” a Cristo en espíritu y en verdad cuando confías en él conforme a las promesas del evangelio, y crees que por Cristo solo, Dios es tu amoroso Padre. Le “sirves” empero cuando haces y procuras lo que Dios te mandó hacer según la vocación en la cual te ha puesto, y cuando lo haces no con intención de ser declarado hombre justo, sino para la gloria de Dios y el bien de los demás. Con tal predicación, necesariamente tiene que desvanecerse en nuestro corazón la doctrina anticristiana y la confianza en ella. Nuestra esperanza es, pues, que ahora nos asiste la fe, y que los ángeles que vinieron a Jesús, se acercarán también a nosotros, mientras que el reino de las tinieblas es arrojado a lo más profundo del infierno junto con toda la impiedad de los mahometanos y de los papistas y cualquiera otra impiedad que hubiere. Amén.

LA LUCHA Y LA VICTORIA DE LA FE CRISTIANA

Sermón para el 4º Domingo después de Epifanía.

Fecha: 30 de enero de 1530¹.

Texto: Mateo 8:23-26. Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza.

Introducción: La tempestad en el mar pone a prueba la fe de los discípulos.

En este Evangelio oímos cómo los queridos discípulos pasan por momentos de gran temor y angustia por seguir a su Señor cuando éste entra en una barca y se hace a la mar. Tenemos aquí un ejemplo particularmente claro para la doctrina de la fe tal como nosotros la enseñamos. Esta enseñanza va dirigida sólo a las almas piadosas, no a los impíos; porque “no es de todos la fe” (2 Tesalonicenses 3:2), y pocos son los que saben algo de ella. Vemos, pues, que los discípulos son sorprendidos por una fuerte tempestad; este acontecimiento pone a prueba su fe, para que se vea cuán fuerte es, o cuán

¹ Al final del sermón dado en Wittenberg el 1º de enero de 1530 —un severo llamado al arrepentimiento—, Lutero había anunciado su resolución de no predicar más en esta ciudad donde la palabra de Dios había llegado a ser objeto de burla y de desprecio. Y en efecto, interrumpió su actividad en su habitual púlpito de Wittenberg hasta el 30 de marzo de 1530, con la sola excepción del 23 y 30 de enero, días en que predicó cediendo al ruego expreso de su soberano, el príncipe elector Juan de Sajonia (WA 32, Introd. pág. XVII/XVIII).

débil es. Eso sí: ¡antes de entrar en la barca eran capaces de trasladar montes! Su corazón, su cuerpo entero estaba lleno de fe. De igual manera, todo el mundo está lleno de fe y lleno de confianza, por eso la gente también es tan terca y tan atrevida. Pero cuando empieza a levantarse el viento, y cuando las olas comienzan a cubrir la barca, se ve que esa fe tan fuerte no era más que una engañosa ilusión.

Y ¿qué dice el Señor a sus discípulos en estas circunstancias? No les dice que no tienen *ninguna* fe, sino que tienen una fe *débil*. Pues si su fe hubiera sido fuerte, no se habría inmutado ante las olas que cubrían la barca ni ante la tempestad que rugía: no habría visto más que vida, felicidad y bonanza. Una fe fuerte habría pensado: “Aun cuando la barca se fuese a perder en el fondo del mar, sin embargo se encuentra en ella Aquel que puede hacer de las aguas una bóveda, de modo que no habrán de aplastarnos. ¿Acaso no hizo de las aguas un muro cuando condujo a los israelitas a través del Mar Rojo²? Poco tiempo le llevará preparar los ladrillos y agregar la cal para fabricarnos de las aguas del mar un muro protector.” Repito: si hubiesen tenido una fe fuerte, tales habrían sido sus pensamientos. Pero su fe era débil, porque claman: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!” En su corazón no queda más que una pequeña centella de fe, una centellita que vive en su corazón y reconoce en Cristo a su Salvador. Pero contra esta centellita se levantan el viento y las olas, la muerte y la tempestad. Y como ves, esa centellita en el corazón tiene que hacer frente a la inmensidad del mar. Por cierto, los vientos y las olas bien pronto apagan el montoncito de brasas. Si el Señor no se hubiese levantado y no hubiese fortalecido esa pobre y débil fe, los discípulos habrían estado perdidos.

1. *El único auxilio en la tribulación es la fe en la palabra. Esa fe puesta a prueba, se asemeja mucho a la desesperación.*

De este ejemplo de la fe, los alumnos de la fe pueden aprender unas cuantas cosas. En primer lugar puedes observar lo siguiente: Cuando llega el momento en que la fe debe demostrar la fuerza que tiene, resulta ser la cosa más débil que existe. Pues entonces cunde la desesperación, y el creyente experimenta lo que experimentaron los discípulos en nuestro Evangelio: ellos *tienen fe*, y su fe *desempeña* también lo que es su obra y función específica, a saber: no desesperar, no dejar de confiar en el Señor. Pero luego cae sobre los discípulos una incapacidad tal de creer que ya no sienten en su corazón otra cosa que in-

² Éx. 14:22.

credulidad y desesperación. No obstante, por fuerte que parezca ser la desesperación, la fe *subsiste*, aunque se asemeja más bien a la incredulidad. A esto llamamos pues la “fuerza” y el “poder” de la fe: cuando es tan pequeña, y sin embargo da tan grandes resultados. Así ocurre también en las tentaciones y tribulaciones nuestras, cuando nos acosan el diablo y la muerte, y por cierto también el turco con sus fuerzas aterradoras³. Todos ellos se levantan cual verdaderos gigantes contra la débil centella de la fe que vive en nuestro corazón. Y no obstante, esa fe pequeña y débil, que es más bien incredulidad y desesperación, adquirirá una fuerza tal que derribará a aquel gigante. Así es como la fe alcanza la victoria, según lo demuestra el ejemplo de los discípulos de Cristo: ni bien vino el Señor y dio su orden a los vientos, la tempestad estaba vencida.

También la fe pequeña obtiene la victoria, si se ase de la palabra.

¿Qué factor es el que confiere a la fe tal fuerza, siendo que esa fe débil se parece más a incredulidad y desesperación? No hay otro factor que éste: que la fe, con todo lo débil que es, se ase del Señor y de su palabra. Los discípulos no empuñan los remos, no se ponen a achicar el agua que entró en la barca, ni hacen otro esfuerzo alguno; saben que todo sería en vano. No; simplemente se agarran de esta palabra que es expresión del poder divino, y exclaman: “¡Señor, ayúdanos!” Y aunque le llaman por este nombre, en el momento todavía no *ven* que él es el Ayudador, sino que solamente *han oído* que lo es. Creen, por lo tanto, conforme a lo que han oído. ¡Y éste es nuestro triunfo! De otra manera, no tendríamos la más remota posibilidad de vencer a Satanás, ni aun tratándose del pecado más leve. Pero por cuanto la fe se aferra a la palabra que ha oído —aunque fuese una fe pequeñísima, una centella nada más— el viento tiene que cesar, y el mar tiene que entrar en calma.

Lo mismo sucede cuando nos aprieta nuestro pecado: viene entonces Satanás y convierte el más pequeño desliz en una transgresión tremenda. Es capaz de infundirle a uno tanto miedo, de cargarle tanto la conciencia, de pintarle con colores tan horribles el infierno y el juicio, que uno cree tener que caer en desesperación. Y es imposible que el cristiano pueda hacer frente siquiera al pecado más pequeño. Lo sabemos por propia experiencia: antes, cuando al celebrar misa levantábamos el cáliz a la boca, y de pronto nos atragantábamos con una gota

³ En 1529, los ejércitos turcos habían aparecido ante los muros de Viena. Lutero, como muchos otros, estaba profundamente alarmado por la posible suerte que correría Alemania.

de vino, ¡qué pecado enorme que era esto!⁴ Si llevábamos el cáliz a los labios, y en esto incurriamos en una falta de esa naturaleza, tan insignificante que no debiera haber pesado más que una partícula de polvo —¡sin embargo, con cosas así, Satanás le puede abrir a uno el infierno y cerrarle el cielo! Así lo hace también con otras faltas que en sí son nimiedades. Y nadie puede resistir con sus propias fuerzas a estas maquinaciones satánicas. Pero aunque la fe tiembla y se agita, se atiene no obstante a la palabra de Cristo de que él es nuestro Auxiliador. Una vez que la fe logró asirse de la palabra, el pecado tiene que darse por vencido, por virtud de la palabra. Es verdad, Satanás zarandea nuestra fe⁵ y la quiere meter dentro de un tonel para sacudirla. Pero si la fe se toma fuertemente de la palabra, pronto cesan las sacudidas, porque viene Cristo y reprende a los vientos y al mar. Esta historia aplícala tranquilamente a todas las tentaciones y tribulaciones donde tu fe se ve expuesta a duras pruebas. Si nuestra conciencia nos dice: “Todo está perdido”, el efecto será el mismo que si los discípulos aquellos hubiesen dicho unos a otros: “¿Para qué clamaremos al Señor? Aquí ya no hay nada que hacer.” En este caso, seguramente se habrían ahogado todos, y no habría quedado más que Cristo solo; pues entonces, la desesperación de los discípulos se habría hecho completa, y ya no les habría quedado una centellita de fe, porque habrían dejado de aferrarse a la palabra. Por lo tanto: por más débiles que seamos, lo importante es que nos atengamos a la palabra; entonces ninguna tentación será tan fuerte que no la podamos vencer. Y a la inversa: si nos apartamos de la palabra y perdemos este arte que dominaban los discípulos, ningún pecado es tan fútil que no pueda hacernos caer, como dije hace unos momentos al hablar de un pecado que en realidad era una cosa de nada. ¿Qué será cuando vengan aquellos pecados realmente grandes, cuando la conciencia le acuse a uno: “Tú odias a Dios”⁶? Mas cuando uno se prende firmemente de la palabra y cree en el poder y la voluntad de Cristo de ayudarle y se atiene a él, entonces verá: sean los pecados de una enormidad tal que llenan el orbe, no obstante tendrán que desaparecer, y el mar tendrá que volver a la calma. Ésta es nuestra victoria, ahí brilla en todo su esplendor “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:17). ¡Cuántos hay que temen que

⁴ Lógica consecuencia del atragantamiento era un acceso de tos, a raíz del cual el sacerdote devolvía parte del vino que había ingerido. Esto se consideraba un grave pecado, pues mediante este acto “se derramaba la santa sangre del Señor”.

⁵ Lc. 22:31.

⁶ Comp. p. ej. 1 Jn. 4:20.

el papa fulmine una excomunión contra ellos!⁷ Pero ahí está la palabra de Dios, el evangelio prometido, en que Dios mismo te asegura que te ayudará. Si has agarrado la palabra, tienes en tu mano una espada con que puedes repeler el pecado y la muerte, a Satanás y todos los males.

Sólo en la lucha, la fe revela lo que en verdad es.

Esto es el primer aspecto de la fe; y el que quiera crecer en ella, tómelo bien en cuenta, para que aprenda a fondo ese difícil arte. Es de notar que la fe tiene dos horas o tiempos distintos. Primero: un tiempo de paz; ahí le va bien, triunfa, domina la situación, no teme a nadie, y disfruta ese envidiable estado de cosas una vez que ha obtenido la victoria y los enemigos han desaparecido. En cambio, en el tiempo de guerra, la fe se parece a la incredulidad y a la desesperación; de modo que en el tiempo de guerra tienes que tomar conciencia de que en tales circunstancias no tienes esa fe que tenías antes, en tiempos de paz. “Ya no puedo creer”, dices entonces. No digas así; antes bien, di: “Creo, pero débilmente; por el momento estoy en la segunda hora de la fe”. Mientras estés en la primera hora, donde reina la seguridad, dale las gracias a Dios que te la concedió, y aprovéchala bien. En la segunda hora empero di: “Es verdad, siento que mi fe se parece mucho a la incredulidad; más aún, se comporta como si estuviese a punto de caer en desesperación. Pero en realidad, ahora está justamente desempeñando su función específica, que es la de arremeter y luchar contra la muerte, el pecado, la pobreza, contra Satanás y todos los infortunios”. Si uno está en la guerra, no sabe de alegrías. Bailar es *una* cosa, y hacer la guerra, otra. Allá donde reina la paz, no hay señales de tristeza; pero acá, en la guerra, sucede lo contrario: ahí ruge la tempestad y se agita el corazón, y no obstante, no hay motivo para darse por perdido. Nadie desespere, por consiguiente, al sentir que su fe es tan exigua; piense que está en la guerra, y que Satanás y el pecado no le mezquinarán golpes. ¡Tenga los ojos puestos en la palabra, y no permita que nadie se la arrebate! Si persevera en la palabra, la desesperación y la incredulidad y la tempestad tendrán que abandonar el campo de batalla. Ésta es la segunda hora, la hora del duro batallar, la hora en que la fe tiene que entrar plenamente en acción, pues tiene que luchar con la muerte, con el pecado, con el infierno, y tiene que sentir

⁷ La excomunión (mayor) consistía en la privación activa y pasiva de los sacramentos y sufragios comunes de los fieles. Ya desde 1521 pesaba sobre Lutero tanto la excomunión papal como el entredicho imperial (que le ponía fuera de la ley).

el terrible peso de todos ellos. ¿Qué habría ocurrido si los discípulos en su barca no hubiesen visto ni sentido ninguna tempestad? Su fe no habría luchado, ni tampoco habría vencido. Mas donde se pierde la palabra, sucumbe también la fe. Por el contrario: si la fe, por más débil que sea, se aferra a la palabra, ni la desesperación ni el desaliento ni la incredulidad podrán dañarnos.

La palabra de Dios es el arma de la fe.

Esto lo digo para que honréis y estiméis la palabra exterior⁸ como es debido. Vosotros conocéis muy bien aquel arma filosa que llamamos “espada del Espíritu”, y el diablo la teme como ninguna otra cosa. Pues innumerables veces fue herido por ella. Donde la ve, prefiere no acercarse. Por esto, su constante afán es arrebatarnos la palabra. Si le quitas al enemigo la espada, fácil es luchar contra él. Si el diablo nos quita la palabra, no somos capaces de vencer ni el más mínimo de los pecados. Esto es el motivo por qué hace surgir facciones en la iglesia del papa⁹; a nosotros mismos empero nos hace negligentes, perezosos y desagradecidos, hace que dejemos de leer y oír la palabra con asiduidad, a fin de que al menos logre desviarnos en lo posible de ella. Mas si la oímos de buena gana, si la grabamos en nuestro corazón y hacemos frecuente uso de esta espada, estamos bien protegidos. Si entonces Satanás nos ataca, es suficiente que vea la palabra divina a que recurrimos, y ya emprenderá la retirada. Pues ésta es la única manera como podemos obtener la victoria sobre Satanás: salirle al encuentro con la espada del Espíritu. Esto es imprescindible que lo aprendas. Pues has de saber que nuestro poder y nuestro valor estriban no en nuestras obras, sino en la fe — siempre por supuesto, que conectes tu fe a la palabra que es nuestra santidad y nuestra victoria.

2. *La fuerza de la fe radica en Cristo, no en los cristianos. La fe en la palabra, no en el propio sentir, hace que seamos cristianos.*

Por eso son unos insensatos los que en nuestros días hacen a los cristianos objeto de su crítica diciendo: “Antes, cuando

⁸ La “palabra exterior” es la que nos llega desde fuera, o sea, la palabra de las Sagradas Escrituras y de la predicación, a diferencia de la “palabra interior”, la “iluminación interior por parte del Espíritu Santo” de que tanto hablaban ciertos sectarios.

⁹ Facciones = movimientos que mediante toda suerte de prácticas y actos especiales desvían al pueblo cristiano de la palabra de Dios expresada en las Escrituras.

estábamos todavía bajo el papa, vivíamos seguros y tranquilos. Cuando íbamos a misa o participábamos en una procesión, todo era paz; pero ahora todo es rebelión". ¿De esta manera los tontos aquellos se atreven a descubrir dónde están los cristianos? ¡Como si esto fuera algo que se puede juzgar con ojos terrenales! Ni que te pongas todos los anteojos del mundo lo verás. Por ahí llaman "cristiano" a uno que va vestido de un hábito gris como los monjes; y posiblemente creas que este tipo de cristianismo sería digno de que te esfuerces por emularlo. Así miden a los cristianos según sus obras y méritos y su coraje. Pero en realidad, el asunto es como aquí en esta barca; dime: ¿dónde ves allí a los cristianos? ¡Todos se llaman discípulos de Cristo, y en efecto lo son; sin embargo, ninguno es capaz de creer! Se necesitan, por lo tanto, otros ojos que los del mundo y todos sus sabios, para poder reconocer a un cristiano como tal. Confesamos: "Creo en la santa iglesia cristiana". Mas lo que se cree, no se ve, dice el apóstol Pablo¹⁰. En aquella barca, lo que menos parece haber es confianza, y el cristiano tiene todo el aspecto de un incrédulo; ¿o no ves cómo se desesperan los discípulos? Un cristiano no se da cuenta de que es cristiano. Por lo tanto, no te juzgues a ti mismo por lo que sientes o por lo que tu corazón te dice acerca de ti. Antes bien, reconóctete como cristiano por haber aceptado la palabra que Dios pronunció. Cristiano eres si oyes con agrado la palabra de Dios y te atienes a ella en la hora de la lucha y del peligro. Tales "cristianos" son aquellos discípulos en la barca: están desanimados, no descubres en ellos nada de arrojo cristiano, sino todo lo contrario si los juzgas por la manera como se comportan. Si a pesar de esto se llaman cristianos, es porque claman: "¡Señor, ayúdanos!" Por eso son cristianos. En esto reside su santidad, su vida, su fortaleza. Todo esto el Señor lo concentró en su propia persona; *no debe* ser algo inherente *en nosotros*. Por consiguiente, es una grandísima tontería querer medir al cristiano por lo que aparenta ser por fuera. Es muy loable que observes un buen comportamiento. Sin embargo, dar a las personas una esmerada educación exterior es tarea de los padres y de las autoridades civiles. Pero por esa educación no se es cristiano; se es cristiano por asirse de la palabra. Y ese asirse de la palabra se hace sola y exclusivamente por medio de la fe. Por lo tanto, aunque los cristianos se vean perseguidos por dudas y temores, aunque tengan de sí mismos la impresión de ser incrédulos —no obstante, si se halla en ellos la disposición de prenderse de la palabra y no soltarla, no hay duda alguna de que son cristianos, y cristianos tanto mejores cuanto más se parecen al más desesperado

¹⁰ Comp. Ro. 8:24; 2 Co. 5:7 (He. 11:1.).

de los mortales. Pues en esta su desesperación se aferran a la palabra por medio y a causa de su propia debilidad. Por esto dice también San Pablo: "De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (2 Corintios 12:9). Pues este poder de Cristo se manifiesta en nuestra debilidad.

La fortaleza del cristiano está escondida tras su debilidad.

Por consiguiente: la santidad de los cristianos está fundada no en ellos mismos, sino en algo fuera de ellos: en la palabra; nadie, por ende, puede ver que uno es cristiano a menos que él mismo lo sea. Ciertamente, no hay hombre en la tierra que pueda ver si una persona se aferra a la palabra. Podrá ver que estoy sacudido por mil temores, o que estoy lleno de alegría; pero mi agitación no le dice nada en cuanto a mi adhesión o no adhesión a la palabra. El ser un cristiano es, pues, algo invisible y oculto; lo pueden discernir sólo aquellos que tienen fe. Digo esto para que no caigáis en desesperación al notar que entre los cristianos se halla tanta debilidad. El ideal que quisieran ver realizado precisamente los mejores de entre los hombres es que la cristiandad viva en un estado de perfección tal que ya no se pueda descubrir en ella ningún vestigio de maldad. No; un hombre como tú te lo imaginas, no existe; no puede existir mientras pese sobre él Satanás, su propia carne y el mundo. Claro: poco te cuesta querer medir a la gente según lo que tú mismo haces y eres, si tú no tienes que padecer las tribulaciones y tentaciones que padecen otros. Así que: en lugar de mirar a los demás, trate cada cual de aprender personalmente el arte y oficio de la fe, para que sepa: aun cuando esté a punto de desesperar, la fe todavía no ha desaparecido del todo. Antes bien, aférrase entonces a la palabra de que Cristo es el Ayudador. La exclamación: "¡Perecemos!", esa palabra de la desesperación, no la podremos erradicar; pero tampoco estará ausente la palabra de la fe: "¡Ayudador, ayúdanos!" Así, con la primera palabra que dice, el cristiano habla como un incrédulo acobardado; pero también dice la segunda palabra: "¡Señor, ayúdame!" La dirá en gran debilidad, es cierto; pero tanto más fuertemente se adherirá a la promesa de ayuda. Así, pues, la palabra de Dios puede más que el diablo, el cual es el culpable de que el hombre caiga en desesperación. Lo que a juicio del mundo es lo más fuerte, tiene que irse al fondo, y lo que es más débil, tiene que ir arriba del todo. Ésta es una predicación para cristianos.

3. *La fe necesariamente está expuesta a conflictos. Donde está Cristo y su evangelio, aparecen disturbios.*

El segundo factor que debe llamar nuestra seria atención es el hecho de que la tempestad se levanta en el momento preciso en que Cristo y sus discípulos se hacen a la mar. Antes reinaba la calma. Quiere decir entonces que cuando Cristo entra en el mar, éste se embravece. Nuestros sabidillos afirman: "Desde que comenzó vuestra predicación del evangelio, comenzaron también los disturbios. Si pudiéramos restablecer el orden anterior, con mucho gusto lo haríamos¹¹." ¡De modo que el evangelio tiene la culpa de que los hombres sean malos y de que haya tantos que se apartan de la palabra y confían en iluminaciones interiores! Nada mejor que la historia de la tempestad en el mar para desvirtuar tales infundios. Es verdad: antes, todo el mundo vivía tranquilo; pero cuando viene Cristo, comienza la tempestad. Luego: si nosotros nos retractáramos, todo el mundo volvería a vivir tranquilo. Pero el asunto es muy distinto: Cuando el evangelio penetra en el mundo, Satanás se opone a que sea oído, e instiga al papa y a todos los príncipes a combatirlo. ¿De quién es la culpa? Del evangelio, dicen. ¡Que el diablo te rompa la cabeza! Es justamente al revés: si aceptasen el evangelio, y nadie se le opusiese, seguiría reinando la paz. El evangelio no hace violencia a los hijos buenos, sólo censura a los malos. No esgrime la espada, sino que deja todas las cosas en la tierra en su lugar. Su ataque se dirige exclusivamente contra el Satanás que habita en tu corazón; y su deseo es instruirte en la verdad. Por consiguiente, la culpa de que estallen conflictos es tuya, y sin embargo se la achacan al evangelio. Quieras o no, tienes que admitir que el evangelio no te hace ningún daño. Con el mismo derecho podría decir también un ladrón: "¿Por qué me llevan a la horca? Si no fuera por el verdugo, yo podría seguir viviendo lo más tranquilo". Ah sí, amigo mío: si se te permitiera robar y cometer otras fechorías, y luego se prohibiera al juez y al verdugo atraparte, esto sí que te gustaría. "Si éstos no me hubiesen atrapado", dices, "yo no estaría ahora en la horca; así que la culpa la tienen ellos." No; la culpa la tienes tú cuando desobedeces a los padres y a las autoridades. Igualmente, cuando el evangelio censura tu incredulidad y quiere purificar tu corazón, y tú no quieres aceptar la censura y la purificación, la culpa es tuya. En contra de tales bocas blasfemadoras que atribuyen al evangelio la culpa por lo que

¹¹ El reproche de que el evangelio predicado por los reformadores era el causante de los graves conflictos surgidos en la iglesia era muy frecuente.

está sucediendo, Cristo dice por lo tanto una palabra que debes tomar muy a pechos. Ellos gritan: "El mar está en calma hasta que viene Cristo". Él en cambio declara: "No he venido para traer paz, sino espada y fuego"¹². Cualquier bellaco quisiera que se pasen por alto sus acciones vituperables; pero entonces uno devoraría al otro. No es por lo tanto culpa de Cristo si se levanta el viento; al contrario: Cristo duerme, así que la furia del viento no se le debe atribuir a él; él ni siquiera mueve un dedo. El que levanta la tempestad es Satanás, enemigo de la barca y enemigo del que navega en ella.

El tumulto de la batalla va por cuenta del mundo, no de Cristo.

Podría objetarse además: "Y bien, ¿quién mandó a los discípulos a entrar en la barca?" Me dicen que hay marineros que no permiten a ninguno de los que van a bordo llevar consigo una reliquia o el Evangelio de San Juan; se lo quitan y lo tiran al mar. No quieren saber nada de objetos sagrados, porque temen que les puedan traer mala suerte. ¿Era esto lo que debían hacer en aquel momento los discípulos: al levantarse la tempestad, echarle la culpa al único justo que iba a bordo, y arrojarle a las aguas, como hicieron en su tiempo con Jonás¹³? Por lo tanto: que el mar esté tan enfurecido, no es culpa de Cristo ni de los discípulos; es tu odio y tu envidia los que causan tal fragor, por cuanto no quieres tolerar el evangelio y lo persigues. ¡Y a pesar de todo, le das la culpa a Cristo y a sus discípulos en vez de dársela a Satanás que te mueve a actuar como lo estás haciendo! Igualmente se dice hoy en día: "¡Cuánta desgracia causó el evangelio! Si no lo hubiesen predicado, todavía estaríamos viviendo en paz." ¡De ninguna manera! La culpa es de Satanás y tuya, no del evangelio. El evangelio de por sí es un mensaje de paz, que nos enseña todo lo bueno. Así podrías decir también a tu prójimo, cuando al robarle sus bienes eres sorprendido por él: "¿Por qué no te vas a dormir en vez de molestarme, y me dejas robarte en paz?" ¡Linda paz sería ésta! Apréndelo bien: es culpa de ellos mismos lo que los impíos le echan en cara al evangelio. ¿Te callas tú cuando viene un ladrón y violenta la cerradura del cajón de tu mesa y de tu cofre, y cuando te hace frente y te increpa porque sin culpa suya le estás armando un escándalo? El mar está en calma hasta que viene Cristo. Pero si se presenta la tempestad, con toda seguridad se presentará también Cristo sobre el mar. Y si él se presenta, la consecuencia infali-

¹² Mt. 10:34; comp. Lc. 12:49.

¹³ Jon. 1:15.

ble es que los vientos y el mar le obedecen, aunque te vuelvas loco con tu boca blasfema. El evangelio perdurará y vencerá al viento y a la tempestad.

Conclusión y resumen.

De este modo has oído en primer lugar que no debes juzgar tu fe por lo que sientes dentro de ti, sino que debes asirte de la palabra. En segundo lugar, que nadie debe escandalizarse cuando la situación se torna turbulenta, como si esto pudiera evitarse ante la realidad del Cristo presente. La culpa no la tiene Cristo, sino el mundo; cuando el evangelio y Cristo entran en contacto con el mundo, el mar se embravece. Por otra parte, cuando Cristo se hace presente, y con él la tempestad, nosotros perdemos el ánimo, y no obtendremos la victoria a menos que nos aferremos a la palabra e invoquemos a Cristo como Señor y Ayudador.

EL CRISTIANO SE AFERRA A LA PALABRA DE DIOS

Sermón para el Domingo de Reminiscere.

Fecha: 25 de febrero de 1526.

Texto: Mateo 15:21-28. Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieras. Y su hija fue sanada desde aquella hora.

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación” (Santiago 1:12).

1. *La primera tentación: Cristo no responde al ruego de la mujer. La fe en su expresión máxima se aferra a la palabra y vence a Dios.*

El Evangelio de hoy se lee especialmente por lo que nos relata de la expulsión de un demonio. La iglesia de ahora y de todos los tiempos sólo puede subsistir si sus miembros luchan sin descanso contra el Tentador y Acusador, confesando humildemente sus pecados, permaneciendo fieles a la palabra que han oído, y viviendo conforme a ella.

La mujer de que se nos habla en el Evangelio tiene no sólo una fe común, sino una fe perfecta, verdaderamente heroica, una fe que obtiene la victoria hasta sobre Dios mismo. No cuesta mucho confiar en que Dios sea capaz de proveer a nuestras necesidades materiales. Tampoco merece el calificativo de “fuerte” la fe con que crees que tus pecados te son perdonados; en cambio, “fe suprema” es cuando Dios mismo se pone en contra de nosotros, y nosotros tenemos que trabarnos en lucha con él — cuando en estas circunstancias poseemos una fuerza tan grande que vencemos al propio Dios.

Una fe de esta naturaleza tenía el patriarca Jacob, como leemos (en Génesis 32:24 y sigtes.): “Cuando permaneció solo aquende el río entregado a la oración, vino un ángel y luchó con él y quiso quitarle la vida”. (Este ángel tomó allí el lugar de Dios.) ¿Qué fuerzas tenía Jacob en comparación con el ángel? Y no obstante luchó con él hasta que rayaba el alba: y tan ardua fue la lucha que a Jacob le parecía que Dios mismo estaba luchando contra él. Se aferró entonces a la palabra que el Señor le había dicho: “Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar” (Génesis 32:12), y no dejó a su contendedor hasta que éste le bendijo. Como la mujer cananea luchó con Cristo, así Jacob luchó en aquel día con Dios. Por esto el Señor le dio el nombre de “Israel”, o sea “uno que lucha con Dios”, como queriendo decir: “Si puedes vencer a Dios, ¡cuánto más podrás vencer a los hombres!” “Uno que lucha con Dios y obtiene la victoria” — ¡en verdad, un nombre excelso para un ser humano!

La mujer cree en la palabra oída, aunque todo parece estar en su contra.

Una lucha similar, digo, libró la mujer de que nos habla el Evangelio. Era una mujer cananea, no pertenecía al pueblo de Israel. La historia ocurre en circunstancias en que Cristo resuelve salir de las comarcas de Israel y pasar a territorio pagano, con la intención de permanecer oculto por cierto tiempo. En aquel día en que el Señor llega a la región de Tiro y Sidón, la mujer se arma de coraje y corre a encontrarse con él y le implora que la socorra. Marcos agrega¹ que la mujer había oído hablar de Jesús; quiere decir: en todas partes de Judea corría la voz de que este hombre prestaba su ayuda a cualquiera que se la solicitaba. En esta fama se encendió la fe de la mujer: ella confía en que Jesús puede ayudarle también a ella; de lo contrario, no habría corrido detrás de él. Animada por su fe grita tras él: no dudó de su poder y voluntad de so-

¹ Mr. 7:25.

correrla, ni se calló la boca hasta que el Señor accedió a su clamor. No fue poco atrevimiento venir a Cristo, ante todo si tenemos en cuenta que la mujer era una sirofenicia, o como dice Mateo, una cananea (ambas designaciones son correctas)². Tanto más merece destacarse su valiente actitud de dirigirse sin más ni más a Cristo pidiendo que la socorra, a pesar de ser ella una mujer pagana.

Mas he aquí: Cristo reacciona de una manera muy diferente de lo que era de esperar a base de lo que se contaba de él. Hace malograr el intento de la mujer y no le responde palabra. No obstante, ella piensa: "A todos ayudó. ¿La culpa de quién me hace pagar? ¿Por qué me trata justamente a mí con tanta aspereza?" Fue sin duda un rudo golpe para su fe. Imaginaos: ¡precisamente aquel en quien ella confía, la rechaza en forma tan brusca! Menos penoso fue lo que le pasó a aquel ciego de que oímos hace dos semanas³: a aquél le habían tratado de acobardar los hombres que circunstancialmente se hallaban en derredor de él; pero aquí el que acobarda es Cristo, de quien se espera que consuele. ¿Qué haríamos nosotros si Dios contrariase de tal manera nuestros planes y deseos? Pero la mujer no se arredra por ello; hace como si no se hubiera dado cuenta, o como si ella fuese un yunque, hecho para recibir impasible los golpes. Pese a todo sigue ateniéndose a lo que, según Marcos, había oído decir acerca de Cristo. De esto no la saca nadie: "Este Jesús es un hombre bondadoso que no le niega su ayuda a ninguno". Tan lleno está su corazón de la buena fama que había oído, que no le viene la menor duda acerca de si Cristo es realmente así como cuenta la gente.

La fe verdadera se envuelve en la palabra y no la suelta.

Ésta es la doctrina de que ya os hemos hablado a menudo: que la fe se ase sola y exclusivamente de la palabra. Cierra los ojos y los oídos y todo y no quiere saber nada sino que Cristo es el Salvador. En estas palabras se envuelve, y no permite que nadie se las quite; antes tendrían que juntarse el cielo con la tierra. Si el diablo nos "desenvuelve" y nos hace pensar en algo distinto de la palabra, estamos perdidos; porque nuestro único remedio, nuestra única ayuda es la palabra. En Isaías (46:3) el Señor dice: "Oídme, todo el resto"⁴, vosotros sois traídos por

² Sirofenicio (término usado sólo por Mr.) = oriundo de Siria o Fenicia, región en que se hallaban ubicadas las ciudades de Tiro y Sidón; "cananeo" era originariamente el nombre del habitante de Fenicia.

³ El 11 de febrero de 1526, Lutero había predicado sobre la curación del ciego de Jericó, Lc. 18:31-43 (Evangelio para el Domingo de Quincuagésima).

⁴ En su sermón, Lutero traduce el original hebreo para "resto" en

mí desde el vientre". En el pasaje mencionado, el Señor llama a su palabra "vientre materno". En esta palabra yacemos, en ella somos preparados y formados como las criaturas en el seno de su madre. La misma figura la emplea Pablo al decir: "Yo os engendré por medio del evangelio" (1 Corintios 4:15), o sea: "El evangelio es mi seno materno por medio del cual os engendré". La cristiandad entera, por su parte, también tiene, como Pablo, la misión de criar y formar hijos para la vida eterna. Por ende no se debe despreciar la palabra, porque ésta lo encierra todo. De esta manera procede la mujer cananea: no permite que nada la aparte de la palabra. Ve que Cristo se calla, que le vuelve las espaldas, cosas todas que a cualquier otro le habrían hecho entrar en sospechas; en estos momentos decisivos, ella sola persevera en la palabra en la cual está envuelta.

2. *La segunda tentación: Cristo dice que vino a servir sólo a los de Israel.*

La fe de la mujer no se aviene a renunciar a la ayuda del Señor.

La fe de la mujer es expuesta a una segunda prueba, más dura todavía que la primera. Intervienen los apóstoles, como intercesores, y le dicen a Jesús: "¿No querías permanecer oculto, Señor? ¡Buen método has elegido para ello!" Oigamos lo que relata Marcos: "Jesús no quiso que nadie supiese que él estaba allí; sin embargo, no pudo esconderse, porque una mujer había oído de su presencia"⁵. Pero en esta oportunidad, ni la intercesión de los apóstoles sirvió de algo. Es un fuerte consuelo saber que otros oran por nosotros, particularmente si estos "otros" son personas a quienes su fe les da la certeza de gozar del favor divino. Por la oración de una sola de tales personas, yo entregaría gustosamente todos los bienes y tesoros de esta tierra. Pues Jesús prometió a sus discípulos: "Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo daré" (Juan 16:23). Pero aquí, ante la mujer cananea, el Señor deniega por segunda vez lo que se le estaba solicitando, en contra de su propia palabra y promesa. Su motivo es: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Esa mujer, en cambio, no pertenece a la casa de Israel sino que es cananea. Con esto, Jesús aclara sin rodeos por qué no le quiere ayudar. En verdad, un golpe aplicado con maestría: "Es cierto, prometí escuchar oraciones; pero no es a tí a quien se lo prometí". Cuando a

forma muy bella, pero también muy libre con *Aschenbrödel*, "cenicientas", interpretando el "resto (de la casa de Israel)" como el pequeño y desdeñado grupo de fieles que aún quedaba en el pueblo.

⁵ Mr. 7:24, 25.

uno le quitan esta esperanza, ya no le vale ninguna ayuda, ningún consejo; porque todos los que querían interceder por mí, se retirarán si Jesús dice que él es enviado con sus bienes y bendiciones a los de la casa de Israel, pero que yo no soy israelita. Esto significa rechazarlo a uno no sólo con gestos sino también con palabras. En efecto: Jesús afirma que la mujer no tiene nada que ver con su palabra. ¿O no es esto lo que expresa al decir: “Yo tengo que desempeñar la tarea para la cual fui enviado, a saber, para ser el Salvador de Israel”? Si la mujer cananea hubiese tenido una fe débil, habría desistido ahora de pedir socorro a Jesús; cien otros suplicantes habrían perdido el ánimo. Pero ella no se deja arrebatar una palabra por otra. Se prende de lo que había oído decir acerca de Cristo, aun cuando él mismo quiere arrebatarle su seguridad y confianza con sus gestos y sus palabras.

A la palabra de tentación, la fe opone la palabra de la promesa.

Dios tiene dos clases de palabras. Lo primero que dice lo dice en serio, a saber, cuando nos hace anunciar el perdón de los pecados por causa de Cristo. Este mensaje es la piedra angular sobre la cual ha de basarse la fe. Ahora bien: si Dios opusiese a esta primera palabra una segunda, también palabra de Dios, pero de sentido contrario a la primera, en tal caso yo debería decir: “Sus palabras son dobles. La primera palabra, la que Dios dijo en un principio, a ésta me atengo y me adhiero; porque allí habló en serio. Por esto persevero en ella. Si él hace lo contrario, no me importa. Aunque todos, incluso Dios mismo, dijeren otra palabra, contraria a la primera, sin embargo no me habré de apartar de la primera.” La segunda palabra la dice Moisés⁶, y lo hace para ponerte a prueba, para ver si realmente quieres atenerte con entera firmeza a la primera palabra. Aplicado al caso de la mujer cananea: esa mujer debiera haber tomado aquellas primeras palabras acerca de Cristo en otro sentido, y debiera haberse atendido a la segunda palabra, de que Cristo fue enviado sólo a los de la casa de Israel. Pero no; ella piensa: “Debo quedarme con la primera palabra, con aquella noticia que recibí acerca del buen Señor que está dispuesto a ayudar a todos. Si después de esta primera palabra hay otras, que las explique él mismo como le parezca bien; a mí no me importa. La segunda palabra no la dice tan en serio”. Así debemos pensar también nosotros: “Lo

⁶ Lutero pensará, en forma muy general, que esa “segunda palabra” plantea la pregunta de si en realidad somos dignos de la gracia de Dios. Esta palabra procede de “Moisés”, es decir, de la “ley”.

uno como lo otro es palabra de Dios, pero la primera palabra la dice en serio, la segunda no. Por supuesto, honraré también su segunda palabra como palabra de Dios; pero con todo, no la dice en serio". Al fin verás entonces que todo lo amargo se torna dulce. De este modo adhirió también Jacob a la palabra primera a pesar de que siguió una segunda⁷.

Cuando a base de nuestro bautismo conocemos a Cristo como Salvador nuestro, y cuando sientes que las palabras que en aquella oportunidad hizo pronunciar sobre ti las dijo en serio, entonces debes dejar de lado, a causa de aquellas palabras, a todas las creaturas con sus dudas y objeciones, de lo contrario, tu bautismo no te sirve de nada. Si Cristo te dijera primeramente: "Tu bautismo tiene tal y tal poder", y luego dijera: "No te valdrá de nada", tendremos que perseverar en su primera palabra. Así es como hace la mujer cananea: se queda con lo que comentaba la gente⁸, que Cristo es un Señor bondadoso, y piensa: "Por más que me diga que no fue enviado a mí, ¿qué me importa? Yo yazgo en la primera palabra como un niño en el vientre de su madre." De este modo la mujer rebate la palabra de Dios con la palabra de Dios; rechaza a Dios con Dios. ¡Esto sí que es un arte: desechar la palabra de Dios por causa de la palabra de Dios, desdeñar a Dios por causa de Dios!

3. *La tercera tentación: Cristo niega el pan a los "perros". La fe no se deja acobardar ni siquiera por las palabras despectivas de Cristo.*

Acto seguido, Cristo asesta a la mujer el tercer golpe. La fe en la primera palabra la impulsa a implorar al Señor por socorro; pero en este momento, él asume una actitud aún más extraña, y replica: "No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos". Esto significa lisa y llanamente: el que no es de la casa de Israel, es un perro. ¡Pero mira qué criterio más raro el de Jesús! Sin embargo la mujer, haciendo gala de una presencia de ánimo y de un coraje increíbles, recoge la propia palabra de Jesús y le responde: "Está bien, haz lo que dijiste, da el pan a los hijos. No obstante, no me privarás del derecho que tiene el perro: aunque no se le permite comer en la mesa, sin embargo come de las migajas que caen de la mesa de sus amos". A esta observación de la mujer, Cristo no puede contestar nada, pues ella no había hecho ninguna

⁷ La "primera palabra" de Dios a Jacob es la promesa Gn. 28:13, 14, la "segunda", el hecho de que Dios mismo es el que sale a luchar con Jacob en el vado de Jaboc, Gn. 32:22 y sigtes.

⁸ Mr. 7:25.

objeción a lo que él le acababa de decir. Al contrario: admite que ella pertenece a los perros, y dice: "Que los israelitas reciban todo el tesoro que trajiste para ellos; pero algo quedará también para nosotros los gentiles". La fe en el corazón de esta mujer es más fuerte que nunca: se ase de aquella palabra primera, y al mismo tiempo reconoce que todo lo que sale de la boca de Cristo, son palabras de Dios. Si Cristo hablara así contigo, caerías en la más profunda de las desesperaciones. La mujer cananea en cambio se atiene a la regla: "La primera palabra es la que debe quedar en pie. Todo lo demás no me puede afectar en mi corazón, porque éste se atiene a la primera palabra." De esta manera, la mujer obtiene la victoria por su adhesión incondicional a la palabra primera. Ahora ya no pertenece a la categoría de "perros", sino que Cristo le dice: "Hágase contigo como quieres". Se acabaron las palabras duras de unos momentos antes, y queda confirmada la verdad: La primera palabra es la que se debe aprender y saber; la segunda sólo sirve para probar la fortaleza de la fe.

Quien admite el juicio de Dios, puede buscar también la gracia de Dios.

Vemos, pues, que durante su vida terrenal, el cristiano es tentado no sólo por Satanás y por el mundo, sino también por Dios. Es necesario, por lo tanto, que también nosotros aprendamos el arte que aquella mujer cananea dominaba a la perfección: asentir a lo que Dios dice. Si pudiéramos dar nuestro Sí a toda palabra proveniente de la boca de Dios, seríamos salvos y eternamente bienaventurados. La mujer cananea admitió sin protesta alguna la sentencia: "Tú eres un pecador, sujeto a la muerte y al infierno". Este juicio pesa sobre todos los hombres, puesto que todos somos pecadores, y "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Sin embargo, nosotros quisiéramos revertir dicha sentencia para no ser calificados de pecadores, mediante la práctica de lo que nosotros llamamos "buenas obras", "anulando así el acta que nos es contraria"⁹. Nuestra naturaleza humana queda aterrada por ese juicio. Corre de un lado a otro, afanosa de hacer buenas obras. Le resulta intolerable la ira divina, y quiere inventar un remedio contra ella. Pero lo único que te puede ayudar es decir "Sí" a la sentencia de Dios, como lo hizo aquella mujer. No creas empero que sea un arte desdeñable poder decir de todo corazón: "Es verdad, por mis pecados soy presa de Satanás". Si puedes decir esto, puedes decir también aquello otro: "Y bien, Señor, dame también el derecho que tiene el pecador, a saber, el derecho de

⁹ Col. 2:14.

confiar en tu misericordia. Tú prometes a los pecadores pleno perdón de sus pecados; tú haces descender al infierno, y haces subir (1 Samuel 2:6). Así rezan tus propias palabras. Siendo pues yo un pecador condenado, a estar de lo que tú mismo dices, haz también conmigo conforme a tu promesa dada a los pecadores". De esta manera lo comprometo a Dios mediante sus propias palabras. En tal sentido confiesa David: "Contra ti solo he pecado, para que seas reconocido justo en tu palabra" (Salmo 51:4). Y Pablo observa al respecto: La justicia de Dios es una gran cosa en la cual debiera deleitarme con toda razón, vale decir: "Confieso sinceramente que tú pronunciaste un juicio veraz, a saber, que yo soy un hombre condenado; confieso también que no hago lo que debiera hacer, y que tú tienes razón en todo lo que haces"¹⁰. Si tributamos a Dios este honor, él a su vez nos enaltece, como leemos en 1 Samuel 2 (v. 7): "El Señor empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece". Aprendamos esto, para no tener que temer el juicio de Dios, y confesemos que es veraz su veredicto de que somos pecadores condenados. Entonces con toda seguridad te "hará subir también a ti del infierno"¹¹.

¹⁰ Comp. Ro. 3:4; 6:15.

¹¹ Sigue a esto un párrafo final (WA 20, 287:7 - 288:6) en que Lutero explica por qué Cristo tuvo que someter a la mujer cananea a tan dura prueba: Durante los años de su vida terrenal, su campo de acción era Israel sólo; desde que subió a la diestra del Padre, gobierna sobre el mundo entero y reparte sus bienes a todos. Como en este párrafo no se añade nada esencial respecto del tema del sermón en sí, lo omitimos.

LA ORACIÓN DE LOS CRISTIANOS EN EL NOMBRE DE JESÚS

Sermón para el Domingo de Rogate.

Fecha: 14 de mayo de 1531.

Texto ¹: Juan 16:23-30: De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Le dijeron sus discípulos: He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices. Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios.

Introducción: Orar es la obra más difícil de un cristiano.

Este Evangelio consta de dos partes. La principal es aquella en que el Señor habla acerca de la oración. Le sigue en importancia la otra parte en que los discípulos dicen: “He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices” (Juan 16:29). Por cierto, una observación bastante tonta: ¡como si los discípulos ya hubiesen captado el sentido de lo que el Señor quería decirles! Esta segunda parte está relacionada con

¹ Rörer no tiene indicación de texto. En cambio, el Códice Nuremberguense antepone al sermón las palabras: *Joan. XVI. Amen amen dico vobis: quodcumque pezieritis (sic!) patrem meum* = “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis a mi Padre”.

todo el contexto precedente, donde Jesús describe a sus discípulos las persecuciones y los muchos otros padecimientos que tendrían que sufrir, y les anuncia además que el Padre les daría otro Consolador, el Espíritu Santo², etcétera. Allí no se habla, pues, de la oración. Pero es precisamente a ella a la que queremos dirigir ahora nuestra atención.

Oís hablar a menudo de lo necesario que es que oremos, y de cómo debemos orar, puesto que, en última instancia, la única obra de los cristianos es la de que oren con toda diligencia. Y bien: a pesar de que ya lo habéis oído muchas veces, es preciso que os lo inculque siempre de nuevo y os amoneste; porque entre las obras de los cristianos, la más difícil —en comparación con la fe— es el orar. Ya se os dijo con suficiente frecuencia cómo se ha de creer, y son muchos los que saben hablar muy elocuentemente de su fe. Pero si uno posee la misma capacidad para creer de corazón como la que posee para hablar con la boca — esto sólo se verá en su momento. De la misma manera, no lleva mucho tiempo oír cómo se debe orar, y cuesta poco entenderlo; pero pasar a los hechos y comenzar a orar, esto no es nada fácil. Entre los rezadores asiduos hubo quienes afirmaron que en cuanto a trabajoso, no hay nada que se pueda comparar con ese trabajo llamado “orar”. Puede ser que con ello se hayan referido a la práctica exterior de la oración³, que no sólo es cansadora sino además equivocada. Sea como fuere: poner todo su corazón en la oración es, en verdad, lo más difícil que hay.

- I. *La oración debe basarse en el mandamiento y la promesa de Dios. Es la palabra de Dios la que nos da el derecho de orar, y no nuestra dignidad propia.*

En el extenso pasaje del Evangelio que acabo de leerles, Cristo nos da una brevísima instrucción acerca de cómo se debe orar, y cuál ha de ser nuestra actitud al respecto: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará.” “Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”. Acto seguido agrega unos detalles más diciendo: “El Padre mismo os ama; por eso no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros”⁴. Ahí tenemos los puntos esenciales referentes a la oración. Antes que nada debe existir una promesa de parte de Dios. Nadie, por lo tanto, debe atreverse a encarar a Dios con su propia devoción y dignidad,

² Comp. Juan cap. 14 a 16.

³ Se ha de pensar ante todo en las oraciones prescritas a los monjes y sacerdotes, como el breviario y las horas canónicas.

⁴ Jn. 16:23, 24, 26, 27.

como lo hacían los monjes, y nosotros con ellos. Esto nos parecía una oración de buena ley, y la llamábamos una “ascensión de la mente a Dios”. Mala definición es ésta para la oración; y quienes así decían, poco oraban. Antes bien, lo primordial es que al orar tengamos por fundamento la promesa de Dios, y su mandamiento de que oremos en la forma como está escrito aquí: “Pedid, y recibiréis”. La promesa dice: lo que pedimos, se hará; el mandamiento dice: ¡hacedlo, pedid! Es muy importante que sepamos esto, a fin de que podamos discernir entre las oraciones auténticas y las que no lo son, y evitar estas últimas. Y además no te apartes de esta norma: si oras, olvídate de ti mismo, y da tu pleno asentimiento a lo que Dios disponga. Esto te servirá también como remedio contra una práctica viciosa que con frecuencia se halla en nosotros: mi oración parece que no hace progresos porque tengo ese afán de querer experimentar que Dios me escucha a causa de mi propia dignidad. Te costará no poco trabajo vencer esta inclinación de fijarte en tu propia dignidad y devoción, expresada supuestamente en lo interminables que son tus ruegos, y pensar: “Si oro, quiero hacerlo sólo con la fe puesta en la promesa, y en cambio quiero desistir de confiar en mi perfecta confesión de pecados, en mi arrepentimiento, etcétera.” Las oraciones que el hombre hace no deben basarse, pues, en su propia piedad, devoción y fervor. Sin embargo, esta mancha e inmundicia aflora siempre de nuevo, y siempre resulta perniciosa para la oración. ¿Cómo puede orar uno que se halla en un apremio repentino, si es de la opinión de que previamente tiene que ser inmaculado y santo? Este pensamiento será para él un permanente estorbo. Lo que tiene que aprender es orar aun rodeado de sus pecados, saltar el cerco con que éstos le tienen acorralado, y decir a Dios: “No es mi devoción y mi santidad lo que me da el valor para orar; pido porque de la boca de tu Hijo me vino la promesa: ‘El que pide, recibe’. Aunque en mi corazón no se encuentren el fervor y la devoción suficientes, me aferro a tu palabra.” Esto es, pues, lo primero y lo más difícil: que el hombre se atenga a lo que Dios nos mandó, que dé a la promesa una importancia tan grande que ya no se deja detener por ningún impedimento, por más pecador que sea. A esto no puede llevarnos nuestra propia naturaleza, sino solamente la fe, el segundo punto, del que hablaremos luego.

El que espera el momento en que se sienta en buenas condiciones para orar, jamás orará.

La naturaleza humana ni quiere ni puede basarse en la promesa divina. Si la fe siente deseos de orar, la naturaleza le

dice: “¿Por qué quieres orar precisamente ahora? Eres un pecador, eres indigno. En estos momentos tienes otras cosas que hacer; careces de la disposición necesaria.” Así sucede que espero una hora, y después otra media hora más, y al fin y al cabo, sigo tan poco dispuesto como antes. Después de dos horas me veo ante otras dos tareas; y ¿dónde queda mi oración? Esto es obra de Adán⁵, el malévolos oculto dentro de mí, que me desvía de la promesa. Pero no hay que hacerle caso, sino que hay que decir: “Si no me hallo en la disposición adecuada — bien, no lo puedo remediar; pero de todos modos oraré”. Examínate si quieres; estoy seguro de que jamás te hallarás bien dispuesto. Mas los que se creen bien dispuestos, son los que más cerca de sí tienen al diablo, el cual hace que algunos hasta lloren de gozosa emoción y estén completamente sumergidos en sus sentimientos devotos; y a quienes no los transporta a ese estado, los insensibiliza del todo. Por consiguiente: si crees no estar bien dispuesto, ello no es motivo suficiente para que desistas de orar. Y si esperas hasta sentirte en una condición apropiada, haces que el daño sea el doble más grande; porque el que procede de esta manera, da a entender que no confía en la promesa, y que no necesita la ayuda del Señor, como aquel fariseo del que nos habla el Evangelio⁶. Por ende, el primer punto es éste: Si quieres orar, dí: “Padre mío, vengo a ti a raíz de tu palabra y de tu promesa de que quieres escucharnos. Me aferro a la palabra que salió de la boca de tu amado Hijo: ‘De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará’. Abro mi boca ante ti y elevo a ti mis ruegos en virtud y por la dignidad de estas palabras, no en virtud o por la dignidad de mi propia devoción”. Si pides así, la devoción ya vendrá por sí sola, y en medida suficiente; porque la palabra de Dios tiene precisamente esta virtud de hacer de tu corazón un corazón devoto y bien dispuesto. De otra manera, donde está ausente la palabra, se presentan distracciones que desvían nuestros pensamientos. Mas si te atienes a la palabra, y cruza por tu mente uno de esos pensamientos fugaces, la palabra te servirá como guía para reordenar tu oración.

II. *Debemos pedir en el nombre de Cristo.*

Pero el orar ‘en su nombre’ es más que una mera fórmula.

Pero esta promesa, dice el Señor, sólo tendrá validez como tal cuando “pidiereis al Padre en mi nombre”. Además, es preciso reconocer que la condición bajo la cual el Padre me manda

⁵ Adán, o Viejo Adán, el “viejo hombre” de Ro. 6:6

⁶ Lc. 18:11 y sigtes.

orar y me promete escucharme, es que yo haga mi oración en el nombre de Cristo. No digas: "El Espíritu Santo me puso las palabras en la boca, por esto el Padre me prometió escucharme". Así lo hace también el turco; también él sabe formular oraciones. Pero aquí está escrito: "en mi nombre". Esta palabra nos ayuda a distinguir entre oración auténtica y oración mala. Se hizo costumbre en la iglesia concluir todas las oraciones con un "por medio de Cristo nuestro Señor". Y los que introdujeron esta práctica, hicieron bien. Pero más tarde ya nadie ponía atención en lo que estas palabras significan. No obstante, llegaron al extremo de vender sus oraciones, sus salmodias y productos similares⁷, adornados, para colmo, con las hermosas palabras: "por Cristo, nuestro Señor". Lo único que subsiste es el sonido de las palabras; el sentido y la comprensión han desaparecido; más aún: se comete con estas palabras un grave abuso. ¡Y este abuso, según su afirmación, los habrá de salvar a ellos mismos y a otros! Maldita es la oración que no sabe de lo que es la fe, y no obstante usa esas palabras "en nombre de Cristo".

Sin Cristo no hay oración que sea escuchada.

¡Oye lo que Cristo nos dice aquí! Tú no eres quién para poder confiar en tus propias virtudes al orar; no eres tú el que debas venir en tu propio nombre y decir: "Señor, tú me has prometido escuchar mis oraciones". Antes bien, esta promesa la hizo Dios a uno solo, a Cristo; éste solo es el que ha de orar a Dios con la promesa de ser escuchado. Y él me ordena: "En mi nombre debéis pedir al Padre". Las peticiones hechas en el nombre de Cristo son las que valen, otras no. Por consiguiente, todas las oraciones, para ser válidas, están ligadas indisolublemente a Cristo. Ni en el nombre de María ni en el de Pedro ni en el de los monjes ni en el de los ángeles se debe orar, sino en el nombre de Cristo como único nombre. La oración del mundo entero debe hacerse en este nombre, y en ningún otro, como si Cristo fuera el que hace todas las oraciones. Si tú no oras en y por Cristo, y si él mismo no ora en ti, tu orar es en vano. Él solo ha de ser el piadoso, el que paga el rescate por el pecado, el que ora etc., él y nadie más. Él solo ha de ser el sacerdote que intercede y ruega por nosotros. No creas por lo tanto que eres tú la persona que ora, como lo hicimos en nuestra época de monjes cuando orábamos por nosotros y por el mundo entero. Dios te garantiza que recibirás con toda certeza lo que le

⁷ Por una determinada suma de dinero se podía adquirir p. ej. la intercesión de una cofradía, o se podía hacer leer una misa en bien propio.

pides — con tal que lo pidas en el nombre de Cristo, o sea, en la fe en él; a él debes tomarle por mediador tuyo y presentar tu oración a través de él, diciendo: “Padre celestial, tú has prometido escucharme si dirijo a ti mis ruegos, siempre que lo haga en el nombre de tu Hijo. Acepta pues la oración en el nombre de él, pon tus ojos en la persona de él, no en la mía. Yo no soy digno de abrir mi boca, pero confío en que él es mi obispo y mi sacerdote, y sé que él es escuchado. Él me representa ante ti, por esto espero que por intermedio de él, yo sea oído”. Así, pues, todo lo que yo pido, lo pido de tal manera como si fuese Cristo el que lo pide y recibe.

No hay acceso al Padre sino por Cristo.

Son, por lo tanto, predicadores muy peligrosos aquellos hombres que escribieron ese sinnúmero de libros acerca de la vida contemplativa, libros en cuyo estudio me enfraqué casi hasta el agotamiento total. En ellos se explayaban sobre cómo el alma debe buscar la unión con Dios, y sobre la majestad divina, y afirmaban que no hay nadie que esté puesto como mediador entre Dios y los hombres⁸. De ahí vienen los tropezones y las caídas que pueden resultar mortales. Satanás no puede emplear un modo más eficaz para atraparte que haciéndote creer que tu persona es del agrado de Dios, y que no hay en ti más que puro espíritu. Y entre tanto ya no piensas en Cristo, el Mediador. Es verdad, hay diversos pasajes en las Escrituras en que se nos exhorta a hablar con nuestro Dios y Señor; pero todo está relacionado con el Mediador. Hay en las Escrituras también una gran cantidad de pasajes que hablan de las obras, pero todo está relacionado con la fe, Hebreos 11 (v. 1). Adán nunca oró sin incluir en su oración a la Simiente⁹. De la misma manera, también Abraham habrá hecho constantemente mención de Cristo¹⁰. Tú en cambio querrás señalarme unos cuantos pasajes donde se nos dice que debemos hablar con Dios mismo¹¹; pero ¿por qué no prestas atención al Espíritu Santo? Él te dice que todo está comprendido en Cristo. Mas si prefieres hacer obras dejando a un lado la fe, y orar dejando a un lado a Cristo, no necesitas al Espíritu Santo que te enseñe; tú mismo

⁸ Lutero se refiere a los teólogos místicos, para quienes la cima de la piedad es la “unión mística” del alma con Dios. En su período temprano, el propio Lutero tuvo en alta estima las obras de ciertos místicos como J. Tauler (1300-1361); también J. Staupitz, el amigo paternal de Lutero en sus años de monje agustino, fue un místico.

⁹ Comp. Gn. 3:15.

¹⁰ Comp. Ro. 4:16 y sigtes., He. 11:8 y sigtes., pasajes en que se habla de Abraham como del “padre de todos los que creen”.

¹¹ Como ejemplos pueden citarse: Sal. 50:14, 15; 91:15; Jer. 29:12; Sof. 3:9.

eres tu propio maestro. Por lo tanto, aprended muy bien esto: que a la oración auténtica pertenece, además de la promesa, también el aceptar la promesa como si te hubiera sido dada por medio de Cristo y en él. "Si quieres orar de tal modo que yo te escuche", te dice el Padre, "aférrate a Cristo, para que él sea tu Mediador; de lo contrario, sin él, no lograrás nada." Por consiguiente: no os acerquéis a Dios a título personal, sino decidle: "Vengo a ti con mi petición no porque me hayas prometido algo a mi persona, sino porque creo en tu amado Hijo y me atengo a él, y sé que a causa de él me aceptarás"; porque Cristo debe ser el Mediador entre Dios y nosotros, y nadie vendrá al Padre sino por este Mediador. Si no se hacen de esta manera, aun las oraciones devotas son oraciones que sólo aumentan los pecados, no son más que pura equivocación; y a causa de tales oraciones equivocadas, los corazones de los hombres se endurecen aún más, como vemos en los sofistas¹² y papistas. "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí", dice Cristo (Juan 14:6). Así que si buscas otro camino para venir a Dios, hallarás la puerta al cielo cerrada.

Éstos son, pues, dos puntos fundamentales que tenéis que observar al hacer vuestras oraciones: en primer lugar debéis pensar en lo que dice la palabra de Dios y en lo que nos promete, y luego, en segundo lugar, debéis acercaros a Dios por medio de Cristo, nuestro Mediador. "En mi propio nombre no debo decir una palabra" — he aquí una excelente instrucción acerca de cómo hemos de orar. Si siempre tienes en mente estos dos puntos, no te hace falta inquietarte por el modo como puedas crear en ti el debido estado de devoción. Si tienes la promesa, y además, el nombre de Cristo, estos dos ya te darán la suficiente elocuencia. Lo que a ti te falta, las palabras de la promesa y el nombre de Cristo lo suplirán abundantemente. Pero nadie se imagina con cuánta astucia Satanás nos quita estas dos cosas. Siempre hace que nuestra naturaleza humana piense: "No estás preparado".

III. *La oración debe tener un objetivo real.*

El que ora, debe presentar a Dios un deseo concreto.

Ahora vamos a la tercera parte, la oración misma, lo que se ha de pedir, es decir, que uno desearía algo de todo corazón: pan, casa, campo, mujer, hijos, etc. Y cuanto más intenso y profundo el deseo, tanto más vigorosa la oración. Si quieres orar en este sentido, no podrás limitarte a recitar mecánica-

¹² Con el término "sofistas", Lutero se refiere a los teólogos escolásticos medievales.

mente las palabras “Padre nuestro que estás en los cielos, etc.”; sino que ahí tiene que haber un deseo, un anhelo. El corazón debe sentir que deseas algo de Dios, debes experimentar una necesidad real, como es el caso en los días presentes en que la apremiante carestía de los cereales despierta en nosotros el deseo de que los sembrados se desarrollen en forma favorable y Dios nos conceda un año próspero. Aquí hay un deseo y un anhelo concreto de que tal cosa suceda. De modo que en su esencia, la oración verdadera es un suspirar desde lo profundo del corazón y un vivo deseo de pedir algo de Dios. Una oración tal no necesita de muchas palabras. Tampoco se la dice sólo en el templo, sino también en el campo, en el taller, en la cocina, en el dormitorio. Repito: no se necesitan muchas palabras para la oración, pero esto sí: debe hacerse a menudo. En cualquier momento en que estés ocupado en alguna tarea, puedes orar más o menos en estos términos: “Oh amado Señor, concede y escucha a causa de Cristo la petición de que retrocedan los ejércitos de los turcos, que cese el hambre, que caiga el papado”. Es muy importante que se tome bien en cuenta eso de la frecuencia de la oración, porque Satanás es un enemigo furiosísimo de esta obra.

El que ora, debe dejar en manos de Dios la forma de dar cumplimiento a la petición.

Existe, además, un grave abuso de la oración, que consiste en que uno se canse cuando una vez no consiguió de Dios lo que le había pedido. No nos incumbe a nosotros indicarle a Dios el tiempo, la fecha límite y el modo oportuno para su socorro, y la persona por quien debe hacernos llegar su ayuda; porque él es demasiado grande, y nuestra razón es demasiado débil, como para que yo pueda prescribirle cómo debe proceder. Pues como dice Pablo: “Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efesios 3:20). Si le pido un pedazo de pan, me da un don mucho mayor: todo un montón de trigo. Por esto no debemos fijarle una meta o una fecha; sino pedir confiando en su promesa, y en el nombre de Cristo, y decirle: “Dame, oh Señor, lo que te pido, cuándo, dónde, y por medio de quien quieras; el cómo lo dejo enteramente en tus manos.” Como vemos, también en este sentido se pueden cometer peligrosos abusos.

Esto nos lleva a considerar un tercer aspecto: cuando oramos, debe haber de por medio un deseo real, al que podamos dar expresión a menudo y en muy breves palabras, de modo que incluso se pueda convertir en un saludable hábito. Así, p.ej., podríamos orar a diario: “Oh Señor, santificado sea tu nombre,

venga tu reino etc.”, en lo íntimo de nuestro corazón, aun sin que físicamente nos demos cuenta de ello. Esto es lo que quería indicar también Cristo al hablar de la “necesidad de orar siempre” (Lucas 18:1). Y en efecto, así lo hacen las almas piadosas, sin descuidar, en su oportunidad, la oración de la boca.

IV. *La oración debe surgir del reconocimiento de nuestro estado angustioso.*

La angustia nos impele a orar; de lo contrario, nos olvidaríamos de hacerlo.

En cuarto lugar notamos que fue la angustia, la necesidad de los hombres, lo que indujo al Señor a darnos esta enseñanza acerca de la oración. A nuestro Evangelio de hoy le preceden las palabras: “Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará”; “la mujer cuando da a luz, tiene dolor”; “también vosotros ahora tenéis tristeza” (Juan 16:20-22). Y luego, Cristo añade: “En el mundo tendréis aflicción” y “en mí tenéis paz” (Juan 16:33). Resumiendo: lo que Cristo dice es: “En el mundo no habrá para vosotros nada de bueno; os pondré como a ovejas en medio de lobos¹³. ¿En qué hallaréis consuelo? ¿De dónde sacaréis fuerzas para afrontar la situación? Yo no os doy otro consuelo, no os envío bienes ni dinero ni armas, y no obstante, tampoco os saco del mundo; siempre tendréis que luchar contra el diablo y vuestra propia carne que os atormentan. ¿Cómo remediar todo esto? Mi respuesta es: Al sentirnos de tal manera acosados, recurrid a la oración.”

El primer consuelo en las angustias que tengo que padecer es el mandato del Señor: “Pide, y recibirás”. En segundo lugar se nos estimula a que oremos en el nombre de Jesús; en tercer lugar es preciso que haya un motivo real para que expresemos un ruego o un deseo; por lo tanto, y en cuarto lugar, la necesidad es el factor que quiere impulsarnos a hacer oraciones, así como el viento hace que los árboles y los cereales sean fecundados, y como el agua mueve la rueda del molino. Así, cuando Satanás nos angustia, aprendamos a orar. De lo contrario, si nadie nos apremia, nos olvidaremos de orar, y nos cansaremos de ello.

Sólo la oración puede librarnos de las angustias

Pero cuando nos sobreviene una tribulación, no hay otro remedio ni otra ayuda sino que me ponga a orar. ¿Os acordáis

¹³ Mt. 10:16; comp. Jn. 15:18 y sigtes.

de lo que nos sucedió el año pasado en Augsburgo? ¹⁴ Nunca debemos olvidar este ejemplo de cómo Dios escucha nuestros ruegos. Todos querían quitarnos la vida; y nosotros no desenvainamos una espada ni tomamos otra medida alguna. Solamente oramos. Y ocurrió como dice en nuestro texto: hemos logrado la paz, aunque nuestros adversarios estaban completamente seguros de que sucumbiríamos. Así, el Señor guió las cosas de tal manera que nuestra oración resultó ser una fuerza a la que ellos no pueden oponer nada igual. Esto queda evidenciado también por el escrito con que intentaron hacernos frente ¹⁵. Quien lo lea, tendrá que reconocer que el Señor hizo un milagro a favor nuestro. Si yo hubiese compuesto una obra tal y la hubiese presentado ante el emperador, me daría vergüenza. Por eso creo que fue escrita sólo para que todos los señores de la corte tuvieran algo de que burlarse. Pero si los autores de la obra pretenden haberla compuesto en serio, demuestran con ello a las claras que tienen la vista ofuscada. Ya veis: con todo su alardear y porfiar, el Señor los puso en ridículo. Y si así lo quiere Dios, la oración de los piadosos seguirá siendo una muralla que impedirá que venga sobre nosotros derramamiento de sangre y guerra.

Esto es lo que quiero decir respecto del punto cuarto. En verdad, la tribulación abunda por doquier. Si no te das cuenta de ello, no tienes más que mirar al espejo para ver si eres hombre de carne y hueso; entonces tendrás motivos más que suficientes para orar. Mas si eres un cristiano de verdad, Satanás, el mundo y toda suerte de males se lanzarán en persecución tuya. Además tenemos que cargar con nuestra parte de la angustia general que pesa sobre el mundo entero y que por ende nos afecta también a nosotros. Así, pues, tenemos motivo constante para orar contra Satanás, los turcos, el papa y la carestía. Si los piadosos no se dirigen a Dios en oración — el papa no apartaría estos males.

¹⁴ En el año 1530, los evangélicos habían presentado en la Dieta de Augsburgo su "Confesión", a despecho de todas las amenazas recibidas previamente. Lutero se hallaba a la sazón en el castillo de Coburgo, por orden del príncipe elector Juan de Sajonia quien tenía por su vida. Desde aquel refugio forzoso, Lutero abogó por la causa del evangelio mediante cartas dirigidas a sus partidarios, y ante todo mediante su ferviente oración.

¹⁵ Los opositores católicos de la "Confesión de Augsburgo" publicaron una "Confutación" para refutar a los evangélicos. La primera redacción fue rechazada por el emperador Carlos V quien no ocultó su disgusto ante el producto. La segunda redacción fue leída públicamente, pero a causa de su pobre factura se prescindió de darle mayor difusión.

V. *El que ora, debe confiar firmemente en que Dios le escuchará.*

La quinta parte de la oración es el "Amén", que expresa la fe del que ora, es decir, con que expreso que confío de todo corazón, o comienzo a confiar, en esta promesa de Dios. Ésta es la lucha de que hablé al comienzo¹⁶: lo importante es que realmente creamos la promesa. Y esta fe es capaz de dar a la promesa una dimensión tal que el que ora no abrigará la menor duda al abrir la boca y pedir: "Oh Señor, quita de nosotros la carestía etc." — la fe, digo, es capaz de dar a la promesa una dimensión tal que la muerte y el hambre no tendrían en comparación con ella más peso que una pluma. Quien fuera capaz de esto, tendría un poder que dejaría muy atrás al de los turcos y del papa. ¿Qué son, en efecto, todos los poderíos contra aquella palabra "Amén"? La oración es una gran potencia, una fuerza divina cual no la poseen ni el papa ni Satanás ni los turcos. Más aún: el mundo entero es ante la palabra de Dios "como menudo polvo en las balanzas", al decir de Isaías, cap. 40 (v. 15). Tan deleznable cosa es el mundo y su tan mentada fortaleza. Por consiguiente, dí: "Yo confío en la promesa de Dios." ¿Cómo reza esta promesa? "Pedid, y recibiréis." Sobre esta palabra me fundo, porque esta palabra es llamada "poder de Dios" (Romanos 1:16) y es más fuerte y segura que todo cuanto hay en el mundo, y obtendrá la victoria sobre todos los turcos, papas y emperadores, aunque éstos caigan del cielo como la nieve y la lluvia. Todos ellos con la suma de su poder son como menudo polvo, y por eso podemos pedir sin temor alguno y con la plena certeza de que Dios hará lo que le pedimos. ¿Qué hizo Eliseo al verse rodeado de enemigos¹⁷? Su criado le dice: "¡Estamos irremisiblemente perdidos!", porque repara no en la promesa, sino en los cascos de hierro. Pero el profeta tuvo una visión distinta: no contó el número de los soldados sirios, sino que puso sus miradas en la palabra de Dios y rogó que a su criado le fueran abiertos los ojos. Entonces éste vio "que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo".

El año pasado, Dios nos dejó también a nosotros en un serio apuro. La promesa parecía una burbuja de aire en el agua, y muchos creían que se nos aplastaría como a una mosca¹⁸. Pero no: nuestra causa cobró vigor aún mayor cuando vimos que Dios nos había escuchado. Si sólo nos aferramos a la promesa, podemos decir: "Ni el emperador ni los turcos nos ven-

¹⁶ En los párrafos iniciales del presente sermón.

¹⁷ 2 R. 6:15 y sigs.

¹⁸ En 1529-30, los evangélicos temieron en serio que el emperador Carlos V intentaría sofocar por la fuerza el movimiento reformador.

cerán; antes bien, la promesa tendrá para mí más fuerza que todos ellos.”

Conclusión

Ahí tenemos, pues, las características que debe poseer una oración para que sea genuina y bien fundada, y para que sea oída en el cielo. No es cuestión de usar vanas repeticiones (Mateo 6:7), ni tampoco depende la eficacia de la oración de los gestos exteriores o de determinados lugares de adoración (Juan 4:21), sino que la oración debe ser un anhelo profundo del alma dirigido al Padre por medio de Cristo. Debes tener la confianza de decirle: “Yo sé que no me mentirás; y aunque me parezca que todo está perdido, tu palabra no será palabra engañosa, porque es tan grande que el cielo y la tierra no bastan para contenerla. Por poderosos que sean el mundo, el pecado y el diablo, esta palabra es aún más poderosa. Por medio de ella espero conseguirlo todo, sea por conducto de hombres o de ángeles o de algún otro modo.” El orar de esta manera es la obra más importante que los cristianos pueden y deben hacer, y también la más difícil, que Satanás trata de impedir donde puede; pues conoce muy bien este pasaje de la Escritura con su promesa. Conscientes, pues, de que esta obra no tiene igual, y de lo mucho que podemos lograr por medio de ella, tenemos también la obligación de orar diligentemente y de hacernos voceros tanto de las necesidades de los demás como de las nuestras propias. Y ante todo pidamos que Dios nos libere de los que se jactan de iluminaciones propias al margen de la palabra divina.

LA VIDA COTIDIANA DEL CRISTIANO EN SU VOCACION

La fe demuestra su vitalidad mediante obras de amor
Lucas 16:19-31

La fe hace que nuestra obediencia a Dios
sea libre de ansiedades
1 Pedro 5:7, 8

Reconozcamos y agradezcamos con gozo
la providencia divina
Marcos 7:31-37

El uso responsable de los bienes materiales
Lucas 16:1-9

La agradecida estimación del estado matrimonial
Juan 2:1-2

El cristiano sirve espontáneamente a sus autoridades
1 Pedro 2:11-20

La confusión de los reinos: Ley de Dios —
ley de los hombres
Salmo 1

LA FE DEMUESTRA SU VITALIDAD MEDIANTE OBRAS DE AMOR

Sermón para el primer domingo después de Trinidad.

Fecha: 22 de junio de 1522¹.

Texto: Lucas 16:19-31. Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de

¹ Ya en el mismo año 1522, este sermón fue impreso 4 veces, en Augsburgo, Coburgo, Erfurt y Zwickau. La forma poco cuidadosa en que procedieron los impresores provocó el disgusto de Lutero, quien en la primera mitad del año siguiente hizo imprimir en Wittenberg una versión revisada por él mismo —que es la que aparece aquí en traducción al castellano— precedida del siguiente prólogo:

“Martín Lutero a los señores impresores: gracia y paz. A todos los que copian o redactan mis sermones, les ruego por amor de Cristo que se abstengan de imprimirlos y publicarlos, a menos que sean de mi propio puño y letra o que hayan sido impresos ya antes aquí en Wittenberg por orden mía. Pues de nada sirve dar a publicidad la palabra de Dios de una manera tan descuidada e inapropiada; solamente se da lugar a burlas y abominaciones. Yo había esperado que en lo sucesivo el público se dirigiera a las Sagradas Escrituras mismas y dejara a un lado los libros míos, una vez que cumplieron con su función de guiar los corazones hacia las Escrituras, lo que me motivó a escribirlos. ¿A qué viene el componer libros y más libros, si al fin de cuentas se persiste en hacer caso omiso del verdadero Libro principal? ¿Por qué no prefieres beber directamente del pozo en vez de conformarte con beber de los hilitos de agua que te condujeron hacia el pozo? Y si no puede ser de otra manera, al menos no se publique nada bajo mi nombre sin mi conocimiento y permiso. Quisiera Dios que yo pudiese retirar de la circulación la mayor parte de mis libros, en especial aquellos en que me quedaban por decir unas cuantas cosas más con respecto al papa, los concilios y temas semejantes. Dios nos conceda su gracia. Amén.”

la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.

Introducción: El rico y el pobre como ejemplos de la incredulidad y de la fe.

Los Evangelios nos han ofrecido hasta ahora numerosos ejemplos de la fe y del amor, como que el propósito de todos los Evangelios es precisamente el de darnos una enseñanza acerca de estos dos temas fundamentales. Y sabéis de sobra—así lo espero al menos— que ningún hombre puede agradar a Dios a menos que tenga esa fe y ese amor. Aquí en cambio, en nuestro Evangelio de hoy, el Señor nos presenta el ejemplo de un hombre que vive en incredulidad e impiedad, para que este cuadro tan contrastante nos infunda repugnancia y nos haga adherir tanto más fervientemente a la fe y al amor. Pues en dicho cuadro vemos un juicio de Dios sobre los creyentes y los incrédulos que es a la vez aterrador y consolador: aterrador para los incrédulos, consolador para los creyentes. Para que lo comprendamos tanto mejor, tendremos que estudiar bien en detalle tanto al hombre rico como al pobre Lázaro. En el hombre rico veremos manifestadas las características de la incredulidad, y en el pobre Lázaro, las de la fe.

Primera parte

1. *A pesar de su vida aparentemente correcta, el hombre rico recibe un juicio condenatorio.*

Al hombre rico no debemos juzgarle por lo que aparentaba exteriormente en su modo de vivir, pues el hombre ese lleva vestido de oveja: su vida luce y resplandece en los colores más hermosos y encubre magistralmente al lobo que lleva en su interior². Efectivamente, el Evangelio no acusa al hombre rico de haber cometido adulterio, asesinato, robo, sacrilegio o algún otro delito reprobable también ante el foro del mundo o de la razón humana. Al contrario, durante su vida terrenal, el hombre había sido no menos honorable que aquel fariseo que “ayunaba dos veces a la semana y no era como los otros hombres” (Lucas 18:11 y sigs.). Si en su comportamiento se hubiesen hallado faltas de tan grueso calibre, el Evangelio seguramente las habría señalado, ya que en su descripción va tan al detalle que incluso menciona el vestido de púrpura y los banquetes del hombre rico, cosas puramente exteriores que no influyen en el juicio que Dios hace de una persona. Es de suponer por lo tanto que el hombre aquel había observado en lo exterior una conducta intachable, y que en opinión de él mismo y de todos los demás había cumplido con cada uno de los mandamientos dados por Moisés. Por esto, al juzgar al hombre rico no hay que detenerse en la mera apariencia externa, sino que hay que escudriñar su corazón y juzgar su espíritu. Pues el Evangelio tiene una vista muy aguda y penetra con su mirada hasta el fondo mismo del corazón; censura también aquellas obras en que la razón no halla nada que censurar, y no se fija en los vestidos de oveja sino en los frutos que lleva el árbol, para juzgar a base de ellos si el árbol es bueno o malo, como nos enseña el Señor en Mateo 7 (v. 16-20). Así que si queremos examinar la vida de este hombre rico para ver si hay en ella frutos de la fe, encontraremos un corazón comparable a un árbol malo, un corazón al que le falta la fe. Pues en realidad es esto, la falta de fe, lo que el Evangelio critica en el hombre rico al decir que tenía banquetes espléndidos todos los días y amaba la vestimenta costosa. La razón no puede ver en esto un pecado de mayor importancia. Es más: los que confían en su propia perfección creen que disfrutar de esta manera los placeres de la vida es un derecho que les asiste y que tienen bien merecido con su vida impecable. No ven cómo se hacen culpables con este su comportamiento, a causa de su incredulidad.

² Comp. Mt. 7:15.

2. *El pecado del hombre rico es que con un corazón incrédulo se aferra a los bienes materiales.*

Pues a decir verdad, este hombre rico no es reprobado por haber pasado sus días en banquetes espléndidos, vistiendo la ropa más fina. Hay muchos ejemplos entre los santos, reyes y reinas de antaño que también llevaban vestidos suntuosos, como Salomón, Ester, David, Daniel, etc. Antes bien, se le enjuicia por el hecho de que hacía de tales cosas el objeto de sus más íntimos deseos, las buscaba con afán, se aferraba a ellas, las prefería a todo lo demás, hallaba en ellas todo su placer y alegría, y prácticamente las convertía en su ídolo. A esto se refiere Cristo con las palabras "cada día": el hombre rico se entregaba *cada día* a los placeres mencionados. Esto nos demuestra que había buscado y escogido deliberadamente dicho género de vida. No es que se le hubiera obligado a ello. Tampoco se hallaba en ese ambiente por casualidad, o en razón de su oficio, o para prestar un servicio a su prójimo, sino sólo para satisfacer sus deseos. Vivía exclusivamente para sí mismo, servía solamente a su propia persona.

Con esto queda al descubierto el pecado secreto de su corazón, su incredulidad³, así como por el fruto malo se descubre que un árbol es malo. Pues donde hay fe, ésta no busca los vestidos de lujo ni las comidas exquisitas; más aún: no busca ningún bien, renombre, placer, rango, ni ninguna otra cosa que no sea Dios mismo. Lo único que ansía, lo único a que se aferra es Dios, el Bien supremo. Lo mismo le da comida selecta o comida de pobres, ropa de gala o ropa humilde. Pues aun en el caso de que los creyentes lleven ropa de alto precio, ejerzan gran poder u ocupen un elevado rango, no reparan en ninguna de estas cosas, sino que las aceptan como una obligación, o llegan a ellas por casualidad, o tienen que cargar con ellas como parte del servicio que tienen que prestar a otra persona. La reina Ester confiesa que el llevar su diadema real no le causa ningún placer⁴; no obstante, se vio en la necesidad de llevarla para complacer al rey. También David habría preferido ser un ciudadano como cualquier otro, pero por voluntad de Dios y del pueblo tuvo que ser rey. Y así proceden todos los creyentes: si llegan a adquirir poder, renombre y una posición brillante, es sólo por obligación. En su corazón se mantienen libres de estas cosas, y si se valen de ellas, es solamente como de recursos exteriores, para servir a su prójimo, como lo ex-

³ La incredulidad consiste en que ellos creen tener un derecho, por mérito propio, al bienestar de que disfrutan.

⁴ Libro de Ester, cap. 4, *Oración de Ester*, vers. 17 v (Biblia de Jerusalén).

presa también el Salmo: "Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas"⁵.

Mas donde reina la incredulidad, el hombre se lanza sobre estas cosas, pone su corazón en ellas, corre tras ellas y no descansa hasta haberlas alcanzado. Y una vez en posesión de ellas, se deleita y se revuelca en ellas como el cerdo en el barro. Parecería que no existiera para él felicidad mayor. Cuál es su relación con Dios, qué significa Dios para él, qué puede y debe esperar de parte de Dios, todo esto no le interesa. *Su* Dios es el vientre⁶. Y si no puede alcanzar lo que apetecía, cree que las cosas en este mundo no andan bien. Pero todos estos frutos horribles y malos de la incredulidad, nuestro hombre rico no los ve. Los encubre, se encoge a sí mismo con el brillo de las muchas obras buenas de su vida farisaica, y endurece su corazón de tal modo que por último ya no le hace efecto ninguna enseñanza, exhortación, amenaza ni promesa. He aquí, éste es el pecado oculto que nuestro Evangelio somete a juicio y condena.

3. *Consecuencia de la incredulidad del rico es su falta de amor.*

De este pecado nace el otro: que el hombre rico se olvida del amor al prójimo; pues al pobre Lázaro le deja echado delante de su puerta, sin prestarle la menor ayuda. Y aunque no se hubiera querido molestar personalmente en ayudarle un poco, por lo menos podría haber dado una orden a sus servidores para que trasladaran al pobre mendigo a un establo y cuidaran de él. Esto es porque el hombre rico no tiene el menor entendimiento de Dios ni experimentó jamás cuán bueno es Dios. Pues el que siente la bondad de Dios, siente también la desgracia de su prójimo; mas el que no siente la bondad de Dios, tampoco siente la desgracia de su prójimo. Por lo tanto, así como permanece indiferente ante la bondad de Dios, permanece indiferente también ante la desgracia de su prójimo.

Pues la fe tiene la característica de que espera y confía en el solo Dios como dador de todos los bienes. De esta fe surge en el hombre el conocimiento de Dios: llega a darse cuenta de lo bueno y misericordioso que es el Señor. Y tal conocimiento a su vez produce en él un corazón blando, lleno de compasión, de modo que desea fervientemente hacer a todos sus semejantes el bien que él mismo ha experimentado de parte de Dios. Busca por lo tanto dar expresión a su amor, y sirve a su prójimo de todo corazón, con cuerpo y vida, bienes

⁵ Salmo 62:10. En el original dice: Salmo 90.

⁶ Comp. Fil. 3:19.

y honra, con alma y espíritu, y hace por él todo cuanto esté a su alcance, tal como Dios ha hecho con él. Consecuentemente, tampoco escoge como objetos de su actividad caritativa a las personas rebosantes de salud, a los encumbrados, fuertes, ricos, nobles y santos, que no tienen necesidad de él, sino a los enfermos, débiles, pobres, despreciados y cargados de pecados, a quienes puede ser de utilidad, en quienes puede ejercitar su corazón bondadoso, y a quienes puede hacer lo que Dios le hizo a él.

La característica de la incredulidad en cambio es que no espera de Dios nada de bueno. De esta incredulidad surge un engeguencimiento total del corazón, de modo que una persona tal no es capaz de darse cuenta de lo bueno y misericordioso que es el Señor; antes bien, “no para mientes en Dios”, como dice el Salmo 14 (v. 2). Y tal engeguencimiento produce en él un corazón cada vez más duro e incompasivo, al extremo de que no tiene el más mínimo deseo de servir a hombre alguno, sino muy al contrario, el de causarles dolores y perjuicios a todos. Pues como no siente que Dios le haya hecho ningún bien, tampoco siente ganas de hacerle bien a su prójimo. En consecuencia, tampoco va en busca de personas enfermas, pobres y despreciadas a quienes podría ser de utilidad y a quienes podría y debería hacer bien, sino que mira en torno suyo para ver si descubre a personas encumbradas, ricas e influyentes de las cuales él mismo puede obtener utilidad, bienes, placeres y honores.

4. *La incredulidad y la falta de amor son inseparables una de otra.*

Vemos por lo tanto en el ejemplo de este hombre rico que no puede haber amor donde no hay fe, y que no puede haber fe donde no hay amor. Ambos quieren estar juntos, y tienen que estar juntos. Un hombre creyente ama a todos y sirve a todos. Un incrédulo en cambio tiene un corazón lleno de enemistad hacia todos y quiere que todo el mundo esté a su servicio. Y no obstante cubre este pecado horrible y perverso con el brillo barato de sus hipócritas buenas obras como con una piel de oveja. Se parece en esto al gigantesco avestruz, cuya insensatez es tan grande que al cubrirse el cuello con una rama, cree que está cubierto su cuerpo entero. Sí, mi amado oyente, en nuestro Evangelio ves que no hay nada más ciego e incompasivo que la incredulidad, pues los perros de que se nos habla aquí, que son los animales más rabiosos — estos perros se muestran más compasivos con el pobre Lázaro que aquel hombre rico. Se dan cuenta de la miseria del infeliz mendigo y le lamen las llagas, mientras que el hipócrita insensible y engeguencido se

muestra tan duro que ni siquiera le permite comer las migajas que caen de su mesa.

Pues bien: estas características del rico hipócrita son las de todos los hombres carentes de fe. Su incredulidad los obliga a ser y a obrar tal cual los retrata y describe este hombre rico mediante su manera de vivir. Y en especial son los religiosos⁷ los que responden a las características que aquí se ponen de manifiesto. Ellos jamás hacen obras genuinamente buenas. Sólo tratan de pasar una buena vida. No prestan servicios a nadie ni son de utilidad para nadie, sino que se hacen servir por todos: “¡Venga todo para acá; los demás que se las arreglen!” Y aunque algunos de ellos no tengan comida y ropa de primera, la voluntad de tenerla no les falta. Y a estos religiosos los imitan los ricos, los príncipes y señores: abundan en hipócritas “buenas obras”, hacen grandes donaciones, construyen iglesias, todo para cubrir al gran malévolo, al lobo de la incredulidad. Y el resultado es que se tornan siempre más insensibles y duros y no contribuyen en nada al bien de sus semejantes.

Segunda parte

1. *Lo que hace a Lázaro agradable a Dios es su fe, no su pobreza.*

Al pobre Lázaro tampoco debemos juzgarlo solamente por su apariencia exterior, sus llagas, su pobreza y aflicción. Pues hay muchos hombres que como él, padecen las más diversas tribulaciones, sin que les aproveche para nada. El rey Herodes, por ejemplo, sufría de un mal gravísimo⁸; sin embargo, no por ello su situación frente a Dios mejoró en lo más mínimo. Debemos ser conscientes de que la pobreza y los sufrimientos no hacen a nadie persona grata ante Dios; antes bien, si uno ya es persona grata, entonces su pobreza y sus sufrimientos son cosa preciosa para Dios, como dice el Salmo 116 (v. 15): “Estimada es a los ojos del Señor la muerte de sus santos”. Por lo tanto, también en el caso de Lázaro debemos escudriñar el corazón y buscar allí el tesoro que hizo tan estimadas sus llagas. Sin duda, este tesoro fue su fe y su amor; pues “sin fe es imposible agradar a Dios”, como se declara en Hebreos 11 (v. 6). Hemos de pensar, pues, que Lázaro tenía un

⁷ Religiosos: los monjes y prebendados, que por una parte se atribuían una mayor perfección, y por otra caían fácilmente en la tentación de entregarse al ocio y los placeres.

⁸ Hch. 12:23.

corazón tan lleno de confianza filial en Dios, que aun en medio de tamaña pobreza y miseria esperaba de Dios todo lo bueno y se consolaba con la misericordia divina. Con esta bondad y misericordia de Dios se contentó tan completamente, y halló en ellas tantas satisfacciones, que con gusto habría padecido otros infortunios más si la voluntad de su Dios benigno lo hubiera dispuesto así. He aquí una fe verdadera, genuina, viva; esta fe de Lázaro, a la par que le hizo reconocer la bondad divina, produjo en él un corazón blando, de modo que nada de lo que hubiera tenido que padecer o hacer, además de lo que ya de por sí estaba padeciendo, le habría resultado demasiado, o demasiado gravoso. Así es cuando la fe experimenta la gracia de Dios: una fe tal dispone al corazón para acatar en todo la voluntad del Señor.

2. *Lázaro presta también los servicios del amor, al menos espiritualmente.*

De esta disposición del corazón de servir a Dios por amor, nace ahora la otra virtud, a saber, el amor al prójimo, que alienta en Lázaro la sincera voluntad de servir a todos. Pero como es tan pobre e inválido, no tiene nada con que pudiera hacer efectiva su voluntad. Por ende, su buena intención le es acreditada como buena acción. Pero esta deficiencia en el servir corporal la suple con creces por medio de un servicio espiritual. Pues ahora, después de su muerte, presta servicios al mundo entero precisamente con sus llagas, su hambre y su miseria. Su hambre física sacia nuestro hambre espiritual, sus desnudeces corporales visten nuestras desnudeces espirituales, sus llagas corporales sanan nuestras llagas espirituales. ¿Cómo lo hacen? ¡Con el ejemplo que él nos da, que nos sirve de lección y de consuelo! Lázaro nos enseña que Dios tiene su complacencia en nosotros, aun cuando en nuestra vida terrenal nos estemos debatiendo en la miseria — con tal que tengamos fe en él. Y Lázaro nos da también una advertencia: nos muestra que Dios está airado con nosotros, por más bien que nos vaya materialmente, si nuestra prosperidad va acompañada de incredulidad. La prueba la tenemos aquí: Dios miró con benevolencia a Lázaro en su miseria, pero al hombre rico lo miró con profundo disgusto.

Dime: ¿qué rey con toda su inmensa riqueza sería capaz de prestar al mundo entero un servicio como el que prestó este pobre Lázaro con sus llagas, su hambre y su indigencia? ¡Oh, cuán admirables son las obras y los juicios de Dios! ¡Con cuánta maestría conduce él al fracaso a la razón y sabiduría humana, que se cree tan prudente y que en realidad es tan tonta! Ah sí, a la razón le gusta mucho más ver el vestido pur-

púreo del hombre rico que las llagas del pobre Lázaro. Prefiere a una persona sana, de bella estampa; pero ante el hedor de las heridas del pobre Lázaro se tapa las narices, y aparta la vista de sus desnudeces. Entre tanto, Dios hace que esta grandísima tonta pase frente a aquel precioso tesoro sin verlo siquiera, y forma para sí mismo, en silencio, su juicio, y convierte al pobre hombre en un personaje tan elevado y estimado que a la postre, todos los reyes son indignos de servirle y de limpiarle sus heridas. Pues: ¿qué te parece? ¿qué rey no daría ahora con mil amores su salud, su manto real y su corona a cambio de las llagas, la pobreza y la miseria de ese Lázaro, si tal cosa fuera posible? ¿Y qué hombre hay que quisiera dar, en vista de todo esto, un solo centavo por los vestidos de púrpura y toda la fortuna del hombre rico?

3. *Lázaro nos muestra cuál es nuestro deber para con nuestro prójimo desvalido.*

Si este hombre rico no hubiese sido tan ciego, si hubiese sabido que delante de la puerta de su casa yace un tesoro tan grande, un hombre tan estimado a los ojos del Señor, ¿no crees que habría salido corriendo a socorrerle, que le habría limpiado y besado las llagas, y que le hubiera acostado en la mejor de sus camas? Toda su vestimenta de púrpura, toda su fortuna la habría puesto al servicio del pobre Lázaro. Pero al tiempo que Dios ya estaba elaborando su juicio, el hombre rico vivía con los ojos cerrados; cuando aún *podía* ayudar a Lázaro, no lo hizo. Entonces, Dios pensó: Siendo así las cosas, te considero indigno de que le sirvas. Pero luego, llegados ya a su término el juicio y la obra de Dios, la tan inteligente, mejor dicho tan tonta razón del hombre rico comienza a abrir los ojos: ahora que el hombre rico padece los tormentos del infierno, gustosamente daría su casa y toda su propiedad a aquel a quien anteriormente ni siquiera le había querido dar un bocado de pan. Y ahora solicita que Lázaro le refresque la lengua con la punta de su dedo, el mismo Lázaro al que antes ni le había querido tocar.

Con tales juicios y obras, mis amados oyentes, Dios llena aún hoy a diario el mundo entero; y nadie lo ve, y todos lo echan en saco roto. Ahí hay delante de nuestros ojos gente pobre y necesitada que Dios ha puesto allí como nuestro más precioso tesoro. Pero nosotros apartamos la vista de ellos, y no vemos qué hace Dios después con ellos. Sólo más tarde, una vez que Dios puso el punto final y nosotros perdimos el tesoro, venimos corriendo y ofrecemos nuestros servicios. Pero ya pasó la oportunidad. Y entonces comenzamos a convertir en objetos milagrosos los vestidos y zapatos de aquellos pobres tan poco

estimados en vida, y los enseres que usaron, y organizamos peregrinaciones, y erigimos iglesias sobre el lugar donde yacen sepultados, y nos esforzamos grandemente con tales tonterías. Pero con esto no hacemos más que ponernos en ridículo: cuando esos santos estaban aún en vida, no hicimos nada para evitar que se los pisoteara y se los dejara perecer, y ahora, cuando ya no lo necesitan ni les aprovecha, veneramos sus vestidos. Ciertamente, a raíz de esto el Señor pronunciará sobre nosotros la sentencia de Mateo 23 (v. 29 y sigtes.): “¡Ay de vosotros, escribas, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y los adornáis. Vuestros padres los mataron, y vosotros les construís monumentos fúnebres. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas; porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros.”

4. *Lázaro es la imagen de todos los creyentes, aun cuando su suerte sea distinta.*

De la naturaleza del pobre Lázaro son todos los creyentes. Todos ellos son “Lázaros” en la verdadera acepción de la palabra, porque todos son de la misma fe, del mismo pensar, de la misma voluntad que este Lázaro. Y quien no sea un Lázaro, con toda seguridad compartirá la suerte del rico comilón en el fuego del infierno. Pues como Lázaro, todos debemos confiar en Dios con fe sincera, entregarnos a él para que él haga con nosotros conforme a su voluntad y estar dispuestos a servir a cuantos necesiten de nuestros servicios. Y aunque no todos tenemos que padecer las mismas llagas que Lázaro, y la misma pobreza, sin embargo debe animarnos la misma voluntad y mentalidad que hubo en él, a saber, la de aceptar gustosos idénticas cargas, si plugiere al Señor imponérselas. Tal actitud de “pobreza espiritual”⁹ muy bien puede coexistir con riqueza material, como lo demuestra el ejemplo de Job, David y Abraham, que fueron a un tiempo pobres y ricos. Así dice David en el Salmo 39 (v. 12): “Forastero soy para ti, y advenedizo, como todos mis padres”. ¿Cómo se explica esto, siendo que David era rey y poseía vastos territorios y grandes ciudades? Es que su corazón no estaba apegado a su riqueza y poder, y los estimaba como nimiedades en comparación con lo que es un “bien” a los ojos de Dios. Seguramente, David habría dicho también respecto de su salud que ésta no le significaba nada comparada con la salud ante Dios; y sin duda habría sido capaz también de sobrellevar con paciencia llagas corporales y enfermedad.

⁹ Comp. Mt. 5:3.

Lo mismo cabe decir de Abraham. Tampoco él estaba aquejado por pobreza y enfermedad como Lázaro; tenía sin embargo, al igual que éste, la buena voluntad de aceptarlas si hubiese sido la voluntad de Dios enviárselas. Pues los santos deben ser en su fuero interno de un mismo sentir y de un mismo ánimo, exteriormente empero no pueden desempeñar todos la misma función ni padecer los mismos males. Ésta es la razón por qué Abraham reconoce a Lázaro como a uno de los suyos y le recibe en su seno, cosa que no habría hecho si no fuera de un mismo ánimo con él y mirara complacido su pobreza y enfermedad.

Esto es, pues, lo que queremos destacar como tema principal y significado del Evangelio del hombre rico y el pobre Lázaro: siempre y en todas partes, la fe lleva a la salvación, y la incredulidad lleva a la condenación.

Tercera parte

Algunas preguntas en particular que nos plantea este Evangelio.

1. El significado de la expresión: "el seno de Abraham".

Nuestro Evangelio nos plantea además diversas preguntas. La primera es: ¿Cómo hemos de entender lo del "seno de Abraham", ya que no se puede tratar de un regazo corporal? Respuesta: Debemos saber que el alma o espíritu del hombre no tiene otro lugar donde pueda descansar o permanecer sino la palabra de Dios, hasta que en el día postrero llegue a la contemplación plena del Señor. Opinamos por lo tanto que el seno de Abraham no es otra cosa que la palabra de Dios mediante la cual le fue prometido a Abraham el Cristo, como leemos en Génesis 22 (v. 18): "En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra". Esta promesa habla de Cristo como de aquel en quien "todas las naciones serán benditas", es decir, redimidas del pecado, de la muerte y del infierno; "en esta simiente serán benditas", se recalca, y en ningún otro ni mediante obra alguna. Todos aquellos, pues, que creyeron en esta promesa, creyeron en Cristo y fueron verdaderos cristianos; por su fe en estas palabras fueron librados de los pecados, de la muerte y del infierno.

Por consiguiente, todos los padres que vivieron antes del nacimiento de Cristo, fueron llevados al seno de Abraham; es decir, en su última hora se aferraron con firme fe a esta promesa, y en ella se durmieron, sostenidos y guardados como en un regazo, y allí siguen durmiendo aún, hasta el postrer día,

excepto aquellos “santos que se levantaron junto con Cristo” de quienes habla Mateo en el cap. 27 (v. 52), si es que permanecieron en este estado¹⁰. Como aquellos padres debemos hacer también nosotros: cuando llegue nuestro fin, debemos encomendarnos con fe inquebrantable a lo que dijo Cristo: “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:26) u otra palabra similar, y morir en esta fe. Entonces, también la muerte nuestra será un “dormir”, y seremos llevados al seno de Cristo y guardados allí hasta el día postrero. Pues la palabra dicha a Abraham y la que fue dicha a nosotros son idénticas: ambas hablan de Cristo y dicen que de él solo nos viene la salvación. Aquella palabra de Génesis 22 empero es llamada “seno de Abraham” porque fue dicha a Abraham primero, y con él arranca.

Por otra parte, el “infierno” mencionado en nuestro Evangelio no puede ser el infierno propiamente dicho¹¹ cuyas puertas se abrirán el postrer día; porque es evidente que el cuerpo del hombre rico fue sepultado no en el infierno sino en el seno de la tierra. Tiene que ser, sin embargo, un lugar donde el alma puede morar, y a la vez carecer de reposo. Y ese lugar no puede ser un lugar físico. Consideramos por lo tanto que el infierno aquí mencionado es la mala conciencia que carece de la fe y de la palabra de Dios. En esta mala conciencia, el alma yace sepultada y retenida hasta el postrer día, en que el hombre será arrojado con cuerpo y alma en el infierno verdadero y real. Pues así como el seno de Abraham es la palabra de Dios en la cual, por virtud de la fe, los creyentes reposan, duermen y son guardados hasta el día postrero, así también el infierno tiene que ser algo donde la palabra de Dios *no* está, algo que sirve de confinamiento al cual son relegados los incrédulos, hasta el postrer día, a causa de su incredulidad. Y ese “algo” no puede ser sino una conciencia vacía, incrédula, pecaminosa, mala.

2. *La conversación entre Abraham y el hombre rico.*

La otra pregunta es: ¿Cómo hemos de imaginarnos la conversación entre Abraham y el hombre rico? Respuesta: De ninguna manera puede haber sido una conversación sostenida

¹⁰ Con este agregado, Lutero insinúa, aunque sin afirmarlo directamente, que los “levantados junto con Cristo” se hallan aún ahora en estado despierto junto a Cristo, y no en el estado de dormición como los demás fieles difuntos.

¹¹ En efecto, la Versión Reina-Valera, la Biblia de Jerusalén y otros tienen, como el original griego de Lc. 16:23, la palabra *Hades* = mansión de los muertos; la Vulgata: *sepultus est in inferno*. Lutero emplea invariablemente el término *helle* (en alemán moderno *Hoelle*) = infierno.

mediante palabras como las que nosotros empleamos habitualmente. No olvidemos que tanto el cuerpo del hombre rico como el del pobre Lázaro yacen sepultados en la tierra. Por lo tanto, ni es corporal la lengua de cuya sequedad se queja el rico, ni lo son el dedo o el agua que pide de Lázaro. Toda esta conversación la hemos de situar en la conciencia, donde transcurre de la siguiente manera: Cuando en la hora de la muerte, o en horas de agonía, a la conciencia se le abren los ojos, se da cuenta de su incredulidad; y lo primero que ve es el seno de Abraham y los que están sentados allí, es decir, la palabra de Dios en que esa conciencia debiera haber creído y no lo hizo; y de ahí le vienen ahora indecibles tormentos y angustias, como los que se padecen en el infierno, y no halla socorro ni consuelo. Surgen entonces en la conciencia pensamientos que, si pudieran formularse en palabras, mantendrían entre sí un diálogo como el que el hombre rico mantiene aquí con Abraham. ¿Qué busca el hombre rico? Quiere ver si la palabra de Dios y todos los que creyeron en ella, están dispuestos a socorrerle. Y tan angustiada es su solicitud, que ya se conformaría con un consuelo mínimo brindado por el más humilde de los bienaventurados. Y ni esto lo puede alcanzar. Pues Abraham le responde (o sea: su conciencia, aleccionada por la palabra de Dios, llega a comprender) que esto no puede ser; antes bien, él había recibido sus bienes en su vida, y ahora debía ser atormentado, y en cambio debían ser consolados aquellos a quienes él había despreciado.

Por último tiene que oír que entre él y los creyentes está puesta una gran sima, de manera que nadie puede juntarse con los que están al otro lado. Esto se refiere a la desesperación que cae sobre la conciencia del hombre que se da cuenta de que ha sido privado para siempre de la palabra de Dios, y que ya no puede contar con socorro alguno, por más que lo desee. En esta desesperación, los pensamientos de su conciencia se dirigen a otra cosa: quisieran que los que aún están en esta vida presente, supieran qué tormentos se padecen en los angustiosos momentos de la muerte; por esto solicitan que alguien fuera a avisarlos. Pero tampoco esta solicitud prospera; porque el hombre rico percibe en su conciencia la respuesta de que aquéllos tienen a Moisés y a los profetas: esto tenía que bastarles, en éstos debían creer, como también él mismo tendría que haberlo hecho. Todo esto ocurre entre una conciencia condenada y la palabra de Dios en la hora de la muerte o en las angustias de la muerte. Y ningún viviente puede conocer estas cosas en toda su extensión sino el que las está experimentando. Y el que las está experimentando quisiera que las supiesen sus allegados. Pero ya todo es en vano.

3. *El tiempo en que sucede esto, y su duración.*

Viene ahora la tercera pregunta: ¿Cuándo sucedió lo que se acaba de describir? ¿Continúan los tormentos del hombre rico aún ahora, diaria e ininterrumpidamente, hasta el juicio final? Es ésta una pregunta sutil, y es muy difícil contestársela a gente que carece del conocimiento necesario. En efecto: es preciso apartar de la mente el concepto "tiempo", y saber que en el mundo del más allá no hay ni tiempo ni hora, sino que todo es un solo momento eterno, como dice San Pedro en su segunda carta, capítulo 3 (v. 8): "Para con el Señor, un día es como mil años, y mil años como un día". Creo, pues, que mediante el ejemplo del hombre rico se nos muestra cómo les irá a todos los incrédulos cuando sus ojos sean abiertos en la muerte o en la agonía. Lo descrito aquí puede durar un instante, y luego cesar hasta que llegue el postrer día. Todo será como Dios lo disponga. No es posible establecer reglas fijas a base de los detalles que nos ofrece el Evangelio del hombre rico y el pobre Lázaro. Por lo tanto no me atrevo a afirmar que el hombre rico esté sufriendo en el tiempo actual de la misma manera como sufría en aquel entonces, pero tampoco me atrevo a negar que aún esté sufriendo así; porque tanto la continuidad de los tormentos como su cese dependen por entero de la voluntad divina. Para nosotros es suficiente que se nos muestre el ejemplo y comienzo de lo que habrán de padecer todos los incrédulos.

4. *La intercesión por los difuntos.*

Hay una cuarta pregunta: ¿Se puede o se debe hacer intercesión por los difuntos? Esta pregunta surge inevitablemente, ya que, por una parte, nuestro Evangelio no menciona nada en cuanto a la existencia de un estado intermedio entre el seno de Abraham y el infierno, y por otra parte, deja bien en claro que los sentados en el seno de Abraham no necesitan tal intercesión, mientras que los que se hallan en el infierno, no sacan ningún provecho de ella. Respuesta: No tenemos ningún mandamiento de Dios de hacer oraciones por los muertos. Por lo tanto, el *no* orar por ellos no puede considerarse un pecado. Pues nadie puede incurrir en pecado con algo que Dios no mandó ni prohibió. Sin embargo, por cuanto Dios no nos dio a conocer cuál es, en concreto, la situación de las almas de los difuntos, y como a raíz de ello no podemos saber con certeza en qué forma actúa Dios con ellas, no queremos ni debemos impedir que se ore por los muertos, ni tampoco queremos o podemos considerarlo un pecado. Dado que por lo relatado en

el Evangelio ¹² llegamos a la convicción de que fueron resucitados muchos muertos respecto de los cuales tenemos que admitir que aún no habían recibido su sentencia definitiva, tampoco estamos en condiciones de afirmar que la haya recibido ya algún otro de los que yacen aún en el sepulcro.

Ya que reina incertidumbre en torno de este punto, y ya que no sabemos si el alma ya está juzgada ¹³, no es un pecado que ores por ella, pero de un modo que respete esa incertidumbre. Puedes decir, por ejemplo: "Amado Padre, si el alma se halla en un estado en que todavía se la puede socorrer, te ruego tengas misericordia de ella." Y si has orado así una o dos veces, no te afanes más y encomienda aquel alma a Dios; porque él nos prometió prestar oídos a nuestros ruegos. Pero después de haber orado así a lo sumo tres veces, cree firmemente que tu oración fue escuchada, y no insistas más, porque esto ya sería tentar a Dios y desconfiar de él.

Pero todas aquellas prácticas de las misas en perpetua memoria, vigiliias, oraciones recordatorias que se repiten mecánicamente cada año como si el año anterior Dios no nos hubiera escuchado, no son más que un funesto invento del diablo. De esta manera, la incredulidad hace burla de Dios, y tales oraciones en sufragio de las almas no son otra cosa que sacrilegios. Por ende, cuídate de ellas, y evítalas. Dios no pregunta por recordatorios anuales, sino por la oración que brota de un corazón devoto y creyente: ésta ayudará a las almas, si es que hay algo que les pueda ayudar. Las vigiliias en cambio y misas por los difuntos aprovechan por cierto a los sacerdotes, monjes y monjas, pero a las almas no les aprovechan para nada, y además, son pura blasfemia.

Pero si en tu casa tienes un duende o fantasma que pretende que se lean misas para que no tenga que seguir penando, no dudes: el tal es un espíritu maligno. Desde que existe el mundo, jamás un alma volvió a aparecer a los vivientes, ni quiere el Señor que ello ocurra. En nuestro Evangelio ves que Abraham no accede al pedido del rico de que un muerto vaya a instruir a los vivientes, sino que los remite a la palabra de Dios en las Escrituras y dice: "A Moisés y a los profetas tienen; oíganlos". Con esto, Abraham llama nuestra atención al manda-

¹² Comp. Mt. 9:18 y sigs.: la hija de Jairo; Lc. 7:11 y sigs.: el joven de Naín; Jn. 11:38 y sigs.: Lázaro de Betania; también Mt. 27:52.

¹³ Con la misma cautela se expresa Lutero en otros lugares donde toca el mismo tema; p. ej. en su extenso *Comentario sobre el Génesis* (25:7-10): "...*In quo autem statu sint, qui damnantur in novo testamento, nihil possum asserere; in medio relinquo*" = "Acercas de la situación de los condenados en los tiempos del Nuevo Testamento no puede decir nada seguro; por lo tanto me abstengo de hacer juicios." Ed. de Erlangen, tomo VI, pág. 124.

miento divino expresado en Deuteronomio 18, donde Dios dice: "No sea hallado en ti quien consulte a los muertos" (v. 10, 11). Por consiguiente, es claramente una obra del diablo cuando aquí y allá aparecen espíritus, por arte de encantamiento, y piden que se lean tantas y tantas misas o se hagan tales y tales peregrinaciones u otras obras, y luego aparecen de nuevo, con toda nitidez, y afirman que ahora están redimidos. Con esto, el diablo induce a los hombres al grave error de que se desvían de la fe hacia las obras y creen que las obras son en realidad capaces de lograr tales efectos. Se cumple así lo que predijo San Pablo en 2 Tesalonicenses cap. 2 (v. 11): "Por esto Dios les envía a los incrédulos un poderoso engaño".

Sé prudente, pues, y confórmate con que Dios no quiere que sepamos al detalle cuál es la situación de los difuntos, para que sobre toda inútil curiosidad prevalezca la fe alimentada por la palabra de Dios, la fe que cree que después de esta vida presente, Dios lleva a la bienaventuranza a los que permanecieron fieles, y arroja a la condenación a los incrédulos. Por tanto, si en algún momento se te apareciera un fantasma, no le des importancia; antes bien, ten la certeza de que es el demonio, y recházalo con este veredicto de Abraham: "A Moisés y a los profetas tienen" y con el mandamiento que Dios nos da en Deuteronomio 18: "No sea hallado en ti quien consulte a los muertos". Con esto, el fantasma se marchará. Y si no se marcha, déjalo que meta ruido hasta que se canse, y aguanta sus diabluras con firme fe en el Señor.

Y aun en el supuesto caso de que el duende fuese un alma o un espíritu bueno, no obstante no debes admitir de él ninguna información ni preguntarle nada, porque Dios lo prohibió. Pues para esto nos ha enviado a su propio Hijo, para que éste nos enseñara todo cuanto nos es necesario saber. Lo que el Hijo no nos ha enseñado, ignorémoslo gustosamente, y contentémonos con la doctrina de los santos apóstoles mediante la cual él nos predica¹⁴.

¹⁴ A modo de ilustración, Lutero agrega a su sermón dos casos, bastante parecidos en sus pormenores, ocurridos a sendos obispos, uno en Corinto, el otro en una región montañosa de Italia: En un viaje, el señor obispo llega al anochecer a un poblado donde desea pernoctar. A falta de otro albergue mejor se le ofrece una casona habitada, según dicen, por un fantasma. El obispo no se deja amedrentar, pasa allí la noche, ora con firme fe —y el fantasma desaparece para no volver nunca más. Palabras finales de Lutero: "He aquí, con tanta sencillez actúa la fe, pero también con tanta intrepidez, seguridad y potestad. Así haz también tú con tus trasgos."

LA FE HACE QUE NUESTRA OBEDIENCIA A DIOS SEA LIBRE DE ANSIEDADES

Sermón para el 4º Domingo después de Trinidad.
Fecha: 29 de junio de 1539.

Texto: 1 Pedro 5:7, 8. Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

Introducción: En lugar de posar nuestras miradas en las reliquias de los santos, debiéramos posarlas en su corazón. Esto podemos hacerlo si escuchamos el mensaje que ellos nos transmitieron.

Hace poco tratamos el pasaje de la 1ª carta de San Pedro en que el apóstol nos exhorta a humillarnos bajo la poderosa mano de Dios¹. Según estas palabras, los cristianos deben ser humildes, y acordarse de que Dios resiste a los soberbios. Deben ser conscientes además de que sobre su cabeza se alza una mano poderosa que luchará contra ellos si se muestran orgullosos y presumidos, de modo que sus altivos planes no prosperarán. Después de aquella advertencia, el apóstol prosigue: "Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros". Hoy es el día de San Pedro². Es justo, pues, que honremos su memoria, así como también la de San Pablo, dado que estos dos son los principales de entre todos los apóstoles. Pero al hacerlo, cuidémonos de recurrir a leyendas, porque todas éstas han sido falsificadas por el papa. Antes bien, aten-

¹ 1 P. 5:5, 6. Véase Sermón 24, Nota 1.

² En el año 1539 en que Lutero predicó este sermón, el Día de San Pedro y San Pablo, 29 de junio, coincidió con el 4º Domingo después de Trinidad.

gámonos a lo que se nos dice en el Evangelio. Allí se establece como hecho cierto que tanto Pedro como Pablo fueron llamados al apostolado por Cristo mismo. Además, todos los libros de historia concuerdan en que Pedro fue crucificado en Roma, durante el reinado de Nerón, y Pablo, degollado³. En cambio, lo que el papa difunde con respecto a San Pedro son grandísimas mentiras. Hoy celebran en Roma la fiesta máxima de la iglesia; pero no para honrar a Pedro mismo, sino para ensalzar el hecho de que Pedro es, como dicen, la cabeza del orbe entero. Por eso el papa en persona canta hoy la misa y las vísperas. Hoy se exponen también a la vista del público las cabezas de Pedro y Pablo, de las cuales se afirma que son los cráneos auténticos de los dos apóstoles. Pero en realidad, los cráneos que muestran allá en Roma son de madera, y no son más auténticos que los que vemos pintados aquí en nuestro medio. El papa y los suyos saben muy bien que lo que ponen en exposición son calaveras de madera, y no obstante hacen creer a la gente que se trata de reliquias verdaderas. En ese virtuosismo de engañar al pueblo no hay quien supere al papa y su compañía. Los turcos y los tártaros⁴ son sin duda gente malvada, pero ni siquiera a ellos se les ocurriría hacer pasar unos trozos de madera por calaveras de Pedro y Pablo. Pero así es como acostumbran proceder el papa y los suyos para embaucarnos a nosotros pobres cristianos. Sobrado motivo tenemos por lo tanto de dar gracias a Dios por haber salido de aquel error, y por no tener ya necesidad de venerar objetos sin valor como lo hacen en la iglesia romana. Yo mismo vi en Roma unas imágenes que atribuyen a Lucas y que gozan de grande estima⁵; mas aunque fueran auténticas, ¿de qué podrían servirnos? Nosotros no poseemos los cráneos de Pablo y Pedro ni otra reliquia de ellos, pero poseemos algo mucho más valioso; su espíritu y su alma, el mensaje que Dios puso en su corazón para que nos lo transmitieran. En lo que a sus restos mortales se refiere, la verdad es que los de Roma ignoran hasta el día de hoy dónde se hallan en realidad el cuerpo de Pedro y el de Pablo, por más que afirmen estar en posesión de ellos. Dios hizo con los apóstoles

³ Por ej. Eusebio de Cesarea (267-340 d.C.), *Historia Eclesiástica*, libro II, cap. 25.

⁴ Tártaros (más exactamente tátaros, del turco *tatar*), pueblos islámicos de raza predominantemente mogólica que a partir de los siglos XIII-XIV habitaban la cuenca del Volga, la Crimea y el oeste de Siberia. Lutero aplica el nombre de tártaros (*Tatern*) también a los gitanos.

⁵ La leyenda afirma que el evangelista Lucas, además de médico, fue pintor, y le atribuye en especial algunos retratos de Cristo. Uno de estos "cuadros de Lucas" se hallaba en la capilla del convento agustino de Santa María del Popolo, donde se hospedaba Lutero durante su permanencia en Roma en 1510/11.

lo mismo que había hecho antes con Moisés, quien tuvo que morir en el desierto⁶ para que los judíos no le adoraran; así también Dios hizo que los cuerpos de los apóstoles descansaran en lugares ocultos para no ser objeto de adoración. En Francia, dicen, tienen los cuerpos de seis apóstoles, en España cuatro, y aquí en Alemania, en Tréveris, tienen al apóstol Matías⁷. Nosotros en cambio, así como tenemos al Cristo viviente, tenemos también a Juan, Pedro y Pablo, no como reliquias, sino plenos de vida: su espíritu y su alma viven en nosotros y hablan con nosotros. Aunque yo poseyera todos los huesos de estos santos, depositados en un ataúd de oro, ninguno de ellos podría decirnos una palabra. Mas si ya no los oímos hablar con viva voz, ¿qué importa? ¿Acaso no tenemos su palabra escrita? Por esto dejemos que el papa y los suyos sigan hablando tonterías acerca de reliquias milagrosas que ellos mismos inventaron; nosotros nos atenderemos a la enseñanza de los apóstoles, y a las cartas que nos han dejado. En lugar de venerar falsos relicarios, hagamos de nuestro corazón y nuestra mente una verdadera caja de tesoros, y depositemos en ella la sabiduría y los pensamientos de Pedro y de Pablo. ¿Qué hacemos con tener sus huesos guardados en un templo revestido de oro? Aquí empero, en sus cartas, podemos oírlos hablar cual si aún estuvieran con vida. ¿O acaso, estando vivos, nos dirían algo diferente de lo que escribieron en sus cartas? A través de éstas nos habla Cristo mismo; por eso son palabras llenas de espíritu y de vida.

Sean pues estas palabras apostólicas nuestras verdaderas reliquias, reliquias que en Roma no tienen. Entonces, cada día en que oímos los Evangelios y las Epístolas escritas por aquellos mensajeros de Dios, se convierte para nosotros en una fiesta de los apóstoles: los oímos tal cual los oyeron los que estaban sentados en derredor de ellos; y quienes los han oído, han oído palabras de vida eterna. Por lo tanto, ¡bienaventurados los que poseemos los escritos de los apóstoles! Si me dan a elegir entre el alma y espíritu de David y su cuerpo, prefiero mil veces su alma y espíritu. ¿Qué podría decirme su cuerpo? En cambio, si abro el Salterio, David habla conmigo como si estuviera delante mío. Y así, aceptando la predicación de Pedro y Pablo y honrándolos en espíritu, los enaltecemos mucho más que el papa con sus leyendas y ceremonias. No le rindes ningún honor a Pablo con encerrar sus huesos en un arca. Si quieres honrarle de veras, toma su carta a los Romanos y las demás que escribió, y léelas, para que aprendas a conocer a

⁶ Dt. 34:6.

⁷ En la iglesia de San Matías de Tréveris se muestra aún hoy el sarcófago del apóstol Matías.

Cristo, cuyo mensaje Pablo predicó, no para hacerse festejar como grande hombre sino para que se le pudiera dar el testimonio de haber predicado a Cristo⁸. Y como Pablo, hicieron también Pedro y todos los demás santos hombres de Dios⁹. También yo por mi parte deseo mucho más tener aceptación con la enseñanza que predico, que ser colocado después de muerto en un ataúd de oro. Incluso los poetas buscan aplauso no para su cuerpo sino para sus poemas. Por lo tanto, honramos a Pedro y a Pablo de veras cuando prestamos oídos a la voz de su corazón, a la doctrina que ellos nos comunican por medio del espíritu que habitaba en su alma. Allí, en su enseñanza, allí es donde debes brindarle la recepción a Pedro, allí tienes su espíritu, su alma, su corazón.

“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Pedro 5:6). Con esto, Pedro quiere decirnos: “Que te hayas aferrado a estas palabras, y que mediante mi predicación hayas conocido a tu Dios y Señor y sus pensamientos respecto de ti, esto es gloria para mí”. Y ahora sigamos oyendo lo que San Pedro extrae del relicario de su corazón.

1. *La ansiedad es algo mundanal y no trae beneficios a nadie. Es propio del mundo estar ansioso de éxito y afanarse por el día de mañana.*

“Echad toda vuestra solicitud sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.” ¡Verdaderamente, una hermosa predicación, que brota del corazón mismo de San Pedro! ¡Aprended lo que el apóstol os quiere enseñar con ella: que podéis arrojar sobre Dios todas vuestras cuitas, y tener la plena certeza de que él cuidará de vosotros! En otro pasaje, el apóstol dice de los cristianos que su vida no puede ser sino una vida de muchos padecimientos¹⁰. Todo lo que os oprime, ya sea que se refiera a la vida del cuerpo o a la vida del alma, encomendadlo tranquilamente a Dios, con alegría de corazón. No os pongáis a cavilar: ¿De dónde sacaré el dinero? ¿Cómo haré para conseguir una casa? ¿Dónde quedaré cuando sea viejo? ¿Cuándo habré de morir? Así piensa el mundo incrédulo, que no hace otra cosa que afanarse por el día de mañana. El mundo está ansioso de amasarse una fortuna, de conservarse en buen estado de salud, de asegurarse una vida lo más grata posible en esta tierra. Propio del hombre espiritual es ocuparse ansiosamente en conseguir un Dios misericordioso y una muerte bienaventu-

⁸ Comp. 1 Co. 2:1 y sigtes.

⁹ Comp. 2 P. 1:21.

¹⁰ 1 P. 4:12 y sigtes.

rada. ¡Escucha —dice Pedro— lo que quiero enseñarte! Léete el Salmo 55 (v. 22): “Echa sobre el Señor tu carga”, y haz lo que allí se dice: échala de ti, échala sobre el Señor, y dí: “Dios del cielo, tú me creaste. Y bien: si ahora las cosas no van como yo quisiera, gustosamente aceptaré de tu mano también lo otro, lo aparentemente adverso.” Y el Señor por su parte te dice: “Vete y cumple con lo que tus ocupaciones demandan de ti, y deja lo demás a mi cargo.” Ésta es la enseñanza a que hemos de ajustarnos los cristianos.

Quien como gobernante da lugar a la ansiedad, descuida su deber.

Dicha enseñanza no se halla en ningún otro lugar sino sólo en el corazón de San Pedro y otros apóstoles; y de allí pasó a su pluma como testimonio escrito para nuestro bien. Ningún gentil, ningún jurista es capaz de echar de sí la ansiedad. Al contrario: viven en perpetua y terrible zozobra, y cuando algo no les sale bien, casi pierden el seso. Fíjate en la existencia de cada uno de ellos, ante todo en la de los grandes de esta tierra: pasan sus días con planes y preocupaciones inútiles, y cuando sufren algún revés, caen en la desesperación. Mucho mejor es que sigas el consejo de Pedro y digas: “Yo cumpliré con mi deber como empleado; ¡que el príncipe cumpla con el suyo, que proteja a los ciudadanos pacíficos y castigue a los malos!” Pero no; la mayoría no piensa así, sino que preguntan, recelosos: “¡Cómo! ¿Así que yo tengo que imponer castigos, censurar con duras palabras? ¿Y si el así castigado o censurado me causa un daño?” Si quieres torturarte con ansiedades de esta índole, mejor será que renuncies a tu cargo. Los que se desempeñan en el gobierno, se complacen grandemente en oírse alabar por todos los sectores de la población; y no obstante, ninguno de ellos está dispuesto a cumplir con las obligaciones que su cargo le impone. Si se recurre a ellos en demanda de que como magistrado intervengan en determinado asunto, contestan: “Está muy bien; pero existe el peligro de que me ocurra esto o aquello.” Pero no por eso hemos predicado acerca de la dignidad de la autoridad civil¹¹ para que tú luzcas ahora ropaje ostentoso, etcétera. No por eso hemos predicado acerca de la dignidad de las autoridades eclesiásticas e insistido en que el obispo es una persona que merece respeto, para que ese obispo se dé anora aires de príncipe. Muy al contrario: la obligación de las autoridades es salir de su cómoda reserva, adoptar una posi-

¹¹ Como ningún otro, Lutero se había esforzado en implantar y profundizar en el pueblo el respeto ante las autoridades. Véase por ejemplo el Sermón 34 de nuestra colección.

ción firme ante los malhechores, y castigarlos sin titubeos cuando sea necesario. Esto es lo que Dios quiere; el honor y respeto ya vendrán por sí solos. Nuestros gobernantes en cambio quieren ser tenidos en alta estima por ser de noble cuna, y quieren hacer uso del evangelio sólo donde su aplicación les otorga el prestigio de ser gente bondadosa y pacífica. ¡No! Cumple tú con tus obligaciones, y encomienda tus ansiedades al Señor.

Hay quienes me dicen: “No debes actuar y escribir contra los obispos en la forma como lo estás haciendo, pues fácilmente podrías provocar con ello el disgusto del de Maguncia ¹²”. Esto lo dejo al cuidado de Dios. A la inversa, si yo no procediera de este modo, con toda razón se me debiera preguntar: “¿Qué haces que todavía estás desempeñando este oficio? Deja que tu puesto lo ocupe otro que echa su ansiedad sobre Dios y cumple con su deber de predicador”. En todos los órdenes de la sociedad hay fallas; pero donde más las hay es en el gobierno; nadie quiere ponerle el cascabel al gato. “Que las clases inferiores se gobiernen a sí mismas”, proponen algunos. Con esto no se llega a nada, y Dios lo sabe muy bien. Por esto instituyó las autoridades. Por esto puso a los niños bajo la autoridad de sus padres, porque los niños son por naturaleza malos. La falla está en que la mayoría de los hombres no quieren hacer lo que les corresponde, y no quieren encomendar sus dudas y celos a Dios. Dios cargó con el fardo más pesado: el cuidado por los hombres. Él tenía luz antes de haber creado el sol ¹³, y bien podría carecer de él — en efecto, para su propio uso no necesita sol alguno. También podría gobernar a la gente sin valerse de tus servicios de gobernante; podría castigar a todos los asesinos, sin necesidad de jueces ni de verdugos. Pero no quiere hacerlo todo solo; quiere utilizarte a ti para que tú, como autoridad, castigues a los malhechores, como leemos en Romanos 13 (v. 1 y sigtes.). Podría predicar con prescindencia de todos los apóstoles, consolar a los acongojados, reprender y castigar a los soberbios. Sin embargo, su voluntad es hacer todo esto por la mediación de hombres. Aquellos de entre sus encargados que no cumplen con sus obligaciones son “perros haraganes, que engordan echados sobre almohadones; apestan, comen los buenos bocaditos de su plato, y no quieren ladrar”, como dice Isafas (56:10, 11). Si queréis ser cristianos, tenéis que confesar a Cristo; y entonces tendréis que hablar y vivir también de una manera que disgusta a la gente, y tendréis que

¹² En diciembre de 1538 Lutero había publicado un escrito enérgico contra Alberto, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo-Halberstadt, a causa de una sentencia parcial que éste había pronunciado en un pleito. Este paso le había valido a Lutero una seria advertencia de parte de su soberano, el Príncipe Elector de Sajonia.

¹³ Gn. 1:3 y sigtes., 14 y sigtes.

llamar los pecados por su nombre. “¡Adelante, pues!”, nos dirán; “¡hacedlo, y ya veréis que todos los males caerán sobre vuestra cabeza!” Quizás sea así; pero no des lugar a la ansiedad sino prosigue en el camino de tu deber, impertérrito como un caballero bien armado. Si no fuéramos perros tan haraganes y voraces, Dios lograría grandes cosas por medio de nosotros. Los turcos son distintos; allí todo es persistencia y dedicación. Por esto, nuestro Señor permite que el enemigo tenga éxito en sus empresas. También el papa se muestra muy activo en la defensa de sus intereses. Sólo nosotros no nos movemos; todos queremos estar sentados sobre almohadones. Si temes las injurias de los hombres, eres un inservible y un pelele. Pero también tú que te jactas diciendo: “Yo ostento el poder y tengo las fuerzas para ejercerlo, y lo ejerceré de una manera tal que aprenderán a temerme” — precisamente tú eres en buena parte culpable del mal gobierno y de todos los demás males¹⁴. En todo caso, en mi cargo de predicador del evangelio debo guiarme por esta norma: así como fui puesto para señalar como culpables a los que en realidad lo son, así lo haré, aun cuando mi actuar disguste a la gente y despierte en muchos un rencor contra mi persona. Pensaré entonces: “¿Qué me importa tu disgusto o rencor? De todos modos, la tarea que emprendí, no la emprendí para cosechar tu aplauso”.

2. *La despreocupación a que hemos sido llamados los cristianos trae muchas bendiciones.*

A nosotros nos corresponde el trabajo y el padecimiento; Dios se hace cargo del cuidado.

Suceda lo que Dios quiera: nosotros por nuestra parte debemos dedicarnos a nuestro quehacer y padecer lo que padecer nos tocara, y echar nuestra ansiedad sobre el Señor. Y de la misma manera debemos comportarnos en la enfermedad y en la muerte, si es que somos cristianos. Así nos lo enseña San Pedro en su palabra que nos legó cual reliquia sagrada. Dios me concede la vida por el tiempo que a él le place; y la experiencia enseña que la conservación de mi vida hasta el día de hoy no se debió, por cierto, a mi propio cuidado y previsión. Por esto mismo Dios nos ha dado a su Hijo; en él, pues, deberé morir cuando llegue mi hora, y decir confiadamente a mi alma: “Vete en paz, alma mía”. De este modo, el Espíritu

¹⁴ Es decir: así como la debilidad en el ejercicio del poder es un grave error que desvía al gobernante del encargo recibido de Dios, así lo es también el abuso del poder que conduce a la violencia y al despotismo.

Santo quiere llenar de paz y consuelo, mediante las palabras de Pedro, los corazones de los cristianos, a fin de que hagan y sufran todo, también lo que les cueste hacer y sufrir, y no obstante conserven un corazón alegre que lo encomienda todo a Dios y le dice: "Yo hago lo que se me encargó. Si esto me acarrea persecuciones, las soportaré hasta donde me alcancen las fuerzas. Y si he de morir, encomiendo mi alma al Señor, para que el cuidado quede totalmente en manos de aquel que asumió la responsabilidad de velar por mí." Pero nosotros invertimos los papeles; nos desgarramos y consumimos con nuestros temores y ansiedades, y nos preguntamos: "¿Cómo puedo hacer esto, y cómo lograr aquello?" Y en esto nos detenemos tanto que al fin y al cabo no hacemos ni logramos nada. El Predicador dice: "Cumple con tu deber, y no te inquietes con vanas preocupaciones"¹⁵. Aunque estemos ansiosos por largo tiempo de que llueva o de que brille el sol, no por eso el tiempo cambiará. Mucho mejor será que ares la tierra y ruegues: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". Las eternas preocupaciones de los campesinos y de los nobles vienen directamente del diablo. Los cristianos hemos sido llamados a trabajar, y a sufrir. El que quiere desempeñar bien su oficio, tendrá que cargar también con diversos padecimientos. Hagamos pues estas dos cosas: trabajemos, y suframos; lo tercero, el preocuparse, encomendémoselo a Dios. El mundo hace lo contrario, y con esto se pone trabas a sí mismo: no quiere saber nada de padecimientos, y precisamente por eso se hunde más y más en sus preocupaciones. No puedes hacer cosa mejor que trabajar sin largas cavilaciones, y rogar que Dios bendiga la obra de tus manos. Y si después se os presentan adversidades, soportadlas con ánimo sereno. No por esto debes sentirte abandonado por Dios; sino que puedes decir con toda calma: "Oré, y encomendé las cosas al Señor; él ya lo llevará todo a feliz término".

Quien echa su ansiedad sobre Dios, puede vivir feliz y confiado.

Esta enseñanza la tenemos solamente los cristianos; el papa, los juristas y los turcos no la tienen. Los judíos *podrían* tenerla, si no blasfemasen contra Cristo. Pensemos siempre en esto: Dios es el Omnipotente que puede darnos todas las cosas; invoquémosle sin temor alguno como a nuestro Padre, y dejemos que él tenga cuidado de nosotros. Así es como a él le agrada. Y así es como podemos hacer para quedar libres de todas las preocupaciones. Él tiene hombros robustos, por eso

¹⁵ Ecl. cap. 11.

echad sobre él todas vuestras cargas. “Porque él tiene cuidado de vosotros.” ¡Cuán contentos nos pondríamos si esta seguridad de “cuidar de nosotros” nos la diera una persona con una inmensa fortuna; si nos la diera un hombre capaz de cuidar de nuestra vida y de nuestro sustento; si un príncipe pudiera hacer esto por nosotros! ¡Cuánto más debiéramos alegrarnos al oír predicar en este momento que esta seguridad nos la da Dios, el Veraz, el Omnipotente, tan veraz y omnipotente que tranquilamente podemos echar sobre él toda nuestra ansiedad! Si lo hiciéramos, viviríamos mitad en el paraíso. Si nos diéramos cuenta de que aquí se nos ofrece la liberación de todas las preocupaciones, nuestra vida sería verdaderamente feliz. ¡Cómo corríamos en otros tiempos a Roma y a otros lugares de peregrinación, anhelando poder librarnos de preocupaciones! Impulsado por este anhelo yo me hice monje, y si hubiera tenido que correr hasta los últimos confines de la tierra, de seguro que lo habría hecho. Y ahora Dios viene a nosotros sin que nos cueste un centavo. El Dios que te creó y que mantiene tu vida, él tiene cuidado de ti. Mientras tú mismo quieras tener cuidado de ti, habrá martirios más que suficientes. Pero cuando te dedicas a tu trabajo y soportas los males que se te presentan, Dios tiene cuidado de ti. Si las cosas no van como tú quisieras, no te inquietes: el Todopoderoso mismo tiene cuidado de ti. Si adoptáramos esta práctica, tendríamos medio reino celestial, medio paraíso sobre la tierra. ¡Imagínate lo precioso que es vivir tranquila y pacíficamente al amparo del Altísimo! Aun cuando el mundo esté lleno del mal francés¹⁶ o de la peste, el que se sabe cuidado por el Señor puede mantenerse con ánimo bueno y alegre. De dónde viene la peste¹⁷, no me interesa ni me importa; porque Dios es Señor también sobre ella. Para un hombre que lo encomienda todo a Dios, todos los males, aun los peores, se convertirían en un yugo suave. El que no lo hace, es incapaz para toda obra buena, incluso para el sufrimiento, y se torna más y más inservible — una verdadera vergüenza.

Quien se entrega a dudas y aprensiones se torna inservible.

Si deseas ver a Pedro —no su cráneo, sino su corazón— entonces escucha lo que te dice: “Echad vuestra ansiedad sobre Dios, no la llevéis a costas como una carga pesada.” Y este “echar sobre Dios” debes hacerlo sin pensar dubitativamente:

¹⁶ *Frantzosen* = mal francés, morbo gálico, o sea, la sífilis, flagelo que desde fines del siglo XV comenzó a difundirse en grande escala en Europa.

¹⁷ En la década de 1530, Wittenberg fue azotada varias veces por la peste.

“¡Quién sabe si Dios se acuerda de mí!” Pues esta duda te resta capacidad tanto para el trabajo como para el padecimiento. Tampoco es el caso que al echar vuestra ansiedad sobre Dios, la tiráis simplemente en un rincón, como opinan los que quieren saberlo todo mejor; tan fácil no es desprenderse de las ansiedades. Por esto, Pedro te dice: No dudes de que Dios te ordenó echar *sobre él* lo que te preocupa, y echar sobre él *todo cuanto puedas*. Cuanto más echas sobre él, tanto más le agrada. Si procedes de esta manera, lograrás en un solo año más que otros en cien. Un soberano que anda con temores, no cumple con su deber. En cambio, el hombre que dice: “A ti, Señor, encomiendo mi plan o mi trabajo; en tu nombre me arriesgaré a emprenderlo; si me da mal resultado, lo soportaré con ánimo sereno” — el tal hombre puede hacer mucho bien; porque la gran piedra, a saber, su incredulidad, su ansiedad y sus lúgubres pensamientos, ha sido removida. Esta piedra está colgada ahora en el cuello de nuestro Señor y Dios; allí está en lugar seguro. En verdad, una máxima excelente, áurea, que todos debiéramos grabarnos en la memoria: “Ten la certeza de que el Señor tiene cuidado de ti”. Satanás siembra la ansiedad en nuestro corazón; pero allí no es el lugar para ella, sino sobre las espaldas de nuestro Dios. Él nos dice: “Yo ya me ocuparé en velar por la marcha de tu trabajo, sea en tu casa o donde fuere”. Si los hombres no se atienen a esto, se les llena el corazón de tristeza y preocupaciones; y en consecuencia, se vuelven malhumorados y desganados, temerosos ante el más insignificante obstáculo, incapaces de sufrir reveses. Y lo tienen bien merecido por su terquedad con que invierten las cosas: los que ocupan un cargo de responsabilidad, no quieren echar sobre Dios sus ansiedades, por esto los asaltan mil temores. Si tuviéramos personas capacitadas para ejercer el gobierno y fieles en el desempeño de sus obligaciones, no habría por qué temer fracasos. Pero de los consejeros, nobles, jueces y pastores, ninguno quiere molestarse. Ciertamente, si por entregarte a vanas preocupaciones descuidas tus tareas de gobernante, tendrás que rendir cuentas de ello ante Dios. Tú, príncipe, llevas una corona; tú, obispo, un rosario; los hombres te tributan respeto, os rinden honores, os invisten de poder, os confieren cargos en el gobierno, etcétera. Vosotros en cambio no cumplís con vuestros deberes, sólo queréis hacer vuestro agosto, y no ensuciaros los zapatos. ¿No véis cuán necesario es ejercer un buen gobierno, aplicar castigos a los que no acatan las leyes, encaminar bien a la juventud? Si todo esto se hiciera por sí solo, no habría ninguna necesidad de implantar instituciones y poderes. Pero la voluntad de Dios es valerse de *tus* servicios para ejecutar *su* obra; a través de nuestra debilidad, él quiere manifes-

tar su majestad. En este sentido me aceptó a mí como predicador, a mí que no soy más que una mosca y una burbuja, a mí a quien él previamente creó de la nada. Y de la misma manera nos aceptó a todos, a pesar de que ante él no somos nada: hoy vivimos, mañana morimos. No obstante, Dios no enfrenta al diablo con su divina gloria y majestad como lo hará en el día postrero, sino que por ahora puede hacerlo también, y con éxito, mediante hombres que son pura debilidad e insensatez.

Hay que estar alerta, pues bajo la ansiedad se esconde el diablo con sus acechanzas.

Después de exhortarnos a echar nuestra ansiedad sobre Dios, Pedro nos habla del diablo (v. 8). Con esto te muestra claramente que el que provoca la ansiedad y causa todos los males, es el diablo. El diablo “anda alrededor como león rugiente”. No fuimos sentados sobre cojines para pasar una buena vida. Antes bien, nos vemos enfrentados con un terrible adversario, el diablo. Si sólouviésemos que luchar contra sangre y carne, la lucha sería fácil. Lo grave es que nuestro enemigo es el *diablo*. Este enemigo está lleno de maldad, y es un enemigo poderoso. No tiene la intención de pelear contra piedras y árboles — si bien a veces se dedica también a esto — sino que el blanco de su furor sois vosotros los cristianos. No es un adversario que pasa el tiempo roncando sobre blandos almohadones, sino que anda alrededor día y noche, sin descanso. Y esto lo hace no simplemente para ver lo que estáis haciendo, sino para buscar cómo devoraros. Por lo tanto, no os sintáis tan seguros como si el diablo estuviera allende los mares. Él está aquí, en nuestra ciudad, en nuestro hogar, en nuestra propia carne y sangre, y tenemos a la vista los males que causa, los actos de violencia, la envidia, por no hablar de atrocidades más grandes aún, como asesinatos, etc. Sabemos p. ej. que cerca de Eilenburg, una mujer, enceguecida y poseída por el diablo, mató a su propio esposo porque otro hombre la había seducido. Tales casos el diablo los origina a menudo. Estemos atentos, pues, a lo que nos dice Pedro. Tenemos un adversario que no sólo entorpece las funciones del gobierno eclesiástico y civil, sino que además induce a los hombres a cometer los más detestables crímenes. Sólo aquí, en la palabra de Dios, oímos la verdad en cuanto al diablo, sólo aquí se nos enseña a comprender cuáles son sus intenciones. Pero los hombres no prestan atención a la palabra de Dios, y así llegan a ser después una fácil presa del diablo. Si ya a nosotros, que oímos la palabra de Dios a diario, nos cuesta

tanto resistir al diablo, ¿cómo podrán defenderse de él los que actúan sin ningún conocimiento, fe y temor de Dios? Permanezcamos, pues, firmes en la palabra, y Dios tendrá cuidado de nosotros.

RECONOZCAMOS Y AGRADEZCAMOS CON GOZO LA PROVIDENCIA DIVINA

Sermón para el 12º Domingo después de Trinidad.
Fecha: 8 de septiembre de 1538.

Texto: Marcos 7:31-37. Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Y al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijesen a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar.

1. *La creación entera nos invita a dar las gracias al Creador. Al maravillarnos de los milagros pequeños, no nos olvidemos de los milagros mayores.*

El Evangelio de hoy nos habla del milagro que Jesús hizo en un hombre que era sordo y además tartamudo, dos plagas que, como se sabe, siempre aparecen juntas. Como todos los demás milagros que hizo Jesús, también éste tiene una finalidad claramente definida: el Señor quiere llevar al hombre a una fe genuina, y apartarlo de la incredulidad. Comparado con los milagros que Dios obra todos los días, el de la curación del sordomudo es de relativamente poca importancia. En efecto: a diario nacen niños que carecen no sólo de la capacidad de escuchar y hablar, sino incluso de un alma racional, y en el transcurso de un año se los provee de todo esto: alma y cuerpo, capacidad

de hablar y escuchar, etc. Por tratarse de un milagro tan común, ya no se le da importancia. No hay casi nadie en el mundo que le dé las gracias a Dios por el hecho de que su lengua, su oído y su vista estén en buen estado de funcionamiento. ¿Dónde están las personas que durante cincuenta años gozaron de una vista excelente, y que se lo hayan agradecido a Dios desde lo profundo del corazón? ¿Cuántos son los que se alegran de un milagro tan grande? Muchos se asombran del milagro de sanidad que Jesús hizo con el hombre aquel a quien le dio el oído y el habla. Pero de que ellos mismos tengan la facultad de oír y hablar — de esto no se asombran. Por medio de aquellos milagros menores, Cristo nos abre los ojos y el entendimiento para que podamos comprender sus milagros máximos; pues todo el mundo es sordo por cuanto no logra entender cuánto hay de verdaderamente milagroso en su derredor. Se dice que Pitágoras sostenía que los astros, al recorrer su órbita, producen un canto y una armonía tal que si uno tuviera órganos de percepción adecuados, escucharía una música de singular belleza¹. Si el hombre no fuera tan ciego, vería en la bóveda celeste prodigios tales que le harían morir de puro gozo. De este modo, la creación entera canta en mil lenguas la gloria del Creador, y todo hombre tiene dos ojos para ver y dos orejas para oír.

La lengua, los oídos y los ojos deben alabar los dones de Dios.

Por todos estos dones debiéramos dar gracias a Dios con alegría. Pero así como los hombres no oyen aquellos sonidos de los astros, tampoco ven estos milagros cotidianos. Es por ello que nuestro Señor a veces no le concede a un hombre el don de la vista o del habla, para que se vea qué tesoro más precioso es poder hablar y oír; y así nos quiere despertar y estimular a la gratitud. Pero es en vano; por tenerlos a mano todos los días, los dones de Dios nos dejan indiferentes. Lo mismo ya lo hace notar San Agustín². Todas las criaturas nos exhortan en alta voz a que estemos agradecidos a Dios y digamos: “Bien lo ha hecho todo”, como leemos en la parte final de nuestro Evangelio. Nosotros, en verdad, tenemos un oído más noble y más excelente, y también una capacidad de hablar mucho más desarrollada que aquel hombre, pues nosotros poseemos estos dones ya desde el seno de nuestra madre. Esto debiera movernos

¹ Pitágoras, filósofo y matemático griego del siglo VI a. de Cr., enseñaba que el movimiento de los cuerpos celestes produce sonidos admirablemente armoniosos (la “armonía de las esferas”) no perceptibles para el común de los mortales, pero sí para los “iniciados”.

² Agustín: véase Sermón 41, Nota 3.

a la gratitud, y a decir: "Gracias te doy, oh Dios, porque me has dado oídos tan agudos y una lengua tan ágil". Pero por desgracia, nosotros no somos tan agradecidos como lo fue aquella gente que dijo: "Bien lo ha hecho todo". Antes bien, somos "como el mulo, sin entendimiento" (Salmo 32:9). Por otra parte, ¡para injuriar a Dios, y para blasfemar de él, para esto nuestra lengua no es nada perezosa, ni lo es para difamar al prójimo y causarle daño, para maldecir a Dios y condenarnos a nosotros mismos! ¿O acaso recibiste tus oídos para que el oír la palabra de la verdad te produzca hastío, y en lugar de ello prefieras escuchar a quienes la desacreditan? No, amigo mío, para esto no se te han dado oídos y lengua, sino para alabar a Dios como lo hicieron las personas de que nos habla el Evangelio. No blasfemar, sino cantar al Señor y darle gracias con gozo: esto es lo que la lengua debe hacer. Y los oídos por su parte han de servir con alegría al prójimo y a Dios. Quien usase de esta manera los órganos que le han sido dados, el tal experimentaría la verdadera "alegría en Dios"³. Sin embargo, el diablo impide todo esto, más aún, lo convierte justamente en lo contrario, de modo que en vez de usar los oídos y la lengua para la alabanza y el agradecimiento, abusamos de ellos para blasfemar contra Dios, para causar daño a nuestro prójimo, y para acarreamos a nosotros mismos la condenación.

2. La ingratitud del mundo hace caer sobre éste el juicio de Dios. Haciendo oídos sordos ante la bondad de Dios, el mundo deshonra los dones divinos.

Es por esto que Cristo entona su "Efata", es decir: "¡Abre-te de una vez!" Si tuviéramos ojos para ver y oídos para oír, el trigo nos diría: "¡Regocíjate en el Señor, come, bebe, úsame para ti mismo y también para servir a tu prójimo! Yo te llenaré tus depósitos". Asimismo nos hablan las vacas cuando salen a los campos de pastoreo y luego vuelven al corral. Si yo no fuera sordo, las oíría decir: "Alegraos, porque nosotras os traemos manteca y queso; comed, bebed, y haced participar a los demás." También las gallinas con su cacarear nos exhortan: "¡Alegraos, que nosotras os proveeremos de huevos!" Y las aves cantan: "¡Alegraos, pronto tendremos pichoncitos!" Así también me alegro al oír el gruñido de los cerdos, que me hace pensar en la sabrosa carne y las salchichas que nos dan. Todas las criaturas de Dios hablan con nosotros. Por lo tanto, cada uno debiera pensar: "Disfrutaré lo que Dios me ha regalado, y lo compartiré también con otros; de todos modos, por darle algo a mi prójimo necesitado, no me moriré de hambre."

³ Comp. Is. 61:10; Hab. 3:18; Fil. 4:4.

Pero el maldito Satanás no lo permite; de otra manera, la gente oiría cómo Dios les habla a través de sus criaturas. En lugar de esto, todos piensan en cómo conseguir más y más. Y esta avaricia tiene la culpa de que los dones divinos estén criando mohó. Si pudiésemos vender a nuestro prójimo una mísera fanega de trigo a precio de oro, con mucho gusto lo haríamos. Así nos arruinamos a nosotros mismos la alegría con nuestro afán y nuestra avaricia, y deshonramos con ello a nuestro Dios, como si él no fuera capaz de darnos el sustento necesario. Los campesinos hacen como si estuvieran a punto de morir de hambre. El regocijo por los dones de Dios es cosa desconocida para ellos; en cambio, se deleitan en perjudicar a sus prójimos, al igual que aquella gente de Jerusalén ⁴ a la que todos maldecían, y con justa razón, por su desvergonzado e impaciente afán de “achicar la medida y subir el precio”. Lo mismo sucede hoy en día; no se piensa en otra cosa sino en causar daño a los demás, y en echar veneno y pestilencia sobre los dones de Dios.

Dios castiga al mundo privándolo de sus dones.

Con tal actitud, sin embargo, el mundo atrae sobre sí el juicio divino. La terrible peste porcina de estos días es una señal evidente de ello. Y no sería de extrañar en absoluto si nuestro Señor acabara con todo y no hiciera prosperar nada. Es únicamente su bondad insondable lo que le impide actuar en la forma como tu impío afán y tu avaricia lo merecerían. Si él te diera lo que mereces, ya verías a qué conduce la avaricia. En tiempos de Joram, cuando vivía Eliseo, hubo una época de hambre que duró siete años ⁵. Murieron innumerables personas, y no quedaron más que cinco caballos ⁶. Acabáronse entonces las oraciones de acción de gracias después de la comida. Madres hubo que devoraron a sus propios hijos ⁷. Si tal desastre nos sobreviniera a nosotros, ¿qué haríamos? No cabe duda: lo tendríamos bien merecido. No somos dignos de oír trinar a un pájaro o gruñir a un cerdo. Somos como los ídolos de los paganos, de los cuales dice el Salmo (114:5 y sigs.): “Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen”. Los que se comportan como desagradecidos y avaros, son semejantes a aquellos ídolos, es decir, tienen ojos, mas no ven los dones divinos; tienen orejas, mas no oyen lo que las criaturas de Dios les dicen. Éste y no otro es el caso de los habitantes de las ciudades y de los campesinos de hoy

⁴ Alusión a Am. 8:5 (donde, sin embargo, se describe la situación imperante no en Jerusalén, sino en el reino norteño de Israel).

⁵ 2 R. 8:1; véase también 2 R. 4:38; 6:25.

⁶ 2 R. 7:13.

⁷ 2 R. 6:29.

día. No sirven a Dios, ni tampoco se sirven unos a otros, sino que sirven al oro, a la plata y al trigo que poseen. Pero estos ídolos, obra de manos de hombres, no oyen ni ven; el dios de ellos es, por lo tanto, un dios muerto. Si no existiera el Dios viviente que año tras año los colma de bienes, toda esa gente perecería. En pocas palabras: así como son ciegos sus bienes, así son ciegos también ellos mismos, ya que a pesar de tener orejas, no oyen lo que Dios les dice mediante sus criaturas. Si Dios proveyó ovejas que nos surten de lana, carne, queso, etc., y que nos anuncian en su nombre: “El año próximo haré otro tanto”, no se abre una sola boca para darle las gracias, y no se extiende una sola mano para compartir con el prójimo los bienes recibidos. Y esto es precisamente el objetivo que quiere alcanzar el Evangelio del domingo de hoy: lograr que el ejemplo de aquel único hombre, curado por Cristo de su sordomudez, nos estimule a todos nosotros a convertirnos en hombres prontos para oír y para hablar. Mas por desgracia, no estamos dispuestos a oír, aun cuando el mundo entero y las criaturas todas nos llenan los oídos con su testimonio, y Dios mismo nos promete tener cuidado de nosotros. Pero el día que ocurra lo que con gran temor estamos vislumbrando, ¡piensa que lo tienes bien merecido!

3. *Los hijos agradecidos de Dios son sustentados por su divina misericordia.*

Al que tiene oídos abiertos, Dios le ampara en las angustias.

Lo que el impío teme, esto también le acontece. El justo en cambio no padecerá necesidad, pues en tiempos de hambre le sucederá como sucedió en los días de Elías: en aquel entonces, la gente también estaba llena de avaricia, adoraba a sus falsos dioses, y su máximo afán era juntar dinero, cuanto más, mejor; temían que si no lo hacían, se morirían de hambre. Y lo que temían, esto justamente les pasó: todo murió y se perdió⁸. A sus profetas empero, Dios los sustentó por medio de Abdías⁹. Y antes de permitir que Elías pereciera, Dios proveyó un cuervo para que le trajera alimentos¹⁰. Y una vez que el cuervo hubo cumplido con su misión, Elías llegó a la casa de la viuda de Sarepta¹¹ que de ahí en más se encargaría de mantenerlo. “Vete”, le dice el profeta a la mujer, “prepara-me algún bocado, que tengo hambre”. “¿Qué quiere que le prepare, buen

⁸ 1 R. 17:1; 18:5.

⁹ 1 R. 18:4.

¹⁰ 1 R. 17:2 y sigtes.

¹¹ 1 R. 17:8 y sigtes.

señor?" le replica la mujer, "no tengo pan cocido en casa; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija". Mas Elías insiste: "Haz lo que te pedí; pues el Señor me dijo: Vete a Sarepta, allí hay una viuda a la cual le he dado orden de que te sustente". La viuda fue, y he aquí, sus pobres recursos fueron bendecidos de tal manera que el puñado de harina y el resto de aceite alcanzaron para mucho más de lo que ella podía haberse imaginado. Ahí se vio que la promesa de Dios de que "los justos no perecerán" se cumple sin falta¹². Pero también se cumple lo que temen los injustos, a saber, que su pan se convierta en piedras y su agua en guijarros. Por otra parte, para el presente año se habían pronosticado diversas calamidades, y sin embargo resultó un año nada malo. Tú pues piensa de esta manera: "No quiero mostrarme avaro con mi prójimo ni quiero tener miedo de posibles carestías. El año que viene, Dios volverá a pasar por acá y ayudará a dar a la ciudad el alimento necesario. Por eso compartiré con mi prójimo lo que tengo; ¿acaso no lo he recibido como don de Dios?" ¡Qué alegría sería esto para Dios: alabanza y gratitud elevadas a él, ayuda llevada al prójimo! Pero ¿dónde ocurre esto? En nuestro Evangelio, no obstante, se nos predica en alta voz para que lo oigamos todos: "Las ovejas, las vacas, los árboles en flor os dicen: 'Efata'." No en vano fue pronunciada esta palabra; incluso el evangelista la puso aquí en idioma hebreo, para que la consideremos una palabra digna de ser tenida en cuenta, y de gran importancia. Su significado es: ¡Todas las criaturas te hacen llegar sus voces; por tanto, abre tus oídos! Y en efecto: siempre hay algunos que escuchan este llamado, como aquel sordomudo al que le fueron abiertos los oídos.

Quien tiene oídos para oír, gime juntamente con Cristo por la ingratitude del mundo.

Nuestro texto añade que Cristo "gimió". Hay quienes dicen que este gemido se debió a que Cristo preveía que el hombre sanado no tardaría en usar su lengua para pecar. No es por esto que el Señor gime, sino porque ve que el diablo tomó posesión tan completa de los hombres que ya nadie es capaz de oír y de dar gracias a Dios. Igualmente, a toda persona piadosa le duele que el mundo sea tan ciego, que todos le vuelvan las espaldas a Dios, le desprecien y deshonren, y que uno engañe al otro. Le duele, y lo considera una verdadera calamidad y martirio, tener que ver y oír cómo las ovejas tienen año tras año sus corderitos, cómo el campo produce año tras año su

¹² Comp. Pr. 10:3; 12:21; Sal. 37:17, 25 y otros.

fruto, cómo Dios hace ver a los hombres su despensa y su cocina repletas con que diariamente alimenta al mundo entero — y no obstante, nadie tiene una mirada, una palabra de agradecimiento para el cocinero y despensero. ¡Y eso que todos podríais regocijaros, libres de preocupaciones; sólo tendríais que *ver* lo que Dios os ofrece, y aceptarlo! Sin embargo, tenemos ojos, mas no vemos; orejas tenemos, mas no oímos. Es a causa de nosotros, pues, que el Señor prorrumpe en gemidos. *No-sotros* somos los que motivamos su gemir, por cuanto por obra de Satanás nos mostramos tan enceguecidos, malhumorados y enmudecidos. Y ¿cuál es el resultado? En lugar de la alabanza que le corresponde, Dios tiene que cosechar ingratitud, desprecio y blasfemias de parte de sus servidores. ¡Y luego nos llenamos de impaciencia cuando los que debieran vendernos el cereal, lo retienen¹³! ¿No veis que Dios castiga así la avidez del uno con la avidez del otro? Con tu codicia te amargas además tu propia vida. Aun cuando la cosecha fracasara tres, cuatro, cinco años seguidos, debiéramos pensar: no hemos merecido otra cosa.

Resumen final

Dios quiere abrirnos a todos los oídos. Ésta es, pues, la finalidad primordial del milagro, en sí pequeño, hecho en el hombre sordomudo: que sea divulgado ante todo aquel milagro grande de que todos los hombres reciben lenguas para agradecer al Señor, y oídos para escuchar su palabra. ¡Enmiédese, por lo tanto, quien enmendarse quiera! Y tenlo por seguro: ¡lo que tratas de obtener mediante la avaricia, no lo obtendrás! Tú empero, que tienes la facultad de ver, quédate con tu alegría, y déjale al mundo su dolor¹⁴. Tú siempre recibirás lo suficiente.

¹³ Para obtener más tarde mejores precios.

¹⁴ Si el mundo no quiere cambiar de actitud y llegar a la alegría, hay que dejarlo que sufra las tristes consecuencias.

EL USO RESPONSABLE DE LOS BIENES MATERIALES

Sermón dado ante la corte del Elector Juan Federico de Sajonia.¹

Fecha: Jueves 5 de septiembre de 1532.

Texto: Lucas 16:1-9. Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. Entonces le llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Él le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta. Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.

¹ La presencia en Wittenberg del Elector Juan Federico, sucesor de su padre Juan (fallecido el 16 de agosto de 1532) fue motivo para que Lutero iniciara una serie de sermones en que trató los caps. 15 y 16 del Evangelio según San Lucas. Los 5 sermones (23 y 24 de agosto, 4, 5 y 6 de septiembre) los dio en la iglesia palatina de Wittenberg.

Introducción: Cristo nos exhorta a hacer buen uso de nuestros bienes.

Presentemos a nuestro buen Dios un sacrificio en señal de alabanza y gratitud, escuchando su santa palabra, y luego vi- viendo también santamente conforme a ella, con las fuerzas que el Señor nos da. Oímos ayer² que Cristo mostró a sus oyentes al mayordomo infiel como un ejemplo para que imi- temos su prudencia. Muy bien lo dispuso todo para escapar del hambre y de las penurias. Y aunque las medidas que tomó resultaron en perjuicio de su amo, sin embargo logró ganarse la aprobación de éste, y con esto su futuro quedó asegurado. Así haced también vosotros, a saber: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas”. Aquel mayordomo, dice Cristo, al ver que se acercaban para él tiempos difíciles, tiempos de pobreza y miseria y hasta de hambre, se las arregló para ganar amigos con los bienes de su amo, robándole y engañándolo, para que tuviese dónde parar. Haced vosotros lo mismo: ganad amigos con vuestros bienes, para que cuando éstos falten, os reciban en el cielo.

1. *El mayordomo se hace culpable por usar incorrectamente los bienes de su amo.*

El excesivo amor a lo material es ingratitud hacia Dios.

Al comparar los bienes nuestros con los bienes mal habi- dos del mayordomo, diciendo con palabras expresas que son “riquezas injustas”, Cristo nos imparte una lección muy dura. Nos trata como si todos fuésemos malos mayordomos y como si usáramos sus bienes en perjuicio de él; de sus palabras podría desprenderse que cuanto más uso hacemos de sus bie- nes, tanto más empeoramos. ¡Sin embargo, yo creía que los bienes que Dios nos da en la casa y en el campo, los poseíamos con su beneplácito y honradamente! ¿Cómo se puede decir que mi quinta, mi campo, mi casa, mi palacio, mi ducado y mi reino es un Mamón³ robado, hurtado, injusto? Si fuera así, ya nadie podría atreverse a comer un bocado de pan; siempre tendría que pensar: “Soy un ladrón, soy un ladrón”. Hay una buena explicación de este problema: el Mamón se llama “in-

² El 4 de septiembre, Lutero había predicado sobre el mismo texto, ante el mismo auditorio.

³ Palabra de origen arameo que figura en el texto original griego de Mt. 6:24 y Lc. 16:9, 11-13 (*mam(m)onás*, Vulg. *mamma*) y que Lu- tero adoptó también en su versión alemana de la Biblia por “riquezas”. Aun la Vers. Reina-Valera, Revisión 1960, trae “Mamón” como nota al pie de la página tanto en Mt. 6 como en Lc. 16.

justo" no porque fue adquirido con medios ilícitos, sino porque se lo pone al servicio de la injusticia. Como explicación se puede aceptar. Lo que pasa es que no se quiere ir al fondo de la cuestión. Así es que en el mundo gobierna la avaricia, y el Mamón es el dios que todos adoran. Lo tenemos a la vista, y sin embargo, no debiera ser así. Pablo dice en Romanos 8 (v. 20) que la creación fue sujeta a la vanidad o al abuso; y en verdad, el abuso que se hace de las riquezas es una completa vanidad, ya que nuestro Señor Jesucristo mismo, hablando del alto valor que tienen nuestros cinco sentidos y nuestro cuerpo, pone todo el oro y la plata a la altura de trastos viejos ⁴. Pero ¿qué ocurre? ¡cuanto más dinero logra juntar un hombre, tanto más se le respeta, y el que blasfema del Dios altísimo, es el que mejor lo pasa! Sin embargo, ese dinero no lo junta para socorrer a las necesidades de su prójimo, sino exclusivamente para su uso personal. Y precisamente de ese mal uso se los quiere apartar a los hombres, y se los quiere inducir a que usen sus bienes en forma acorde con la voluntad de Dios. Ésta es también la opinión de Cristo al contarnos la parábola del mayordomo infiel: llama "injusto" al Mamón, o sea, a nuestras riquezas, para humillarnos a nosotros y a todos cuantos quieran aceptar su palabra. Pero la gran mayoría no la acepta. Ante esa mayoría bastará con que puedas aducir en favor tuyo: "Mis bienes y mi dinero los he adquirido en forma honrada y lícita, no tengo nada que ocultar ante nadie". Ante Dios empero no puedes jactarte de la adquisición honrada ni de un solo centavo. Puede que seas un poco mejor que aquel mayordomo del que nuestro texto dice que había robado. Pero si analizamos las cosas a fondo, todos somos hombres que han sido concebidos en pecados y que viven en pecados; no somos dignos de que nos lleve la tierra, ni de un bocado de pan ni de un sorbo de agua. Pues si Dios quisiera proceder con pleno rigor, tendría que decirnos: "Yo te di alma y cuerpo, ojos y oídos, mujer e hijos, y una bolsa llena de oro; ¿y qué hiciste tú por mí, de qué manera me lo agradeciste?" Si Dios nos hablara en tales términos, nuestra conciencia quedaría tan aterrada que desearíamos no haber comido jamás un bocado de pan ni haber mamado la leche materna. Y mucho más aterrados aún quedarán los que han cometido abierto abuso y se han negado a ayudar a su prójimo con los bienes que Dios les dio.

⁴ Comp. Mt. 6:25.

Dejar padecer necesidad al prójimo también es una forma de ingratitud.

Nada diré por el momento de los que adquirieron su fortuna mediante el robo. Quiero hablar primeramente de los que suelen recalcar: "Lo que tengo es mío. Mi trigo y mi dinero, mi leche, queso y manteca, todo lo adquiriré honradamente. Trata tú de adquirir lo tuyo en la misma forma". Ante el mundo podrán tener razón, en contraste con los que para hacerse de dinero recurren al robo, al hurto y a la usura. A ellos precisamente quiero referirme, a los que adquirieron lo suyo con medios lícitos y honrados, aprobados por Dios, pero que no dan ni prestan nada a nadie, pensando que todo es para ellos solos. Esto es *a los ojos de Dios* una ruindad. A tales personas, Dios les dice: "Yo te di estos bienes, y tú no das nada a tu prójimo. ¿No debías haber ayudado a éste y a aquel otro que padece necesidad? ¿No sabes que todo lo que tienes es mío? Yo te di un cuerpo y una mente sanos para que ayudaras con ellos a tus semejantes. Tú empero no usaste mis dones para servir a tu prójimo, sino que los dejaste tirados en un rincón. ¿O cuándo me diste las gracias, cuándo te alegraste de que yo soy tu Dios que te ha dado todo lo que tienes?" Dios no necesita nuestros bienes materiales, pero lo que sí necesita es que reconozcamos: "Todo es tuyo; tú nos lo diste"; porque su divina voluntad es que en nuestro corazón habiten la reverencia y la humildad, y más amor a él que a los bienes materiales. Mas ¿dónde están los hombres con un corazón tal? Por esto, nadie puede responder a Dios a *una* cosa entre mil (Job 9:3), ni siquiera en lo que se refiere al servicio que debemos prestar a los hombres; del servicio a Dios ni hablemos. Tanta debiera ser mi piedad, que día y noche debiera alegrarme de que Dios me dio un cuerpo sano, el pan de cada día y todas las demás cosas. Pero esto no lo hace nadie; y si por acaso lo hacemos alguna vez en espíritu, seguramente no lo hacemos en la carne. Otra finalidad para la cual Dios me dio mis bienes es que yo parta mi pan con el hambriento (Isaías: 58:7). Entonces el Mamón ya no sería injusto sino justo, y yo sería un buen mayordomo y administraría los bienes del Señor en forma correcta. Pero lo que sucede es precisamente lo contrario. Por esto, el Mamón es injusto.

2. La longanimidad del amo para con el mayordomo: Dios está dispuesto a perdonarnos nuestra ingratitud.

El abuso más grosero lo cometen aquellos que roban descaradamente. Nosotros también cometemos abuso, pero de una manera sutil: no reconocemos que todo viene de Dios, y no

le damos las gracias por ello. Por esto dice Cristo: El Mamón es injusto y seguirá siéndolo. Es Cristo el que dio al Mamón el nombre de "injusto", y no seré yo el que se lo quite. Pero no por esto el Señor quiere rechazarnos; de ahí su exhortación: "Ganad amigos por medio del Mamón injusto, para que os reciban en las moradas eternas". Cristo ubica las cosas en un nivel más bajo, más accesible para nosotros: no habla del amor a su propia persona, sino del amor al prójimo, como si quisiera decir: "Allí, ante vuestros propios ojos, tenéis a vuestro prójimo; éste os puede ayudar a entrar en las moradas eternas. Verdad es que todos vosotros sois unos malvados. Analizándolo con exactitud, os encuentro a todos vosotros como el amo aquel a su mayordomo. Pero os alabaré si hacéis como ese estafador." Había una mentalidad noble en aquel amo, que le hizo pensar: "¡No importa!" Con igual nobleza piensa también el Señor vuestro: "El daño, por cierto, es mío; me han quedado debiendo el honor que me corresponde, me han quedado debiendo también las gracias. Debo mencionar además que omitiste servir a tu prójimo. Todos mis bienes han sido despilfarrados. Pero sé de una reserva con que puedes ganar amigos; cuando hayas muerto, te crearé otros bienes y te daré otro trigo⁵. Por lo tanto, procurad evitar a tiempo vuestra ruina, mediante un sincero y activo amor al prójimo."

Saquemos pues las consecuencias adecuadas de lo que nos dice el Señor, y refugiémonos en el Perdón de los Pecados que confesamos en nuestro Credo. Mediante su parábola, Cristo nos hace saber: "Mi sincero propósito es perdonaros vuestra maldad, y pensar: Es una lástima, pero los hombres son así. Y bien: reconoced al menos que 'sois así', que sois mayordomos infieles, y que habéis contraído una deuda enorme. ¡Cuidado con el día de rendición de cuentas, u os quitaré de la mayordomía como lo hizo aquel amo. Por consiguiente, en lo sucesivo haced uso correcto de vuestros bienes, y desprendeos de todo lo que os da en mis ojos la imagen de malvados. Luchad contra vosotros mismos; porque mientras viva el viejo Adán con sus inclinaciones egoístas, vuestra gratitud nunca alcanzará un grado satisfactorio. Siempre figuraréis en mi lista de deudores. Acordaos por lo tanto de que vuestro trigo es trigo robado, y compartidlo con vuestro prójimo. Entonces 'os recibirán en las moradas eternas'."

⁵ Comp. Lc. 16:7-9.

Dios exige empero que estemos dispuestos a servir al prójimo.

La lección que Cristo nos da, difiere mucho de la que aprendemos de los libros de jurisprudencia o de los dictados de la razón. Lo que expone Cristo es el juicio del evangelio. Un hombre rico jamás se considera a sí mismo un ladrón. Si es prudente y sagaz, sano y fuerte, su opinión es que no debe nada a nadie por ello. Y si alguien posee conocimientos o destreza especiales en cierto ramo, ya se cree todo un señor. Ante Dios, esto no es justo, aunque ante los hombres parezca serlo; ¿o fue acaso tu prójimo el que te creó, te dio los ojos y oídos y todo lo demás? Nada, absolutamente nada te dio. Por eso, ante mí, que también soy hombre, bien puedes mostrar altivez y desprecio, y yo tengo que callarme la boca. Pero ¡ten cuidado! el que está allá arriba, algún día te dirá: “Y bien, noble caballero: yo te di tus manos y tu trabajo. ¿Para qué fin te los di? ¿Acaso para que trates con desdén al que padece necesidad y no tiene con qué cubrirla? ¡Aprende del mayordomo infiel a obrar sagazmente! Él te dice otra cosa.” En igual insensatez incurriría yo si, habiendo aprendido a predicar, me hiciera el terco y pensara: ¿Acaso yo tengo que darte un sermón cada vez que se te ocurra pedirme uno? Así yo también podría hacer alarde del don mío, como lo haces tú del tuyo. Mas si Dios me llama a dar cuenta de mi mayordomía, me dirá: “¿No te di yo tu inteligencia para que sea de utilidad a los demás? ¿Crees que eres obispo⁶ sólo para cobrar intereses, arrellenarte en tu sillón y roncar? No. Como arma contra los sectarios te la di, para que estés alerta y veles sobre mi grey.” Sólo un ‘diablo’⁷ podría responder: “No me siento aludido”. ¡Pero a ese que se lo lleve el diablo! Ésta y no otra es la suerte que tendrán que correr los hijos de este siglo. Nosotros en cambio, los hijos de luz, tenemos que consolarnos con que el Señor es un Señor clemente y misericordioso, noble y bueno, que no descarga su ira sobre el mayordomo infiel por el daño y perjuicio que éste le ocasionó abusando de sus bienes, sino que nos cubre con su grande y amplio manto que se llama “perdón de los pecados”. Este perdón, así lo quiere Dios, ha de ser la fuerte bóveda que nos protege contra su espantoso juicio, contra su ira y contra la deuda que hemos contraído con nuestras muchas faltas. Si yo no tengo conocimiento de que Dios quiere perdonarme mis pecados, tendré que ir a lo más profundo del infier-

⁶ “Obispo” en el sentido del griego *episkopos*, supervisor, comp. 1 Ti. cap. 3.

⁷ Diablo del griego *diábolos*, “acusador, calumniador”; aquí con el significado de seductor, que en lugar de velar por la sana doctrina, permite y hace que la grey se descarrie.

no con mi horrible saldo deudor. Dios es un excelente matemático; todos mis pecados los tiene bien contados. Por esto, lo primero debe ser que yo me deslice bajo su gran manto; de otra manera no podré soportar que al abrir mi cuenta, el Señor me diga: “En el cielo no puedes entrar, porque hasta ahora has malgastado tus bienes y has abusado de ellos del modo más irresponsable”. Y lo segundo que debo hacer es decirle: “De aquí en adelante confiaré sólo en ti, y serviré a mi prójimo con mi dinero, mis dones y mis bienes y con todo lo que tengo, para que así pueda entrar en las moradas eternas, y para que los amigos que gané por medio de las riquezas injustas me presenten ante tu trono porque hice algo en favor de ellos”. Ahora, cada uno ponga la mano sobre su corazón y vea en qué situación se halla.

3. *La seria exigencia dirigida a la fidelidad del mayordomo. El que desprecia el mandamiento de Dios, se acarrea el juicio divino.*

Veo que el evangelio lo explica todo muy claramente. Pero los hombres se sienten tan seguros que no le dan la menor importancia. Siendo así las cosas, preferiría ni siquiera mencionar el ‘dar’, y darme por satisfecho con que la gente de hoy día por lo menos se abstuviera de estafar, defraudar y cobrar intereses excesivos. Antes se “daba” a manos llenas, y se “ayudaba” con generosidad, cuando los beneficiarios eran las iglesias y los conventos. Hoy en cambio todos fingen ser pobres que no pueden dar ni ayudar a nadie. Por esto se cumplirá en nosotros el dicho: “Después del calor, la tormenta”, quiere decir, vendrán incendios, derramamiento de sangre y pestilencias. Más de uno se lamenta: “¡Estamos pasando tiempos tan malos! Antes, bajo el papado, no había tanta hambre ni tanta peste como ahora.” Yo digo: ya bajo el papado habríamos merecido rayos y truenos. Y ahora que gozamos de la libre predicación del evangelio, somos peores que entonces. Claro, a mí también me gustaría que el cielo hiciera llover bendiciones sin cesar, que no me tocara mal alguno, y que Dios me permitiera hacer lo que me da la gana. Pero no puede ser que Dios conceda a los hombres diez, treinta o cincuenta años de tranquilidad durante los cuales los deja vivir en paz y los colma de bienes — y esos hombres no saben hacer otra cosa que amontonar dinero con cualquier medio lícito o ilícito. Es inevitable por lo tanto que vengan tiempos de carestía y de guerra, que caiga sobre la humanidad una desgracia tras otra, y al fin el fuego del infierno: porque tú nunca pensabas sino en entregarte al ocio y disfrutar de tu fortuna despreocupadamente y sin una palabra de agradecimiento; nunca se te ocurrió recono-

cer los dones de Dios o usarlos en la forma debida; más aún, querías arrebatarlo todo para ti mismo, y creías poder convertir a Dios en tu ídolo⁸. Si todavía no tienes la peste encima, y yo tuviera el poder de mandártela, créeme que te la mandaría, o si no la peste, unos cuantos soldados para que te desplumen. Esto es lo que mereces si durante treinta años quieres gozar de tus bienes a tu libre antojo y usarlos sin pensar un momento en Dios y en tu prójimo. Por consiguiente: en días de peste y carestía como los actuales, dí: “Debo darle las gracias a Dios; lo que me pasa, lo tengo bien merecido. ¿Por qué no llevé una vida más piadosa cuando reinaban tiempos de paz?” Pero en lugar de reconocer que ellos mismos tienen la culpa, dicen ahora: la culpa la tiene el evangelio. El evangelio es para la gente de hoy el ‘diablo’, el autor de todo lo malo. Y así, nuestro Señor para colmo tiene que aguantar críticas y reproches por haber enviado el evangelio, y porque tú fuiste durante toda tu vida un hombre impío, egoísta y desagradecido. Ni bien Dios te hace sentir un poco su vara, te pones a gritar: “¡La culpa la tiene el evangelio!” Sí, por eso te hará gritar también: “¡Ay, cómo aumenta la carestía, cuántos estragos causa la peste!” Y no te escuchará. Soportará impasible tus lamentos. Envió un azote tras otro, y dirá: “Antes eras tú el que se hacía el sordo; ahora yo tampoco quiero oír.” Tú te pusiste testarudo, ahora se pone testarudo él. “Yo llamé, y no quisisteis oír; extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi represión no quisisteis. También yo me reiré de vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis”, leemos en Proverbios 1 (v. 24-26). Y así lo hará. Aceptad pues con resignación lo inevitable; y especialmente el pueblo que no muestra interés alguno en el evangelio y hace como si fuera inocente, arrepíentase y diga: “Sometémonos sin protesta bajo la mano de Dios; lo que él nos da es lo que hemos merecido.” Dios es justo; a él sea toda la alabanza. Cuando se produzcan derramamientos de sangre, hambre, peste y otras plagas, es porque ha llegado el momento para ello. “Tiene que llegar el día”, dice el Señor, “en que hagamos cuentas, por cuanto no queréis servirme ni darme las gracias”. Corresponde, pues, que aceptemos el juicio de Dios cuando venga y cómo venga. Cuanto más tiempo transcurra, más caro te saldrá. Por tus murmuraciones y blasfemias, Dios no demorará demasiado; al contrario. Y en vano darás coces contra el aguijón.

⁸ Convertimos a Dios en ídolo cuando esperamos que satisfaga todos nuestros deseos y cumpla en todo nuestra voluntad.

Dios quiere que demos a nuestro prójimo los intereses que nos producen los bienes que Él nos dio.

Esto es lo que el Señor quiere decirnos con las palabras: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas." "Todos estáis en deudas conmigo, tanto por vuestra falta de agradecimiento como por vuestra falta de amor. Todos sois mayordomos infieles, aun cuando os esforzáis en vivir cristianamente. Pero no quiero pedir cuentas con demasiada exactitud; antes bien, arrancaré de mis libros las hojas en que figura lo que me debéis. Cubriré vuestros pecados con la tapa de mi gracia⁹ y los perdonaré, siempre que en lo sucesivo me sirváis con vuestros bienes, de modo que perseveréis en el reconocimiento de mi bondad, en el agradecimiento por la misma, y en el amor hacia el prójimo." ¿Qué mejor cosa puede hacer Dios que destruir su lista de deudores, romper su tarjeta¹⁰ y prometeros plena gracia y misericordia, con tal que de ahora en adelante hagáis lo que es vuestro deber? Quien cree no poder aceptar esta promesa, proponga algo mejor. He aquí, pues, la lección contenida en este Evangelio: debemos aprender la sagacidad de aquel mayordomo infiel, y proceder como él: hacer que se nos encuentre ocupados en servir al prójimo. Y aunque este servicio todavía no sea todo lo puro y perfecto que debiera ser, sea perfecto al menos en el sentido de que elevemos el rostro hacia Dios como quienes harían con gusto el bien. Cada cual haga en su propio oficio y vocación lo que debe hacer, y no vuelva las espaldas a su prójimo diciendo: "Mi dinero es mío, no debo nada a nadie". Puede ser que en efecto, no debas nada a nadie; sin embargo, tus bienes en realidad no son tuyos, sino del que habita en los cielos y que te coloca frente a tus narices a tu prójimo que está en la miseria. Y te dice: "De lo que te di, pido intereses; ¡dáselos a tu prójimo!" Él no te quita lo que tienes; te lo deja. Pero quiere mantener su carácter de propietario; pues los intereses no se pagan para *enriquecer* al amo, sino como testimonio de que él es el propietario, para que los campesinos arrendatarios no puedan decir: "el campo es propiedad mía". Dios sólo quiere los intereses que le corresponden, y te envía con ellos a las personas que él considera pobres. ¿Y tú qué quieres? ¿Quedarte con el campo que en realidad es campo arrendado, y por añadidura negarte a pagar el interés, como ocurre entre campesinos y nobles? Vendrá el día en que los bienes te serán quitados, y en que irás a parar con cuerpo y vida al abismo del infierno; y

⁹ Expresión con que Lutero alude al "propiciatorio" o tapa que cubría el arca del testimonio; respecto de su significado, etc., véase Ex. cap. 25; Lv. cap. 16; Ro. 3:25.

¹⁰ Caña o palo donde se va marcando, haciendo muescas, lo que se compra fiado.

los que entonces tendrían que ser tus amigos, serán tus adversarios y acusadores. Todo esto es una verdad predicada ya muchas veces, pero siempre hay que tratarla de nuevo.

4. *La fe como fuente de poder para una mayordomía adecuada. El problema de "fe y obras" no es para preguntones ociosos.*

Queda por resolver una cuestión: ¿Por qué el Señor asigna aquí a las obras que hacemos en nuestra vida terrenal una importancia tan grande, de modo que nuestras obras y el Mamón injusto, según Cristo, lograrán que por causa de ellos, los mendigos nos harán entrar en el cielo? ¡Triste cielo ha de ser aquel al que me facilitan la entrada brazos tales como los de los míseros a quienes en esta tierra les puedo ayudar con mis "riquezas injustas"! Y eso que ni ellos mismos están ya en el cielo; pues Cristo habla de personas que aún viven, no de los que han fallecido ya. A Pedro y a Pablo no los menciona para nada. Esto suena como si pudiéramos ganarnos el cielo con nuestras propias obras, incluso con obras que ni siquiera son buenas, ya que Cristo habla de las riquezas *injustas*. ¿Dónde queda aquí Cristo y su mensaje de que somos salvados de pura misericordia? ¿Qué vale, al fin y al cabo: la fe, o las obras? Esta cuestión no la quiero resolver ahora. Quien quiera una respuesta para usarla en contra de los que enseñan doctrina falsa, la hallará en los libros ¹¹. Los otros, que sólo quieren discutir y mostrar lo mucho que saben, no necesitan respuesta; a éstos hay que decirles: Primero comenzad a hacer buenas obras; después, cuando sepáis algo al respecto por experiencia propia, volveremos a hablar. Pero tú no quieres más que pasar por erudito y hacer interesantes comparaciones de textos bíblicos, cuando en realidad eres un idiota que no sería capaz de dar un centavo a Dios ni a los ángeles ni a su prójimo; por esto no seguiremos comentando el asunto contigo, sino que a gente como tú les señalaremos aquel dicho del Salmo 50 ¹². Oíste que se deben hacer buenas obras; pues bien, comienza a hacerlas, y luego pregunta si *ellas* te ayudan para algo, o si solamente la fe te ayuda. Los que en verdad hacen tales obras, no pueden hacerlas sin antes tener fe; ellos entienden esta pregunta. Mas aquellos que no la entienden ni la toman a pechos, son como los papistas que predicán y escriben extensamente acerca de las buenas obras, y sin embargo no saben de ellas más

¹¹ Comp. los libros del propio Lutero, p. ej. *Las Buenas Obras* (1520) en: *Obras de Lutero*, Ed. Paidós, Bs. As., tomo II, pág. 23 y sigtes.

¹² El dicho en sí no se menciona en el sermón. Quizás Lutero se refiera a los vv. 16 y 17: "Pero al malo dijo Dios: ¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca? Pues tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras."

que el ciego de los colores. ¿Qué sentido tendría entonces que yo le diera un largo sermón acerca de la fe, la gracia y las obras a una persona tal, si no lo entiende o no lo quiere entender? Por esto, simplemente le digo: “Ve, y haz tú lo mismo”, como dijo Cristo a aquel intérprete de la ley (Lucas 10:37). Estos necios quieren tener un conocimiento perfecto de esa ciencia de las buenas obras, y sin embargo no han hecho ninguna; por esto su conocimiento es nulo. Y aunque te mates estudiando, no sabrás nada, y no llegarás más lejos que los papistas que de buenas obras saben tanto como el ciego de los colores. Hablan y hablan, pero no son capaces de aplicar su conocimiento en la práctica; porque a todos les pasa lo mismo: cuando el asunto va en serio, y cuando viene el diablo y los ataca con textos bíblicos en cuanto a buenas obras, se les acaba la sabiduría extraída de los libros. Si no tienes las Escrituras Sagradas en tu corazón, y al menos un poco de experiencia propia, los demás libros no te servirán de nada. Te pasará como al monje Tomás: cuando ya no sabía qué decir, tomaba en su mano un libro y declaraba: creo lo que dice este libro. Había llenado el mundo de libros; si hubiera tenido en su corazón el libro de Dios, habría sido mucho mejor. Esto lo digo de otros; ¿y no soy yo también un doctor ¹³? Sí, pero yo sé de qué es capaz el diablo cuando entra en discusión con uno. Puede extinguir completamente la confianza en Cristo, y luego hacernos naufragar con nuestras buenas obras. En cambio aquella gente tan sabia, y al mismo tiempo tan inexperta, no lo sabe; por esto, cuando tendrían que presentar batalla, se darán cuenta de que jamás entendieron una palabra de lo que es fe y de lo que son buenas obras.

Para comenzar, pues, reconoce de todo corazón que eres el más miserable de los pecadores ¹⁴. Si no puedes, clama a Dios pidiendo que él te ayude a reconocerlo, y cobíjate bajo sus alas, bajo la bóveda de su gracia y misericordia. Luego —y esto te dirá si tu fe es una fe verdadera— toma tu Mamón injusto y hazte con él amigos, y trata de ver cómo puedes alabar y servir a Dios, y en qué puedes ser útil a tu prójimo. Entonces comprenderás por qué Cristo pone tanto énfasis en las obras. Si ni entonces lo comprendes, mi predicación fue en vano. Aquel empero que quiere discutir este punto con los que sostienen ideas erradas, encontrará en los libros lo que necesita. Por lo pronto puede decirse: hasta que tengamos pruebas de que los adversarios toman la cuestión en serio, por cada doscientos que

¹³ El 19-10-1512, Lutero se graduó de doctor en teología (mucho antes de haber hallado respuesta satisfactoria a su angustiada pregunta: ¿cómo puedo comparecer con mis pecados ante el Santo Dios?).

¹⁴ Comp. San Pablo en 1 Ti. 1:15.

sólo quieren criticar nuestra enseñanza, habrá uno solo que está dispuesto a jugarse la vida por ella.

Creo que con esto he dicho lo suficiente en cuanto a este Evangelio del mayordomo infiel. ¡Invoquemos a Dios que nos conceda su gracia para que podamos aprenderlo y practicarlo, a fin de ganarnos amigos por medio de las riquezas injustas!

LA AGRADECIDA ESTIMACIÓN DEL ESTADO MATRIMONIAL

Sermón para el primer Domingo después de Epifanía.

Fecha: 8 de enero de 1531.

Texto ¹: Juan 2:1-2: Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos.

Introducción: el temario de la Fiesta de la Epifanía.

En el sermón que prediqué el Día de los 3 Reyes ² oísteis que en esta fecha se conmemoran cuatro acontecimientos ³. El tercero de ellos es que en ocasión de unas bodas en Caná, Cristo convirtió agua en vino. Ya que así lo quiere la costumbre ⁴, hablemos pues un poco acerca del estado matrimonial, a fin de que la doctrina del matrimonio no pierda su vigencia en la iglesia.

¹ El Códice Nuremberguense tiene como única indicación: *Nuptiae factae sunt in Chana Galileae*, "se hicieron unas nupcias en Caná de Galilea"; Rörer no menciona ningún texto, pero de una observación marginal se desprende que como texto del sermón se leyó el pasaje integro Jn. 2:1-10.

² La imaginación popular hizo de los "magos" de Mt. 2:1-12 tres reyes; de ahí la designación de la fiesta que la cristiandad celebra el 6 de enero.

³ En la introducción a su sermón de la antevíspera, Lutero había mencionado como objetos de la conmemoración: 1. la aparición de la gloria de Dios en el bautizo de Jesús; 2. la aparición de la estrella de los magos de Oriente; 3. la aparición de la gloria de Jesús en ocasión de su primer milagro obrado en Caná, y 4. la aparición de la magnificencia terrenal de los "3 Reyes" ante el pesebre de Jesús.

⁴ Contra su costumbre, Lutero no se atiene estrictamente al texto, sino que toma el relato de la presencia de Jesús en unas bodas como "pretexto" para predicar acerca del estado matrimonial.

- I. *Alabanza del matrimonio, instituido por Dios, frente a quienes lo desprecian.*

El estado matrimonial ha sido galardonado con la propia palabra divina.

Bajo el papado se tenía en poca estima el estado matrimonial, y todos los encomios se volcaban sobre el celibato, en el cual insistió la casi totalidad de los teólogos. Pero está ahora también a la luz del día el castigo que Dios hizo caer sobre los difusores y practicantes de este error: se extinguió en ellos no sólo el amor al matrimonio, sino en forma general la pasión natural por la mujer⁵. Ésta es la merecida recompensa para tanta ingratitud. Por esto, aprendamos a honrar el estado matrimonial, y a considerarlo como un quehacer que Dios nos ha encomendado; para esto tomemos nota en primer lugar de que Cristo no desprecia este quehacer divino, sino que acepta ser invitado junto con su madre y sus discípulos, acude de buena gana, y honra estas bodas con el primero de sus milagros.

El primer honor que distingue al matrimonio es el hecho de tener a su favor la palabra de Dios, y de ser un quehacer de origen divino. Los antiguos decían que el estado matrimonial es de alabar por los beneficios corporales que reporta, si es en realidad un matrimonio cabal. Y Salomón declara: "Tres cosas hay que me agradan: concordia entre hermanos, amistad entre prójimos, y marido y mujer bien avenidos"⁶, cosas que agradan también a Dios y a los hombres. Pues es en verdad algo maravilloso tener a su lado a una persona en quien puedes confiar en cualquier circunstancia. Así es como un marido puede confiar en su esposa: todos sus bienes, su dinero, su cuerpo y sus hijos puede encomendárselos a ella, con la seguridad de que estarán en buenas manos. Pero no nos detengamos en enumerar aquí este tipo de frutos que trae el estado matrimonial; mejor es dejarlo a la habilidad de los poetas.

Mas si se habla del matrimonio en términos cristianos y divinos, se lo distingue con los honores máximos por cuanto en el marido y en la esposa hallas inscrita la palabra de Dios. ¡Qué elogio más grande y sublime del matrimonio es el hecho de que tu esposa esté adornada con la joya de la palabra divina! Ninguna reina ni emperatriz debe lucir a tus ojos con tanto esplendor como tu esposa. Asimismo no debe ha-

⁵ Alusión a la perversión mencionada en Ro. 1:26, que constituía un grave peligro especialmente para los monjes, sujetos al celibato obligatorio.

⁶ La declaración no pertenece a Salomón, sino que figura en el capítulo 25:1 del "Eclesiástico", libro no canónico cuyo autor es Jesús Ben Sirá (Jesús Hijo de Sirac).

ber para ti, oh esposa, ningún hombre que te agrade tanto como tu marido; porque en él hallas inscrita la palabra de Dios. Dios mismo es el que te asigna la esposa, o el marido, y le place a Dios que ésta sea tu esposa, o que éste sea tu marido. No hay pues en el matrimonio ningún adorno que supere al adorno éste; pues si te atienes a la palabra de Dios que os unió, con buena conciencia puedes vivir con tu esposa, dormir con ella y engendrar hijos.

El perdón de los pecados se extiende también al estado matrimonial.

Es verdad: tampoco el estado matrimonial está exento de pecados. Pero ¡júdicame un solo estado que esté exento de pecados! Si quieren juzgar las cosas desde este punto de vista, ya nunca más podré dar un sermón, ni nadie podrá ya cumplir con su deber⁷. Pero ¿dónde queda entonces nuestra confesión: “Creo el perdón de los pecados”? Los que hasta ahora hablaron de este tema, fueron personas que no saben hacer otra cosa que crear cargos de conciencia a los demás y dictar leyes; pero ellos mismos no quieren tocar ni aun con un dedo las cargas que imponen (Lucas 11:46). Ellos dicen: “Yo vivo en celibato; por lo tanto estoy sin pecado”, y sin embargo, estás lleno de deseos impuros. Claro: estos deseos, en opinión de ellos, no son pecados; pero “un esposo y una esposa” —dicen—, “no es posible que vivan juntos sin pecar”. Y bien: si quieres adjudicar pecados a *un* estado, tienes que adjudicárselos también a los demás estados, o de lo contrario, no adjudicárselos a ninguno. En mi vida no he predicado un solo sermón con la intención de anular el artículo del perdón de los pecados, y tampoco lo haré en lo futuro; ni tampoco habré de escribir una sola letra más si no me puedo consolar con la certeza del perdón. Admitimos, pues, que en el estado matrimonial se cometen pecados, sea en la educación de los hijos, sea en el gobierno de la casa; la carne hace lo que es propio de la carne. A veces, un hombre o una mujer se deja arrebatar por la ira; en este caso debemos confesar este pecado, y obtendremos el perdón. Pero comparado con esto, el perdón y la santificación que se obtienen en el estado matrimonial son mucho mayores y más gloriosos —siempre que yo no atente contra dicho estado—. Pues el estado matrimonial es santo en sí y tiene a su favor la palabra divina, que hace que yo pueda vivir en él con una conciencia limpia.

Ahora bien: lo que los papistas han enseñado en cuanto a

⁷ La opinión de que no se debe vivir en un estado en que se cometen pecados, haría prácticamente imposible la existencia en esta tierra, incluso para un predicador del evangelio.

este punto de la doctrina cristiana, es tan erróneo como todas sus demás enseñanzas. Por lo tanto, no repares en lo que dicen ellos, sino fíjate en la palabra de Dios relacionada con tu esposa o con tu esposo, para que tú a tu vez puedas decir: “Esta esposa mía viste un ropaje dorado que brilla como el sol; pues Dios mismo la ha unido conmigo”. Entonces alcanzarás la benevolencia del Señor (Proverbios 18:22), de modo que aprenderás a ver en el matrimonio no sólo lo que tiene de carne y sangre, sino la palabra de Dios, su más bello adorno, así como esta palabra es el más bello adorno también de todos los demás estados⁸. Y ningún novio, ninguna novia puede llevar un atavío que iguale en hermosura al atavío espiritual con que está adornado cualquier esposo y cualquier esposa, gracias a la palabra de Dios. Éste es el más alto honor que engalana al estado matrimonial; por lo tanto hemos de considerarlo un estado instituido por Dios y ratificado por su palabra.

II. *Cuidense los esposos de destruir su matrimonio mediante adulterio y fornicación.*

El adulterio es resultado del desprecio de la palabra de Dios.

¡Cuidense pues todos del adulterio y de la fornicación! ¡No toleremos en nuestro medio tales pecados! Al contrario: los combatiremos con la palabra de Dios; porque si llegamos a saber que una persona es un adúltero manifiesto, no le administraremos el sacramento, ni podrá tener parte en nuestro tesoro que es el evangelio, ni será admitido como padrino. Si uno quiere ser un cristiano, demuéstrelo también en su matrimonio. Exhorto por ende a las autoridades a que no descuiden este asunto. Asimismo exhorto a los fornicarios a fin de que se cuiden de este vicio. Así nos lo enseña también el evangelio⁹. Y no obstante, siempre de nuevo hay casos de adulterios; tan engeguedado estás. Dios te da una esposa propia y te la bendice con su palabra (Génesis 1:28). ¿Por qué no la tomas como

⁸ Afirmaciones como ésta, de que la palabra de Dios es fundamento y adorno de todos los estados, son frecuentes en las obras de Lutero. P. ej.: “Un jefe de hogar, un ama de casa, un párroco, un maestro y otros estados semejantes son ordenados por Dios, en que servimos al Señor”, *Comentario de Génesis cap. 24:34*. “Un criado, una sirvienta, un hijo, una hija, un esposo, una esposa, un señor, un súbdito, y todos los demás que viven con la debida consagración en uno de estos estados instituidos por Dios, se hallan ante los ojos de Dios tan bellamente adornados como una novia en su atavío nupcial”, *Exposición del Salmo 111, v. 3*.

⁹ He. 13:4, el texto en que Lutero solía basar sus pláticas de casamiento.

hermoso adorno y como joya preciosa, mejor que el sol y mejor que todo cuanto la tierra pueda ofrecerte? ¿Por qué no la aceptas? Aun cuando la vida matrimonial fuese una vida difícil —y en realidad lo es— no obstante deberías decir: “A esta mujer la quiero por esposa, a esta mujer a la cual Dios me la adorna con su palabra de una manera tal que ostenta una hermosura mayor que la naturaleza toda”. ¿Por qué, pues, no aceptas semejante don en que descansa el beneplácito de Dios y de todas las criaturas y ángeles?

Ningún adúltero tiene de su lado la palabra y el beneplácito de Dios.

En lugar de esto te conviertes en raptor y quitas a otro su mujer. Tal acción está completamente al margen de la palabra de Dios. Y aunque aquella mujerzuela aventajase en belleza al sol, no obstante es más repugnante que si estuviese llena de pestilencia, morbo gálico, veneno, y todo otro mal que pueda haber en la tierra. Una mujer tal es una verdadera abominación; porque todo lo que no tiene de su lado la palabra de Dios, es llamado abominación. Y si tú incurres en adulterio o cometes fornicación, ello es una señal de que no tienes fe, de que no crees que Dios es veraz también en lo que dice respecto del matrimonio. De lo contrario pensarías de esta manera: “Aquella mujer no me pertenece a mí sino a mi prójimo; por eso me buscaré otra que pueda ser mía”. Si cometes adulterio o fornicación con una mujer, no la puedes considerar como adornada con la palabra divina, sino que sólo la deseas como objeto de placer. Con la que más te gusta, con ésta vas. Pero a la larga, Dios no lo tolerará; porque le disgusta sobremanera, y también a sus santos ángeles, que tú desprecies su hermosa joya que él te ha dado. Esta actitud tuya es, pues, una señal de tu incredulidad.

III. *Consejos para solteros: se recomienda el matrimonio. Templanza y trabajo son buenos preparativos para el matrimonio.*

No queremos negarlo: los jóvenes de ambos sexos se sienten muy fuertemente atraídos los unos hacia los otros. Pero los tres años que tienes que esperar todavía hasta poder casarte, tendrás que vencerlos¹⁰. Por eso proponte firmemente: “En estos

¹⁰ En tiempos de Lutero, el gremio de los artesanos exigía que el aspirante a “maestro” realizara una práctica de perfeccionamiento de varios años de duración como “menestral ambulante” antes de poder establecerse en una localidad y fundar un hogar.

tres años me esforzaré por soportar un poco esa ardiente pasión que siento". Esta pasión se hará sentir, es cierto; pero la lograrás dominar, siempre que tomes la resolución de que al cabo del tiempo señalado te casarás con la joven que te has elegido. Que se despierte en nosotros esta inclinación, es propio de nuestra naturaleza humana; de otra manera, si Dios no la hubiese implantado en nuestra carne y sangre, despreciaríamos del todo lo que Dios ha dicho respecto del matrimonio. Mas así él mismo creó en nosotros este ardiente deseo para dar a cada ser humano su propio esposo, su propia esposa.

Pero del esfuerzo por dominar la pasión forma parte también esto: un buen trabajo, cuanto más fuerte mejor, y ración reducida. Sí, también esto forma parte. Lo digo para que cada cual prepare su corazón para el estado matrimonial, y se cuide de la fornicación. Dios está dispuesto a darnos los medios para ello. Mi seria exhortación es, pues: ¡apártate de la vida en disoluciones y desenfreno sexual, no sea que Dios venga antes de tiempo y te castigue! Dios no tolera que uno eluda su cruz, sino que cada cual tenga su propio consorte. Y si no todo sale a pedir de boca, tened paciencia y esperad que las cosas mejoren. Y esta esperanza no es vana; la prueba e ilustración la tenemos en nuestro texto, donde el Señor hace un milagro y convierte agua en vino.

A pesar de todas las dificultades, el matrimonio es un estado hermoso.

Es verdad que en el estado matrimonial abundan las molestias y el trabajo. Satanás puede sembrar la discordia entre los cónyuges. Puede ocurrir que los vecinos sean malos, y la mujer, desobediente. En tales circunstancias, la vida matrimonial bien puede llegar a ser un "beber agua" (Juan 2:7). Sin embargo, no todo en el estado matrimonial son contrariedades; en general predominan el gozo y la alegría. Y así como no hay matrimonio sin contrariedades, tampoco lo hay que esté libre de pecados; pero lo mismo vale para cualquier otro estado. Pero si vamos al caso: los pecados que se cometen por parte de los que viven en celibato, por cierto no son menos numerosos. Con todo esto: ¿qué es aquel pecado en comparación con la gracia de que se disfruta en el estado matrimonial? ¡Todo un cielo lleno de gracia se alza allí sobre vuestras cabezas! De igual manera, las alegrías que te brinda la vida matrimonial sobrepasan en mucho las molestias que te trae. Piensa, pues: "¿En qué consiste, al fin y al cabo, lo molesto de mi estado matrimonial si soy un cristiano? ¿Dios se complace en ese estado junto con todas las criaturas y ángeles; por causa mía, la naturaleza

entera está en crecimiento en derredor mío, por cuanto soy esposo ¹¹". Por cada molestia que el casado encuentra, encontrará mil alegrías. Por otra parte, si un esposo no ve más que contratiempos, es porque no repara en la palabra de Dios; y en estas condiciones no vería gozo alguno aun cuando estuviese sentado en medio del paraíso. ¿Qué mayor contento puede haber para tu corazón que el oír que la palabra de Dios te llama "esposo" y "esposa", y el saber: "Dios derrama sobre mí su gracia en ese estado que él mismo adorna y distingue con su palabra"?

Cuidémonos de Satanás que se esfuerza por denigrar el matrimonio.

Sin embargo, la débil carne y sangre humana y el astuto Satanás tratan de impedir que los cónyuges reconozcan esta palabra de Dios. En el paraíso, el Señor mandó a Adán y Eva comer de todo árbol del huerto (Génesis 2:16). En consecuencia, si Adán hubiese contemplado con fe los árboles cuyo fruto le estaba permitido comer, habría visto inscrita en ellos la palabra de Dios. Pero así no le gustó ninguno. En cambio, el árbol que no estaba incluido en el permiso expresado por la palabra de Dios, y que por lo tanto debiera haber sido para Adán el más aborrecible, ¡éste le pareció el más hermoso! Análogamente, tu propia esposa te parece la más fea de todas, y en cambio, te deslumbra la belleza de la mujer de otro. Sin embargo, es sólo *a tu propia mujer* a la que Dios engalanó para tí con honores y adornos. Y más de una esposa hay que mira con desdén a su marido, y en cambio le gusta el esposo de otra. Los frutos que Dios te prohibió, éstos te parecen apetecibles; el árbol del cual Dios no te permitió comer, te atrae más que cualquier otro. Esto es obra de Satanás. Habiéndolo reconocido, es preciso que vencemos tales inclinaciones recurriendo a la palabra de Dios y pensando: "Mi consorte es de todos el que ostenta las más hermosas galas". De esta manera, el estado matrimonial podría ser fuente de las más saludables fuerzas, con tal que uno supiera llevarlo como corresponde. Quien desprecia estas advertencias, cuídese muy bien para que no le dé alcance Satanás y le llene el corazón de pasiones prohibidas. Mas lo peor de todo es que no usas lo que Dios te ofrece, y no reconoces su don y su gracia. Te pasa como a los papistas: éstos al principio tampoco se entregaron al pecado de la fornicación, sino que despreciaron el matrimonio, despreciaron el estado que Dios instituyó y adornó con su palabra. Por esto,

¹¹ Comp. Gn. 1:29: Dios declara a la primera pareja humana dueña de "toda planta que da semilla... y todo árbol en que hay fruto".

Dios a su vez los entrega al oprobio de modo que “se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío”, Romanos 1 (v. 27).

EL CRISTIANO SIRVE ESPONTÁNEAMENTE A SUS AUTORIDADES

Sermón para el Domingo de Jubilate.

Fecha: 26 de abril de 1545.

Texto ¹: 1 Pedro 2:11-20. Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras. Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.

¹ Título del sermón en Rörer: Dominica Jubilate, 1 Pet. 3, lo cual es un evidente error del copista.

Introducción: La desobediencia es, por desgracia, un mal muy generalizado.

En la Epístola de hoy se habla de dos temas en especial. El primero es que debemos respetar debidamente a las autoridades, no despreciarlas ni obstruir su tarea, sino mostrarles amor y obediencia, y servirles. En segundo lugar se habla del gobierno de la casa: que los criados deben estar sujetos a sus amos, no solamente a los buenos sino también a los caprichosos y testarudos, porque tal actitud de un siervo es muy del agrado del Señor.

Ya se ha predicado bastante sobre estos temas. ¡Ojalá se pusiera en práctica lo oído! Es la expresa voluntad de Dios que nos sujetemos a los que están investidos de autoridad; así lo quiere él. También la servidumbre en la casa debe oír esta exhortación y obedecer a su amo o a su patrona; pues esto merece aprobación de parte de Dios y responde a su voluntad. Pero ¿dónde hay alguno que esté dispuesto a escuchar tal exhortación?, ¿de ponerla en práctica ni hablemos! ¡Que Dios nos envíe otro tema para sermones! Con ese de la obediencia y del servicio ya no se va a ninguna parte. Y si no, que nos envíe otra clase de gente; porque los siervos, las criadas y los obreros de hoy día hacen cada cual lo que le dé la gana. Hemos llegado al extremo de que el emperador es el súbdito de los príncipes, y por otra parte, el siervo es el señor. El amo ya no puede decir una palabra a su criado, y lo mismo ocurre con los obreros: si no les agrada lo que su patrón les ordena, no le hacen caso. No hay, pues, gente a quien se le pueda predicar sobre ese tema. Por esto, Dios tiene que mandarnos otros predicadores u otra predicación u otra gente. ¿Dónde está hoy día la autoridad de los príncipes? Nominalmente, ellos siguen siendo los que ejercen el mando. Pero pregunta a sus vasallos cómo son las cosas en realidad. Si los príncipes hacen lo que los vasallos quieren, se los tiene por buenos. Ni entre los paganos reina una situación tal; allí se da a César lo que es de César. Muy triste es en esta tierra —como escribe Salomón²— ver a los siervos a caballo, en tanto que los príncipes tienen que andar a pie. Y muy mal van las cosas en materia de autoridad si un amo da una orden a su criado, y a este criado por su parte no se le da un bledo de lo que le manda su señor. Y bien, si no queréis obedecer, dejadlo. Por lo visto, con nuestro predicar ya no se logra nada. Por eso repito: que Dios envíe otro tema para la predicación, u otro género de personas. Nadie quiere cumplir con lo que es su deber, desde el más encumbrado hasta el más humilde.

² Ecl. 10:7.

I. *Advertencia contra la desobediencia a las autoridades.*
Dios espera de nosotros una obediencia espontánea.

Nuestro texto dice: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana", y luego añade: "Porque ésta es la voluntad de Dios". Esto es, pues, lo que Dios quiere: que nos sometamos a toda institución humana; por esto hace llegar a los oyentes la advertencia de que lo hagan "por causa del Señor". En caso contrario, el resultado será que nuestro Dios y Señor hará surgir otro tipo de gente, gente que le obedezca y que cumpla con su divina voluntad. Por cierto, Dios no renunciará a su prerrogativa de ser el Señor Supremo. Él nos creó de la nada; por consiguiente quiere que le obedezcamos de buena voluntad y de todo corazón, máxime nosotros que somos cristianos. Si lo hicieron los paganos, ¡cuánto más debemos hacerlo nosotros, que llevamos el nombre de cristianos! Digamos, pues: Obedeceré no sólo porque lo quiere mi amo terrenal, sino por causa del Señor celestial que derramó su sangre en bien mío.

Dios utilizará a los turcos para castigar la desobediencia de los cristianos.

Pero ¿dónde están los que prestan atención a estas advertencias? Si se les dice una palabra, le vuelven a uno las espaldas. No quieren tolerar ningún tipo de obligación. Esto empero significa oponerse a Dios y tener en poco la sangre y la muerte de Cristo. No terminarán con sus murmuraciones hasta que el turco invada también las tierras nuestras³. Y entonces querrán murmurar contra los turcos. Pero con esto no tendrán éxito. Pues los turcos no vendrán por iniciativa propia; antes bien, vendrán porque Dios mismo se lo ordenó. Y ese turco es un maestro consumado en el arte de humillar a todo el mundo. Prohíbe a los nobles seguir ejerciendo su dominio y los obliga a servirle como boyeros, y en recompensa les arroja a los pies un pedazo de corteza de pan. A los príncipes, condes y demás señores los despoja de todo su poder y los hace trabajar de porquerizos. Y de la misma manera procede con las criadas y los siervos. En Turquía los lleva al mercado y los ofrece a la venta, un siervo por tres florines. La única comida que reciben es pan seco; en cambio, azotes hay en abundancia. Apenas se les permite cubrir sus desnudeces, y a las esclavas se les prohíbe llevar el cabello trenzado. Se los trata como a perros⁴. Por eso

³ En tiempos de Lutero, el expansionismo de los turcos constituía el mayor peligro para Europa occidental. Grecia y Hungría ya habían caído en poder de las tropas invasoras.

⁴ No se sabe a ciencia cierta de dónde obtuvo Lutero estos conoci-

tampoco existen condes y otros nobles en aquella región⁵. ¡He aquí, amigos míos, el turco está a la puerta y llama! Por esto decimos: “¡Arrepentíos, y someteos a las autoridades instituidas! Hacedlo por amor a Dios y por amor a Cristo que por vosotros derramó su santa sangre”. No seas comilón; no digas: “Lo único que quiero es comer y beber mucho y bien”. Si pese a todo, nuestra situación no mejora, la culpa no la tenemos los predicadores; porque nosotros os advertimos con toda claridad: “Someteos por causa del Señor”. Si no por causa del Señor, hacedlo en nombre de todos los demonios. Entonces *tendréis* que hacerlo, no por amor a Dios, sino por temor a caer bajo un gobierno extraño. Y si no lo haces, el turco te lleva al mercado y te vende a otro en dos florines, cuando antes valías tres. Y si tu nuevo amo está de mal humor, te azota aún más que tu amo anterior: “¡Apaciéntame las vacas!” te gritará, “¡pero de tal manera que den leche!” Y si esto no ocurre, te golpeará de nuevo. Pero parece que esto es lo que buscamos a toda costa. Hemos quedado prácticamente sin gobierno. No hay ordenanza que se cumpla. Cada cual hace lo que quiere. Pero si uno hace lo que quiere, algún día tendrá que sonortar lo que no quiere. Por lo tanto, ¡haced lo que es vuestra obligación hacer, y obedeced! Dios os lo enseña por medio de nosotros los predicadores. Entonces tendréis paz, y nadie os echará de vuestras tierras. “No queremos”, dices tú. Pero Dios te responderá: “Y bien, en este caso yo tampoco quiero seguir gobernándote con mi palabra. Haré que caiga sobre ti el turco, éste te enseñará a ser obediente”. Y allí, entre los turcos, levantaréis entonces vuestra voz y gritaréis: “¡Oh, si estuviera de vuelta en Wittenberg o en Leipzig donde aún se predica la palabra de Dios!” Pero esto se acabó para ti; en esto no puedes ni pensar. No sólo estarás privado de la libertad de que disfrutas ahora, sino que incluso estarás privado de la palabra y del sacramento⁶. Si los predicadores perecemos juntamente con vosotros, al menos tenemos la excusa de haber cumplido con nuestro deber. Los griegos y los húngaros tuvieron en sus tiempos autoridades excelentes y gozaron de paz y prosperidad. Sin embargo eran pueblos revoltosos, nadie podía gobernarlos. Ahora están reducidos a la impotencia. Y eso que se los amonestaba acerca de lo que era su deber. Pero como no querían escuchar, cayeron bajo la férula de los turcos. Esto es lo que los húngaros querían, y por lo visto, nosotros queremos ansiosamente lo mismo.

mientos detallados acerca de la condición de los esclavos cristianos entre los turcos.

⁵ Porque el despotismo del sultán no tolera súbditos poderosos.

⁶ Con “el sacramento”, en singular, Lutero se refiere habitualmente a la Santa Cena.

II. *Tildar a los cristianos de rebeldes es una calumnia.*

Los paganos no comprenden la actitud de los cristianos.

En primer lugar, Pedro exhorta a los cristianos en general a que se sometían a las autoridades seculares, y luego amonesta a la servidumbre en particular a que tengan en cuenta que fueron bautizados, y que han sido redimidos por medio de la sangre de Cristo. Estas son las palabras con que comienza la exhortación: "Amados hermanos, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos". Pero con anterioridad, Pedro había dicho: "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio" (I Pedro 2:9). Esta declaración ha tenido que sufrir el infortunio de ser tildada de sediciosa por parte de los paganos; pues no olvidemos que Pedro predica aquí a cristianos, pero a cristianos que vivían en un medio ambiente pagano y bajo autoridades paganas, que no entendían el significado de las palabras de Pedro. Nosotros aquí en Wittenberg tenemos un gobernante cristiano, es cierto⁷. Pero Fernando y todos los demás príncipes son en verdad unos paganos⁸, y también lo son sus obispos. No podemos remediarlo: hasta que llegue el postrer día, jamás estaremos sin paganos. El emperador Teodosio fue un fiel cristiano, y lo mismo vale para Arcadio y Honorio⁹. Pero después de su reinado, las herejías volvieron a causar estragos en la iglesia. Es una gracia muy grande si los reyes y los emperadores se hacen cristianos. Hoy día ya no tenemos gobernantes tales. Esto fue ya entonces lo que les acarreó tanta inquina a los cristianos: predicaban acerca del rey Cristo, el Hijo de Dios, y de su reino, y se gloriaban de ser reyes junto con él, como dice Pedro. Por esta razón, los paganos los llamaban gente alborotadora, como leemos en Hechos 16 (v. 20) y 17 (v. 18). Que Cristo era rey, no lo querían admitir de ninguna manera, y tampoco querían saber nada de su reino. Si los cristianos decían: "Nosotros somos un real sacerdocio", los paganos lo tomaban como una ofensa contra el César y los ejecutaban por sediciosos. De la misma manera fue crucificado Cristo como "rey de los judíos", a pesar

⁷ Juan Federico el Magnánimo, elector de Sajonia desde 1532 hasta 1547, fomentó la organización de la iglesia luterana en Sajonia.

⁸ El rey Fernando de Austria, hermano y lugarteniente de Carlos V, mantenía una alianza con el papa por razones políticas. También los demás príncipes alemanes colocaban sus propios intereses políticos por encima de la causa del evangelio; de ahí el duro juicio de Lutero.

⁹ El emperador Teodosio I gobernó en Oriente de 379 a 395; Arcadio, su sucesor, desde 395 hasta 408. Honorio fue emperador de Occidente de 395 a 423. Los tres pusieron el poder estatal a disposición de la iglesia para la erradicación del paganismo y la herejía. Sin embargo, si Lutero hubiese tenido un conocimiento más detallado de estos tres personajes, difícilmente los habría llamado "fieles cristianos".

de que había declarado expresamente: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36).

El gobierno secular a menudo se arroga autoridad en asuntos espirituales.

Una vez que Satanás ha tomado posesión de esa clase de gente impía, siempre tratan de combinar sus ideas idólatras con la autoridad secular. Si predicamos: “Vuestra dignidad real es una ordenación divina”, esto no les basta; tampoco si digo: “Me comprometo a prestar la debida obediencia, con mi persona y con mis bienes”. Sino que el rey comienza a decirme: “Tienes que profesar la fe que profeso yo”¹⁰. Así entrelazan y mezclan su falsa creencia con su majestad real, y me tildan de sedicioso si no quiero aceptar el credo a que adhieren ellos. Lo estamos viendo con nuestros propios ojos. Y si pudiesen ejecutarnos a todos, sin duda lo harían. No les interesa para nada si les decimos: “Estamos dispuestos a obedeceros en todo aquello en que os debemos obediencia”. Es que ellos por su parte no están dispuestos a mantener separadas su majestad imperial y su idolatría. Si en lo concerniente a asuntos espirituales no hacemos así como ellos, en seguida levantan el grito: “¡No habéis respetado al emperador, sino que sois unos rebeldes!” Pues el papa con sus decretales llenó de idolatría el mundo entero, e incluso supo ganarse la complicidad del mismo emperador.

Los cristianos en cambio distinguen claramente entre fe y autoridad secular.

Los reyes quieren que pensemos y creamos como ellos piensan y creen. Esto no lo podemos hacer bajo ningún concepto. Antes bien, hacemos una clara distinción entre lo que atañe a la fe y la autoridad secular. Decimos: “En todas nuestras obligaciones para con vuestra majestad imperial, conforme a las leyes del país, en todo esto os obedecemos. Pero que se nos obligue a creer lo que vosotros creéis, esto no lo podemos admitir, porque nosotros entendemos que la fe y la majestad imperial son dos cosas que deben quedar separadas. Para nosotros, tu majestad imperial no está por encima de Dios, sino por debajo de Dios y de Cristo. Cristo no quita a la majestad su

¹⁰ La antigua máxima del “*Cuius regio, eius religio*” (el que ejerce el gobierno, impone la religión) sancionada en la Paz Religiosa de Augsburgo en 1555, en la práctica se aplicaba ya anteriormente. El arreglo a que se llegó en Augsburgo otorgaba al gobernante la facultad de determinar la religión de los gobernados (*tus reformandi*). A los súbditos que se negaban a aceptar la religión de su soberano, se los podía obligar a abandonar el país.

etro; al contrario: nos ordena temerla y honrarla, como lo expresa aquí el apóstol. Pero tú debes adorar al mismo Cristo al que nosotros adoramos. Si haces esto, difícilmente hallarás en mí motivo alguno para quejas, sino que te serviré con mayor fidelidad que todos los demás”. Sin embargo, ellos no desisten de su intento de mezclar la autoridad con la fe. La autoridad tiene que ver con lo relativo a la vida terrenal: todas estas cosas tienen que ser investigadas y planeadas para luego poder ser encaradas convenientemente. La fe en cambio tiene que ver con la obediencia ante Dios; por esto dice el Salmo 2 (v. 10): “Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes y admitid amonestación”. ¿Tendrá el Espíritu Santo, Creador del cielo y de la tierra, el poder de decir a un emperador: “Sé mi alumno, admite mi amonestación”? Yo afirmo que sí. Por eso nos atrevemos también a decir al emperador, a reyes y a obispos: “Quienesquiera que fuereis —la posición en que os halláis es legítima, y la aprobamos plenamente. Pero rogamos que admitáis al Espíritu Santo como Maestro también de vosotros y que no hagáis imposiciones en materia de fe para que no perezcaís” (Salmo 2:12). Sin embargo, las advertencias de los predicadores en este sentido siempre cayeron en saco roto. Pues se insistió en llamar sediciosos a los cristianos por cuanto no quisieron apartarse de su camino manteniéndose en cambio firmes en su posición: “Si queréis adornar vuestra majestad con una idolatría nos es necesario obedecer a Dios antes que a vosotros, Hechos 5:29”. Los apóstoles se negaron a aceptar la fe de los paganos y a adorar sus ídolos. Y ¿cuál fue el resultado? “Esto no será tolerado de ninguna manera”, se les decía; “si no adoras la imagen del dios, te mataremos”.

Los cristianos, como ciudadanos de un reino eterno, soportan también las persecuciones.

El apóstol por su parte dice: “Lo único que pido es que se me permita continuar en mi propia fe. Os ruego, pues, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”. El “deseo carnal” de que habla el apóstol en este pasaje es no solamente —o no tanto— la impudicia, sino el deseo, cargado de pensamientos de ira y de venganza, de sublevarse contra la autoridad; pues nos duele cuando los reyes y príncipes no quieren oír que yo estoy dispuesto a obedecerles, y cuando se resisten a que se haga una diferenciación entre su majestad y las imágenes idólatras. Ante esta situación, el apóstol dice: “No deis curso a vuestros pensamientos encolerizados, porque batallan contra el alma. Antes bien, tened en cuenta que sois peregrinos y extranjeros. Dejad que los insensatos reyes, príncipes y señores hagan lo que quieran. La actitud vuestra sea: sopor-

tarlo". ¡Con lo mismo consolaos también vosotros! Por cuanto sois creyentes, sois peregrinos y extranjeros¹¹; por lo demás, en lo que no concierne a mi existencia física y a mis bienes, no le debo obediencia al rey. Según la fe somos extranjeros; quiere decir, nuestro reino es un reino basado en la fe; y por esa fe soy rey en la vida eterna, soy un príncipe, y soy más poderoso que el diablo, la muerte y el pecado. Cualquier dominio terrenal está sujeto al diablo, a la muerte y al pecado. Allá, en el reino de la fe, yo soy un verdadero aristócrata. Por esta razón, mi reino es incomparablemente superior a cualquier dominio sobre esta tierra, por cuanto ésta es un lugar que sólo sirve de albergue para una noche. Así, tú eres, por medio del Hijo de Dios, un señor sobre el pecado y la muerte; el emperador en cambio no pasa de ser un señor sobre bienes terrenales. Y aun cuando yo muera, ¿qué importa? De todos modos, mi vida en esta tierra no fue más que la estadia en un albergue. Si tú me das muerte, yo iré a la vida eterna, y tú irás al infierno. El que nos mata, no tiene ninguna ventaja sobre nosotros. La muerte les llega con la misma seguridad con que nos llega a nosotros. Por esto, vosotros sois peregrinos en la tierra — si es que queréis reconocerlo. Ellos en cambio buscan aquí la satisfacción de sus deseos. Mas algún día, todos tendrán que partir de aquí; tendrán que dejar atrás el mundo, e irán a su lugar, el infierno. Por consiguiente: aunque es inevitable que los grandes señores os persigan, tened cuidado de que no os dejéis arrebatar por la ira; pues por medio de la fe, vosotros sois reyes y sacerdotes.

Quedará en evidencia que los cristianos son los súbditos más fieles.

Lo que es el emperador, cristiano o no cristiano, no lo sé. Pero Fernando¹² es un pagano, y los obispos son peores que los paganos, son verdaderos diablos. Tanto más nos corresponde a nosotros mantener buena nuestra manera de vivir para que ellos vean el fracaso de sus intenciones. Algún día saldrá a luz cuál fue la verdad en cuanto a nosotros los cristianos y nuestro comportamiento frente a las autoridades; y entonces se verán obligados a confesar: "Estos cristianos son gente pacífica". Por esto mismo debemos adoptar también ante la triste suerte de nuestros hermanos asesinados en los Países Bajos por los adversarios¹³ una actitud adecuada: no clamar por

¹¹ Es decir: Como cristianos, sois extranjeros en este mundo y no tenéis el derecho de rebelaros contra injusticias que se cometen contra vosotros a causa de vuestra fe; tales injusticias hay que soportarlas.

¹² Véase Nota 8.

¹³ Entre los "hermanos asesinados" puede mencionarse, entre otros, a Leonard Kaiser (o Kaeser), vicario en Waizenkirchen, quemado vivo en

venganza sino soportar con paciencia la furia de los tiranos. Entonces, los emperadores y reyes no pueden hacer otra cosa que darnos el testimonio de que en cuanto a nuestro comportamiento como súbditos buscamos la paz y cumplimos con nuestras obligaciones. Cuando llegue la hora de la verdad, no podrán menos que admitir: "Es cierto: se ha obrado injustamente para con los cristianos; son pacíficos y respetuosos de las leyes; y nadie puede culparlos por no creer como nosotros; al contrario: es su derecho". Es por esto que el apóstol dice: "No seáis revoltosos. Honrad a las majestades. Pues vosotros sois los señores sobre un reino que es nueve veces más grande que cien mundos, a saber, sobre el pecado, la muerte y el diablo. Con esto confórmate cuando los ídólatras te atormentan". De esta manera consoló Pedro a los cristianos de aquel entonces, y el mismo consuelo lo necesitamos también los cristianos de ahora.

III. *Exhortación a los cristianos a mostrarse como buenos ciudadanos.*

Los cristianos reconocen a la autoridad secular como institución necesaria.

Pedro detalla ahora qué es la "buena manera de vivir" (v. 12) y la serena obediencia: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana" (v. 13). Dado que sois reyes y señores, libraos de todos los males, haceos súbditos por causa del Señor del cielo. "Institución humana" es la expresión con que traducimos el término "criatura" del texto original¹⁴. Esto le creó no poca confusión al papa en sus decretos. Pero el papa es un burro, y seguirá siéndolo¹⁵. Lo que el apóstol llama "criatura" es la institución, elaborada por los hombres, de que haya emperadores, reyes, súbditos, gobernantes, servidumbre, obreros, artesanos. Estas instituciones son imprescindibles para el mundo en que vivimos. *Tiene* que haber personas constituidas en autoridad, y así son necesarios también determinados estados¹⁶ y cargos. No todos son siervos y criadas, no todos son señores

la hoguera en agosto de 1525 y a Heinrich von Zütphen, monje agustino, más tarde predicador en Amberes y Bremen, quemado por aldeanos fanáticos. El propio Lutero escribió una "Historia del hermano H. von Z.", Erl. II 26, pág. 409 y sigtes.

¹⁴ La palabra del original griego es ktisis = fundación, creación, cosa creada.

¹⁵ En el año en que Lutero predicó este sermón (1545), publicó también sus escritos más violentos contra el papa, en que a menudo aparecen invectivas como "Papstesel", papa-burro.

¹⁶ En alemán *Stände*. Otros conceptos más o menos sinónimos son: posición o condición social, rango, clase social.

LA CONFUSIÓN DE LOS REINOS

(Ley de Dios — ley de los hombres)

Sermón para una ocasión especial¹.

Fecha: abril de 1541 (¿o 1540?).

Texto: Salmo 1.

- I. (Primer sermón). Salmo 1:1, 2: Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley del Señor está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.

La palabra humana merece grandes honores, pero mezclarla con la palabra divina resulta funesto.

Ocurre algo muy particular con la Sagrada Escritura: cuando uno cree haber terminado ya de aprender sus enseñanzas, justamente entonces ha llegado el momento de comenzar el estudio en serio. Pues como dije ayer²: al evaluar una obra hay que fijarse no sólo en la obra en sí, sino en la importancia y en el rango de su autor. Así es como se han de considerar las palabras de las Sagradas Escrituras, por cuanto no son palabras de hombres, sino palabras de Dios, y por cuanto él nos ordena hacer una clara distinción entre la palabra suya

¹ Se trata, en realidad, de dos sermones sucesivos que Lutero predicó sobre el Salmo 1 y que llegaron a nosotros en los apuntes de Rörer, folio 44-51 del Ms. de Jena. Por lo extenso del texto original (10 págs. en la Edición de Weimar, con frecuentes repeticiones) ofrecemos aquí una traducción con diversos cortes, especialmente en las páginas finales.

² A base de esta observación, la WA deduce que este "sermón de ayer" puede haber sido el del 2 de abril de 1540 dado en la ciudad de Dessau, donde, según una nota final en los apuntes de Rörer, fueron predicados también estos dos sermones sobre el Salmo 1. El primero de ellos dataría entonces del 3 de abril de 1540.

y cualquier otra enseñanza. Pues él es y quiere ser el Diferente, el Uno que lo es Todo, por ser el Increado. Nosotros en cambio somos seres creados y mortales. Y esto es precisamente el gran error que comete el mundo: el equiparar la palabra de Dios con la del hombre, y viceversa. Pero de esta manera es imposible observar aquella distinción, y es imposible asimismo conferir a la palabra de Dios la dignidad que se merece.

Grande es el honor de que goza la palabra humana: sometió bajo el dominio del hombre a la creación entera, produjo médicos y jurisperitos, es la fuente de todas las artes, e hizo que los hombres tengamos abundancia de poderío y saber para manejar los asuntos políticos y la administración de la casa. No obstante, ante la palabra de Dios la palabra humana debe guardar la debida distancia. Sin embargo, malos dialécticos que somos, no atinamos a mantener separadas una palabra de la otra, sino que lo mezclamos todo en uno. Lo que dispone el emperador, y lo que halla la aprobación de los eruditos, esto se considera como algo que incluso Dios mismo tiene que aprobar, y se lo recomienda para la práctica general entre los hombres. Pero con esto no solamente no logramos nada, sino que nos hacemos culpables de la osadía de querer elevar la palabra humana al cielo. Una cosa es la palabra de Dios, otra cosa muy distinta es la palabra del hombre. Ésta, como dije, sometió a la creación entera a la ley secular y al hombre, instituyó a los padres, reyes, emperadores y súbditos. Todo esto lo hizo la palabra humana. Pero aquel sublime honor que tributamos a la palabra humana nos lleva a la idea errónea de que cuanto los hombres dicen y piensan, es similar a la palabra de Dios. Un buen dialéctico es aquel que sabe hacer *divisiones* correctas; un tal tampoco tendrá dificultades en hacer *definiciones* correctas. Si se distinguen correctamente las partes de un todo, y se coloca cada parte en su debida relación y orden, se producirá por sí sola la armonía del conjunto. Cuando el siervo se atiene a lo que es de su oficio, hará lo correcto. Pero cuando se quiere erigir en señor, creará una permanente confusión. Por esto se le llama al diablo "rey y señor de la confusión"³: todo lo mezcla y confunde, al punto de que ya nadie sabe quién es cocinero, y quién mayordomo. De igual manera mezcló el papa la palabra suya con la de Dios, y su autoridad con la autoridad divina. Y esta confusión seguirá por tiempo indefinido. El mundo es incapaz de aprender aquella dialéctica. Durante veinte largos años he venido insistiendo en que se haga una

³ Comp. p. ej. Jn. 8:44; Lc. 8:12; Hch. 10:38; 1 Co. 10:20; Ef. 6:11; 1 P. 5:8; Ap. 20:10 y otros. La palabra griega *diábolos* (adj.) significa "que desune, que encona los ánimos"; (sust.) acusador, calumniador (Dicc. Griego-Español de Fl. Yarza).

separación limpia entre régimen secular y régimen espiritual, y alertando para que no se convierta todo en una Babel; ¿y cuál ha sido el resultado?

Una misma persona puede desempeñar cargos de distinta naturaleza, pero debe distinguir cuidadosamente entre uno y otro.

El que desempeña el cargo de predicador, quiere desempeñar también el cargo de gobernante. Es verdad, una misma persona puede desempeñar dos oficios. Pero éstos deben pertenecer a regímenes totalmente diferentes. La palabra que imparte órdenes en la administración del municipio tiene que ser otra que la que manda en la iglesia. El obispo de Wurtzburgo ejerce un régimen doble⁴; si mezcla el uno con el otro, lo que resulta es un caos. El duque Jorge⁵ por su parte exigía sumisión a las autoridades superiores⁶, y lo aplicaba al régimen espiritual en el sentido de que se debía enseñar y creer lo que mandaban las autoridades municipales. No es así como se debe actuar, sino de esta otra manera: el obispo de Wurtzburgo puede decir: Yo soy el obispo de Wurtzburgo, y la ley civil me confiere el derecho de prohibirte el hurto, so pena de ser ahorcado. Al predicador en cambio le puede dar la orden de abstenerse de enseñanzas heréticas, y de desempeñar fielmente su cargo — este derecho se lo confiere la ley eclesiástica. Así, una y la misma persona puede desempeñar dos oficios. Yo mismo digo en mi casa a mi criado: haz este o aquel trabajo; te lo ordeno como jefe del hogar. Pero como predicador le digo: ¡Cree en Dios! Si quieres ser mi criado, debes creer, orar, aprender a vivir cristianamente. Si en todo se observasen estas distinciones, la división y diferenciación de actividades vendría por sí sola. Pero el diablo odia la gramática, la dialéctica y todas las demás artes. Esforcémonos pues y roguemos a Dios que él mantenga en pie la distinción entre su palabra y la palabra humana, distinción ésta que no se mantendrá si se toma la palabra divina en el sentido en que la toma la gran mayoría. Tanto más necesario es que los que no pertenecemos a la gran mayoría, velemos y peleemos sin desmayo. Recordemos siempre

⁴ Como muchos dignatarios eclesiásticos de aquel entonces, el obispo de Wurtzburgo (Baviera) ejercía la jurisdicción espiritual y a la vez la jurisdicción civil en su diócesis.

⁵ Jorge, regente del ducado de Sajonia (no del electorado de Sajonia donde vivía Lutero) desde 1500 hasta su muerte en 1539. Al comienzo se mostró abierto a una reforma eclesiástica, pero a partir de la Disputación en Leipzig en 1519 se dirigió con gran rigor contra los partidarios de Lutero.

⁶ Comp. Ro. 13:1.

y predicadores, sino que tiene que haber ciertas diferencias en el orden social y laboral. Es preciso que tengamos agricultores, artesanos, etc., es decir, cargos y estados sin los cuales la vida en comunidad no es posible. Todo esto lo incluye Pedro con su término "institución".

Los cristianos asumen de buen grado las obligaciones domésticas y públicas.

Si Pedro dice: "Honrad al rey" (v. 17), se refiere con ello al emperador romano, pues otros reyes no había en aquella época. La antigua España, Francia, Inglaterra — todas ellas habían dejado de existir¹⁷. Pero ya sea que vivan bajo el gobierno del emperador, o bajo el dominio de otros reyes: los cristianos deben prestar la obediencia debida, para que los insensatos no tengan motivo para gritar: "Vosotros no cumplís con vuestras obligaciones de ciudadanos".

Lo mismo rige para vosotros, siervos y criadas: no os debéis crear la fama de ser desobedientes, ni deben hacerlo otros como los artesanos, etc. No debéis dar ocasión a que se aplique también a vosotros la queja que hoy día es tan general: "Ya no hay forma de tratar con la servidumbre; por una parte exigen un salario tan elevado, y por otra parte no quieren hacer nada, o solamente los trabajos que les agradan". ¿No crees que es un robo si trabajando en la construcción o en el campo ocasionas un daño intencional? Si yo te doy un pago semanal, y tú trabajas apenas dos días por semana, me has hurtado mi dinero; más aún, me lo has robado públicamente. Otro es negligente en el cuidado de las vacas y ovejas. ¿No es esto lo mismo que robar? ¡Y para colmo, aun recibes un salario! ¿Y a esto lo llamas "someterse por causa del Señor y de Cristo"? ¡El turco ya te enseñará qué es ser obediente! Bien dice la gente del campo: "Mejor es un perezoso ladrón que un perezoso peón". Un ladrón perezoso no se llevará gran cosa. Pero un peón perezoso, y una criada haragana, roban día a día. Son descuidados en sus obligaciones, y no obstante quieren ser cristianos. ¿Un cristiano quieres ser? ¡Un diablo, esto es lo que eres, un ladrón in fraganti! Lo que un ladrón hace al hurtar, esto mismo haces tú al trabajar con tanta pereza. Por eso es mejor un ladrón haragana que una criada haragana.

Es obligación de las autoridades castigar a los malos. Ésta es la función que Dios asignó a la autoridad secular; ella lleva la espada (Romanos 13:4) y corta la cabeza, sin miramientos, a los que hacen lo malo. Igualmente, es obligación del patrón de la casa castigar a la servidumbre si ésta se muestra desobe-

¹⁷ Habían sido incorporadas en el Imperio Romano.

diente. Pues así lo ha dispuesto Dios. Son unos tontos los que llaman “sediciosos” a los que predicán acerca del nuevo rey y su reino; porque si ven vuestra obediencia y lealtad, tendrán que callarse la boca. Cumpla por lo tanto cada uno con sus obligaciones; de esta manera contribuirá a aumentar el prestigio de la palabra de Dios, y quitará al mundo el motivo para decir que los cristianos somos sediciosos.

Al someterse a las instituciones humanas, los cristianos lo hacen espontáneamente.

“Vosotros sois libres”, dice el apóstol (v. 16); libres del diablo, de la muerte, del infierno, de los pecados, de la idolatría, de tradiciones humanas¹⁸. Pero esta libertad no debéis interpretarla en el sentido de que ahora podáis decir: “¿Qué me importa mi patrón y mi patrona?” Esa no es la liberación de que habla el apóstol; ser desobediente y perjudicar a otros es algo que no vale entre cristianos. Pues una libertad entendida en esta forma es “un pretexto para hacer lo malo” y un velo para encubrir acciones vergonzosas. Tú me dirás: “Si soy libre del pecado y de la muerte, ¿por qué no habría de ser libre también del emperador y de mi amo?” No, amigo mío; Dios no tiene el propósito de destruir la institución humana, sino de sustentarla: él quiere que sirvas a tus autoridades con tu persona y con tu vida, para que puedan ser protegidos los buenos y castigados los malos. Demos pues a todo nuestro servir el carácter de un servir a Dios, es decir: sirvamos por causa del Señor, no por causa del turco ni por causa de Carlos V, sino porque a Dios le agrada si sirvo con fidelidad. Entonces, al proceder de este modo, no sirvo al rey sino a Dios. Vosotros sois siervos y criados de Dios. Todo cuanto hacéis para vuestro patrón humano, lo hacéis para Dios que os ruega y amonesta.

“Honrad a todos”, no sólo a los reyes, sino también a vuestro prójimo; y ante todo, “sed constantes en el amor a los hermanos”. Si así haces, ello es señal de que temes a Dios, y él a su vez te honrará.

El apóstol termina su enseñanza diciendo: Una cosa más haced: “Temed a Dios, honrad al rey” — al rey, no a sus pretensiones idólatras. Esta advertencia la agrega por causa de Cristo, el cual derramó su sangre para que sirvamos a Dios, que tiene la potestad suprema sobre nosotros.

¹⁸ “Tradiciones” en el sentido de Mt. 15:2 y Mr. 7:3, disposiciones humanas, adicionales y a menudo contrarias a las leyes divinas.

que estamos en un frente de batalla. Si ya hoy día tenemos una piedra, digo: un espíritu turbulento⁷ en el camino — o si hemos apartado del camino a dos de ellos, — mañana seguramente vendrán cuatro a ocupar el lugar de aquéllos, porque como ya dije, el diablo es el rey de la confusión, que mezcla la palabra divina con la humana, y lo hace con tanta sutileza que los más de los hombres caen en su trampa. Por más que insistamos en la imperiosa necesidad de mantener esa distinción — a la mayoría de la gente no les entra en la cabeza. No obstante: debe hacerse una distinción entre lo celestial y lo terrenal, entre lo espiritual y lo material. Dios es el Creador del cielo y de la tierra, que asignó su propia y particular jurisdicción tanto al cielo como a la tierra. “Los cielos son del Señor del cielo”, dice la Escritura⁸. Se ve que los profetas supieron observar esta diferencia. “Yo también lo sé hacer”, dice el hombre de mente carnal. Pero si tiene que demostrarlo en la práctica, pone al descubierto su ignorancia y confunde lo celestial con lo terrenal. Cuando digo: “Los cielos son del Señor del cielo”, no me refiero al cielo como lugar distinto de la tierra, sino al régimen que tiene que ver con lo espiritual, celestial. Y tal como el cielo es un ámbito peculiar con su propio régimen, así lo es también la tierra. No podemos impedir que los hombres mezclen lo uno con lo otro; en cambio, lo que podemos y debemos hacer es luchar contra esa tendencia, y servir a Dios que creó el cielo y la tierra, a despecho del diablo, el rey de la confusión, y que quiere que haya un orden firme: aquí el cielo, lo espiritual, celestial, allí la tierra, lo carnal, terrenal.

Confundir el espíritu con la letra es característica de los impíos.

En este sentido, y sobre esta base teológica, el Salmo comienza diciendo: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado”, el varón que no habita en esa Babilonia llena de confusiones. Hay dos tipos de enseñanza, destaca el Salmo: la de los impíos, que mezclan la doctrina divina con la humana, y la otra que las mantiene separadas. Y esta última es la correcta. Aquellos otros empero, los que hacen la mezcla, son los “malos”, los “pecadores”, los “escarnecedores”. Enseñan una justicia basada en la ley o en la caridad y en las propias obras, como lo hacen los monjes y

⁷ En alemán *Schwärmer*, iluso, hombre con ideas confusas y fantásticas especialmente en el terreno de lo religioso.

⁸ Comp. Dt. 10:14.

demás partidarios del papado. Pero, dice el Salmo, hay un solo maestro de la ley del Señor que la explica correcta y apropiadamente, y este maestro es la doctrina divina. Lo que debéis enseñar con respecto a la primera tabla de la ley⁹ es que la fe se aferra a este Dios único, etc. Pero en lugar de esto hacéis de vuestro cumplimiento de estos mandamientos un derecho que se puede exhibir ante Dios. Por eso, por haber enseñado la ley, la caridad y las buenas obras a la manera como lo hacen los monjes, no has enseñado lo que mandó Dios, sino lo que opina el hombre; pero esto es mezclar el cielo y la tierra. Por el contrario, cada uno debe enseñar las cosas en su debido orden, y diferenciar correctamente, desde lo más importante hasta los detalles más mínimos. En Jeremías 7¹⁰, el Señor dice: “Yo os he dado la carne para alimento del cuerpo, para que reconozcáis que yo soy el que os da en abundancia todas estas cosas, y para que me deis las gracias por ello.” Pero el hombre no quiere aceptar esta interpretación, sino que dice: “Yo anduve en una cogulla monacal, me abstuve de comer carne, ¡ahora dame el reino de los cielos!” ¡Sí, el fuego del infierno te dará! Aquí no hay derecho que valga ¿Cómo dice el Señor a Jeremías? “Añadid vuestros holocaustos sobre vuestros sacrificios; porque nada les mandé a vuestros padres de sacrificios el día que los saqué de la tierra de Egipto, sino que esto les mandé: “Escuchad mi voz.” “¿Pero acaso no nos mandaste, Señor, que te presentemos sacrificios?”, replican. “Sí”, responde el Señor, “pero como tú quieres hacer de los sacrificios un camino al cielo, y quieres que por tus sacrificios yo te dé el reino celestial, no lo recibirás.” He aquí otra clara palabra en cuanto a lo que rige en el reino de los cielos; y como ésta hay muchas otras, y se insiste en ellas con frecuencia. Sin embargo, no logramos que la gente las retenga. Es que son todos unos malhechores, que mezclan la justicia que vale en el reino de Dios con la justicia de este mundo.

La palabra divina nos habla de una doble justicia que hay en este mundo: la primera, que es un profundo amor dirigido enteramente hacia el prójimo; con esta justicia, nadie se merece la vida eterna, porque nadie es capaz de producirla. La otra es una justicia pobre y débil, a saber, la de la ley; y sin embargo, dice Dios, no la desecho — vosotros en cambio os queréis respaldar en ella. Pero hay otra justicia más, diferente de las dos anteriores: Cree en Cristo mi Hijo, a quien envié para que os redimiera de los pecados y os libertara de la muerte eterna. Aquellos mezcladores en cambio, los que “andan en

⁹ Los primeros tres mandamientos del Decálogo, relacionados con la persona, el nombre y la palabra de Dios.

¹⁰ Jer. 7:21 y sigtes.

consejo de malos”, enseñan así: “El que presenta sacrificios, el que es circuncidado, el que guarda los Diez Mandamientos, el que se ejercita en la caridad y demás obras de la ley, éste es salvado.” Así enseñan los fariseos, los turcos, los judíos, los apóstoles falsos del tiempo de Pablo, Hechos 15 (v. 1), y también el papa. Aun con sus mejores logros pertenecen al “consejo de los malos” porque hacen de la justicia que vale en la tierra una justicia que tiene valor en el cielo.

No basta con poseer la Escritura; hay que interpretarla correctamente.

Los tales “están sentados en la cátedra de Moisés” (Mateo 23:2). Son capaces de dar un buen consejo, pues tienen las Sagradas Escrituras con sus excelentes enseñanzas. Pero a estas enseñanzas les agregan la exhortación: “Si vives en conformidad con ellas, serás salvo”. Y esto significa predicar la ley de Dios incorrectamente. Lo que enseñan es en sí correcto, pero la forma como lo interpretan es falsa, como en el caso de aquel fariseo que, puesto en pie en el templo, oraba consigo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres” (Lucas 18:11). Mediante la interpretación es muy fácil engañar a los demás. El texto es el mismo, y uno solo es su significado. Se lo puede explicar correctamente, pero también se puede dar una explicación que induce al error. A los que hacen esto último, Cristo los llama hipócritas. No sólo viven conforme al mal consejo y la interpretación falsa y persisten en ello persiguiendo a muerte a quienes no comparten su error, sino que incluso enseñan dicha interpretación a los demás y le dan la más amplia difusión. Este es el grado máximo de la impiedad, cuando uno no sólo se condena a sí mismo por la forma en que anda y por el camino en que está, sino cuando además, cual peste, contagia a otros. “En la silla de los escarnecedores”¹¹ está sentado aquel que da consejos y orientaciones falsos. Si una persona tal llega a ocupar una posición influyente, resulta ser una verdadera peste. Por cierto, ninguna enfermedad es tan nociva como un predicador de este tipo: como una peste asola un país, así el que predica falsedades asola a la iglesia entera. En este sentido, el papa y los obispos son maestros “pestilentes”: sentados en la silla de los escarnecedores, se erigen en autoridad y administran una enseñanza que en primer lugar los lleva a la perdición a ellos mismos, y después también a todo el orbe. Donde debieran dar el trigo de la doc-

¹¹ La expresión del original es *Cathedra pestilentiae*, como figura también en la Vulgata; trad. “banco de la pestilencia”.

trina verdadera, dan la cizaña de sus falsas tradiciones, quiere decir: veneno en lugar de azúcar, muerte en lugar de vida.

La confusión se ha anidado en el seno de la iglesia misma. Luchemos contra ella mediante un ferviente amor a la palabra divina.

Por eso es de imaginar que David haya compuesto este Salmo en medio de profundos suspiros: “¡Ay, bienaventurado el varón...!” ¿Habrá pensado en los sacerdotes de su tiempo? Sería extraño. No se lee nada de que en su época haya abundado la idolatría, ya que él mismo había organizado el culto a Dios de una manera bellísima. Por esto sería asombroso que sus palabras revelaran experiencias propias hechas con falsos sacerdotes. En cambio, no le habrá ido a David mejor que a Moisés quien dice en su cántico, Deuteronomio 32 (v. 15 y sigs.), que el pueblo “abandonó al Dios que los hizo, y menospreció la Roca de su salvación”. Justamente lo contrario afirma Balaam¹². Esteban empero, citando al profeta Amós, exclama: “Llevasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Renfán, figuras que os hicisteis para adorarlas. Os transportaré, pues, más allá de Babilonia”, Hechos 7 (v. 43). Esta contradicción sin embargo es sólo aparente; queda solucionada si aplicamos el recurso de tomar una parte por el todo: la iglesia en sí es santa, aunque en su seno se halle también, mezclada con los fieles, esa gavilla de inicuos. ¡No nos entreguemos al ocio, pues! Ahorremos el reposo para la otra vida, y mientras estemos aquí en la tierra, luchemos para que no andemos también nosotros en consejo de los malos ni estemos en camino de pecadores ni nos sentemos en silla de escarnecedores. Aunque sean pocos los que nos oyen, algún puñado del gran montón lograremos rescatar.

¡Oh Señor Dios, cuán grande cosa es una iglesia en la cual se practica correctamente la distinción entre doctrina falsa y doctrina sana! ¿Cuál es esta iglesia? Es la que posee la doctrina verdadera; es “el hombre bienaventurado que no anduvo en consejo de malos”; son aquellos “cuya delicia está en la ley del Señor” (v. 2). Los hipócritas dicen: “¿Acaso no tenemos también nosotros nuestro deleite en ella? ¿No la enseñamos con toda seriedad y gran deleite?” ¡Ah, si no fuera por la reputación ante los hombres, ellos despotricarían contra la doctrina falsa aun más que nosotros! Estos son los escarnecedores, que se

¹² Balaam, adivino (¿o profeta?) contratado por Balac, rey de Moab, para maldecir a Israel; contrariando la orden recibida profetizó acerca del presente y futuro glorioso del pueblo escogido, “libre de iniquidad”. Comp. Nm. cap. 23:7-10; 18-24; cap. 24:3-9; 15-19.

dan la apariencia de que su delicia está en la ley del Señor. Esos impíos tienen enseñanzas correctas¹³, pero su corazón está lleno de avaricia y sed de gloria, y no buscan más que su propio provecho. Y conste que Jesús no habla de los fariseos aferrados sólo a tradiciones, sino de los mejores de entre ellos, como nosotros podríamos referirnos a la época de Gregorio¹⁴, cuando los papas aún eran personas piadosas. En cambio, lo que es preciso es que ames la palabra de Dios de todo corazón, que te aferres a ella sola, que la separes de otra palabra cualquiera, que tu delicia esté en ella. En continua meditación en la palabra verdadera y pura debes poner tu atención en la vida y salvación genuinas y ni por un momento depositar tu confianza en otra cosa, es decir, en las obras de justificación recomendadas por los que predicán la ley falsamente. Ni cogullas ni tonsuras, ni la circuncisión ni los sacrificios tienen que ver lo más mínimo con el reino de Dios. Si pudiéramos ponernos de acuerdo con el emperador en el sentido de que él hiciera una distinción entre la palabra de Dios y su propia palabra, tendríamos el juego ganado. Así es como lo hacemos nosotros: contribuimos a consolidar el gobierno civil y otras instituciones de esta naturaleza, no para que sigan a nuestra palabra humana, sino a la palabra de Dios. Pero el emperador y su corte de justicia quieren juzgarnos como a herejes a base del derecho civil y sus decretos. Sin embargo, tal juicio habría que hacerlo únicamente a base de la ley del Señor. La ley civil nada tiene que ver con el reino de los cielos, si no quiere atenerse a la palabra divina. Mas así es como proceden ellos: "iglesia verdadera" y "herejes" han de ser no los que nosotros denominamos así a base de la palabra divina, sino los que lo son a los ojos de ellos. De esta manera, nosotros llevamos las de perder. ¿Por qué no se aplica en cada caso la ley pertinente? Si yo le dijera al emperador: "El que te corta la cabeza, no es de ninguna manera un hombre sedicioso", seguramente me replicaría: "Esto lo dice el diablo que tú tienes en tu cuerpo." ¿Qué diablo es entonces el que os hace invadir el ámbito del régimen espiritual y tildar a una persona de hereje simplemente porque así se os antoja? En fin, no se podrá mantener una correcta discriminación de atribuciones a menos que se observe la norma de que la ley del Señor es *una* cosa, y la ley de los hombres otra. Por esto es preciso ver qué enseña Dios respecto del reino de los cielos, y qué respecto del reino de este mundo.

¹³ Evidentemente una referencia a los escribas y fariseos de Mt. 23:2, que "se sientan en la cátedra de Moisés".

¹⁴ Gregorio Magno, papa de 590 a 604, una de las personalidades más destacadas en la lista de los pontífices romanos. Fue el primero en titularse "*servus servorum Christi*".

Dios quiere p.ej. que obedezcas a los padres y superiores. ¡Pero no trates de arrebatarle el reino de los cielos mediante tu obediencia! Los mandamientos de la primera tabla conciernen al reino de los cielos, los de la segunda tabla¹⁵ al reino de la tierra — y no obstante se los confunde y se los mezcla. Por esto, cristianos, poned empeño en aprender de las Sagradas Escrituras qué nos dice la primera tabla y qué la segunda; entonces, una vez que hayáis aprendido a hacer la correcta separación y definición, lo de la ley de Dios y la ley del mundo se resolverá por sí solo.

- II. (Segundo sermón) Salmo 1:3-6. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará. No así los malos, que son como el tamo que arrebatara el viento. Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque el Señor conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá.

La palabra de Dios produce una separación de los espíritus. Los malos no permanecen, pero los que se aferran a la palabra de Dios recibirán siempre nuevas fuerzas.

... Y entonces, dice el Salmo, seréis “como árbol plantado junto a corrientes de aguas”. El justo tiene a su disposición una corriente de agua viva que refresca sus raíces y en la misma medida también sus hojas, a saber: el Espíritu Santo. Allí donde está el Espíritu Santo con sus dones, surgen también las palabras y las obras, alegre y lozanamente, y surge una larga paciencia en los días aciagos, como dice Pablo en Romanos 5 (v. 3): “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia”. Un árbol plantado junto a corrientes de aguas no teme el sol ni en lo más ardoroso del calor estival. Cuanto más aprieta el sol, tanto más absorbe él el agua y se refresca con ella. De la misma manera, el corazón que se aferra estrechamente a la palabra de Dios cobra tanto más valor cuanto más arrecian las aflicciones y tentaciones. Cuanto más se lo oprime, tanto más se eleva a las alturas.

“No así los malos, que son como el tamo que arrebatara el viento. Por lo tanto, no permanecen”¹⁶. Cuando se predica la

¹⁵ Los mandamientos del Decálogo a partir del 4º, “Honra a tu padre y a tu madre”, etc., que hablan del amor al prójimo. Véase también Nota 9.

¹⁶ Sal. 1:5 en la trad. al alemán hecha por Lutero: *Darum bleiben die Gottlosen nicht im Gericht...*, “Por eso los malos no permanecen en pie en el juicio...”

palabra de Dios, se produce una separación entre los hombres. Así fue en tiempos de Cristo: los fariseos y saduceos huían la presencia del Señor y se negaban a aceptar su palabra, y no sólo esto, sino que persiguieron y mataron a Cristo y a los apóstoles. Y aún hoy vemos que la predicación de la palabra divina trae como consecuencia que los espíritus se separen por sí solos. Los unos no “permanecen” en la diferenciación entre palabra de Dios y palabra de hombres. El deseo de los corazones impíos va hacia *un lado*, y a la palabra de Dios la dejan en otro lado. No permanecen sentados en la silla de la doctrina salutífera, sino que se sientan en la “silla de los escarnecedores” y hasta obligan a otros a permanecer en la impiedad. Nosotros no ahuyentamos a nadie de nuestras iglesias; antes bien, nuestro deseo es que todos permanezcan en nuestra doctrina. Pero aquéllos no tienen el Espíritu Santo. Si se les predica el evangelio nuevo¹⁷, los arrebatara el viento, es decir, el diablo. No están, pues, en la “congregación de los justos”: por su doctrina impía, contraria a la palabra de Dios, ellos mismos se han separado de la iglesia. Por eso no pueden permanecer en pie cuando sobrevenga el juicio.

Esto es, al fin, nuestro consuelo: “El Señor conoce el camino de los justos”. Quien predica la palabra divina sin adulteraciones, y esta palabra sola, sin dirigir sus deseos hacia el consejo de malos, ni hallar su deleite en él, goza del beneplácito de Dios, aunque los malos le hagan objeto de persecuciones y blasfemias. A esto nos exhorta, pues, nuestro Salmo: a que nos empeñemos en amar la ley de Dios, entonces él quiere amarnos también a nosotros. Si aún no fuéremos capaces de creer con entera firmeza, prediquemos no obstante la ley divina, y esforcémonos por aprenderla siempre mejor. Los enemigos de Dios no tienen su beneplácito, sino todo lo contrario. Por esto, “la senda de los malos perecerá”. Quiera Dios que esto suceda cuanto antes. Amén.

¹⁷ El evangelio en su forma renovada, limpiada de los aditamentos con que los hombres lo habían adulterado y desvirtuado.

LA ESPERANZA DE LA IGLESIA

El juicio de Dios sobre el mundo.

Mateo 25:31-46.

Dios manifiesta a los cristianos su divina gloria.

Tito 2:11-14.

La promesa de Dios para la creación que gime.

Romanos 8:18-23.



EL JUICIO DE DIOS SOBRE EL MUNDO

Sermón para el 26º Domingo después de Trinidad.

Fecha: 25 de noviembre de 1537.

Texto: Mateo 25:31-46. Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis

a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

Introducción: En este Evangelio se enfoca el tema de las buenas obras.

En el calendario eclesiástico de este año figura un 26º domingo después de Trinidad. Como no existe un Evangelio propio para este día, decidí predicar sobre el pasaje de Mateo que acabo de leerles¹. A través de todo el año oís hablar siempre de nuevo acerca de la fe y de las obras, y de que somos salvados exclusivamente por la pasión de Cristo. Es que como no resulta conveniente ni posible exponer todos los puntos de la doctrina cristiana en un solo sermón, hay que repartirlos sobre la serie entera de domingos y días festivos.

El pasaje evangélico en cuestión tiene por único tema las obras, porque lo de las buenas obras también es uno de los puntos sobre los cuales es preciso predicar. Y lo que ese Evangelio dice al respecto, lo dice con pocas palabras, pero con mucha claridad. Hay otros Evangelios que hablan solamente de la fe. La verdad es que en nuestros sermones tenemos que tratar tanto el tema de la fe como el tema de las obras. Y bien, el Evangelio de hoy es una enérgica e insistente exhortación al bien obrar. Si uno no se siente incitado fuertemente por dicha exhortación, no sé qué podría incitarle.

1. *Cristo vendrá para juzgar a todos los hombres, y para apartar a los unos de los otros.*

La palabra de Cristo da certeza acerca del juicio que seguirá a la muerte.

En nuestro texto, Cristo dice que el Hijo del Hombre vendrá para el juicio. Si no se nos hubiera dado esta información, tendríamos grandes deseos de saber qué habrá después de esta vida. Ahora oímos de la boca de Cristo y tenemos ante los ojos lo que nos espera, a saber, vida eterna o muerte eterna. Nadie escapará al juicio, porque todos tendremos que pasar por la muerte. Y es cosa segura que después de la muerte, los hechos

¹ El año eclesiástico tiene un número variable (mínimo 22, máximo 27) de domingos después de Trinidad, según la fecha en que cae la Pascua de Resurrección. El sistema de perícopes adoptado por los reformadores no preveía textos epistolares ni evangélicos propios para el 26º y 27º domingo después de Trinidad. Sin embargo, el Evangelio usado hoy día en la iglesia luterana para el 26º domingo después de Trinidad es precisamente Mt. 25:31-46.

se desarrollarán en la forma que aquí se describe: vendrá el Señor, y se hará el juicio; y ante este juicio comparecerán todos los hombres, los buenos y los malos. "Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Corintios 5:10). Esto es lo que se nos ha anunciado. La muerte la vemos, el juicio no; pero estamos notificados de que todo sucederá tal como aquí se detalla.

Con toda razón, el juicio que nos espera nos infunde miedo.

En el día postrero, Cristo descenderá del cielo con grande e impresionante majestad y gloria, acompañado de todo el ejército de los ángeles; en las nubes será su asiento, y todos le verán. Nadie podrá ocultarse para huir de su rostro, sino que todos tendrán que hacerse presentes. Verdaderamente glorioso será el juicio aquel, e inefable la majestad, cuando todos los ángeles estén sentados en derredor, y Cristo en medio de ellos. Si hoy o mañana se nos apareciera siquiera un sólo ángel, no sabríamos qué hacer de puro miedo. Un ladrón y malhechor se siente sumamente molesto cuando le llevan ante un tribunal humano; se avergüenza de su hurto y de su asesinato, y a la persona que le juzga, a pesar de que ésta es un mortal como cualquier otro, le tiene una profunda aversión. Un juez no es más que un ser humano; no obstante, cualquiera se llena de horror al oír que le citan para estrados. ¡Qué será ante aquella majestad y gloria, donde vendrán no sólo tres o cuatro ángeles a juzgarnos, sino las huestes celestiales en su totalidad, y el Señor de los ángeles junto con ellos! Sería bueno que tuviéramos muy en cuenta todo esto, para que cuando llegue ese solemne momento, lo podamos enfrentar con honor y alegría.

El juicio de Cristo significa una separación radical.

"Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda." Los que reciben su asiento a la derecha de Cristo, no tienen por qué asustarse ni abrigar temores. En cambio, entre los sentados a su izquierda reinará el espanto y la desesperación. "Entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará a los unos de los otros." Todos vendrán, desde los cuatro vientos, y él les ordenará con fuerte voz: "¡Los cabritos para allá, las ovejas para acá!" Los llamados "cabritos" son los que omitieron hacer obras buenas, "ovejas" en cambio llama Jesús a los que hicieron el bien.

"Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, y a los de la izquierda: Apartaos de mí." Aquí se nos describe cómo será el procedimiento que Cristo empleará en el juicio final, y cuál

será la sentencia. “Apártate, vete al castigo eterno, tú que hiciste lo malo; vosotros empero que hicisteis lo bueno, entrad en la vida eterna. Pues lo que hicisteis, a mí lo hicisteis. Vosotros en cambio, los que estáis a mi izquierda, a vosotros os digo: Lo que omitisteis, en perjuicio mío lo omitisteis.” Mas todo este procedimiento, también las réplicas de los buenos y de los malos, será cosa de un solo momento; pues en aquel día serán revelados los corazones de todos los hombres². Aquí se predicán y se explican estos acontecimientos; allá se hará pública la sentencia.

2. *Los elementos de juicio de Cristo serán las obras de misericordia.*

Estas obras tienen para él un carácter ejemplificador.

Podríamos preguntarnos por qué Cristo menciona precisamente estas 6 obras de misericordia y las otras 6 que son frutos de un corazón inmisericorde. Pues en última instancia, todas ellas están dentro de lo que se nos prescribe en el 5º Mandamiento. “No matar”, “no enojarse contra el hermano” significa, conforme a la explicación de Cristo³: “Ayuda a tu prójimo con toda amabilidad, con hechos y con buenos consejos; si tu enemigo tuviere sed, dale de beber; si uno necesita una túnica, dale también la capa⁴. Si no lo haces a él, tampoco a mí lo hiciste.” El ser bondadosos y misericordiosos unos con otros, y en especial para con aquellos que nos dieron ocasión para airarnos, — todo esto son obras prescritas en el 5º Mandamiento. Podríamos llamar “obras de misericordia” también el dar a la mujer, a los hijos y a la criada de nuestro prójimo el honor que les corresponde, el no robarle sus bienes. El hecho es que Cristo menciona la misericordia, y las 6 obras relacionadas con ella, sólo como un ejemplo. En su enumeración faltan las obras requeridas por el 1º, 2º, 3º y 4º Mandamiento, tampoco hace referencia al 6º Mandamiento que condena a los fornicarios y adúlteros y toda impudicia. Además, hay otro pasaje en el Evangelio según San Mateo donde el Señor usa expresiones mucho más severas, asegurando que en el día del juicio los hombres tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan hablado⁵. Otros puntos pasados por alto son: la disciplina a que debemos someter nuestro cuerpo, así como también la oración y el oír la palabra de Dios de que se habla en el 2º Mandamiento. El único mandamiento que se toca es el 5º, y aun de éste no se especifican más que

² Comp. Lc. 2:35.

³ Comp. Mt. 5:21, 22.

⁴ Comp. Ro. 12:20; Mt. 5:40.

⁵ Mt. 12:36.

unas cuantas obras; las relacionadas con el 7º, 8º, 9º y 10º Mandamiento no aparecen para nada en esta lista.

En cuanto a obras de misericordia, los evangélicos quedan bastante mal parados.

¿Por qué será que Cristo emite un juicio tan severo en cuanto a obras que hacen también los turcos y los gentiles? Un turco trata al otro como si fuera su hermano; si uno cae prisionero y otro tiene algo que comer, sin más lo comparte con el necesitado. No cabe duda: todas estas obras mencionadas aquí por Cristo, los turcos las practican con más asiduidad que nosotros. También los griegos y los romanos por su parte crearon fondos para socorrer a los indigentes. ¿Por qué Cristo habla con palabras tan elogiosas de tales obras? Tal vez quiera decir con ello que después de la revelación del evangelio⁶, los cristianos se están tornando peores de lo que eran antes los paganos. En verdad, mucho me temo que sea ésta su opinión. ¿No había dicho Jesús ya en una oportunidad anterior, en el mismo Evangelio según San Mateo (19:30): “Muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros”? Lo mismo hay que decir también ahora: los que debieran ser los mejores, serán los peores. La gente es hoy más mala, menos dadivosa y menos misericordiosa que antes. Bajo el papado, y en tiempos en que se practicaba un culto falso, hubo más disposición para las obras de caridad que actualmente. En el papado había que hacer fuertes donaciones para la edificación de templos y conventos. Asimismo, se podía recurrir confiadamente a cualquier príncipe en Alemania: allí se recibía de beber, de comer, y muchas cosas más. Pero hoy día, lo único que saben es desollarlo a uno, y arañar cuanto dinero puedan; cada cual hace como si el otro fuera su enemigo. ¡Y esto sucede después de que el evangelio ha salido nuevamente a la luz! Fíjate en toda esa gente, y luego dime: ¿dónde hay una ciudad que hace los esfuerzos suficientes como para reunir el dinero que demanda la mantención del pastor, de su ayudante, y de la escuela? Si las ciudades y aldeas no tuvieran algunos fondos de reserva de tiempos anteriores, el evangelio ya habría desaparecido. Una ciudad entera no sería capaz de dar alojamiento y mantención a un solo pastor. Pero esto no es todo: los nobles señores incluso se apoderan por la fuerza de los bienes de la iglesia, de modo que no nos queda con qué pagar a los predicadores y maestros⁷. Resulta pues que ahora, con el evangelio

⁶ La “revelación del evangelio” en que piensa Lutero será ante todo el redescubrimiento del evangelio en tiempos de la Reforma. Para gran pesar y decepción de Lutero, la transformación de los corazones que él esperaba, no se produjo.

⁷ Respecto de los “bienes de la iglesia y el modo de pagar a los pre-

nuevamente a su alcance, los hombres son peores que antes. Tan vergonzoso es el comportamiento de la gente, tan inmisericordes son, que hasta parece que quisieran matar de hambre al evangelio. ¡Saca la cuenta, si quieres, de lo que se aporta aquí en Wittenberg! Vosotros, sí, vosotros pertenecéis a los que no quieren dar de comer a Cristo; quiere decir, no sustentáis a vuestros predicadores, estudiantes y mendigos. ¿Qué le responderéis a Cristo en el postrer día? ¿Acaso no oísteis sus palabras: “Tuve sed, y no me disteis de beber”⁸? Mas lo que no hiciste a los que necesitaban tu ayuda, tampoco a Cristo lo hiciste. Y si entonces quieres responderle a Cristo diciendo: “Señor, no te vi” — ¡al diablo con esta desvergonzada excusa! ¿No hubo aquí predicadores que os enseñaron y explicaron la palabra de Dios con toda claridad?

A los cristianos incompasivos los alcanzará el riguroso juicio de Cristo.

Y conste que no soy yo el iniciador de todo esto⁸; lo traje consigo el desarrollo de los acontecimientos. Por eso, los mejores príncipes en tiempos anteriores fueron aquellos que fundaron parroquias, escuelas y hospitales para los enfermos. Así fue en los primeros años de la iglesia, como leemos en el libro de los Hechos⁹. Y la misma práctica se siguió también más tarde: que la congregación debe mantener a los que están a su servicio. Pero en la actualidad, esta práctica ya no da resultado. De ahí que si de nosotros dependiera, el evangelio ya habría vuelto a desaparecer. Si aquellos que ahora yacen en los sepulcros, no hubiesen echado las bases, hoy día no tendríamos ni parroquias ni escuelas ni nada. Con su sórdida avaricia, los campesinos y los nobles habrían acabado con el evangelio ya hace mucho. Si no fuera por la intervención del príncipe¹⁰, no sólo ya habríamos perecido de hambre, sino que incluso habríamos sido asesinados por los campesinos, los nobles y los habitan-

dicadores y maestros” resulta muy interesante leer el *Reglamento para una caja comunitaria*, publicado en 1523 (Obras de Lutero, Ed. Aurora, Bs. As., tomo VII, pág. 111).

⁸ Lutero rechaza la acusación bastante común de que la predicación del evangelio tal como la practicaban los reformadores, fue la causa del relajamiento de la moral *civil*, etcétera: el factor disolvente fue el hecho de que la “libertad del cristiano” promulgada por Lutero (comp. Obras de Lutero, Ed. Paidós, Bs. As., tomo I, pág. 149 y sigtes.) fue interpretada por muchos como invitación al libertinaje.

⁹ P. ej. Hch. 2:45.

¹⁰ Juan Federico el Magnánimo, príncipe elector de Sajonia desde 1525 hasta 1547. Consolidó la iglesia luterana territorial en Sajonia, pres-
tó su decidido apoyo a la universidad de Wittenberg, y fundó la de Jena.

tes de la ciudad. Y eso que la gente de hoy ya no es tan pobre como la de antes; prueba de ello es el hecho de que en la actualidad es prácticamente imposible conseguir mano de obra. Esto lo digo por cuanto todas estas cosas son obras de la misericordia exigida por Cristo, y por cuanto en el postrer día, los cristianos seremos hallados, en lo que a tales obras se refiere, en condiciones muy inferiores a las de aquella gente, a pesar de que fue su idolatría lo que los impulsó a hacer más que nosotros. Por otra parte, si son condenados los que omitieron hacer dichas obras de misericordia — ¿dónde quedarán aquellos otros que conscientemente obligan a los hermanos de Cristo a padecer hambre, los arrojan a la cárcel, y los matan? ¹¹ Con toda seguridad, Cristo no habrá olvidado a esos asesinos. Pues si tienen que sufrir la sentencia condenatoria los que no hicieron obras de misericordia: ¿qué decir de los que arrebataron a la iglesia lo que los emperadores y reyes le han donado? Así, en efecto, lo hacen los obispos, los abades y canónigos: disipan el patrimonio de la iglesia con sus comilonas y sus juegos, y matan a la gente; entre tanto, los templos se hallan en un estado de lamentable abandono, y el pueblo cristiano se ve privado del evangelio. Si nosotros, que no damos ni ayudamos en la medida como debiéramos, somos condenados, ¡a cuánto mayor profundidad del infierno serán arrojados los que arrebatan el pan a aquellos a quienes la iglesia debiera proveer el alimento! Tan horrendo es esto, que alguno de esos obispos o monjes rapaces debieran preferir haber muerto en el seno de su madre, o haberse ahogado la primera vez que le bañaron. Son todos unos asaltantes, no de los ricachones, sino de los pobres, a quienes les quitan la última camisa y les sacan el bocado de entre los dientes, a saber, a las pobres iglesias parroquiales, a las escuelas y los hospitales. Ladrones patentes son, a quienes habría que desterrarlos al último confín de la tierra. No es necesario que preguntes si vale la pena estar bajo el papa; míralos a ellos: viven en la mayor tranquilidad, y como si esto no fuera suficiente, cometen asaltos y robos, les quitan a los pobres el pan cotidiano y se entregan a todos los lujos y placeres. Estos ejemplares son en verdad horribles: tienen la muerte ante sus ojos, el juicio ya los está esperando, y todo sucederá tal como el Evangelio nos lo describe. En ese Evangelio, Cristo nos muestra que si los cristianos, habiendo recibido la gracia, procedemos como los perros y los puercos mencionados en 2 Pedro

¹¹ Después de haber denunciado el fracaso de los círculos evangélicos frente a las necesidades materiales de la incipiente iglesia de la Reforma, Lutero se dirige ahora con su crítica contra la persecución de los predicadores evangélicos por parte de los adherentes a la iglesia tradicional, y también contra el abuso que muchos jerarcas de la iglesia cometían con el patrimonio eclesiástico.

(2:20-22), los cuales, después de lavados, se vuelven a revolcar en el cieno, somos en realidad mucho peores que los gentiles. Un cristiano, cuando comienza a ser cristiano, es un "primero"; pero en el momento menos pensado puede convertirse en "último", en "puerco". Y a la inversa, "los postreros serán los primeros", es decir, aquellos de quienes no se lo esperaba, se hacen cristianos.

3. *Precisamente de los cristianos, Cristo puede esperar obras de misericordia.*

Siguiendo el ejemplo de Cristo, los cristianos deben ser misericordiosos.

En segundo lugar: el motivo por qué Cristo menciona aquí obras de piedad y de impiedad relacionadas con el 5º Mandamiento, es el hecho de que los cristianos *hemos recibido misericordia*. Pues nuestro amado Señor Jesucristo nos ha redimido de la ira divina, del pecado también contra el 5º Mandamiento, y de la muerte eterna. En efecto: somos ahora objeto de la misericordia. La ira eterna de Dios ha sido aplacada por Cristo. Gracias a él, el Padre tiene para con nosotros pensamientos de amor y bondad, nos hace mil favores y nos colma de bienes espirituales y corporales. Ya que Cristo calma la ira del Padre y nos granjea su favor, justo es que sigamos este ejemplo. Cristo obró nuestra salvación; pero además de esto, también ha querido darnos un ejemplo. Si su bondad es tan grande que le impulsó a agotar todos los recursos para darnos un alimento que nos deja satisfechos por siempre jamás, ello debe impulsarme a mí a no seguir pecando contra el 5º Mandamiento, sino a mostrar misericordia, afabilidad, amor y bondad, de modo que el móvil para mi actuar debe ser no sólo el temor al juicio que sobrevendrá, sino en medida mayor aún el ejemplo de Cristo. Es verdad: la mayoría de la gente va de mal en peor; no obstante, siempre habrá algunos en quienes el buen ejemplo tuyo surtirá efecto. No todos van por el camino del constante deterioro. Un cierto número está entre los "primeros" y permanecerá también en este grupo; pues Cristo habla de dos partidos. Trata tú de estar en el grupo a su derecha; entonces puedes esperar la llegada del día postrero con ánimo alegre. No tienes por qué temer la sentencia del Señor, ya que estás a su lado derecho, esperando su juicio favorable. Por lo tanto: ¡si quieres prepararte para la vida venidera, empieza ahora, sigue ya ahora el ejemplo de Cristo! Mas si eres un cristiano malo, escaparás al juicio tan poco como escapará el gentil malo. El buen cristiano empero suspira por el advenimiento del Cristo rodeado de su gloria para

aquel juicio glorioso, para poder oír de su boca la invitación: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

Los cristianos aguardan el juicio con alegría.

Este juicio lo esperamos con corazones ansiosos. En primer lugar, porque tenemos que habérmolas constantemente con nuestro adversario el diablo que nos oprime. En segundo lugar nos oprime nuestra propia carne que no quiere tolerar que creamos en Dios. Además nos oprimen también los gobiernos tiránicos, los obispos, luego los vecinos del campo y de la ciudad, y los nobles. Tan grande es la miseria y el malestar que tenemos ante los ojos a diario, que no podemos menos que cansarnos y exclamar: "¡Señor, ven y libéranos!" Por ende, es seguro que no faltarán personas que obtendrán esta gracia; éstas, que ahora padecen tribulaciones, esperarán aquel día con gozo y buena conciencia. Y estas mismas personas serán halladas también como creyentes verdaderos; y siendo tales, harán también aquellas obras de misericordia. Pues el que cree que por Cristo ha sido liberado de la ira divina, comparte con gusto sus bienes con otros, y tiene un corazón bondadoso incluso para con sus adversarios, de modo que si los ve padecer hambre y sed, no titubea en socorrerlos en todo lo que pueda. El que responde a este cuadro, el que nota en sí mismo las señales de la fe en Cristo, el que es hallado en esta senda, el tal se llene de gozo; pues a él le espera la gozosa sentencia: "Ven a mí; tú eres uno de estos mis hermanos más pequeños, tú has tenido sed por causa mía, o has hecho un bien a otros, y te has ejercitado en obras de caridad; tú eres un cristiano genuino."

Los demás, los que quieren ignorar el juicio, tienen sobrados motivos para temerlo.

Para esto, el Hijo del Hombre vendrá acompañado de todos los santos ángeles; pero también para juzgar a los que se comportan con altanería como si para ellos no existiera la muerte. Si creyeran y pensaran que algún día habrán de morir como todos los demás, se cuidarían muy bien de hacer aun el más insignificante mal, y no cometerían adulterio. Tan ciega y tan empedernida es la carne: ven que todos los hombres de épocas anteriores han muerto, y sin embargo cierran sus ojos ante esta realidad para no ver lo que *tienen* que ver. Además, un hombre tal oye que tiene que comparecer ante el tribunal de Cristo y recibir su sentencia por no haber hecho lo que se manda aquí en nuestro Evangelio, sino justamente lo contra-

rio: Si tiene un enemigo, no descansa hasta haberse vengado en él. Más aún: si su amigo tiene hambre, esto no le conmueve en lo más mínimo, sino que si le puede infligir algún daño, lo hace. ¿No te importa nada la muerte ni el tribunal ante el cual tendrás que comparecer? Pues bien: allá ya está dictada tu sentencia: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber". Imagínate el momento en que resucites de entre los muertos y levantes la tapa de tu ataúd: entonces verás que tienes motivos más que suficientes para asustarte aun ante el juicio más benigno, y desearás que no venga jamás el Juez aquel que tiene la potestad para dictar esta sentencia. Entonces quedarás cubierto de vergüenza ante los ojos de todos, como el hombre que no hace las obras de misericordia y no obstante se viene con excusas tardías. Un hombre tal tiene de cristiano nada más que el nombre, y se ha convertido de uno de los "primeros" en uno de los "últimos"¹².

En vista del juicio de Cristo urge orar y velar.

Los otros en cambio recibirán una sentencia que sonará dulcemente en sus oídos: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, etcétera". Aquí en esta vida terrenal tienen que padecer opresión y diversas otras contrariedades. Y aun en momentos en que no los afecta ningún dolor en particular, sienten no obstante en su corazón la malicia del diablo y de los muchos tiranos que hay en el mundo. Hartos de todo ello, su anhelo cotidiano es ver aquel día postrero. Los otros en cambio, los "malditos", anhelan justamente lo contrario: que este día tarde lo más posible en llegar, para que ellos puedan seguir dedicándose a la vida disoluta, a la violencia, al robo. Pero aquí se te dice: tú, como cualquier otro, tienes delante de ti la muerte y el juicio. La muerte te muestra su rostro amenazante y te impedirá continuar con tus fechorías; el juicio te dará la recompensa merecida por las maldades que cometiste. Y esto no es un invento nuestro; son palabras del Señor. Allí ya no habrá escapatoria; indefectiblemente tendrás que presentarte ante Dios, sus ángeles y todos los santos. Por lo tanto vuélvete de la dureza de tu corazón, acepta con fe la palabra de tu Dios, eleva a él tu voz en oración sincera, y aprende a ser bondadoso, misericordioso y afable para con tu prójimo. Y empieza con ello ahora mismo que todavía tienes tiempo, para que en aquel

¹² Comp. Mt. 19:30.

día seas hallado entre los que están a la derecha del Señor. En Lucas 21 (v. 34, 35) leemos: “Mirad por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra”. En vista de que todo esto sucederá inexorablemente, es preciso que oréis y veléis para que podáis comparecer ante el Hijo del Hombre. Actúemos de una manera tal que en aquel día tengamos un corazón alegre, libre de aprensiones; porque de todos modos, no podremos eludir el encuentro con nuestro Juez. Hagamos pues obras buenas y oremos, para que podamos aguardar su juicio confiadamente, y para que puedas oír de su boca las palabras: “Tú perteneces a los que están a mi derecha”.

4. *Sólo las obras verdaderamente buenas tienen validez ante el juicio de Cristo.*

“Buenas” son las obras hechas en bien de Cristo y de los suyos.

Pero ¿qué obras son buenas? También esto lo enseña Cristo en nuestro Evangelio. Él quiere que se haga una diferencia entre las obras verdaderamente buenas, y las obras de los turcos y los gentiles. Obras buenas, conforme a la interpretación de Cristo, son las que se hacen “a él”. Ahí es donde los impíos quieren que se los excuse por el hecho de que ellos no tuvieron la oportunidad de ver al Señor. Pero él aplica el 5º Mandamiento a su propia persona y dice: “A los pobres siempre los tendréis con vosotros” (Juan 12:8), y “lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. Esto se valorará como la obra más grande: si hacemos un bien a un “hermano de Cristo”, es decir, a un cristiano. Y a la inversa, la obra más detestable será hacer un mal a un cristiano, como es costumbre entre nuestros obispos, nobles, ciudadanos y campesinos, culpables no sólo por no dar de comer a los pobres y a los predicadores, sino también por arrebatar a la iglesia lo que otros han aportado para el sostén de la misma. Por eso, si en aquel día quieres estar a la derecha de Cristo, tienes que pertenecer a los que parten su pan con el pobre y contribuyen en el nombre de Cristo al mantenimiento de la parroquia y de la escuela. El párroco y el maestro no ejercen cargos pertenecientes a la autoridad secular¹³. Por esto tampoco poseen bienes propios. Si nadie se muestra dispuesto a darles el sustento, por amor de Dios y de Cristo, carecen totalmente de recursos. Ellos no

¹³ Lutero siempre se opuso a que se recurriera a las autoridades y leyes seculares para satisfacer las necesidades de la iglesia.

tienen que ver con el régimen secular ni con negocios terrenales; más aún: si se meten en tales negocios, se ponen al margen del régimen espiritual.¹⁴ Tan preciosa obra es el dar algo a uno de estos humildes servidores de Cristo, que el Señor no tiene reparos en declarar: "El que da de comer o de beber a uno de ellos, me da de comer y de beber a mí mismo. Estos pobres son mis pies y mis miembros: son mis hermanos más pequeños en cuanto a bienes, son los que no poseen nada. Los demás, los que no están en esta situación, pueden mantenerse sin ayuda ajena. Pero como ellos no tienen el derecho de ocuparse en negocios terrenales, es preciso que otros les faciliten los medios para la subsistencia; y lo que se da a ellos, lo considero como dado a mí mismo." ¿Por qué los que ejercen la autoridad no reconocen esto? Porque lo consideran cosa de poca monta. Un obispo se preguntará: "¿Qué motivos hay para ponderar como asunto importante a los ojos de Dios lo mucho o poco que se da a un simple maestro de escuela?" ¡Hay motivos, y de mucho peso! Si no existieran maestros, párrocos, coadjutores y hospitales, no habría más que paganos. Sin embargo, ellos siempre tuvieron que conformarse con una remuneración ínfima. Por lo general, los predicadores y maestros son unos tristes pordioseros; por eso la mayoría de la gente no llega a comprender que es algo tan grande darles el sustento necesario; y tampoco llegan a comprender que lo dado a estos hermanos más pequeños equivale a una dádiva presentada a Cristo mismo. Tampoco yo podría ver las cosas de esta manera. Sólo Cristo las ve así; pues sin escuelas y sin el ministerio de la palabra, su reino no podría subsistir, y el mundo entero se convertiría en una Sodoma.

El que omite estas buenas obras, comete el pecado de los de Sodoma.

En cierto pasaje de su libro, el profeta Ezequiel llama a Jerusalén una "hermana de Sodoma". Dice textualmente: "He aquí que ésta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso... Y tú multiplicaste tus abominaciones más que ellas" (Ezequiel 16:49, 51). Los habitantes de Sodoma amontonaron riquezas, y en su estado de hartura se entregaron a los vicios más abominables. Por esto fueron aniquilados con azufre y

¹⁴ Lutero compara las entradas de un predicador y maestro con las de un obispo u otro individuo perteneciente a la jerarquía eclesiástica. La comparación resulta harto desfavorable para el predicador, pese a que, según frecuentes declaraciones del propio Lutero, el ministerio de la palabra está muy por encima de cualquier cargo directivo en la iglesia.

pez¹⁵. Nuestros ciudadanos y campesinos de hoy amontonan dinero, el pueblo alcanza una prosperidad siempre mayor, se llenan la barriga, beben mosto en cantidad, y del bueno, y nadie quiere dar una mano a los pobres estudiantes¹⁶. En su opulencia se hacen orgullosos y se olvidan de los indigentes; por esto tampoco se acuerdan de sus predicadores. Y si este estado de cosas se prolongara por mucho tiempo, ya no sabrían cómo vivir, ni qué hacer con su abundancia. De modo que o se avecina el postrer día, o le sobrevendrá a Alemania una catástrofe que lo trastornará y arruinará todo¹⁷. Nosotros por nuestra parte procuramos la paz; pero todo el mundo hace lo que quiere, no hay orden, no hay disciplina, a pesar de que todos tienen la muerte ante sus ojos. Por un lado, los adversarios papistas matan a los predicadores del evangelio, y entre los evangélicos los dejamos morir de hambre. Hasta tal extremo, Alemania está sumergida en pecados bochornosos, en presunción y en opulencia. A Cristo en cambio y a sus hermanos más pequeños se los desprecia; en lugar de darles el alimento necesario, se lo arrebatan.

Con su comportamiento, Alemania se acarrea un juicio terrible.

No me gusta hacer de profeta. Pero si no es el postrer día el que se acerca, de seguro que será el turco, y éste nos tratará de una manera tal que diremos: "Aquí estaba alguna vez Alemania". Y si no es el turco, es otro tirano. Ya que gozamos de tanta prosperidad material, queremos vivir a nuestro antojo, y a raíz de ello vendrá sobre nosotros el juicio de Sodoma. Aunque muchos de los papistas no sepan o no quieran saber que habrán de morir, y que habrán de ser colocados ante el tribunal de Cristo: los evangélicos sí lo sabemos, pues lo hemos oído y entendido; no obstante, nos comportamos como si no tuviéramos la menor idea de ello. Por esto digo que Alemania todavía cometerá una grandísima tontería contra nuestro Dios y Señor, y pronto la tendrá que pagar. Nuestros adversarios mismos tienen que admitir que nuestra doctrina es verdadera, y no obstante, matan a los que adhieren a ella. Y aquí, por el lado nuestro, somos desidiosos, descuidamos las obras

¹⁵ Gn. cap. 19.

¹⁶ Los estudiantes universitarios, p. ej. de Wittenberg, que estudiaban teología para desempeñarse más tarde como predicadores del evangelio. Por lo general carecían de medios y dependían de la generosidad de sus conciudadanos, un estado de cosas que Lutero conocía por sus propias experiencias de estudiante.

¹⁷ La visión de esta catástrofe tiene una base muy concreta: los ejércitos turcos en las fronteras del Imperio.

de misericordia, y sólo nos entregamos a la rapiña. ¿Y si cae sobre nosotros el turco? ¡Cuál no será entonces nuestro descalabro y nuestro lamento! Pero, amigos míos, ¿qué otra cosa podría hacer nuestro Dios y Señor? A menos que el pecado nos ocasione grave daño, no queremos renunciar a nuestras maldades. Pero tampoco queremos sufrir el merecido castigo; incluso nos oponemos al turco, enviado por Dios como azote de la cristiandad relajada. Esto significa endurecer el corazón contra las advertencias de Dios; antes de doblegarnos bajo Su mano, preferiríamos crucificar y matar a Cristo y cargar con la ira de Dios, como Caifás, quien dijo: "Nos conviene que *un* hombre muera por el pueblo" (Juan 11:50). ¡Ya se sabe cuán conveniente les resultó! Lo mismo pensaban los habitantes de Jerusalén cuando se vieron atacados por los babilonios: "¿Por qué no se elimina de una vez a ese Jeremías? Entonces ya nos libraremos del dominio babilónico"¹⁸. Los de Jerusalén andaban conforme a la carne¹⁹; por esto se desencadenó luego sobre ellos el juicio divino, de modo que de la ciudad de Jerusalén no quedó piedra sobre piedra. Por causa de todo esto, Dios tiene preparado para Alemania un juicio que caerá sobre la nación como una red. Al pensar en ello se me llena de horror el corazón. Existe entre nosotros un evidente endurecimiento de los corazones, señal de la ira extraordinaria de Dios²⁰. El juicio, pues, no ha de tardar mucho en producirse, sea que lo ejecute el turco, o sea que nos destruyamos entre nosotros mismos. En efecto: nuestros adversarios reconocen que predicamos la verdad, y no obstante nos persiguen; y nosotros mismos nos creemos muy seguros, robamos con avidez hasta los bienes que poseía la iglesia, y hacemos que el evangelio se muera de hambre. Y una vez que lo hayamos expulsado del país, ¿entonces querríamos que Dios derrote a los turcos? ¡Esto sí que no ocurrirá! Al contrario: ni bien el primer turco pise nuestro suelo, sin que nadie le hubiera llamado, todos nos daremos a la fuga. Alemania es una nación poderosa mientras el Señor nos ayude y mientras los nuestros no le pongan trabas al evangelio. Pero cuando Dios nos es adverso, se viene abajo todo nuestro coraje. Sin embargo, todo el mundo hace oídos sordos. Me temo que mi profecía se convertirá en realidad; porque los hombres son impenitentes, nadie quiere escuchar lo que dice la palabra de Dios. Por esto, el Señor acabará con Alemania. No puede tolerar que se blasfeme de su nombre y se desprecie su palabra; jamás lo ha tolerado. Esfuércese pues cada cual por retener este evan-

¹⁸ Comp. Jer. 38:4.

¹⁹ Ro. 8:1; 2 P. 2:10.

²⁰ Respecto del "endurecimiento de los corazones" como señal de la ira divina y como presagio de un juicio inminente comp. Éx. 7:3; 10:1.

gelio, para que lleguemos a estar entre la multitud de los benditos del Padre colocada a la derecha del Rey, y para que así podamos aguardar el juicio sin temor, con la esperanza segura de entrar en la vida eterna. Amén.

DIOS MANIFIESTA A LOS CRISTIANOS SU DIVINA GLORIA

Sermón perteneciente a un ciclo de exposiciones sobre la carta de San Pablo a Tito.

Fecha: sábado 19 de agosto de 1531¹.

Texto: Tito 2:11-14. La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

Introducción: Nuestro culto diario a Dios.

Nos corresponde que cada mañana tributemos a Dios el debido honor y le presentemos nuestro sacrificio, es decir, que oigamos su palabra y nos ocupemos en ella, ya sea públicamente, ya sea en nuestro hogar. Tal culto a Dios ya fue establecido en el Antiguo Testamento en la forma de sacrificios matutinos y vespertinos. A fin de presentar también en este día nuestro sacrificio a Dios, tomemos un versículo de la carta de San Pablo a Tito y oigamos lo que el Señor quiere enseñarnos por medio de su apóstol.

1. *Los que han sido bautizados, están destinados para una vida venidera. La vida presente del cristiano es un aguardar la vida eterna.*

Habéis oído en la carta a Tito que en este mundo debemos

¹ El título de este sermón en los apuntes de Rörer, 19. Aug. In Ken-

vivir “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”. Habéis oído además que en nuestra vida de cristianos debemos tener por meta “renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente”. Vuestra aspiración principal no ha de ser, pues, disfrutar de la existencia aquí en la tierra como los puercos y demás animales irracionales, no pensando en otra cosa que en llenarnos la barriga y pasar los días terrenales en la mejor forma posible. Antes bien, hemos sido llamados por Dios y adquiridos a gran precio para que nos desprendamos de la vana manera de vivir de este mundo, y entremos en un nuevo estado en que dirigimos nuestra expectación hacia una vida distinta de la actual. Éste es un arte que el cristiano debe aprender: diferenciar debidamente entre la vida actual y la otra. Pocos son, en efecto, los que esperan aquella otra vida con una certeza tal que la dan por más segura que la vida presente, y que contemplan la vida presente a través de lentes coloreados, aquella otra en cambio con ojos no enturbiados por nada. Por esto se nos dice en 1 Corintios 7 (29 y sigtes.) que “los que disfrutaban de este mundo, sean como si no lo disfrutasen; los que compran, como si no poseyesen; los que tienen esposa, sean como si no la tuviesen”. Ya que después de esta vida que vemos con nuestros ojos corporales viene otra vida, mejor que ésta, el apóstol nos hace aparecer la vida terrenal en una luz dudosa, para que no la consideremos nuestra vida verdadera y genuina, sino que sólo la miremos de reojo. Aquella otra vida en cambio, con miras a la cual hemos recibido el evangelio y el bautismo, ésta debemos esperarla, estar completamente seguros de ella, y tener los ojos puestos fijamente en ella. Si fuimos bautizados, si se nos predicó el evangelio, no fue con el propósito de que estableciésemos aquí nuestra residencia permanente. La forma de manejar mi vida terrenal me la pueden enseñar y me la enseñarán el emperador, mis padres, mis patrones, y también mi propia razón. El dueño del campo enseña al siervo cómo debe cultivarlo; la madre enseña a la hija a desempeñar los quehaceres domésticos. Todo esto está implantado en la naturaleza humana. Está claro, pues, que el evangelio habla de una vida más elevada, incomprensible a la razón humana. Por eso mismo nos ha sido dado ese evangelio.

berga, indica que fue predicado en Kemberg, pequeña ciudad cercana a Wittenberg, en ocasión de una visita que Lutero hizo a esta localidad.

La promesa de Dios es válida a pesar de nuestra mente carnal.

Quien no dirige su corazón hacia aquella otra vida, no sabe qué es la fe ni qué es el evangelio. Cree que el único objeto de su vida es comer y beber en abundancia y amontonar dinero. Pero el evangelio y el bautismo nos trasladan a otra vida que ha de ser para nosotros más cierta que la que ahora tenemos ante nuestros ojos. Ahí es, sin embargo, donde vemos nuestro infortunio y nos damos cuenta de lo terriblemente fuerte que es nuestra mente carnal y nuestra razón humana: esa mente y razón menosprecia aquella otra vida, o la pone en dudas. Raras veces el hombre se pone a pensar si después de esta vida habrá otra, y además, le tenemos miedo a la muerte, señal evidente de que no esperamos una vida venidera ni la aguardamos. Hay una gran cantidad de personas que ceden el cielo tranquilamente a Dios.

Sin embargo, yo no fui bautizado ni me llamo cristiano simplemente para ser un hombre de la ciudad o del campo, un patrón o un obrero. No, para esto no fui bautizado, sino para que sea trasladado de este estado de cosas terrenal a aquel otro estado que está en concordancia con el evangelio que nos habla de una vida donde ya no habrá hombres de la ciudad ni del campo, ni patronos ni obreros, sino donde todos serán iguales. Será una vida que ya no conocerá la muerte, en que "ya no habrá hambre ni sed ni calor", donde "los justos resplandecerán más que el sol", donde "ya no habrá muerte ni pecado"², en una palabra: una vida donde están Cristo y sus santos.

Para aquella vida futura fui bautizado. Cuando a un niño se lo saca de la pila bautismal y se le pone la camisa bautismal³, se lo destina para la vida venidera: aquí en la tierra debe ser un huésped nada más⁴ hasta que comience aquella otra vida. Por esto, Pablo enseña a los cristianos⁵ a no sumergirse demasiado en esta vida presente como los puercos que no ponen atención en lo que habrá de venir. Así piensan los hombres que no saben hacer cosa mejor que pasar sus días como si vivieran eternamente sobre esta tierra. Estos hombres, desde luego, no creen en una vida venidera; de ahí que fueron bautizados en vano, y en vano oyeron el evangelio, ya que no

² Comp. Ap. 7:16; Mt. 13:43; Ap. 21:4.

³ Con la sumersión del niño en la pila bautismal, se indicaba que su "viejo Adán", su "ser carnal", quedaba ahogado, según la promesa de Dios. Cuando el niño era sacado del agua y vestido con la camisa bautismal, según la usanza de aquel entonces, se iniciaba en él la vida nueva para la cual Dios lo había llamado.

⁴ He. 11:13.

⁵ 1 Co. 7:29 y sigtes.

creen que es verdad que después de la vida presente nos espera una vida en el más allá. A esto viene la exhortación del apóstol: “Aguardad la esperanza bienaventurada”.

2. *Pese a la muerte y la descomposición física, la vida eterna es un hecho incontrastable.*

Contra las objeciones de su razón, los cristianos confían en su bautismo.

Tenemos, pues, una “esperanza bienaventurada”. Hallaremos un tesoro que no se llama oro o riquezas, y que no consiste en esta vida terrenal, sino que es objeto de nuestra esperanza que es bienaventurada y nos hará bienaventurados. ¿Cuándo? “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste”. Entre tanto empero, mientras vivamos aquí, aquella otra vida “permanece escondida aún”⁶, a diferencia de la vida presente que es manifiesta y que puede ser percibida con los cinco sentidos y con la razón. La otra vida en cambio es invisible: no la veo con mis ojos ni la puedo abarcar con mi inteligencia; pues no se puede demostrar con argumentos racionales que este cuerpo nuestro habrá de pudrirse y heder como ninguna otra inmundicia sobre la tierra, y ser consumido por los gusanos, y no obstante, llegar a ser más resplandeciente que el sol, y más bello que ninguna otra cosa creada. La razón objeta: Lo único que yo veo es que el cuerpo está muerto y se está pudriendo; ¿cómo puedes hablar tú de una futura belleza? Y bien: para esto fui bautizado. Mi bautismo me dice: No le des importancia al hecho de que el cuerpo se pudrirá y será comido por los gusanos. Oye más bien lo que te dice el evangelio, tu bautismo y la fe, y dí: Nada me importa ver la inmundicia. Yo tengo una luz que sobrepasa todo entendimiento, a saber, el evangelio y mi bautismo; éstos me aseguran que Dios transformará este cuerpo vil⁷ y hará que resplandezca más que sol. Si el evangelio lo dice, Dios así lo hará.

Nuestra muerte es siembra para un crecimiento futuro.

Dios lo creó todo de la nada. También el sol con su majestuoso brillo lo hizo de la nada. Ese sol, antes de que Dios lo creara, fue una nada, menos aún que una inmundicia o un cadáver hediondo, pues éstos al menos son algo existente. ¿No habría de ser también posible para Dios resucitar y re-crear un cuerpo muerto? Ves con tus propios ojos cómo un grano

⁶ Comp. Col. 3:3, 4.

⁷ Comp. Fil. 3:21.

es echado en la tierra y muere; y luego crece allí un fino tallito verde, que a su tiempo lleva una espiga llena de granos, iguales al que había sido echado en la tierra, y había muerto. Entonces: ¿no nos podrá dar Dios también a nosotros un cuerpo nuevo? ¡Si él mismo lo dice, y si él mismo nos ha destinado para ello! Por medio del evangelio, él nos llamó a esta nueva vida, y por medio del bautismo nos introdujo en ella. Siendo así las cosas, aguardamos esta vida nueva y gemimos por ella³ y oramos que el reino de Dios venga a nosotros. Pues estamos ansiosos de obtener el tesoro con miras al cual fuimos bautizados y del que nos habla el evangelio, el tesoro por causa del cual Cristo murió y derramó su sangre. Él mismo es la garantía de que algún día, la nueva vida en los cielos será una realidad. Para esto nos dio el evangelio, y el bautismo como señal del cumplimiento de sus promesas, y el nombre de cristianos. Lo único que falta aún es la manifestación visible de aquella gloria venidera. Muy bien dice San Pablo en 1 Corintios (15:42): “Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción”. Es, dice el apóstol, como cuando uno siembra porotos en un huerto, pensando no en lo que se entierra, sino en la planta que habrá de salir. En efecto: la mujer que siembra los porotos en su huerto, no se fija en que estos porotos se pudrirán, sino que espera con absoluta certeza el día en que de allí habrán de salir nuevas plantitas primero, y nuevas vainas después. Y si siembra arvejas, no lo hace para que queden enterradas allí, sino porque sabe: de lo que ella sembró, saldrán nuevas plantas con nuevas arvejas; para esto se siembra. Ese pensamiento debe animarnos también al ver que entierran a un cristiano; digamos entonces: Este cuerpo corruptible confíenlo tranquilamente al seno de la tierra; tened la plena certeza de que de ahí resucitará un cuerpo incorruptible. “Así también se siembra en deshonor y debilidad” (1 Corintios 15:43), porque el cuerpo muerto hiede, lo comen los gusanos, lombrices horadan sus ojos, sus orejas, su nariz. No hay allí nada de hermoso, nada de glorioso. Sin embargo: ¡resucitará en gloria! Este cuerpo sembrado en deshonor resurgirá en gloria indescriptible, libre de toda inmundicia, con una fragancia más deliciosa que el más fino bálsamo, y con una belleza como no la tiene ninguna otra creatura. Pensar de esta manera: esto es en verdad “aguardar la esperanza bienaventurada”.

Lo que sucede en la vida de la naturaleza nos predica la fe en la resurrección.

Por lo tanto: al pasearte por tu huerto, aprende allí lo que

³ Comp. 2 Co. 5:2.

es "creer". Aquí, un quintero pone un carozo de cereza en su quinta, allá un campesino siembra un grano de trigo en su campo. No le importa la suerte que correrá el grano mismo; de otra manera, lo conservaría en la bolsa, para que no se pudra. Antes bien, su pensamiento es: "Esperaré; dentro de medio año saldrá de este campo un trigo que dará gusto verlo; y a su debido tiempo, las semillas de frutales que enterré se harán grandes árboles de los cuales podré cosechar las más hermosas peras, manzanas y cerezas". Esta debiera ser la actitud de todos nosotros en nuestro estado de cristianos. Si eres capaz de adoptar ante los objetos de la naturaleza, como granos, semillas, etcétera, la posición del que espera con certeza que de la semilla sembrada, a su tiempo saldrá una nueva planta, debes tener la misma certeza también en cuanto a la nueva vida del cuerpo. El campesino, cuando siembra, no puede decir: "Ya veo los porotos", pero realmente, ya los ve. No mira los porotos que tiene en la mano; al menos, no los mira con el mismo ánimo con que espera las futuras vainas. Aparta, pues, su vista de los granos o porotos que tiene en la mano, y la dirige con mucho más interés al trigo y a los porotos que espera cosechar de lo que ahora sembró. Detalles como éstos, tan comunes y corrientes en la naturaleza, deben incitarnos a pensar: "Si soy un cristiano bautizado, soy una semilla sembrada por Dios. Yo soy su siervo, él es mi Señor. Los cristianos somos entonces las vainas y los porotos de nuestro Señor". Primeramente somos sembrados por medio del bautismo, luego nos descompondremos mediante la muerte física. Por lo tanto debo pensar: "Deja que el cuerpo muera y se pudra; tiene que correr la misma suerte que el grano, que también tiene que pudrirse para dar fruto. ¿No espero acaso que el árbol me dé frutos, aunque todavía no los veo? Con tanta y aún mayor certeza espero mi vida futura, aunque soy sembrado para muerte y descomposición, como el poroto, que a su tiempo ha de resurgir como algo muy distinto de lo que es ahora."

La esperanza del campesino, una útil lección para el cristiano.

Esta debiera ser la mentalidad del cristiano. Pero ¿dónde están los que tienen esta mentalidad? Por desgracia, nuestra actitud no es la de quienes aguardan la vida venidera y gimen por ella. No poseemos esa virtud en que se ejercita el campesino respecto de sus porotos, esperando que crezcan y le den su fruto. Es muy triste si un cristiano no se comporta en su esfera del mismo modo como se comporta la razón en la suya⁹. Cristo no quiere que en la cristiandad se piense: "Hoy vivo,

⁹ Comp. Lc. 16:8b.

mañana quizás ya no; moriré mas no sé cuándo; tengo que partir, y no sé hacia dónde; me extraña que me sienta tan alegre”¹⁰. Al contrario: un cristiano debe decir: “Aguardo otra vida, que es para mí una realidad más concreta que la vida que tengo ante mis ojos. Pues tengo la palabra de Dios; soy bautizado, soy el poroto del Señor, es decir, un grano del que con toda seguridad saldrá algo; él ya me plantó por medio del bautismo y del evangelio”. En verdad, un campesino podría hacer de su campo, en cierto sentido, una verdadera Biblia: podría leer allí el evangelio de la resurrección de los muertos, y decir: “Como yo, así también el grano que estoy sembrando, será demudado; pero de ese grano nacerá un tallo, tan alto como yo mismo, que llevará fruto a ciento por uno”. Y la campesina podría decir: “Las arvejas las siembro en mi huerto; éste es mi Biblia, de él puedo aprender algo que fortalece grandemente mi fe”. Abre pues tus ojos; mira lo que el Señor quiere enseñarte mediante la obra de tus propias manos, y piensa: “Así como yo estoy sembrando ahora mi semilla, el Señor me está sembrando a mí; yo soy su poroto y su grano. Cuando muera, me pudriré como un poroto. Pero después pasará de esta vida hedionda a la vida verdadera, la vida bienaventurada que no hederá más.” Que no pensemos así, es por culpa de nuestro adversario, el Maligno. En lugar de ello nos afanamos por juntar más y más dinero, y hacemos como si no existiera una vida futura, y al fin de cuentas, arruinamos nuestra vida cristiana totalmente: de nombre seguimos siendo cristianos, pero de hecho somos puercos. ¿Pensar en aguardar la esperanza bienaventurada? ¡Ni por asomo! Sin embargo, el campesino, al mirar su grano, no es de esta idea. A ningún campesino se le ocurre sembrar su grano simplemente para que quede en la tierra y se pudra. Pero *nosotros* cometemos tal tontería, si pensamos que poseemos el evangelio y recibimos el bautismo sólo para permanecer por siempre en esta tierra.

Amigos míos: hay algo que importa mucho más que nuestra vida terrenal. Conocemos el dicho aquel: “Cuida tu vida mientras la tengas.” Y bien: ésta es una verdad a la que se atienden también los puercos. Pero ¿será éste el fin para el cual “se ha manifestado la gracia de Dios para salvación a todos los hombres”? En resumidas cuentas: lo que tú debes hacer es esperar y aguardar la otra vida para la cual fuiste llamado. Pues el Señor vendrá con toda seguridad, afirma el apóstol, y aparecerá y se mostrará a todos como el verdadero Dios y Salvador. Aquello será, por cierto, un día glorioso.

¹⁰ Antiguo refrán alemán: “Jetzt leb ich, aber weiss nicht wie lang; ich sterb und weiss nicht wann; ich fahr und weiss nicht wohin; mich wundert, dass ich so fröhlich bin.”

3. *Los cristianos esperan la manifestación de Cristo quien lo transformará todo y hará glorioso lo que ahora es despreciado.*

Los días actuales en cambio son todo menos gloriosos. Un cristiano, una vez muerto, hiede no menos que un mahometano (lit. "turco") muerto. Por lo tanto, en este sentido no hay diferencia entre creyentes y no creyentes. Además, parece ser una ley que los cristianos tengan que servir de trapo de piso a todo el mundo: se los condena, se los persigue, se les quitan sus bienes, somos odiados por nuestros propios vecinos, etcétera. Así que, mientras el cristiano viva en este mundo, no hay en él nada de glorioso. Lo glorioso es el mundo: a éste se le adora y se le colma de alabanzas, en tanto que a los cristianos se los pisotea. La gloria de Cristo en esta tierra es que se le desprecia y rechaza. Pero un día, el Señor vendrá y se manifestará y traerá consigo una gloria que ahora no podemos ni imaginarnos. Toda la creación será entonces mucho más hermosa de lo que es ahora; el sol, los árboles, los frutos, todo será siete veces más bello¹¹. Y en aquel día, yo también saldré de mi sepulcro como un astro reluciente, y los que fueron quemados por el mundo como mártires, surgirán cual cometas y se elevarán al cielo. Y allí se reunirán en coro todos los santos, y el Señor mismo vendrá en una nube, y el mundo entero será transfigurado y glorificado por él, de modo que será cien mil veces más majestuoso de lo que es ahora. Con razón habla el apóstol de la "manifestación gloriosa" de nuestro Señor.

La majestad de Dios, ahora oculta, se revelará en aquel día.

En aquel día, nuestro Dios será en verdad el "gran Dios" (Tito 2:13). Actualmente parece más bien un Dios pequeño. El emperador y los grandes señores se burlan del evangelio y de los cristianos como si Dios fuera un muñeco que no ve ni siente. Ese Dios permite que a Pablo le decapiten y a Pedro le crucifiquen, y a sus fieles los deja en la miseria, al extremo de que a veces ni tienen de comer y beber. ¿No es un Dios impotente y pueril, un Dios que contempla impassible nuestra desesperada situación? Si Dios ve que nos va tan mal, y que San Juan Bautista tiene que morir por causa de una adúltera¹²; si él ve y sabe todo esto, y sin embargo no interviene, entonces *o no quiere* ayudar —mas entonces, no es un Dios justo— *o no puede* ayudar. Mas si no puede ayudar, es un Dios impotente, que no tiene ojos para ver ni manos para actuar, y que tampoco tiene corazón, ya que no quiere socorrernos. Por consiguiente: en la ac-

¹¹ Is. 30:26.

¹² Mt. 14:1 y sigs.

tualidad, Dios es un Dios pueril. Permite que los hombres hagan con su palabra, con sus sacramentos, con sus cristianos, lo que se les antoje. No dice una palabra a todo esto, porque es un Dios pequeño: está durmiendo, tiene las manos flojas y el corazón cansado. Mas cuando despierte, será como un valiente (Salmo 78:65) y herirá a todos sus enemigos como hirió a los filisteos.

La confianza de los cristianos perseguidos no será en vano.

Entre tanto, pues, los cristianos y los que fueron bautizados en el nombre del Señor, tendrán que resignarse y dejarse pisotear, porque por ahora, Dios es todavía un Dios pequeño. Pero a su tiempo vendrá y se manifestará como Dios que no es nada pequeño, sino que lo vio todo y que tenía no sólo la voluntad sino también el poder de ayudar. Por el momento, él oculta la buena voluntad y el poder. *Puede* ayudar, fuerza y voluntad suficientes no le faltan. Sin embargo, su modo de actuar en este tiempo presente debemos aceptarlo con la fe, y no discutirlo con la razón. Pero cuando juzgue llegada la hora, vendrá como "Dios grande" haciendo plena justicia a esta designación, de modo que todos tendrán que confesar: éste es en verdad "el gran Dios y Salvador Jesucristo". Hasta el momento no se dio a conocer como tal, sino que permitió que el evangelio fuera lapidado; no abre la boca cuando su nombre es blasfemado, y no se inmuta cuando reyes y emperadores nos huellan con sus pies. ¿Y a este Dios habríamos de llamarle nuestro Auxiliador? Hasta el momento, aún no lo es de hecho; todavía la realidad no coincide con las palabras. Pero llegado el día, Satanás y todos los tiranos tendrán que reconocer: "No sabíamos por qué los cristianos llamaban a Jesucristo 'Salvador'; sin embargo, ahora él demuestra inequívocamente que este nombre lo llevaba a toda honra." En este día, él se levantará en toda su majestad, y nos convertirá a todos nosotros en estrellas y soles. Y entonces quedará de manifiesto que su voluntad y su poder de ayudar fueron en sí permanentes, sólo que en algún tiempo no quiso aplicarlos; y su sabiduría y señorío serán visibles para todos. A éste debemos esperar: al Salvador y gran Dios, aguardando la manifestación de su omnipotencia, sabiduría, gloria y majestad. Es verdad: por el momento vemos todo lo contrario; pero esto es justamente para que confiemos en la palabra de Dios y esperemos con paciencia hasta que llegue la hora de la manifestación de su misericordia y poder, como el campesino espera su cosecha.

4. *Fortalecido por su esperanza, el cristiano cumple gozosamente con su deber.*

Obras "buenas" son las mandadas por Dios, no las escogidas por el hombre.

"Él se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras." Aquí se nos enseña cómo debemos pasar la vida presente mientras esperamos la vida futura, a saber: con buenas obras. Por medio del evangelio y del bautismo hemos vuelto a aprender qué son buenas obras. Cuando aún vivíamos bajo el papado, no lo sabíamos. En aquel tiempo llamábamos "buenas" las obras que nosotros mismos habíamos escogido, por ejemplo peregrinar a Santiago de Compostela¹³, o hacer una donación a un convento¹⁴. Uno dedicaba velas a los santos¹⁵, otro ayunaba a pan y agua. Para estas obras no existe mandato divino alguno. "Hacer buenas obras" significa, por lo tanto: obedecer a Dios de la manera como él mismo nos lo prescribió para nuestra vida en esta tierra.

Un siervo tiene sus "buenas obras" cuando cumple de buena voluntad lo que su señor le ordena, por ejemplo, cuando da de comer a los caballos, etcétera, siempre, por supuesto, que previamente ya haya sido justificado por la fe. El tal anda en buenas obras que realmente le corresponden, y de esta manera hace obras mejores que un cartujo¹⁶, puesto que son obras de Dios; porque si como cristiano bautizado aguarda la esperanza bienaventurada, y entre tanto obedece en esta forma a su señor, sus obras son agradables a Dios. Sin embargo, como son tan poco espectaculares, parece absurdo pensar que trabajos como acarrear bolsas al molino fueran buenas obras.

Una sirvienta por su parte hace buenas obras cuando obedece las órdenes que le da su patrona. Tampoco estas obras parecen gran cosa. No se pueden medir, en lo que a brillo y renombre se refiere, con las de un cartujo que anda vestido de cilicio y observa sus cinco horas de oraciones por noche, y con todo esto no hace obra buena alguna.

Lo mismo vale para ti que eres hombre del campo o de la ciudad: Trata de ver en qué puedes ser útil a tu prójimo. Si des-

¹³ Santiago de Compostela era en tiempos de Lutero uno de los lugares de peregrinación más concurridos de Europa.

¹⁴ Este tipo de buena obra se consideraba particularmente meritorio.

¹⁵ Encender velas ante los altares era un acto de piedad especialmente llamativo.

¹⁶ La orden de los cartujos, fundada en 1086 por San Bruno, era considerada de especial santidad por sus reglas severas y su vida en extremo austera.

cubres que está a punto de sufrir un daño respecto de su mujer, su servidumbre, su campo o sus animales, adviértesele. Si necesita tu ayuda o tu consejo, dáselo; y hazlo aún cuando tales obras no llamen la atención a nadie. Además, respeta las autoridades superiores¹⁷; en esto, un cristiano debe poner mucho cuidado. Las autoridades superiores, por su parte, castiguen a los malhechores y protejan a los hombres de bien.

He aquí las mejores “buenas obras”, pero eso sí: obras que carecen de brillantez. Todo cuanto un cristiano es y hace en esta tierra, no debe “aparentar”. Las obras de un siervo, de un señor, de una patrona, de una sirvienta, de un juez o de un alcalde no impresionan a nadie; no obstante, son mejores que las de todos los monjes juntos. Si sumáramos todas las así llamadas buenas obras de los monjes, no valdrían lo que vale la obra de una sola sirvienta que aguarda aquella esperanza bienaventurada y que mediante su bautismo fue destinada para la vida venidera.

El cristiano no busca una gloria pasajera, sino la vida eterna.

Tales obras buenas quisiera ver Pablo en los creyentes. En primer término trata de hacernos reconocer nuestro estado particular de cristianos, o sea, que como cristiano has sido hecho heredero de una vida diferente, eterna. Luego, una vez hecho cristiano, debes poner tu modesta obra, por insignificante que la considere el mundo, al servicio de tu prójimo. Todas las obras de esta índole llegan a ser preciosísimas a los ojos de Dios, tan preciosas que ningún monje es considerado digno de verlas y conocerlas. Lo mismo sucede cuando yo desempeño mi oficio de predicador: puesto que Dios me abrió la esperanza de una vida futura, debo y quiero cumplir gustosamente con mis obligaciones en la vida presente, sin preocuparme por la poca estima de que goza mi trabajo en la opinión del mundo. Sea como fuere: no quisiera cambiar por nada con las obras de todos los monjes y monjas, pues ya tengo mis informaciones concretas: mediante el bautismo pertenezco a la otra vida, y en lo que concierne a mis quehaceres en la vida presente, me sirve de guía la palabra divina. Así, pues, me dedicaré a lo que es propio de mi cargo. Del mismo modo, una esposa que cumple fielmente con sus obligaciones, es una santa viviente, puesto que aguarda la vida futura, y motivada por esta fe hace lo que a una esposa le corresponde hacer, y por esa misma fe goza del beneplácito de Dios. Resulta, pues, que tales obras, tan insignificantes en opinión del mundo, son en realidad las más excelentes. El mundo no es digno de cono-

¹⁷ Ro. 13:1.

cer una sola buena obra, porque piensa: la sirvienta que ordeña la vaca, el agricultor que ara su campo, todo esto no es nada; pero sentarse en un rincón, poner cara agría, andar en cilicio, esto sí es lo que vale.

Fortalecido por su esperanza, el cristiano cumple gozoso con su deber.

Por consiguiente: nadie tiene una idea clara ni de la vida presente ni de la futura, sino solamente el cristiano, que dice: Dios me destinó para predicador, agricultor, patrón, peón, etcétera. Si Dios así lo dispuso, quiero ser un fiel peón, patrón, agricultor o predicador, y hacer lo que a él le agrada. Al que piensa así, la vida le resultará grata, no gravosa; no se quejará ni murmurará. Y aunque la vida fuera ingrata, sin embargo el estado en que vivo y la obra que hago son buenos, y por sobre todo tengo la esperanza de la vida eterna. Animados por este espíritu, los cristianos soportan la vida presente con buena conciencia y corazón contento. A otro en cambio su vida se le hace una pesada carga, y si toma un rumbo contrario al que él habría deseado, se pone a rezongar. Un hombre tal pasa la vida presente con quejidos y lamentos, y para colmo pierde la otra, la eterna. Pero en esto no piensa, sino que cree que aquí tiene que vivir como un puerco, y cuando le llega la hora de morir, dice con tristeza y amargura: "¡Qué vida más penosa fue la mía!" ¿Por qué no aprendió cómo se ha de vivir? Un cristiano en cambio, aunque no fuese más que un simple peón, está de buen ánimo, canta y hace su trabajo con alegría. Si su patrón le reprocha injustamente, no se amarga por ello, porque espera otra vida. A la inversa, los que no son cristianos no saben apreciar correctamente la vida actual por cuanto no tienen otra; por esto, todo cuanto hacen es cosa superficial.

Habría mucho más que predicar sobre este tema; pero por hoy baste con lo ya dicho.

LA PROMESA DE DIOS PARA LA CREACIÓN QUE GIME

Sermón para el culto vespertino del 4º Domingo después de Trinidad.

Fecha: 6 de julio de 1544.

Texto: Romanos 8:18-23. Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

Introducción: Los dolores de parto de una mujer, imagen fiel del gemir de la creación.

Estas palabras de Pablo, así como también las precedentes¹, revelan la gran riqueza espiritual de su autor, y evidentemente emanan de un corazón alegre. El apóstol olvida por unos momentos la desgracia y el dolor que tenemos que padecer por parte de Satanás, del mundo y de nuestra propia carne; porque la verdad es que la santa iglesia es una pequeña y pobre manada, hostigada duramente por el mundo y el diablo. Ante esta realidad, Pablo da un giro en la dirección opuesta

¹ Comp. especialmente Ro. 8:15-17.

y coloca ante nuestros ojos la gloria que sigue a esta tribulación. Empleando un lenguaje poco común, personifica a la creación, como si ésta fuera un hombre dotado de inteligencia y de la facultad de hablar, y hace como si la vasta y multiforme creación fuese un ser humano. “Esa creación”, dice, ‘aguarda, está esclavizada, siente miedo y gime’, y al hacer esta descripción, recurre a términos que comúnmente se usan al hablar de mujeres que están por dar a luz. En efecto, la palabra que Pablo eligió para expresar “está con miedo”² es la que se dice de las mujeres que quisieran verse liberadas del fruto de su vientre y alegradas mediante la contemplación del niño recién nacido. En nuestro idioma hablamos de “dolores de parto”. Así Pablo designa a la creación entera como “mujer que está con dolores de parto, y que, llena de miedo, quisiera haber salido ya de este angustioso trance”. Suena extraño, en verdad, dar así a la creación contornos humanos, como si fuese capaz de sentir y gemir, y trazar de ella un cuadro en que aparece profiriendo los mismos lamentos que proferimos los creyentes que esperamos en el Señor. Tú, oh hombre, no eres pues el único que siente tal pena y dolor. La creación entera anhela ardientemente ser liberada de su angustia, igual que tú. Ya veo que es imposible que yo desarrolle este pensamiento tan profundo en un solo sermón.

I. *El gemir de la creación y de los hijos de Dios.*

Nuestra miseria terrenal algún día nos parecerá poca cosa.

“Yo tengo por cierto” —y es cierto!— “que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse.” Con estas palabras, Pablo quiere decirnos: “Amados míos, no os asustéis de muerte ni os aflijáis demasiado cuando os ahoguen y os maldigan, como realmente está sucediendo. Hay muchos otros que también están con miedo; pero no perdáis el ánimo: a las aflicciones les seguirá la gloria, y en aquel día diréis: “¡Cuán poca cosa fueron nuestros padecimientos! ¡Qué tontos fuimos al quejarnos de tal manera de la desgracia y miseria de este tiempo presente, sin pensar en la gloria que sobrepasa tan ampliamente todo cuanto hemos tenido que sufrir!” Por esto debemos tener paciencia y buen ánimo en todas las amarguras con que el

² Lutero se basa en la versión alemana de Ro. 8, donde el último verbo del v. 22 es *ängstet sich* = “está con miedo”. El texto original griego tiene *synoodineí*, cuyo significado es “sufrir al mismo tiempo, especialmente los dolores de parto” (*Dicc. Griego-Español* de Fl. Yarza, Edit. R. Sopena, Barcelona).

mundo nos acosa. Lo que aquí ocurre es una insignificancia en comparación con la magna gloria que seguirá después.

Toda la creación ve la promesa dada a los hijos de Dios.

Así nos consuela el apóstol en nuestros padecimientos. Y luego, dando un gran salto, vuelve de nosotros a la creación. Parece que la retórica no figuraba entre las artes que Pablo aprendió³. Sea como fuere: a esta creación le atribuye un anhelo ardiente, dirigido hacia un fin preciso. Es decir: la creación está a la expectativa en un sentido tal que de una hora a otra quisiera ver la gloriosa liberación de los hijos de Dios. El sol, la luna, la tierra y los cielos, la creación entera ve a los hijos de Dios y oye cómo se los bautiza; los ve aprender lo que se les enseña acerca de Dios, y ve que son hijos de este Dios en el Espíritu Santo y en la fe por medio del evangelio, la gracia y el bautismo. Sí, la creación ve todo esto y entiende que ello sucede porque Dios quiere engendrar para sí hijos para aquella otra vida. Pero la creación quisiera ver algo más todavía: quisiera ver a los hijos de Dios ya revelados como tales. Pues como dice San Juan (1 Juan 3:2): “Somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que hemos de ser”, si bien mediante su fe, el hijo de Dios “es también heredero, heredero de Dios y coheredero con Cristo” (Romanos 8:17). Así lo entendemos cuando hacemos bautizar a nuestros hijos. Esto es lo que ven el sol y el aire; la creación lo palpa y lo siente. ¿Y yo? Yo veo que te entierran y que te comen los gusanos, o que me arrebata una peste o un incendio, o que me tragan las aguas. Uno sucumbe de una manera, otro de otra. Pero que en todo eso esté presente la gloria de los hijos de Dios, esto no lo alcanzo a ver. Con mis oídos oigo lo que se lee y se enseña al respecto; sin embargo, en la práctica las cosas parecen ser distintas. Tampoco la creación lo ve ya en el momento, sino que todo permanece aún velado y encubierto en la fe.

La creación gime juntamente con nosotros, aunque no nos demos cuenta de ello.

Así, yo quisiera poder escaparme del poder del diablo, de la muerte y del pecado. No hay hombre a quien le guste morir. Por consiguiente, cualquiera preferiría estar libre antes que estar aprisionado en los pecados, —a menos que fuera Satanás en persona— para poder vivir sin pestes ni enfermedades. Exactamente lo mismo dice la creación: El sol, la luna y las

³ Conforme a las reglas de la retórica, el cambio tan repentino de un tema a otro tema nuevo debió haberse realizado en forma menos abrupta.

estrellas quisieran brillar con más fulgor. La tierra y los árboles gustosamente quisieran llevar sus mejores frutos con tal de que fueran liberados los hijos de Dios; pues entonces, también la creación misma obtendría la libertad, v. 21. Esto es lo que el apóstol tiene en mente al afirmar que la creación está con miedo, con dolores de parto, esforzándose ansiosamente por dar a luz. Por supuesto, al mirar el sol, yo no me doy cuenta de que el sol, la tierra y el cielo están con dolores de parto. Tampoco me doy cuenta de que el árbol y el agua presentan un aspecto lúgubre a causa de sus tribulaciones, a no ser en tiempos de tempestad. Ni tampoco en mi propio aspecto exterior se nota que soy presa del miedo y que quisiera verme liberado de la muerte, para que, exentos ya de la mortalidad, no tuviéramos que pasar por la angustiosa y desgraciada etapa del morir y ser enterrados.

La creación aguarda la manifestación de los hijos de Dios.

“La manifestación de la libertad gloriosa de los hijos de Dios” es lo que la creación está aguardando. ¿Por qué la aguarda? Seguramente también a causa de sí misma; pues como dice el apóstol, la creación sabe que llegará a la gloria que tan ardientemente anhela sólo cuando hayan sido manifestados los hijos de Dios. Por eso pregunta: ¿Cuándo será esto? La creación sabe que también con ella tiene que ocurrir una mutación, así como en nosotros se operará un cambio para otra vida en la cual ya no habrá muerte ni peste ni enfermedad ni hambre ni sed⁴. La creación no quiere padecer más infortunios. Consciente, pues, de que su liberación está ligada estrechamente a la manifestación de los hijos de Dios, ella está en permanente espera y pregunta: “¿Cuándo? ¿Cuándo llegará el día en que yo pueda asumir un servicio más bello? ¿Hasta cuándo, oh Señor, me haces servir en el vestido gris de la esclavitud de corrupción, v. 21, a ese género humano tan perverso?” Antes de que pueda llegar este día, es preciso que los hijos de Dios, vueltos al polvo, sean levantados del seno de la tierra, y sean transformados de tal manera que ya no los tocará enfermedad alguna, ni hambre, sed, morbo gálico⁵ u otro mal, y por el contrario resplandecerán más que el mismo sol⁶. Mientras no ocurra esto con nosotros, tampoco la creación llegará a la gloria que espera entre temores y gemidos.

⁴ Comp. Ap. 7:16; 21:4.

⁵ La sífilis o morbo gálico (Lutero la llama *Frantzosen*, mal francés) comenzaba a hacer estragos en la Europa de aquel entonces.

⁶ Comp. Mt. 13:43.

II. *La esclavitud de la creación y de los hijos de Dios.*

La creación fue sujeta por Dios al mundo malvado.

¿Qué le falta, pues, a toda esa majestuosa creación, para que gima juntamente con nosotros y esté con dolores de parto? Os lo diré: “Está sujeta a vanidad” (v. 20). He aquí la enfermedad de que padece, su martirio, su plaga, su muerte, su desgracia y dolor. ¡Ay, la creación está sometida a un servicio muy duro, y a más de duro, inútil y vano! Esto le duele, y le ocasiona tanta desazón como a nosotros la peste, el morbo gálico y toda suerte de otras enfermedades. “No por su propia voluntad” se halla sometida a este servicio. Por lo que a su persona se refiere, se siente tan poco dispuesta a hacer el papel de esclava como nos sentimos molestos nosotros cuando nos atormentan los impíos papistas y los turcos. No fuimos nosotros mismos los que nos escogimos estos males para que nos incomoden. A nadie se le ocurrirá decir: “¡Acércate, desgracia, indigencia, pobreza, hambre, sed!” Mas si Dios dispone que nos importunen la peste y la muerte, decimos: “En el nombre del Señor, ¡hágase lo que tú quieras, oh Dios! Yo me sujeto a ti, y me entrego a esta esclavitud”. Así lo hace también la creación: no por su propia voluntad sirve a la vanidad y se sujeta a ella. Si de algo le valieran sus propios deseos, bien pocas serían las semillas, el pasto, la leche, los huevos, el vino que tú alcanzarías a ver. Y no obstante, la creación nos presta sus servicios, por cuanto Dios le ordena: “Sol, tierra, cielo, servid por causa mía (v. 20), porque yo soy un Padre misericordioso, como dice el Evangelio del día de hoy⁷. Yo derramo beneficios aun sobre los impíos que blasfeman de mí y me injurian, que crucifican a mi Hijo y se burlan de él, y por añadidura les ofrezco el perdón de los pecados, y les doy el sol, la luna, dinero y bienes, cuerpo y vida”. Por esto, Dios dice a la creación: “Sirve también tú a esa gente malvada e infame, a los turcos, los papistas, los ladrones, si bien ninguno de ellos sería capaz de cometer sus fechorías si el sol dejara de alumbrar”. — Al contrario: forzosamente tendrían que desistir de sus acciones detestables, porque la tierra se tornaría totalmente improductiva. Sin embargo, Dios hace caer la lluvia y hace alumbrar el sol tanto para los buenos como para los malos. Ésta es su insondable misericordia divina, y su ejemplo lo sigue también la creación.

La creación se sujeta a la esclavitud en esperanza.

Pero vosotros, los impíos, ¡no os engaños! Pablo recalca que

⁷ El Evangelio del 4º domingo después de Trinidad, sobre el cual Lutero había predicado en el culto matutino, es Lc. 6:36-42.

la creación fue sujeta “en esperanza”, y el Salmo (102:26) dice que las cosas no seguirán así para siempre, sino sólo por cierto tiempo, para que te conviertas y enmiendes tu conducta. Si no lo haces, te sorprenderá también a ti el día del juicio y de la ira, y después ya no habrá remedio alguno. Cristo dio a los judíos un plazo de 40 años a partir de su crucifixión: el haber matado al Hijo de Dios y a los profetas, todo esto les sería perdonado, con tal de que se convirtieran. Por espacio de 40 años, Dios tuvo paciencia con ellos e hizo multitud de señales y maravillas por medio de los apóstoles. Pero como los judíos no quisieron aprovechar el tiempo de la gracia, al cabo de los 40 años vinieron los romanos, dieron muerte a más de 110.000 personas, asolaron con fuego la ciudad de Jerusalén y el templo, y pusieron fin a la existencia del estado judío. Cuando Dios quiso mostrarles a los judíos su misericordia, ellos la desdeñaron; en consecuencia tuvieron que sentir su ira. Dios es misericordioso, sí; pero no en el sentido de que tú salgas airoso con tu maldad, como lo interpretan el papa y el turco.

Del mismo modo procede también la creación. Ella es paciente, sirve a ladrones y asesinos, al papa y a gente malvada, que persiguen el evangelio y lo obstaculizan donde pueden. Precisamente éstos son los que beben el mejor vino y poseen las mejores tierras, Italia y Renania⁸. Además tienen tal abundancia de cereales que ya casi se ahogan en su propia opulencia. Y encima de esto, creen que el mismísimo sol se muestra risueño por ello, y que el vino y todos los animales se alegran de lo bien que les va⁹. No, amigo mío; no pienses que la creación te está sirviendo por tu linda cara; antes bien, lo hace “por causa del que la sujetó en esperanza”. Por esto, algún día se vendrá abajo tu felicidad si no te arrepientes; y la creación bien lo sabe.

La creación nos hace sentir su resistencia interior.

Además, el Señor permite una y otra vez que la creación dé señales de que sirve sólo contra su voluntad, por ejemplo cuando el río Elba¹⁰ se sale de madre y lo sepulta todo bajo sus aguas, o cuando el cielo se nubla y hace caer una lluvia torrencial en medio de la cosecha, que es cuando más necesidad hay

⁸ Los Estados Pontificios comprendían vastas regiones en el centro de Italia. El papa Julio II (1503-1513) les agregó, por breve tiempo, también Parma y Perugia. En las márgenes del Rin estaban ubicados los ricos arzobispados de Maguncia, Colonia y Tréveris, sedes de influyentes adversarios de la Reforma.

⁹ Es decir: el sol, el vino y los animales se alegran de poder hacer un aporte a la felicidad material de los hombres.

¹⁰ El río a cuyas orillas se extiende la ciudad de Wittenberg.

de que brille el sol. La creación, enténdelo bien, tiene que hacerte sentir que los servicios que te presta, no te los presta de buena gana. Y lo has merecido ampliamente, como advertencia de que debes arrepentirte y llevar una vida mejor. Igualmente: cuando caen piedras y granizo, ponte a reflexionar: Durante el año entero, gocé de los servicios de la creación; ahora ella me muestra que estos servicios no son de ninguna manera voluntarios. Si Dios lo permitiera, la creación haría caer lluvia, piedra y granizo todos los días, porque el hecho es que sirve sólo por obligación. Que no haga llover todos los días, etc., sólo es porque "fue sujeta en esperanza". Asimismo, cuando en una u otra ocasión se te mueren unas vacas o unos caballos a causa de una enfermedad, ello es una señal del 'gran placer' con que la creación te presta sus servicios. El mismo lenguaje habla el agua que inunda tu campo o tu casa: te quiere hacer entender que eres un asesino, un adúltero, una persona desobediente y arrogante. Por esto te digo con toda seriedad que bien merecerías que un rayo te hundiera a nueve varas dentro de la tierra, y que un tremendo pedrisco destruyera tus sembrados y tu ganado, por cuanto no quieres servir a Dios ni ser hijo de Dios. Por esto, la creación tiene que demostrarte a veces cuán gustosamente te sirve. Tú haces con tu abuso e incredulidad que ella se dé cuenta de que su servicio significa "estar sujeta a vanidad". El sol no fue creado para que tú abusaras de su luz para cometer adulterio y asesinato, sino para que aprovecharas su esplendor para ganarte el pan de cada día como hijo de Dios y para gloria de Dios quien mandó que en las tinieblas de esta vida nos resplandezca una luz tan radiante¹¹. Además te dio la luna y la noche a los efectos de que puedas dormir y digerir la comida. Y tú, ¿qué haces? Cuando el sol alumbraba y renueva la tierra y hace madurar los frutos, usas sus servicios para deshonrar a Dios y amargar la vida a los hombres. De esta manera desvirtúas completamente el servicio que te presta la creación; pues este servicio fue dispuesto para gloria de Dios y para el bienestar y las necesidades materiales tuyos; tú en cambio abusas de él para ignominia de Dios.

Nosotros gemimos a una con la creación bajo la misma esclavitud.

A los cristianos en cambio, el sol nos brinda un consuelo poderosísimo al resplandecemos de esa manera y al gemir a una con nosotros cual mujer con dolores de parto; y también nosotros clamamos a una con ella como ella con nosotros: "¿Cuándo llegará a su fin tanto abuso, tanto desenfreno?" Ya que los im-

¹¹ Comp. 2 Co. 4:6.

píos no participan en modo alguno de tal clamor, la creación a veces les hace sentir su indignación. Por lo tanto, cuando caigan los rayos y nos aterre el estampido de los truenos, confortémonos con este consuelo: el blanco de la cólera de la creación no somos nosotros, sino aquellos a quienes ella tiene que servir contra su voluntad; y a nosotros no nos queda más remedio que sufrir el daño junto con ellos.

Una "sujeción a la vanidad" llama el apóstol el servicio de la creación (v. 20). El sol no peca; ni tampoco nosotros como hijos de Dios insistimos en el pecar, sino que nos esforzamos por desistir de él. Sin embargo, ni el servicio nuestro ni el servicio del sol alcanzan el éxito que debieran tener, a saber, contribuir a que en el mundo aumente el servicio a Dios. Justamente lo contrario es lo que está ocurriendo, pues el mundo está lleno de persecución y blasfemia del nombre de Dios. Sucede entonces que el sol se cansa, y también los oídos y la boca nuestros se cansan. Así pasó con Lot en Sodoma¹², y así pasó también con Noé en los años previos al diluvio¹³. En 2 Pedro 2 (v. 5 y sigs.) leemos que Lot fue abrumado por la nefanda conducta de los malvados habitantes de Sodoma. Le afligía grandemente lo que tenía que ver y oír, hasta que llegó la hora en que cayó azufre del cielo y se desencadenó en un momento el juicio de Dios sobre los hombres perversos. De igual manera, también la vida nuestra y la de la creación están sujetadas a la vanidad, no por causa de nosotros, sino porque Dios así lo quiere. Él quiere mediante su longanimidad llevar al mundo al arrepentimiento para que los hombres reconozcan el servicio de la creación y sus incontables beneficios y se enmienden. De lo contrario, Dios descargará el juicio y el castigo sobre tu cabeza. La creación está sujeta, sí, pero "en esperanza". Por eso, ¡cuídate mucho!

III. *La esperanza de la creación y de los hijos de Dios.*

Toda la creación tiene prometida una libertad gloriosa.

Nosotros, a una con la creación, esperamos ser libertados. A los impíos no les gusta nada oír que la creación obtendrá la libertad. Pero no hay duda: será libertada, y llegará a la libertad de los hijos de Dios. Es decir: se producirá otra servidumbre, para los que no quieren arrepentirse; una servidumbre en que los impíos no verán el sol ni el cielo ni otra cosa creada, sino solamente lamentos y el fuego devorador del infierno. Entonces ya no te sonreirá el sol ni otra criatura alguna, sino que sólo habrá para ti temor y temblor en el infierno, por cuanto

¹² Gn. 13:11-13; 19:1 y sigs.

¹³ Gn. 6:11 y sigs.; 2 P. 2:5.

en tu impenitencia has tenido en poco el servicio que la creación te prestaba por voluntad de Dios. Por otra parte, por esto mismo habrías merecido que hora tras hora te ahogara el agua. — La creación que ahora se extiende ante nuestra vista, será entonces mucho más radiante y más bella, y nosotros, al igual que Cristo, resplandeceremos con brillo mucho mayor que el sol¹⁴. Así lo confirma también Isaías (30:26): “La luz de la luna será como la luz del sol”. Una transformación análoga se operará en todas las demás criaturas: en el cielo, en las estrellas, en la hierba, en los frutos. Y nosotros, los hijos de Dios, nos asemejaremos al sol también en lo que atañe a nuestro cuerpo. Cuando en el relato de los Evangelios se describe a ángeles que aparecen sobre la tierra, su aspecto es como el del sol, como era el aspecto de Moisés y Elías en el monte de la transfiguración¹⁵. Así también el cuerpo nuestro resplandecerá como el del Señor en el monte Tabor¹⁶, donde su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve. Allí ya no habrá tristeza ni muerte, sino sólo alegría y delicias para siempre. La creación quedará libre de la esclavitud bajo la cual gime ahora: no tendrá que servir ya al diablo y a los impíos, sino que servirá a Dios, a los santos de Dios y a los ángeles, si bien éstos ya no tienen necesidad de ningún sol, puesto que les alumbrará otra luz, a saber, Dios el Padre¹⁷. Nosotros veremos aquel sol con nuestros propios ojos: sólo servirá a los hijos de Dios, libres ya de todo mal e imperfección y glorificados.

La creación ya está en camino hacia esta libertad.

Las palabras griegas ‘douleia tes phthoras’¹⁸ yo las traduje con “esclavitud de los seres sujetos a corrupción”. Dichos seres son aquellos a quienes la creación sirve de mala gana, los impíos; y éstos tampoco serán transformados, sino que irán al infierno. Nosotros empero los cristianos, escaparemos a la corrupción: así como la creación, seremos transformados también nosotros. Que la creación sea embellecida a una con nosotros, realmente ocurre en bien nuestro. Consolaos con esto los que creéis en Cristo. No sois vosotros los únicos que gimen. Toda la creación está a vuestro lado y gime contra el servicio que tiene que prestar al diablo y a los impíos, o contra “la esclavitud de corrupción” como lo llama Pablo. Por esto, perseverad en la esperanza, porque es una esperanza que no fallará.

¹⁴ Comp. Ap. 1:16.

¹⁵ Comp. Mt. 17:1 y sigs.

¹⁶ La tradición señala al Tabor como monte de la transfiguración.

¹⁷ Ap. 21:23; 22:5.

¹⁸ Literalmente: esclavitud de la corrupción.

Estamos en un mismo camino con la creación: no sólo ella anhela ardientemente ser libertada sino que lo hacemos también nosotros que tenemos la esperanza segura y aguardamos la adopción (v. 23). Es verdad: ya tenemos la adopción como hijos de Dios, pero sólo mediante la fe, todavía no en forma manifiesta. *Tenemos* la redención en lo que se refiere al alma, por el hecho de que creemos en Cristo. En cuanto al alma, estamos salvados. Pero nuestro cuerpo corruptible¹⁹ es aún impuro, débil, sujeto a la muerte. Sin embargo, también este cuerpo tendrá que entrar con nosotros en la gloria. El alma no irá sola al cielo, sino que irá también el cuerpo, pero resplandeciente como el sol. Y luego alabaremos a Dios por toda la eternidad. Mientras que esto no suceda, sólo tenemos "las primicias", la primera parte o la "prenda" que nos dio el Espíritu, que no representa ni la décima parte. Quiere decir: lo demás habrá de llegar aún: que poseamos el Espíritu de manera completa, no meramente como un anticipo. Entonces ya no habrá ningún mal, ninguna tristeza. La primera piedra ya ha sido colocada, pero todavía no está terminado el edificio. Dirijamos pues nuestro corazón hacia aquella otra vida y soportemos con paciencia y voluntariamente lo que aquí nos suceda, así como la creación soporta por causa de Dios la esclavitud a que él la sujetó. Permanece incommovible la esperanza que tenemos juntamente con la creación: la esperanza de que ella será libertada de su esclavitud, y que nosotros seremos libertados de la miseria de nuestro cuerpo que todavía venimos soportando.

¹⁹ La expresión que Lutero emplea (aquí y en muchas otras oportunidades) es *Madensack*, "bolsa de gusanos".

IV

LA VIDA DE CRISTO EN LA TIERRA

Cristo instituye el bautismo
Mateo 3:13-17

**Cristo nos trae perdón y nos enseña una nueva
obediencia**
Mateo 9:2-8

Cristo, ejemplo de humildad y sacrificio
Filipenses 2:5-8

Cristo nos salva de la muerte y del juicio
Lucas 7:11-17

CRISTO INSTITUYE EL BAUTISMO

Sermón para la Epifanía de nuestro Señor ¹

Fecha: 6 de enero de 1534

Texto: Mateo 3:13-17. Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.

Introducción: El objeto y el significado de la fiesta de la Epifanía.

El motivo principal de la celebración de la fiesta de hoy ² es el hecho de que en este día fue bautizado Cristo. En verdad, un acontecimiento de la mayor importancia. Pero hay otra cosa más que queremos aprender, especialmente vosotros, los jóvenes, a saber: que en este día debemos dar gracias a Dios también por el hecho de que Cristo se reveló por primera vez a los gentiles. En efecto: aquellos magos del Oriente no pertenecían al pueblo judío, sino que vinieron a Jerusalén como gente completamente extraña. No obstante, Dios comenzó a atraer hacia sí a quienes no eran su pueblo ³, sino personas pertenecientes al mundo de los gentiles, para que no desearan de nuestro Dios y Señor como si no fueran su propiedad. Por

¹ Torturado por fuertes dolores de cabeza, Lutero predicó este sermón en su casa.

² Véase Sermón 33, Notas 2 y 3.

³ Comp. Os. 2:25: "Y diré a 'No mi pueblo': Tú 'mi pueblo', y él dirá '¡Mi Dios!'" (Biblia de Jerusalén); Ro. 9:25.

esto se les revela aquí por primera vez. Extraemos por lo tanto de esta historia la consoladora verdad de que Cristo nos pertenece también a nosotros, y que nosotros tenemos pleno derecho de considerarle Salvador *nuestro* no menos de lo que lo hacían los judíos, aunque no somos su pueblo⁴. Aquellos magos del Oriente no tenían sacerdotes del Dios verdadero ni rendían culto a Dios ni conocían la palabra de Dios. Son incircuncisos, carecen de templos, iglesias y profetas⁵, se vienen a Belén como gente extranjera y ciega. Y allí, en Belén, reciben ahora la luz que se llama Cristo, y en el acto caen de rodillas y le adoran; le hacen regalos, y él los acepta. Este es nuestro consuelo por el cual hoy debemos dar gracias a Dios: que el Hijo no nos rechaza lisa y llanamente, sino que él recibe también a los gentiles. Sobre esto habría mucho que predicar.

Pero en segundo lugar hay que hablar también del bautizo de Cristo, que en realidad es el motivo principal para celebrar la fiesta de hoy. Incluso me gustaría que este día se llamara "el día del bautizo de Cristo". Pues en este día, 30 años después de la visita de los magos, Cristo fue revelado por segunda vez, en ocasión de ser bautizado por Juan junto al Jordán⁶. Juan, todo consternado, le dice: "¿Yo te habría de bautizar a ti? No soy digno de ello". Pero Jesús le responde: "No te opongas, pues es necesario que así se haga". El hecho de que el Hijo se haga bautizar, a pesar de no tener pecado alguno, debe servirnos de ejemplo y de consuelo: Con esto, Cristo hace algo a lo cual no está obligado. Nosotros en cambio no hacemos sino aquello a que se nos obliga. Y no sólo esto, sino que por añadidura hacemos lo malo que no debiéramos hacer. ¿Cuándo llegaremos a hacer también nosotros algo que está fuera de nuestras obligaciones? Cristo es más santo que el bautismo mismo, y no obstante se hace bautizar. Con esto, podemos decir, instituyó el bautismo. ¡Malditos tendrían que ser, y arrojados a lo más profundo del infierno, los que desprecian el bautismo o se burlan de él! Habrían merecido que Dios los cubriera de vergüenza y los engeguciera por no tener suficiente oído y ojo para ver lo que aquí ocurre. Si *ellos* no quieren hacerse bautizar, lo hace el Hijo de Dios. ¿Y nosotros somos tan orgullosos y despreciamos el bautismo? Aun cuando éste no nos trajera ningún otro beneficio, ya por causa de Cristo mismo debiéramos tenerlo en alta estima y hacernos bautizar en honor de él. Pero la verdad es que aquí, en el bau-

⁴ Quiere decir: aunque nuestros antepasados eran gentiles, y por ende no pertenecían al pueblo judío, escogido por Dios como "su pueblo".

⁵ Tenían, sí, los templos y sacerdotes propios de su religión pagana, pero éstos no contaban con la legitimación por parte de la palabra de Dios, sino que eran simples creaciones de una religiosidad humana.

⁶ Comp. Mt. 3:13 y sigs.; Lc. 3:23.

tismo, suceden las más grandes cosas: ¡al ser bautizado Cristo, el propio Dios de los cielos se volcó a la tierra!

1. *El bautizo de Cristo.*

Al ser bautizado Cristo, se manifiesta el Dios Trino.

En efecto, Juan ve que el cielo se abre. Esto es una señal de lo mucho que nuestro Dios y Señor valora el bautismo que el Hijo de Dios mismo santifica al hacerlo aplicar a su propia persona. El cielo, antes cerrado, se abre, y se convierte de hecho en un inmenso portón o ventana, de modo que su interior queda expuesto a la vista. Ya no hay ninguna barrera divisoria entre Dios y nosotros, pues el Espíritu Santo descendió como paloma sobre la faz del agua. ¿No es ésta una sublime manifestación? Por esto es también que hablamos de una epifanía⁷: porque se manifiesta Dios Padre, Hijo, y Espíritu Santo, con todos los ángeles. El Espíritu Santo viene como una inocente palomita. La paloma se destaca entre todas las demás aves por su modo de ser suave y amoroso, ajeno a toda ira. Así se presenta también el Espíritu Santo en una forma lo más llena de amor y gracia, sin la menor señal de ira. El Hijo de Dios, que no habría tenido necesidad del bautismo y no obstante se sometió a él, se manifiesta no sólo para darnos un ejemplo, sino impulsado además por su gracia. Y también el Padre se hace oír mediante una voz de los cielos que dice: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. No sería nada extraño que cielos y tierra se estremecieran ante esta voz; si nuestro Dios y Señor nos hablara — ¡yo caería sobre mi rostro! Y sin embargo, en ese Dios todo es amabilidad, gracia y misericordia; pues nos dice: “Aquí tenéis a mi Hijo; éste fue bautizado en beneficio vuestro”. ¿Queréis saber, entonces, quién es nuestro Dios? Os lo diré: No es un Dios que lleva espada; no viene con estruendo de bocinas como en el Sinaí⁸, sino que todos los detalles de esta manifestación configuran un cuadro apacible, todo son gestos amorosos: El Hijo es un hombre sin culpa que al hacerse bautizar hace más de lo que está obligado a hacer; el Espíritu Santo desciende en una forma que revela su gran bondad; el Padre tiene una voz amable que dice: “No envío a ningún profeta, apóstol ni ángel; antes bien: aquí os doy a mi Hijo en quien tengo toda mi complacencia”.

⁷ La palabra griega epipháneia significa “aparición, manifestación”.

⁸ Comp. Éx. 19:16; 20:18.

Esta manifestación la debemos recibir con agradecimiento y obediencia.

Estas palabras encierran el mandato de que dirijamos nuestras miradas hacia el Hijo, ya que Dios no escatimó esfuerzos para hacernos anunciar a todos: "Prestad atención, hombres todos: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia", lo que quiere decir: "Si queréis que yo sea para vosotros un Padre lleno de gracia, no tendréis ninguna dificultad en conseguirlo; ateneos a mi Hijo, oíd y haced lo que él os dice". A esta voz debiéramos seguir, aunque fuera por un camino sembrado de espinas. ¿Acaso nuestro Dios y Señor no rompe aquí el cielo y envía al Espíritu Santo, en forma de paloma, y le hace decir con amorosa voz: "Aquí tenéis a mi Hijo, mi corazón, mi tesoro y todo lo que soy"? Así, el Espíritu Santo, el "YO" del Padre, y el Hijo, se nos han manifestado hoy en tres personas, pero en una sola esencia divina, para que sepamos qué postura debemos adoptar ante Cristo; porque lo que él dice y lo que él nos manda hacer, es del agrado de Dios y cuenta con la cordial complacencia del Padre. ¡Cuán bienaventurados seríamos si actuáramos de esta manera y nos atuviéramos al Hijo! Por otra parte, ¿no son unos malvados los que ante el dulce son de esta voz pasan de largo como si no la oyesen? Pensándolo bien: si uno no es capaz de tributar a la amabilidad y al corazón paternal de Dios más honor que éste: permanecer frío e indiferente — ¿no sería diez veces preferible que estuviera muerto? Yo al menos no lo aguantaría. Por eso, hijos amados, ¡aprended mientras aún podáis aprender! Hubo un tiempo en que no sabíamos nada de todo esto. El cielo estaba cerrado, y a nosotros no nos quedaba otro remedio que escuchar, por las funestas artes del diablo, lo que los monjes nos contaban acerca del purgatorio, duendecillos, etc. Ahora en cambio se enseña claramente todo lo que concierne a este don inefable. ¡Quiera Dios que lo aprendamos! Y aun cuando el mundo se muestre desagradecido y ciego, agradezcamos al menos nosotros a nuestro Dios por estos beneficios. Hoy, él puso de manifiesto ante nosotros su corazón y su tesoro: al Espíritu Santo en forma de paloma, al Hijo en su forma humana, y a sí mismo en una voz majestuosa y bella. ¿Quién no habría de condenar al que en tales circunstancias no agradece al Señor ni se llena de regocijo y en cambio se resiste a aceptar al Hijo con alegría? El Hijo está de pie en el río Jordán; el Espíritu Santo está descendiendo sobre él; se escucha la voz del Padre; Dios está tan cerca como de aquí a la pared⁹. Sí, tan de cerca se mostró. Hubo

⁹ Recuérdese que este sermón lo dio Lutero en una habitación de su propia casa (véase Nota 1). Es de suponer que estaba sentado junto a la pared.

también ángeles presentes; porque donde se manifiesta el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, allí están presentes todos los ejércitos de los cielos y de la tierra, la plenitud de la creación. Aprended pues a valorar debidamente esta fiesta. Lo de aquellos magos es sin duda importante. Pero mucho, muchísimo más importante es lo que sucede aquí junto al Jordán; aquí están los verdaderos tres reyes: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

2. *El bautizo de los cristianos.*

Nuestro bautismo no es solamente agua, puesto que Dios actúa por medio de él.

Que esta manifestación del Dios Trino se haya hecho en ocasión del bautizo de Cristo en el río Jordán, es muy significativo. Podría haber ocurrido también en el desierto, o en el templo, si Dios hubiera querido disponerlo así; pero no quiso —sin duda para realzar la importancia del bautismo. Por eso se debe tener el bautismo en alta estima¹⁰, y a los bautizados se los debe considerar como gente convertida en santos, más aún, como santos recién creados. El bautismo, es cierto, ha sido un bautismo con agua. Pero hoy día hay quienes afirman que es agua común y nada más¹¹. ¡Que se los lleve el diablo! Mi perrito Bodoque¹², un cerdo o una vaca también saben lo que es agua común. Pero a mí me interesa saber qué más hay en el bautismo. Esto es lo que hay: Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo, y todos los ángeles. Ahora ya no es simple agua, sino un agua en que se baña el Hijo de Dios, un agua sobre cuya faz se mueve el Espíritu Santo, y predica Dios Padre. Esto es lo que se llama “bautismo”: no la presencia de simple agua, sino la presencia, con el agua, de las palabras: “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Por ende, aún hoy día, cuando yo aplico el bautismo “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”, se encuentran allí presentes el Hijo que santificó el bautismo con su cuerpo, el Espíritu Santo que lo santificó con su presencia en forma de paloma, y el Padre que lo santificó con su voz. Cuando están presentes estas palabras, ya no se trata de

¹⁰ Con lo que Lutero dice aquí del bautismo compárese también su “*Sermón acerca del santo y dignísimo sacramento del Bautismo*”, Obras de Lutero, Ed. Paidós, Buenos Aires, tomo V, pág. 225 y sigs., y en el *Catecismo Mayor*, 4ª parte, op. cit., pág. 128 y sigs.

¹¹ Los “iluminados” (alem. *Schwärmer*), que desdeñaban la palabra escrita de Dios, desdeñaban también los sacramentos como meras ceremonias externas, y en cambio hacían hincapié en la “iluminación interior” recibida por el Espíritu Santo.

¹² En alemán *Tölpel*, nombre del perro de Lutero, que es mencionado también en las “charlas de sobremesa”.

simple agua, sino que está presente el cielo todo. Por esta misma razón no se debe considerar el bautismo como una obra del hombre. No soy yo el que bautiza, sino Dios y todos sus ángeles, que acuden espontáneamente. Cuando nosotros efectuamos el acto del bautismo, no realizamos una obra propia nuestra, sino que se agrega: "Te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

Nuestro bautismo es un remedio divino contra el pecado y la muerte.

¿Quién, pues, podrá despreciar todo esto? ¿Quién se atreverá a llamar 'agua común' el agua del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo? ¿No vemos acaso qué condimento le añade Dios al agua? Si al agua le agregas azúcar, etc., ya no es agua sola, sino un exquisito jarabe o cosa por el estilo. ¿Por qué, entonces, quieres separar aquí en el bautismo la palabra del agua? ¡De ninguna manera! El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están en el agua bautismal, que es el baño de Cristo, la presencia del Espíritu Santo, la predicación del Padre. De ahí que sea un agua que quita el pecado, la muerte y toda tristeza, y ayuda a llegar al cielo: hasta tal punto se convierte, mediante la presencia en él del propio Dios, en un precioso bálsamo y medicamento. Dios puede dar vida, y este Dios está en el agua del bautismo; por tanto es en verdad un agua de vida. Así es como se debe aprender a entender el bautismo, y consecuentemente, apreciarlo, por cuanto encierra en sí el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, o el nombre de Cristo solo, como leemos en el Libro de los Hechos¹³, pues es suficiente ser bautizado en el nombre de Cristo, porque donde está Cristo está también el Padre y el Espíritu Santo. No separes pues el agua de la palabra, sino di: "El agua ha sido prescrita por Dios para que nos purifique por causa de Cristo, el Padre y el Espíritu Santo; éstos, en efecto, están presentes en el agua para que en virtud de ello seamos limpiados del pecado y de la muerte." Por consiguiente: al que se halla sumido en el pecado, métasele en el agua bautismal, y el pecado queda extinguido. Al que es presa de la muerte, métasele en el agua bautismal, y la muerte está devorada¹⁴. Pues el bautismo posee un poder divino, a saber, el de aniquilar el pecado y la muerte. Sobre esta base y con este

¹³ Pasajes como Hch. 2:38; 8:16, 37; 10:48 y otros demuestran que en la iglesia primitiva el bautismo se aplicaba a menudo en el nombre de Cristo solamente, y no en el nombre del Dios Trino como lo establece Mt. 28.

¹⁴ Comp. 1 Co. 15:55. Quiere decir: al que está amenazado por la muerte temporal y eterna, el bautismo le hace partícipe de la esperanza de la vida perdurable.

propósito es que hemos sido bautizados. Si después de bautizados fuimos víctimas del error o caímos en pecados, no por ello quedamos privados de los beneficios del bautismo, sino que nos remitimos a él y decimos: Dios me ha bautizado, me ha metido en ese bautismo que es el bautismo del Hijo, del Padre y del Espíritu Santo; a esto retorno ahora y confío en que el bautismo me quite los pecados, no a causa de mí mismo, sino a causa del hombre Cristo que lo instituyó.

Conclusión: El verdadero significado de la fiesta de la Epifanía.

Esto sobrepasa en mucho la manifestación de Cristo ante los tres reyes. Por lo tanto, la verdadera celebración de la Epifanía es la celebración del bautizo de Cristo. En el papado la festividad tiene una duración de más de ocho días; pero allí dan a lo menor una importancia como si fuese lo mayor. En realidad, lo correcto sería conmemorar con esta fiesta el bautismo y llamarla "fiesta del bautizo de Cristo". Así tendríamos una buena ocasión para predicar acerca del bautismo, en contra de los "iluminados"¹⁵ y el diablo. Pues el diablo nos hace ver con mucho gusto cualquier cosa, menos a nuestro mayor tesoro, Cristo; de éste trata de apartarnos a toda costa. Aprendamos por lo tanto que en el día de hoy, el Padre se nos manifestó mediante una hermosa predicación acerca de su Hijo; lo que el Hijo hace con nosotros, y nosotros en unión con él, en esto el Padre tendrá su complacencia. Así que el que es obsecuente al Hijo, disfruta del amor especial de Dios. Igualmente, el Padre manifestó al Espíritu Santo en la forma de una paloma. De esta manera, nuestro Señor y Dios se exteriorizó en el bautismo con toda su amabilidad y gracia. "Aquí tenéis a mi Hijo", nos dice, "no a un ángel, sino al Hijo y a mí mismo". Es éste el más alto grado de manifestación que el Padre pudo emplear. Si el que predica es el Padre en persona, predica el más grande servidor de la palabra; otro mayor no existe. Al que no cree esto, que se lo lleve consigo el diablo. Ni siquiera es digno de oírlo.

¹⁵ Véase pág. 459, nota 11.

CRISTO NOS TRAE PERDÓN Y NOS ENSEÑA UNA NUEVA OBEDIENCIA

Sermón para el 19º Domingo después de Trinidad.
(predicado en el hogar)¹

Fecha: 11 de octubre de 1534.

Texto: Mateo 9:2-8. Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados. Entonces algunos de los escribas decían dentro de sí: Éste blasfema. Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. Entonces él se levantó y se fue a su casa. Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.

1. *Cristo tiene potestad para conceder perdón de pecados.*

El primer punto que trataremos a base de nuestro texto de hoy es como un compendio de todo el evangelio, puesto que, como éste, versa sobre la remisión de los pecados. Esta doctrina, por otra parte, concierne únicamente a los cristianos², dado que la remisión de los pecados la obtenemos por ningún otro sino por Cristo, y en su nombre. Hubo muchos gentiles que

¹ Los apuntes que dejó Rörer (en latín, con sólo 30 palabras en alemán) no siguen directamente el sermón dado por Lutero en alemán, sino que se basan en un texto redactado por un tercero.

² Es decir, a los que, conscientes de su culpabilidad, se acercan a Cristo en la firme confianza de hallar allí el perdón.

escribieron libros voluminosos, y en parte de excelente contenido, acerca de las buenas obras, o sea, acerca de las obligaciones que nos incumben; pero nada dicen en cuanto al perdón de los pecados. Y nosotros los cristianos, cuando aún vivíamos bajo el dominio del papado, nos hallábamos de tal manera obcecados que creíamos poder conseguir remisión de pecados mediante votos, peregrinaciones y prácticas semejantes. Y así nos esforzábamos en obtener el perdón de los pecados no en el nombre de Cristo, sino en virtud de nuestras propias buenas obras. Mas la verdad es que el perdón de los pecados se nos regala gratuitamente, a causa de Cristo; y sólo en su nombre se nos perdonan nuestros pecados. Resulta, pues, que cualquiera que me perdona mis pecados en el nombre de Cristo, me los perdona de veras. Por lo tanto, desechemos completamente pensamientos como éste: “Bien es cierto que el paralítico fue un pecador y tuvo que soportar en su propio cuerpo el castigo del pecado; no obstante, Cristo le otorga el carácter de justo al decirle: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”. En cambio, yo, por estar sumergido completamente en pecados, no puedo consolarme con este ejemplo; yo no tengo a mi lado a Cristo que me pueda librar de mis maldades”. Cuando tales reflexiones quieran asaltar nuestra mente, debemos atenernos a lo que Cristo mismo nos mandó atestiguar acerca de él: “Id por todo el mundo” —dijo— “y predicad el evangelio a toda criatura” (Mr. 16:15). En este evangelio empero se te ofrece el perdón de todos los pecados, en el nombre de Cristo.

2. *Cristo ofrece perdón precisa (y sola)mente a los atribulados.*

El segundo punto de que queremos hablar está relacionado con aquellas palabras dichas por Cristo: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”. Si Cristo ordena al paralítico que tenga buen ánimo, es forzoso suponer que hasta ese momento el hombre tenía el ánimo deprimido. Pues los de ánimo alegre no necesitan consuelo. Esto nos da la prueba de que a las personas que se sienten seguras y despreocupadas, no las alcanza la remisión de los pecados. Y con estas palabras suyas, Cristo nos describe al mismo tiempo la característica esencial del pecado: el pecado acusa a los hombres, los condena, y los lleva a la desesperación. Si me reconozco pecador, necesariamente tengo que juzgar que Dios está airado conmigo. Ya lo dice San Pablo: “La ley produce ira” (Ro. 4:15). Mas si me odia Dios, me odian también todos los ángeles y la creación entera. Y así, al fin y al cabo caeré inevitablemente en la desesperación. Tenemos como ejemplo al doctor Krause, de Halle³, quien, acosado por sus

³ El doctor Juan Krause, de Halle (Sajonia), consejero del cardenal

pecados, exclamó: “He aquí, veo al Hijo del Hombre, Cristo, acusándome en el cielo ante su Padre”. Tal es la naturaleza del pecado. Pero así como nos lo imaginamos a Dios, así lo tenemos; por esto, el doctor Krause no pudo soportar estos cuadros terroríficos (como ningún mortal sería capaz de soportarlos), sino que se quitó la vida. El pecado, pues, nos condena, y no hay fuerza humana con que podamos impedirlo, a menos que Cristo, el Mediador, venga en nuestro auxilio. Si él no se hubiese interpuesto, no habría escapatoria para nosotros.

Pues bien: en este difícil trance, Cristo consuela al paralítico aterrado por su pecado, y le dice: “Ten ánimo”. Además le llama “hijo” y le asegura que sus pecados le son perdonados y que el Padre ya no le guarda ira, con tal que crea en él. Creamos por tanto también nosotros que en el nombre de Cristo tenemos el perdón de nuestros pecados. Asimismo, si mi prójimo me dice: “Ten ánimo, hermano, tus pecados te son perdonados en el nombre de Cristo”, debo creérselo con toda firmeza y no dudar de que es así como él dice.

Ésta es, en toda su sencillez, la doctrina del perdón de los pecados. Muchos empero se resisten a aceptarla. Si Cristo nos la enseña, es porque nos quiere librar de este mal de no darle crédito, para que no nos hagamos eco de las sospechas de los impíos escribas que decían dentro de sí: “Éste blasfema” (v. 3). Si se hubiese preguntado a los fariseos de qué manera se debe conseguir el perdón de los pecados, habrían respondido: “La justicia que nos hace aceptos ante Dios hay que conseguirla mediante la observancia de las ceremonias prescritas en la ley de Moisés”. Dios en cambio nos ordena que nos aferremos a Cristo y oigamos a éste, pues nos dice: “A él oíd” (Mt. 17:5). ¿Y qué oímos de Cristo? ¡Él es precisamente el que nos enseña la remisión de los pecados!

3. *A los perdonados, Cristo los envía a desempeñar fielmente sus tareas.*

Hay un tercer punto que queremos tomar en consideración: Habiendo dicho al paralítico: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”, el Señor añade: “Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa” (v. 6). Cristo quiere demostrar de una manera ostensible que él tiene pleno poder de perdonar los pecados. Por eso lo confirma con esta señal de sanar al paralítico; y habiéndole perdonado ya sus transgresiones, le ordena tomar su cama y volver a su casa. Quiere decir: después de haber sido

Alberto de Maguncia, se había suicidado en 1527. Lutero menciona el caso repetidas veces como ejemplo de lo que sucede cuando el hombre desespera de la voluntad perdonadora de Cristo.

reconciliado con Dios Padre por medio de él, Cristo, el hasta entonces paralítico debía retornar a su hogar y cumplir allí diligentemente con las tareas propias de la vocación que Dios le había asignado. Mal enseñan pues los papistas al sostener que con nuestras obras debemos hacer méritos para obtener el perdón de los pecados. Aquí se enseña otra cosa. Aquí se enseña que las obras deben *seguir* al perdón. Esto hay que tomarlo en cuenta muy cuidadosamente, pues es de temer que, desaparecidos nosotros, vengan maestros que afirmarán que las obras deben preceder al perdón, tal como lo vienen enseñando los papistas, quienes en son de reproche gritan que esta nuestra enseñanza de la condonación gratuita de los pecados es muy cómoda, una "doctrina dulce", ya que no exige esfuerzo propio alguno. Esta gente carece de toda experiencia; por eso hablan así de lo que nosotros enseñamos. Es que jamás experimentaron el tremendo poder del pecado. Por cierto, si alguna vez corriesen realmente el peligro de caer en desesperación a causa de sus pecados, hablarían de estas cosas en otra forma. Cristo perdona los pecados sin exigir nada a cambio; no es un usurero. Tampoco es un feriante que hace del perdón de los pecados un negocio. Por la remisión de pecados que él nos da de gracia no quiere cobrarnos intereses de usurero. Sólo quiere que hagamos las obras propias de nuestra vocación; quiere que, habiendo recibido de él la remisión de nuestros pecados, ayudemos al prójimo, mostrando así que nuestra fe no es una fe muerta, sino viva, que da frutos en abundancia.

CRISTO, EJEMPLO DE HUMILDAD Y SACRIFICIO

Sermón para el Domingo de Ramos (por la tarde).

Fecha: 2 de abril de 1531.

Texto ¹: Filipenses 2:5-8. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Introducción: Cristo es el ejemplo para sus fieles.

Esta es una epístola para cristianos solamente, y para nadie más. Pues los que no creen, sino que tienen el evangelio por una tontería, nada tienen que ver con la enseñanza que se imparte en nuestro texto. Es preciso ante todo creer que Jesucristo se hizo obediente al Padre y se entregó a sí mismo a la muerte, no en bien suyo y de su propia persona, sino en bien nuestro. Al que cree esto, a éste se dirige la exhortación de nuestro texto. Y esta exhortación reza: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como presa”², quiere decir: no lo reclamó para sí como si lo hubiese robado o tomado por la fuerza, “sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo”.

¹ El texto de Röer comienza con las palabras: *Is affectus sit in vobis etc.* “Haya en vosotros este sentir etc.”, es decir, Fil. 2:5 y sigs., texto que aún hoy se sigue usando como Epístola del Domingo de Ramos.

² Siguiendo fielmente el original griego, Lutero traduce Fil. 2:6b así: *ntelt ers nicht für einen Raub* — “no estimó como presa (o botín)”, en griego *ouj harpagnón heegeesato*. Vulgata: *non rapinam arbitratus est*. Ya que en su sermón, Lutero alude expresamente a ese término *Raub*, “presa”, no podemos menos que incorporarlo también en la versión al castellano.

Palabras asombrosas, en verdad, y difíciles de entender en la versión al alemán.

En el capítulo del cual fue tomado nuestro texto, el apóstol inició su enseñanza estimulando a los cristianos a que cada uno mostrara una viva solicitud por el bienestar del prójimo, olvidando la preocupación egoísta por los intereses propios y “mirando cada cual también por lo de los demás” (Filipenses 2:1-4). Y esto es también lo que nosotros queremos recalcar como enseñanza de nuestro texto de hoy, a saber: Una vez que reconocimos que hemos recibido del Señor toda clase de bienes, y que hemos sido redimidos por Cristo de todos los pecados, debemos demostrarlo también en nuestro trato con los demás. Para enseñar esta verdad, no podríamos presentar un ejemplo más elocuente que el de Cristo. Pues así es como obró el que os redimió. Esta es la actitud que él mostró para con vosotros. Y esta misma actitud debéis mostrar ahora también vosotros para con vuestro prójimo. Sin embargo, la demostración de nuestro amor para con el prójimo ciertamente será harto pobre en comparación con lo que Cristo hizo por nosotros; pues Cristo, el Dios fue hecho un siervo. En vista de ello, el apóstol agrega: “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como presa”. Esta es una manera de hablar propia de Pablo, que los alemanes entendemos sólo con cierta dificultad. Veamos por lo tanto lo que significa.

I. *Jesucristo no estimó como presa el ser igual a Dios.*

La divinidad de Cristo no es robada sino innata.

Hay personas que ganaron sus bienes y su dinero en forma legítima y honrada, sin robo ni hurto; estas personas pueden decir: lo que poseo, no es producto del robo. Así es como San Agustín y otros interpretan este texto³. Según esta interpretación, Pablo quiere decir: Cristo obtuvo su divinidad no por medio de un robo, que es el medio con que otros suelen obtener su dignidad, p.ej. los papistas, que quieren ser maestros y señores sobre la palabra de Dios, sino que él posee la divinidad como herencia; no la compró sino que le es innata. El papa robó la potestad divina que se le atribuye, y ladrones fuimos también nosotros, y lo son en general todos aquellos que se atreven a gobernar y dominar las almas. Un príncipe p.ej. puede decir a un ladrón, a un asesino o a un revoltoso: “Tú me has

³ Conforme a la interpretación de Agustín, la divinidad de Cristo no es una “presa”, algo robado, algo de que hay que apoderarse, o algo que debe ser defendido como un botín. - S. Agustín, 354-430, obispo de Hipona, norte de África, uno de los más grandes teólogos de la iglesia occidental.

robado mi potestad señorial, que de ninguna manera te compete. Pues sólo a mí me incumbe gobernar los bienes y la vida de este súbdito mío; y si a pesar de esto tú le quitas sus bienes y su vida, has cometido un acto criminal.” Porque a ese asesinato, etc., la potestad con que actúa no le es innata, sino que la usurpó, la robó. Pero quien la posee en virtud de su nacimiento, tiene el derecho legítimo de ejercerla. Así, pues, Cristo posee su divinidad no como Lucifer⁴, el papa y los espíritus facciosos⁵, que son ladrones de la dignidad y potestad divina. Me parece muy buena esta interpretación de San Agustín; no hay por qué rechazarla. De consiguiente, a Cristo le corresponde la potestad divina por cuanto él es Dios por naturaleza, y con sus palabras en Filipenses 2, Pablo confirma aquel artículo de la divinidad de Cristo, o sea, que Cristo tiene el derecho de recibir honores divinos porque él es Dios igual a Dios Padre.

Cristo emplea su divinidad no en beneficio propio, sino en beneficio nuestro.

Ahora bien: hay también cierta clase de personas que poseen sus bienes legítimamente, y no obstante son ladrones y asaltantes. A esa clase pertenecía aquel campesino que dijo a un mendigo: “Yo tengo pan en mi casa; el que no tiene, vea de dónde lo puede conseguir”. Sería lo mismo que si yo tuviera pan, y mi vecino pasara hambre, y yo le dijese: “Yo tengo pan; si tú también quieres, ¿por qué no vas y te compras?” Si uno no da de comer al hombre hambriento que le pide, sus bienes son bienes hurtados y robados, aun cuando no los robó ni hurtó. A pesar de que no se los quitó a otros, comete no obstante el mismo pecado que el ladrón que arrebató sus bienes a otros convirtiendo así a sus prójimos en hambrientos. ¿Por qué? Porque los necesitados le piden, y él no les da. Con esto llega a ser un ladrón respecto de sus propios bienes, porque no presta con ellos un servicio a nadie. Un hombre tal tiene el mismo carácter que un ladrón. En este sentido dice Ambrosio: “Da de comer al que sufre hambre; si no lo haces, le has asesinado;”⁶ y por eso se lee también: “Parte tu pan con el hambriento, desata las

⁴ Conforme a la tradición eclesiástica, el diablo es el ángel caído Lucifer, a quien Dios expulsó del cielo por cuanto se había arrogado honores divinos. Comp. Is. 14:12; Lc. 10:18.

⁵ El papa y los “espíritus facciosos” (llamados a menudo *Schwärmer*) se creen señores sobre las Sagradas Escrituras y su interpretación; el papa lo hace invocando derechos divinos, y los facciosos, su iluminación interior por el Espíritu.

⁶ Ambrosio, 340-397, obispo de Milán, predicador de rara elocuencia a quien Lutero da el honroso testimonio de haber sido “un hombre de una fe sincera y un testigo en contra de la confianza en las propias buenas obras” (Charlas de Sobremesa, Diario de Cordatus).

ligaduras del que está aprisionado”⁷, pues en estas necesidades es tu deber socorrer a tu prójimo con tus bienes. Y es en este sentido que Pablo dice aquí respecto de Cristo: Él posee la divinidad no sólo como posesión real, y según su esencia como Hijo de Dios, sino también por la forma como la usa y la pone en acción. Por eso no dice “no robó” sino “no estimó como presa”. En efecto: Cristo era esencialmente Dios, no había robado su divinidad, y sin embargo, no la estimó como una presa; en otros términos: no actuó como un propietario que si bien no es un ladrón en cuanto a su derecho a la propiedad, sí lo es en cuanto al uso que hace de ella, dado que la usa como un ladrón y un miserable. Hay pues dos tipos de ladrones: el que roba cosas, y el que usa las cosas a la manera de un ladrón.

II. *La actitud de Cristo exige imitación por parte de todos los cristianos.*

El que se niega a dar y a servir, niega a Cristo.

Y ahora nos dice Pablo: “Así como hizo Cristo, haced también vosotros”. Si yo soy una persona instruida, y sé predicar, y tengo el llamado de hacerlo, pero no lo hago, entonces cometo un robo en perjuicio de aquellos que necesitan la predicación. Pero ¿acaso ni saber no es propiedad mía? No me lo diste tú, ni lo robé yo, ni lo hurté. Sin embargo, si no se lo doy al que lo necesita, se lo estoy robando; pues como ese saber es mi deuda para con él, ya no me pertenece a mí, sino a él. Y de nada me vale decirle: “Amigo mío: lo que sé no lo aprendí de ti; tú no fuiste mi maestro”. De la misma manera deben tener mucho cuidado los comerciantes para no decir: “Lo que tengo me lo ha dado Dios; por esto puedo venderlo o retenerlo a mi antojo”. Así no es como actuó Cristo. A pesar de que él poseía la divinidad, y era verdadero Dios, no nos dijo: “Vosotros sois pecadores, yo en cambio soy santo, veraz y sabio; ¿qué, pues, podéis reclamar de mí?” Pese a que nadie le había dado nada, ni él había tomado nada de nadie, no obstante no lo “estimó como presa”. Y por consiguiente, no usó su divinidad en su propio beneficio, como si la hubiese robado, sino que la dio en usufructo a otros, con la intención de que su justicia y santidad, su poder y sabiduría no quedasen confinados en él, sino que todos los que a él claman fuesen sus usufructuarios.

Esto es lo que hizo Cristo. Y lo que él tiene para repartir, no es una ridícula limosna o una rebanada de pan⁸; lo suyo tam-

⁷ Is. 58:6 y sigte., en cita algo libre.

⁸ En alemán *Tellerbrot*, literalmente “pan que sirve de plato” = una rebanada de pan que se usaba a guisa de tabla para cortar la carne en las comidas, y que luego se daba a los mendigos.

poco son solamente cuatro reinos⁹, o una erudición tan pobre como la que tengo yo y otros doctores, sino que su haber es el “ser igual a Dios”. No obstante, él se despoja de este haber y dice: “No ha de pertenecer a mí solo, sino que será tuyo”. ¿Y tú, hombre débil y miserable, lloras por un florín o por un saco? ¿Ves que tu prójimo necesita un saco, y no eres capaz de dárselo, y te haces un asaltante y ladrón y dices que no debes nada a nadie? ¡Y él, el Señor, puso a disposición nada menos que su divinidad! ¿Qué harías tú si tuvieras que darme el sol, o la luna, o la vida, como te los da Dios todos los días? Ya te parece demasiado si alguno te pide, no que le regales, sino que le vendas algo¹⁰, y lo mismo pasa con el siervo si su amo le pide un trabajo. ¡Y piénsese en la estúpida alharaca que hace un carpintero con el producto de su habilidad!¹¹ Pero ¿qué gran cosa es, al fin y al cabo? Aunque tengas una miserable limosna para dársela a un pobre, ¿acaso por eso hay que ensalzarte y adorarte de tal manera?

El ejemplo que da Cristo hace que empalidezcan también las obras y virtudes de los cristianos.

¿Y tú quieres ser un cristiano? ¡Al diablo contigo! ¡Fíjate en el ejemplo que Cristo nos da, conforme a nuestro texto! Ahí no se trata de una misera limosna, ni de la corona del monarca turco, ni del cielo, la tierra, el sol y la luna. Todas nuestras virtudes tienen que taparse la cara de pura vergüenza ante lo que Cristo hizo por nosotros. Aun cuando en el día postrero pudiéramos gloriarnos de verdad diciendo: “Yo prediqué, yo enseñé, yo di de comer a los que tuvieron hambre y de beber a los que tuvieron sed, etc.”, Mateo 25 (v. 35 y sigs.), ¿qué es todo esto comparado con lo que hizo él? Mejor es que digas: “Señor mío, ¡ten piedad de mí! Gustosamente guardaré silencio acerca de las obras de bien que hice.” Pues ¿qué es su divinidad en comparación con lo mío? Él te coloca en el primer asiento, como si tú fueras Dios, y él tu siervo. Piense cada uno, por favor, en lo que esto significa. Pero lo triste es que no pensamos en ello. Apartamos de nuestra vista ese ejemplo. Si alguno posee o puede

⁹ Evidentemente una alusión a Carlos V, que había heredado de su padre Felipe el Hermoso los Países Bajos y parte de Borgoña, de su abuelo Maximiliano I los territorios de la casa de Austria, de su madre Juana de Castilla (la Loca) España, Nápoles, Sicilia y las tierras recientemente descubiertas en América, y además fue emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

¹⁰ En su escrito “*Comercio y usura*”, Obras de Lutero, Edit. Paidós, Buenos Aires, tomo II, pág. 103 y sigs., Lutero da su opinión acerca del proceder de los comerciantes de su época.

¹¹ La queja contra las prácticas de los artesanos era general en aquel entonces.

o sabe algo, cree que todo esto es para él mismo, y quiere que se le elogie y adore junto con todas sus excelencias. Por esto dije que ese texto es solamente para cristianos.

He aquí, pues, lo primero con que Cristo nos dio un ejemplo: no quiso usar su divinidad como propiedad exclusiva suya, a pesar de que tenía el derecho de hacerlo. No quiso decir: "Yo soy Dios, y tú eres un miserable; exijo de ti que me adores". ¡Al contrario! Nos dice: "A pesar de que yo soy Dios, quiero servirte con todo lo que soy y tengo. No vine para ser servido" (Mateo 20:28). Este mismo sentir, pues, que hubo en Cristo Jesús, debe animarme también a mí: todo cuanto poseo, todas mis facultades, han de servir no para que se me elogie y se me presten servicios, sino a la inversa, para que yo sirva con ellas a los demás, porque así lo hizo Cristo. Con esto queda abatida mi altivez, y mi confianza en todas mis buenas obras, llámense como quieran, no porque las buenas obras no sean del agrado de Dios, sino porque te fijó tan alta la meta de las obras que jamás la alcanzarás. Tú te despojaste de un florín o de un saco; él se despojó de su divinidad. Esto es *una* parte de su ejemplo.

III. *La disposición de ayudar a otros no debe conducir a abusos. La ley del amor que rige para el cristiano no es una carta blanca para los mendigos.*

Con esto no quiero dar vía libre a los mendigos que dicen: "Yo soy un pobre hombre. Nadie me quiere dar nada." Es verdad, Cristo dijo: "Yo he venido para salvar a los pecadores, no a los justos; pues los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos" (Mateo 9:12, 13). Pero si no estás enfermo, di: "Yo estoy fuerte y sano, no necesito tu ayuda". Pero hoy día no quieren actuar así; prefieren entregarse a la mendicidad y a la haraganería. No es raro encontrar a hombres robustos que le huyen al trabajo y luego piden que se los mantenga. Si pudiendo trabajar prefieres vivir a cuenta mía o de otros, no tengo ninguna obligación de ayudarte. Muchos hay que recorren las calles con un niño de la mano y pidiendo limosnas. ¿Por qué no trabajan de hilandera o de aguatero? Y cuando se les piden explicaciones por qué obligan a su hijo a mendigar en vez de buscarle un trabajo, lloriquean: "Me están retando a mi hijo". ¡Que se lo lleven a casa! ¡Y que no se les dé nada! Yo también fui hijo de mi madre y no obstante tuve que aguantar muchas cosas y trabajar duro; ¿y tú no quieres que tu hijo aguante algo y trabaje? Esa gente cree que el evangelio les da la libertad de entregarse a la pereza. Tú eres un hombre robusto y sano; si no puedes ser empresario, sé obrero, y si aun esto te es im-

posible, vete a trabajar en las obras de fortificación¹². O si eres mujer, ¿por qué no hilas o haces algún otro trabajo para tener de comer? A gente tan perezosa habría que imponerles un castigo. Vivís como el príncipe elector de Sajonia, y luego queréis que se os mantenga con fondos de la caja comunitaria¹³. ¿A qué llevará todo esto? A que la ciudad se llene de mendigos. A los estudiantes sí hay que mantenerlos, porque su estudio no les da para vivir. Pero vosotros decís: “¡Ah sí, pero aquí en Wittenberg se predica que hay que hacer bien a los pobres!”, y por esto no queréis trabajar. No, señor; si quieres vivir haraganeando, a pesar de que gozas de buena salud y podrías trabajar en la huerta, lo que hay que hacer es dejarte plantado, y dejar que tus hijos y tú mismo os muráis de hambre. ¡Primero se os ayuda, y después vais a robar en las huertas! Con toda esa gente, nuestra predicación no tiene nada que ver.

Quien tiene salud y fuerzas, debe ganar su pan con el trabajo.

Cristo no murió por los sanos. Él puso su divinidad al servicio de los hombres, pero en bien de aquellos que no pueden valerse por sí mismos. Si tú eres uno de ellos, mi florín debe estar a tu servicio, *mi* pan debe ser *tu* pan, y lo que es mío debe ser tuyo, siempre que tú estés verdaderamente necesitado. Pero si estás más sano que yo, y quieres holgazanear y decir que tienes la casa llena de hijos que necesitan de comer, entonces vete a trabajar, o muérete de hambre. En ninguna parte está escrito que se tenga que mantener vagos. Pero así lo hacen también la servidumbre y los obreros. Dicen: “Somos evangélicos, por eso tienen que darnos una ayuda.” ¡Sí, habría que darte un portazo contra las asentaderas! Si yo supiera de uno que tiene hijos a los cuales les prohíbe trabajar, le pediría al alcalde que le arroje a la cárcel y le haga perecer de hambre, porque quieren aprovecharse de nuestro sudor y hacer que nosotros los alimentemos. Si estás en condiciones de trabajar y de ganarte tu pan —y son muchos los que veo andar por las calles, y que bien podrían hilar o llevar agua o hacer algún otro trabajo doméstico— a éstos hay que decirles: “¡Vete y gánate tu pan!” Pero si hay una persona que es tan débil que no puede proveerse del sostén

¹² En 1531 se ampliaron las fortificaciones de la ciudad de Wittenberg, empresa que demandaba mucha mano de obra.

¹³ Como secuela de la Reforma se produjo también una reorganización de los bienes pertenecientes a la iglesia: abolidas ya las diversas donaciones, prebendas, etc., los dineros que habían ingresado en tal concepto fueron pasados, por consejo del propio Lutero, a una “caja comunitaria” para el pago de pastores y maestros y el sostén de las iglesias, las escuelas y los pobres. Véase Obras de Lutero, Edit. Aurora, Buenos Aires, tomo VII, págs. 111 y sigs.: “Reglamentos para una caja comunitaria”.

necesario, allí rige entonces el ejemplo de Cristo. Si él dice: "Yo quiero despojarme de mi divinidad y no estimarla como presa", entonces también yo quiero hacer en bien de los débiles lo que pueda, aun cuando sólo fuera darles un vaso de agua fría (Mateo 10:42). Pero si la servidumbre se muestra reacia y arrogante — ¡déjalos que se vayan, en nombre del diablo! Ya vendrán días en que estarían muy contentos con poder trabajar por un bocado de pan. La Escritura dice: Cristo murió en bien de los débiles que no pueden valerse por sí mismos, no en bien de los fuertes. En fin, nuestro texto es demasiado bueno como para ser gastado en tales cosas. No obstante, la exhortación que di era necesaria.

CRISTO NOS SALVA DE LA MUERTE Y DEL JUICIO

Sermón para el 16º Domingo después de Trinidad.

(dado en casa de Lutero).

Fecha: 28 de septiembre de 1533.

Texto: Lucas 7:11-17. Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo. Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor.

1. *Cristo nos salva de la muerte.*

Cristo arrebató de la muerte al hijo de la pobre viuda.

Este Evangelio contiene mucho material que debiera ser expuesto y enseñado, pero me limitaré a su tema principal. Tenemos ahí a una pobre viuda que perdió a su esposo y a su hijo; y como se sabe, entre los judíos era cosa particularmente grave para una mujer el haber enviudado y no contar con un hijo. Pues la reglamentación de los asuntos civiles entre los judíos fijaba como base necesaria la existencia de herederos hábiles masculinos¹. Para esa mujer, tal base no está dada: ha quedado

¹ El no tener hijos se consideraba una afrenta y un castigo de Dios (comp. 1 S. cap. 1; Lc. 1:25; Lev. 20:20, etc.). Si un varón israelita moría

viuda, mísera y sola; y ella misma se ha de imaginar que Dios se apartó de ella y se convirtió en su enemigo. ¿Cómo no habría de estar triste su corazón? ¡Cuán fácilmente podría haber desesperado de Dios! ¿No parecía acaso como si Dios la hubiera abandonado, ya que primero había muerto su esposo, y ahora se le muere también el hijo? A esta pobre mujer, el señor la consuela devolviéndole al hijo, y su alegría es ahora diez veces mayor de lo que fue antes su dolor. No habría sido nada extraño que ella misma hubiese caído muerta de puro gozo. Sírvanos, pues, esta historia para que aprendamos a ejercitar nuestra fe, a robustecerla y confirmarla; y para ello veamos cómo Cristo quita a la muerte todo poder e importancia.

Cuando él nos presenta una imagen tal de la muerte, seguramente lo hace para que perdamos el temor ante ella. Cristo quiere crear en nosotros un corazón que recorre su senda tranquilo y no se deja turbar por la muerte. Los que con mayor facilidad aprenden esta lección son los que se hallan en un estado de tristeza y miseria extrema como aquella viuda. ¡Fijémosnos en la forma rápida y al parecer tan sencilla en que se suceden aquí los acontecimientos! El joven ha muerto. No hay esperanza alguna de que recobre la vida física. Todo el mundo no puede sentir más que un desaliento total. Pero ahora viene él mismo, el Cristo. No aplica ningún medicamento. Solamente dice: “¡Levántate!” Así, ante sus ojos la muerte es como la vida; para él, lo uno vale tanto como lo otro, la muerte tanto como la vida. Aunque estuviéramos muertos — ante él no estamos muertos. Pues él no es Dios de muertos, sino “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” — y éstos viven, según Mateo 22 (v. 32), con lo que Cristo quiere decir: “No han muerto, sino que para mí están con vida”.

Así nos resucitará también a nosotros en el día postrero.

De esto debemos aprender algo, a saber: lo grande que es el poder con que Dios obrará en nosotros en el postrer día por medio de Cristo. Con una sola palabra nos hará salir del sepulcro. “Doctor Martín”, me dirá, “ven acá”; y al instante sucederá así. Por esto no debemos dudar en lo más mínimo de que Cristo tiene el poder y también la voluntad de arrebatarnos del sepulcro. Así nos lo muestra la historia de este joven: Está muerto, no tiene ya oídos — y sin embargo oye. ¿Qué cosa rara está ocurriendo aquí? ¡El que no oye, oye; el que no vive, vive; el cuerpo está muerto, y sin embargo está vivo! No hace falta

sin dejar hijos, su hermano debía casarse con la viuda “para suscitar nombre en Israel a su hermano” (Dt. 25:5-10; Mt. 22:23 y sigs.).

más que una sola palabra para lograr este efecto milagroso. Al ver, pues, que Cristo puede arrebatarlo a uno de la muerte con tanta facilidad, y al oír que tiene también la firme voluntad de hacerlo, y que incluso se compadece de nosotros por cuanto tenemos un miedo tan terrible a la muerte — ¿no habríamos de tener en él una confianza incommovible? Justamente para este fin nos da aquí un ejemplo y una prueba de su irresistible poder. Con ello quiere decirnos: “No tengáis miedo. ¿Qué os puede hacer la muerte? Nada; sólo os puede infundir miedo. Pero no os fijéis en vosotros mismos y en la manera como vosotros lo sentís, no os dejéis llevar por vuestros temores; antes bien, fijaos en lo que yo puedo y quiero hacer. Yo os puedo levantar del sepulcro con tanta facilidad como uno puede despertar a otro de la cama, y no sólo puedo, sino que también quiero hacerlo. No me ha de faltar ni la fuerza ni la voluntad.” Así, el sueño de los que duermen en el cementerio es un sueño mucho más ligero que el sueño mío en mi cama. A mí me tienen que llamar como diez veces, y sin embargo no lo oigo. Los muertos empero serán resucitados con una sola palabra. Quiere decir que nosotros tenemos un sueño mucho más pesado que los que yacen en el cementerio; pues cuando el Señor les dice: “Joven” o “Lázaro” o “Niña”², lo oyen de inmediato. Por lo tanto, para nuestro Señor y Dios el estado de ellos no es el de “muerte”; solamente lo es para nosotros; para Dios es un sueño tan leve que no podría ser más leve. Esto es lo que Cristo nos quiere inculcar. Quiere quitarnos el temor, para que cuando venga la peste³ o la muerte, no le digamos a la muerte: “¿Por qué vienes a llevarme? ¡Tienes unos dientes tan horribles! ¡Y yo tengo tanto miedo, no quisiera morir!” ¡Así no! No debo reparar en la forma cómo actúa la muerte en sí, que cual verdugo implacable blande la espada, sino que antes bien debo pensar en la forma cómo puede y quiere actuar Dios. Él no le tiene miedo alguno a la muerte; no le importa su rechinar de dientes, sino que él dice así: “¡Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh infierno⁴, fusil y bala mortífera seré para ti, más aún, seré tu mismísimo infierno! Me llenaste a la gente de terror, hiciste que se resistieran al morir. ¡Ten cuidado! Por cuanto tú mataste, yo a mi vez te mataré a ti. Tú dirás: ‘¡a éste lo devoré, al Doctor Martín lo aniquilé!’ ¡Y bien, muerte, sigue gloriándote! Pero has de saber que aquellos que me arrebataste, para mí no están muertos. Sólo están sumidos en un sueño, y

² Lutero se refiere aquí a los tres casos de resurrección de muertos que se mencionan en los Evangelios: al joven de Naín (Lc. 7:11 y sigs.), a Lázaro (Jn. 11:1 y sigs.) y a la hija de Jairo (Mr. 5:22 y sigs.).

³ La peste (neumónica) era, en tiempos de Lutero, causa frecuente de mortandad masiva y repentina.

⁴ Os. 13:14.

en un sueño tan ligero que los puedo despertar con el solo toquecito de un dedo.” Le ha de dar no poca rabia a la muerte el notar que con todo su presunto poder sobre el hombre, lo único que logra es hacerlo dormir, de modo que cuando Cristo diga: “Venid a mí, oh muertos”, éstos, al oír su voz, saldrán de sus sepulcros, “los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida, mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”, como leemos en Juan 5 (v. 28, 29).

2. *Cristo salva del juicio.*

Sólo para los incrédulos, Cristo aparecerá en el postrer día como juez.

Esto es, pues, lo que haremos, a saber: a la voz de Cristo despertaremos del sueño de la muerte. Con esto nos consolamos. Los monjes en cambio y los turcos no tienen este consuelo. Por lo tanto buscan refugio en sus obras, ya que hacen de Cristo un juez. Saben que no pueden eludir la muerte, y que luego tienen ante sí el infierno. De ahí que intenten correr al encuentro de Cristo con sus rezos y sus misas; creen que él es un juez que les dirá: “Has rezado tanto, has hecho tantas buenas obras, ven, sé salvo”. De este modo convierten a Cristo en juez que juzgará a los cristianos a base de lo que hayan hecho en su vida, y con esto, Cristo llega a ser el propio diablo⁵. En realidad, convierten a Cristo en algo peor que la misma muerte. Es por esto también que temen tanto al postrer día, porque tienen corazones llenos de maldad y frustración. Tú empero debes sostener firmemente que Cristo es juez sólo sobre los incrédulos, que no oyen la palabra divina ni confían en ella. En cambio yo, que he sido bautizado y confío en Cristo y creo que él padeció por mí, no tengo por qué abrigar temores en cuanto al juicio; pues en este juicio, Cristo está sentado junto al Padre, protegiéndome y abogando por mí. Por consiguiente: cuando nuestro Señor venga en el postrer día, o cuando llegue la hora de tu muerte, piensa así: “Cristo mi Señor está observando a la muerte cómo ésta acaba con mi vida; y una vez que la muerte haya logrado ahogarme, dormiré tan ligeramente que Cristo me podrá despertar con una sola palabra.” Y el Señor dice: “El hombre que yace ahí muerto, para mí sigue viendo y oyendo perfectamente, a pesar de que todo el mundo cree que no ve ni oye nada.” De esto hemos de

⁵ Vale decir, le asignan a Cristo el papel del acusador (en griego *diábolos*). Pues las obras que hacen, tienen un mérito sólo imaginario, y son en sí insuficientes; de ahí que quienes confían en ellas, inmediatamente caerán bajo acusación si Cristo el juez les aplica la norma de la “salvación por mérito propio” que ellos mismos establecieron.

aprender que un cristiano no debe abrigar temor alguno ante la muerte; porque Cristo no viene para juzgar, sino que viene como vino al hijo de la viuda y a los otros creyentes⁶: a este joven lo libra de la muerte, y hace que se incorpore, vea, oiga y hable, a pesar de que momentos antes no veía ni oía ni hablaba. Así vendrá Cristo también a nosotros, a los que creemos en él. A los otros en cambio, es decir, a los incrédulos, los juzgará. Nosotros empero aprendamos a esperar con ansias a nuestro Salvador, y a creer en él con firmeza cada día mayor.

Los creyentes por su parte pueden esperar el postrer día con alegría.

Los cristianos debemos alegrarnos, por lo tanto, cuando oigamos hablar del postrer día, o cuando sobrevenga una peste, o cuando llegue nuestra última hora. Pero si nos dejamos invadir por el terror, la culpa es del viejo Adán en nosotros, no de Cristo; pues no hay cosa más segura que ésta: que Cristo quiere volvernos a la vida. Entretanto, su voluntad es que durmamos tranquilos hasta que él venga, golpee con su dedo en el sepulcro⁷ y diga: "Doctor Martín, levántate". Y en este mismo momento me levantaré y me gozaré con él con gozo eterno. El pensar del corazón del cristiano debe ser diferente, pues, que el pensar de los monjes y los turcos, los cuales se asustan de tal manera que no saben qué hacer. ¡Bien hecho! ¡Por qué no aprenden y creen que Cristo es un auxiliador para los creyentes y un juez sólo sobre los incrédulos? Para conmigo es un médico, un ayudador y salvador; pero para con el papa, el duque Jorge⁸ y los demonios es un juez, por cuanto ellos son servidores del diablo y de la muerte, que quieren emprender y llevar a cabo lo que es de incumbencia de la muerte y del diablo. Y allí Cristo es juez, para lograr que la gente piadosa obtenga paz.

Esto es lo que he querido presentaros a base de la historia de aquella viuda. Dios nos ayude para que aprendamos a conocer al varón Jesús tal como el Evangelio nos lo pinta.

⁶ Lutero estará pensando en Lázaro y la hija de Jairo, los otros dos resucitados que se mencionan en los Evangelios.

⁷ En el original figura el diminutivo *greblin*, "sepulcrito".

⁸ Véase Sermón 35, nota 5.

INDICES

INDICE I

LOS SERMONES SEGÚN EL ORDEN DEL AÑO ECLESIASTICO

| | |
|--|-----|
| 1. Domingo de Adviento, Mt. 21:1-9 | 33 |
| 2. Domingo de Adviento, Ro. 15:2-4 | 271 |
| Nochebuena, Is. 9:6, 7 | 49 |
| Navidad, Lc. 2:1-14 | 57 |
| Día después de Navidad (San Esteban), Is. 9:2-6 | 39 |
| Día de San Juan, Eclesiástico 15:1-6 | 185 |
| Día de San Juan (vespertino), Dt. 4:23-31 | 211 |
| Epifanía, Mt. 3:13-17 | 455 |
| 1. Domingo desp. de Epifanía, Jn. 2:1-2 | 383 |
| 2. Domingo desp. de Epifanía, Ro. 12:3 | 235 |
| 4. Domingo desp. de Epifanía, Mt. 8:23-26 | 301 |
| Invocavit, Mt. 4:1-11 | 291 |
| Reminiscere, Mt. 15:21-28 | 313 |
| Domingo de Ramos (vespertino), Fil. 2:5-8 | 467 |
| Viernes Santo (matutino), Mt. 26:36-57 y otros textos | 67 |
| Pascua (año 1525), Mr. 16:1-8 | 83 |
| Pascua (año 1535), Jn. 20:11-18 | 95 |
| Jubilate, 1 P. 2:11-20 | 391 |
| Rogate, Jn. 16:23-30 | 321 |
| Ascensión, Mr. 16:14-20 | 103 |
| Pentecostés (vespertino), Jn. 14:23-31 | 121 |
| Pentecostés (vespertino), 3. Artículo del Credo Apostólico | 113 |
| Lunes de Pentecostés, Jn. 3:16 | 131 |
| Trinidad, Jn. 3:1-16 | 143 |
| Trinidad, Credo Apostólico | 155 |
| 1. Domingo desp. de Trinidad, Lc. 16:19-31 | 335 |
| 4. Domingo desp. de Trinidad, 1 P. 5:7, 8 | 351 |
| 4. Domingo desp. de Trinidad (vespertino), Ro. 8:18-23 | 443 |
| 6. Domingo desp. de Trinidad, 1 P. 5:9 | 279 |
| 12. Domingo desp. de Trinidad, Mr. 7:31-37 | 363 |
| 15. Domingo desp. de Trinidad (vespertino), Dt. 6:4-13 | 223 |
| 16. Domingo desp. de Trinidad, Lc. 7:11-17 | 475 |
| 19. Domingo desp. de Trinidad, Mt. 9:2-8 | 463 |
| 26. Domingo desp. de Trinidad, Mt. 25:31-46 | 415 |
| <i>Días de Apóstoles</i> | |
| Día de Santo Tomás, Sal. 19:1 | 177 |
| Día de San Pedro y San Pablo, Mt. 16:13-19 | 199 |
| Día de San Bartolomé, Ex. caps. 19 y 20 | 165 |
| <i>Sermones pertenecientes a series</i> | |
| Sal. 1 | 403 |
| Lc. 16:1-9 | 371 |
| Jn. 17:10-12 | 261 |
| 1 Ts. 4:1-8 | 247 |
| Tit. 2:11-14 | 431 |

INDICE II
TEXTOS DE LOS SERMONES

(Los textos entre paréntesis son los que Lutero usó en conjunto para el
 Sermón del Viernes Santo).

| <i>ANTIGUO TESTAMENTO</i> | | | | <i>Nº</i> | <i>Pág.</i> |
|-----------------------------|-----------|-------------|---------------------------|-----------|-------------|
| | <i>Nº</i> | <i>Pág.</i> | <i>Juan</i> | | |
| Éxodo caps. 19 y 20 | 14 | 165 | 2:1-2 | 33 | 383 |
| Deuteronomio 4:23-31 | 18 | 211 | 3:1-16 | 12 | 143 |
| Deuteronomio 6:4-13 | 19 | 223 | 3:16 | 11 | 131 |
| Salmo 1 | 35 | 403 | 14:23-31 | 10 | 121 |
| Salmo 19:1 | 15 | 177 | 16:23-30 | 28 | 321 |
| Isaías 9:1-6 | 2 | 39 | 17:10-12 | 22 | 261 |
| Isaías 9:6-7 | 3 | 49 | (18:1-24 | 5 | 67) |
| Eclesiástico 15:1-6 | 16 | 185 | 20:11-18 | 7 | 95 |
| <i>NUEVO TESTAMENTO</i> | | | | | |
| | | | <i>Romanos</i> | | |
| <i>Mateo</i> | | | 8:18-23 | 38 | 443 |
| | | | 12:3 | 20 | 235 |
| 3:13-17 | 39 | 455 | 15:2-4 | 23 | 271 |
| 4:1-11 | 25 | 291 | | | |
| 5:1-2 (Prólogo) | | 25 | | | |
| 8:23-26 | 26 | 301 | | | |
| 9:2-8 | 40 | 463 | | | |
| 15:21-28 | 27 | 313 | 2:5-8 | 41 | 469 |
| 16:13-19 | 17 | 199 | | | |
| 21:1-9 | 1 | 33 | | | |
| 25:31-46 | 36 | 415 | <i>1 Tesalonicenses</i> | | |
| (26:36-57 | 5 | 67) | 4:1-8 | 21 | 247 |
| | | | | | |
| <i>Marcos</i> | | | | | |
| | | | <i>Tito</i> | | |
| 7:31-37 | 31 | 363 | 2:11-14 | 37 | 431 |
| (14:32-53 | 5 | 67) | | | |
| 16:1-8 | 6 | 83 | | | |
| 16:14-20 | 8 | 103 | | | |
| | | | <i>1 Pedro</i> | | |
| | | | 2:11-20 | 34 | 391 |
| | | | 5:7,8 | 30 | 351 |
| | | | 5:9 | 24 | 279 |
| <i>Lucas</i> | | | | | |
| 2:1-14 | 4 | 57 | | | |
| 7:11-17 | 42 | 475 | | | |
| 16:1-9 | 32 | 371 | <i>Credo Apostólico</i> | 13 | 155 |
| 16:19-31 | 29 | 335 | | | |
| (22:39-54 | 5 | 67) | <i>Credo: 3. Artículo</i> | 9 | 113 |

INDICE III

ORDEN CRONOLÓGICO DE LOS SERMONES

| | <i>Pág.</i> | | <i>Pág.</i> |
|--------------------|-------------|--------------------|-------------|
| <i>Año 1516</i> | | <i>Año 1532</i> | |
| 21 de diciembre | 177 | 5 de septiembre | 371 |
| <i>Año 1522</i> | | <i>Año 1533</i> | |
| 22 de junio | 335 | 28 de septiembre | 475 |
| 29 de junio | 199 | | |
| ? 1521/1522 | 185 | <i>Año 1534</i> | |
| <i>Año 1525</i> | | 6 de enero | 455 |
| 16 de abril | 83 | 25 de mayo | 131 |
| 25 de mayo | 103 | 11 de octubre | 463 |
| 27 de agosto | 165 | <i>Año 1535</i> | |
| 25/26 de diciembre | 49 | 28 de marzo | 95 |
| <i>Año 1526</i> | | <i>Año 1536</i> | |
| 25 de febrero | 313 | 11 de junio | 143 |
| <i>Año 1528</i> | | <i>Año 1537</i> | |
| 26 de septiembre | 261 | 18 de febrero | 291 |
| <i>Año 1529</i> | | 25 de noviembre | 415 |
| 16 de mayo | 121 | <i>Año 1538</i> | |
| 27 de junio | 211 | 21 de marzo | 247 |
| 5 de septiembre | 223 | 8 de septiembre | 363 |
| <i>Año 1530</i> | | <i>Año 1539</i> | |
| 30 de enero | 301 | 29 de junio | 351 |
| <i>Año 1531</i> | | 13 de julio | 279 |
| 8 de enero | 383 | <i>Año 1540/41</i> | |
| 2 de abril | 467 | Abril | 403 |
| 7 de abril | 67 | <i>Año 1544</i> | |
| 14 de mayo | 321 | 6 de julio | 443 |
| 28 de mayo | 113 | <i>Año 1545</i> | |
| 4 de junio | 155 | 26 de abril | 391 |
| 19 de agosto | 431 | <i>Año 1546</i> | |
| 3 de diciembre | 33 | 17 de enero | 235 |
| 10 de diciembre | 271 | | |
| 25 de diciembre | 57 | | |
| 26 de diciembre | 39 | | |

Impreso en:
Artes Gráficas Sebastián J. Stamate
Doblas 1753 - 1424 Buenos Aires,
Octubre de 1983